



6368

OBRAS EN PROSA

DE

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

OBRAS EN PROSA
DE
D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

COLECCIONADAS

POR D. JOAQUÍN DEL PINO

Y

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

Y DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Tomo II



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO

calle de Pontejos, 8

—
1883

CRÍTICA LITERARIA.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

NOCHE DEL 9 DE NOVIEMBRE.

PRIMERA REPRESENTACIÓN DE DOÑA MENCÍA, DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO: SU AUTOR DON JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.

ARTÍCULO I (*).

No estamos lejos de opinar con un hombre justamente célebre en nuestros días, que el drama es la expresión literaria más completa de la época presente, la que más influjo está llamada á ejercer sobre la actual sociedad. En efecto, cuando los pueblos llegan á la edad viril, algo más han menester que el himno que celebra en boca del hombre nuevo las maravillas de un mundo nuevo también; algo más han menester que el arpa del bardo que canta los combates y las hazañas de los héroes, que ennoblecen y encaminan la juventud de las naciones. Cuando el hombre ha cantado su admiración, cuando ha ejercitado y esclarecido su fuerza física, llega la época en que las facultades de su alma se repliegan sobre sí propias, y en que el examen de su poderío moral y de los misterios de su espíritu ocupan toda la actividad de su ser. Por eso ha habido un Gé-

(*) Publicado en el *Correo Nacional* el mes de Noviembre de 1838.

nesis, en que el hombre cantó las primeras auroras del mundo; por eso ha habido una Iliada, en que el hombre cantó las proezas de su mocedad; por eso ha habido un Shakespeare, un Calderón que han descifrado los enigmas del alma á los ojos curiosos de la multitud, y le han ofrecido lecciones dignas de su tendencia contemplativa y profunda. La oda en su significación verdadera y filosófica ha pasado con la infancia de los pueblos; la epopeya, aceptada en igual sentido, pasó asimismo con la adolescencia de las naciones; el drama queda como fiel expresión de su virilidad y madurez.

Por otra parte, una vez alistado y formado el género humano bajo las banderas del Evangelio, de una religión esencialmente espiritual y progresiva, ¿qué otra expresión pudiera elegir el hombre más adecuada á semejante impulso y dirección? La meditación y el recogimiento que el cristianismo inspira de suyo, forzosamente habían de levantar el vuelo del corazón, forzosamente habían de imprimir al drama poderoso desarrollo. Las mismas epopeyas que en esta época se han escrito, dan claro testimonio de semejante tendencia; y al estampar Dante el título de *Divina Comedia* en la portada de su gigante creación, y al darle toda la trabazón y contextura de un drama, no hizo más que seguir quizá sin saberlo, la marcha irresistible del siglo.

Réstanos considerar rápidamente el drama bajo su aspecto social. ¿Cuál de los diversos medios que se dicen empleados para dirigir y moralizar las masas, llena cumplidamente su destino? La discusión parlamentaria versa en general sobre los intereses más que sobre las ideas, aun prescindiendo de los mezquinos pasos que repetidas veces conducen á los hombres constituídos en semejante posición á un término más mezquino todavía. La prensa periódica, perdida entre los debates y enconos de los partidos, si bien contribuye indudablemente á la marcha de la civilización, y desprende siempre de la colisión de las doctrinas un fondo de verdad conocida, no inocular el germen

del sentimiento en el corazón del pueblo. Las escuelas y colegios tampoco aciertan á formar otra cosa que la cabeza, desacordando de este modo las facultades de nuestro ser. El púlpito, merced al estremecimiento que ha dejado en el edificio religioso la violenta sacudida del siglo pasado, y á la errada dirección de no pequeña parte del sacerdocio, tampoco ejerce la saludable influencia que con tanta justicia le mereció en otro tiempo la iniciativa social: de modo que el teatro, como único medio que nos resta de comunicación directa con las masas, es el que queda en posesión de tan preciosa prerrogativa. Decir, empero, que queda en posesión de ella, no es decir que la haya aprovechado, ni menos impreso el conveniente impulso, porque no faltan extravíos de que lastimarse, errores de óptica ó de corazón que no por eso son menos de lamentar; mas es deber nuestro y de todo el que para el público escribe señalar al genio las armas encantadas, que puede y debe empuñar para ejercer la supremacía moral á que está llamado. El sentimiento es lo único que hay de común entre los hombres: las teorías que á él no se refieren, y los intereses, jamás podrán ofrecer en medio de su choque y perpetua movilidad un sólido cimiento á la reconciliación y fraternidad universal: así que á apoderarse de este lazo común y anudarlo estrechamente, deben enderezarse todos los esfuerzos del genio. No son las pasiones á nuestros ojos otras tantas aberraciones de la humana naturaleza como á los de algunos ceñudos moralistas, sino los impulsos, los movimientos que Dios mismo ha depositado en nuestras almas, y que desenvolviéndose en un medio heterogéneo, como ha sido hasta el día el medio social, se corrompen ó se apartan de su primitiva dirección. El sentimiento, ó lo que es lo mismo, las pasiones, son la fuerza, la vida del mundo moral: diríjasela y subordínesela hasta hacerla converger á un mismo punto, y entonces á semejanza de esas potencias físicas que el hombre regulariza y aprovecha, veránse resultados incalculables. El sentimiento rescató, iluminó y fijó un mundo agonizante desde lo

alto de una cruz: el sentimiento será lo único que alcance á cambiar la dirección interesada y egoísta del siglo.

No sin objeto hemos desenvuelto aquí nuestro modo de considerar el teatro, si bien compendiosamente, atendidos los forzosos límites de un artículo de periódico. No ha sido sin objeto, lo repetimos, porque habiendo de juzgar un drama de las proporciones de doña Mencía, que tan distinguido lugar ocupará en nuestros anales dramáticos, no nos ha parecido superfluo poner á los ojos del público la medida con que le habremos de medir. Procederemos á bosquejar su argumento, pidiendo antes perdón al autor de los borrones con que nuestro inexperto pincel puede menoscabar una creación tan cumplida y preciosa. Solo el interés del arte y aun el suyo propio pudieran determinarnos á tal resolución.

Doña Mencía, huérfana de don Alfonso de Lanuza, caballero infamado por sentencia de la inquisición, vive en la corte del devoto Felipe III, retirada del mundo, sola con su borrón, y una hermana bastarda á quien destina la misma suerte que á sí propia, es decir, el velo de las religiosas. A su vuelta de una peregrinación á Santiago se encuentra con que su hermana, desobediente á sus mandatos, había contraído empeños amorosos con el capitán don Gonzalo de Mejía. Decidida á encerrar su orgullo y su mengua en el convento y arrastrar consigo á su hermana doña Inés, la sorprende al encaminarse á una cita con su amante, le declara su inflexible propósito, le revela el desastroso fin de su madre doña Beatriz Coronel en la hoguera de la inquisición; y viéndola, á pesar de sus reflexiones y amenazas, firme en su amante resolución, la aterra fingiendo que el santo oficio persigue al capitán, y diciéndole que si no renuncia á su corazón parará donde su madre. Doña Inés se resuelve á despedir al capitán con una carta, sacrificando su pasión á la salvación de su amante: doña Mencía hace uso del papel con el capitán que llega á la cita, y este rasga la carta y olvida los amores de una niña, que juzga con razón veleidosa. Doña Mencía enton-

ces siente prender en su pecho la llama del amor: ambas almas se entienden, y el capitán se ausenta lleno de fundadas esperanzas.

En el segundo acto se va á consumir el sacrificio de la triste Inés, que se despide al parecer del mundo. Doña Mencía descubre erradamente por una carta equívoca dirigida á Beatriz Coronel, que se encontraba entre los papeles de su madre, que Inés no es hermana suya, y que su padre fué burlado: y á pesar de los reparos de don Gutierre, su tutor y familiar del santo oficio, se obstina en esta idea, y resuelve con más ahinco que nunca el monjío de doña Inés. Don Gonzalo, ya amante favorecido de doña Mencía, viene entonces á despedirse de ella, porque la inquisición le persigue; y en la plática de los amantes, que la celosa doña Inés escucha detrás de una cortina, descubre doña Mencía que el autor de la carta á Beatriz es el capitán, y de consiguiente, le cree sin duda alguna, padre de doña Inés. En el momento de ir á aclararse todo, llega gente: Don Gonzalo tiene que ocultarse, y doña Mencía se ve obligada á abandonar el aposento, cuando la celosa doña Inés que llega en seguida, arrastrada por los celos, fascinada por don Gutierre, que tiene mandamiento de prisión contra don Gonzalo, le revela el escondite de éste. En el diálogo que media á continuación entre doña Mencía y doña Inés, le descubre la primera que el capitán es su padre, y que delatándole le pierde, á tiempo que el coche de la inquisición arranca con el desdichado preso. Óyese su voz que encarga á doña Mencía el cuidado de su hija, y doña Mencía desesperada arrastra á doña Inés al convento.

Entre este acto y el tercero media un año. Doña Mencía ha acudido durante él á la inquisición á confesar sus escrúpulos: háse visto maltratada, se ha casado con el capitán por poder y sin verle siquiera, y su razón ha sufrido un golpe profundo. Doña Inés va á profesar; doña Mencía se reconcilia con ella, y durante el acto, el capitán que ha podido quebrantar su cárcel, viene disfrazado de fraile á reunirse

con su esposa. En lugar del retrato de la madre de Inés, que doña Mencía destinaba para su celda, han traído por equivocación al convento el de la madre de doña Mencía: se corre entonces el horrible velo: Don Gonzalo descubre en el retrato el semblante de la mujer que ha querido, y que se ha casado con su propia hija. Doña Inés sale entonces ya profesa, y puede conocer que no es aquel su padre, llega entre tanto la inquisición que ha descubierto á don Gonzalo, quiere este suicidarse: su esposa é hija le arranca el puñal y se atraviesa con él el pecho. Doña Inés ha caído desmayada, y los esbirros se llevan al capitán á una prisión perpetua.

Tal es el plan de este drama que sentimos no haber acertado á delinear mejor. En un próximo artículo nos ocuparemos en el examen de sus pormenores.

ARTÍCULO II.

Al hablar en nuestro artículo anterior de la influencia social del drama, dijimos también que sentábamos semejante premisa para que el público pudiese conocer los datos que tendríamos presentes al analizar el titulado *Doña Mencía*. Dichosos somos en tener que alabar en él no solo el pensamiento filosófico y social que encierra, sino también el desarrollo y la encarnación (digámoslo así) de semejante pensamiento. La inquisición, esa especie de pesadilla que por tanto tiempo ha comprimido el corazón de España, es una mina inagotable de asuntos á cual más interesantes y dramáticos, y de los cuales siempre sacará el pueblo una grave y solemne lección. Al poner el Sr. Hartzzenbusch en boca de D. Gonzalo una especie de acusación lógica del proceder del santo oficio, ha dado una alta prueba de inteligencia en tocar ligeramente tal extremo, y en fiar al sentimiento toda la execración que semejante instituto se merece. Uno de los elementos de muerte que encerraba el teatro

á fines del pasado siglo, era el prurito de poner en boca de los personajes dramáticos largos razonamientos que, llenos de la mayor buena fe y de la lógica más robusta, apartaban con todo tales obras de su blanco por no dirigirse al corazón del público. El Sr. Hartzenbusch ha huído de semejante escollo, y el éxito no puede ser más lisonjero para él. Los reflejos de las hogueras inquisitoriales alumbran todas aquellas escenas de desolación, y la maldita influencia no abandona á los desdichados personajes en toda la duración del drama. Tales resultados hablan más alto al corazón del pueblo que todos los recursos de la lógica más acerada, bien como la ensangrentada túnica de Julio César agitó y sojuzgó al pueblo romano harto más poderosamente que toda la oratoria de Marco Antonio.

No falta quien diga que combatir con todo el poder del sentimiento una institución muerta de vejez, es usar con poca lógica de semejante arma cuando quedan en pie tantos abusos; pero á nosotros nunca nos parecen perdidas semejantes lecciones, y siempre que el pueblo alcance á ver en los pasados extravíos enseñanza para lo presente ó para el porvenir, creeremos que se le encamina por la buena senda, y que el teatro cumple su misión.

Y dejando aparte la idea capital de la obra tan filosófica y digna de alabanza, ¡qué conciencia, qué estudio tan prolijo revelan los caracteres de los personajes! ¡Qué actitudes tan vigorosas y pronunciadas! ¡Qué fisonomías tan individuales y exclusivas! ¡Qué delicados toques ha empleado el autor en Doña Inés, la doncella de los primeros amores, de los amores inocentes, abandonados y sencillos! Los versos que á continuación copiamos, dicen más que pudieran decir nuestros elogios. Hablando de su pasión dice la niña á la dueña Salomé:

Si para oírle
Me falta tiempo y sentido.
Si no acierto á levantar
La vista de las rodillas

Para mirarle á hurtadillas,
¿Cómo he de atreverme á hablar?
Junto á Gonzalo mi ser
Todo empleado en sentir,
El tenerlo que decir
Entibiará mi placer.
Y repugna á mi decoro,
Y voz no hallaré jamás,
Y es para mi bien demás
Que diga cuanto le adoro.

SALOMÉ.

Antes esa timidez
Tanto de Cartuja peca,
Que sospechoso la trueca
Don Gonzalo en esquivéz.
Le tenéis sobrado inquieto,
Y si su recelo cunde.....

DOÑA INÉS.

Conocerá que me infunde
Con el cariño respeto.
Cuando tierno y cortesano
Su labio mi diestra toca,
Me parece que mi boca
Debo poner en su mano.
El ya maduro varón
Y yo en mi verdor primero,
¿De qué nace que le quiero
Con todo mi corazón?

Todo este diálogo es tierno, verdadero, lleno de creencia, de suavidad y de frescura, y perfumado con toda la religión del primer cariño.

¡Qué contraste el de este carácter con el de doña Men-

cía! ¡Qué diferencia va de aquel delicado capullo de rosa entreabierta á esta sensitiva replegada sobre sí propia! Este corazón lastimado, orgulloso, lleno de desengaños; pero sediento de amor: esta mujer que exasperada por la desdicha se irrita contra la ventura ajena: esta alma árida y supersticiosa, pero asaltada á cada paso por violentas pasiones, presenta á los ojos del espectador un personaje sombrío, misterioso, lleno de enigmas y de sumo interés dramático. He aquí los versos en que el autor le delinea.

DOÑA MENCIA.

Los cinco lustros de cumplir acabo,
Mis vanidades el espejo adula,
Y las rejas de hierro de mi calle
De oro las puedo hacer. Y ¿qué disfruta
De tantos dones tu infeliz hermana?
Traje humilde su cuerpo desfigura.....
Soledad y oración sus horas llenan.....
Y con todo la sangre que circula
Por mis venas es llama, y en mi pecho
No ha muerto el germen, no, de la ternura
Pretendientes también tuvo mi dote;
¿Pero, qué suerte la nupcial coyunda
Me podía ofrecer?

DOÑA INÉS.

Si eras amada.....

DOÑA MENCIA.

Inés, el himeneo desanuda
La venda del amor. Viera mi esposo
En sus parientes esquivéz adusta,
Viera en los superiores menosprecio,
Viera en el vulgo desacato y burla:

Y al hallar de su afrenta y abandono
La causa en su mujer; cual leve espuma,
Su amor, ya de deber, se disipara,
Y vendría el desdén, la queja injusta,
Y el triste, al fin, el sepulcral olvido.

Semejantes caracteres revelan en un autor no solo la espontaneidad del genio, sino también el amor al arte que hace buscar la verdad y la naturaleza con la fe de los niños.

No está á la altura de estas dos mujeres el capitán don Gonzalo de Mejía, que aunque bien entendido y correctamente dibujado, aparece un tanto descolorido al lado de figuras tan enérgicas y apasionadas. Quizá nos pudiera contestar el autor que tal cual está trazado basta á su propósito, y que su pensamiento no ha menester más para desarrollarse, en cuyo caso nos daremos por vencidos; si bien no por eso dejaremos de decirle que quizá no hubiera estado de sobra realzarle un poco más, para mejor armonizar así el bello conjunto de poesía, que engalana la obra entera.

En cuanto á la acción nos parece un poco lenta en el primer acto, sobre todo comparada con la rapidez con que marcha en los dos siguientes. Como quiera la facilidad, soltura y pureza del diálogo, junto con el sabor antiguo que reina en todo el acto y que tanto descuella en su final, nos hacen perdonar de buena gana este pequeño lunar en gracia de tanta belleza.

El segundo acto es en nuestro entender un modelo de animación, de interés y de pasión. ¡Qué abandono, qué candor reina en las quejas de la burlada Inés!

¿Esta de un hombre es la fe?
¿Merecía tal traición
Mi sencillo corazón?
Yo que ciega le adoré,
¿Le ofendí jamás? ¿En qué?
Nací con fatal estrella.

¿Será mi hermana más bella?
¿Es que á Gonzalo engañó
Como á mí? No importa, no;
Perjuro es él, vil es ella.

La escena siguiente está llena de *vis cómica*, y el ridículo que el honrado familiar del santo oficio derrama sobre él, lleno de la mayor buena fe del mundo, está manejado con suma ligereza y elegancia y produce maravilloso efecto. La última escena es altamente dramática y terrible, y aun por eso peca un poco de larga tal vez: por lo demás está desenvuelta con profundidad, con vigor y con cabal conocimiento de los recursos teatrales, y su conclusión llena de pavor el corazón del público. Es tan bella esta conclusión, que no podemos negarnos á copiarla.

DOÑA INÉS.

¡Una carroza!

Ya es tarde.

DOÑA MENCÍA.

¡Le prendieron! Goza, goza
Tu venganza, cruel, ella es la mía.

DOÑA INÉS.

¡Desdichada!

DOÑA MENCÍA.

Buscó tu enojo ciego
Dos víctimas; hay tres.

DON GONZALO. (*Dentro*).

Sirve de madre
A mí hija, Mencía.

DOÑA MENCÍA.

Oye á tu padre
Al que conduces á morir al fuego.

DON GONZALO.

Abrázala por mí.

DOÑA MENCÍA.

No, la maldigo.
Vil instrumento de mi suerte esquivá,
Mancha mi nombre, de mi bien me priva,
Si la dejo vivir es por castigo.

DOÑA INÉS. (*Yendo hacia la ventana.*)

¡Padre, perdón!

DOÑA MENCÍA.

Su muerte y mi tormento
Caigan.....

DOÑA INÉS.

¡Piedad!

DOÑA MENCÍA.

Sobre tu frente impura.

DOÑA INÉS.

Abreme aquí á tus pies la sepultura.

DOÑA MENCÍA.

Ven á espirar de angustia en el convento.

El acto tercero es desde luego melancólico y oscuro. Aquellos preparativos de profesión siempre tristes como un adios eterno, aquella mujer delirante de pena y llena por otra parte de remordimientos por haber hundido el alma de Inés en una amargura sin término, contribuyen á dar al cuadro desde luego un aspecto lúgubre en demasía. La entrevista de las dos rivales en tan solemne ocasión dará mejor idea de ello que nuestra desmayada narración.

DOÑA MENCIA.

.....

Y ¿cómo no detestar
 Un afecto que tal vez
 Halló en mi seno lugar
 Solo porque castigar
 Quiso el cielo mi altivez?

Usurpando principió;
 Pero pronto su conquista
 Con lágrimas la regó:
 Bien el corazón pagó
 Los deslices de la vista.

.....

DOÑA INÉS.

.....

De haber sentido el amor
 ¡Tener por llanto que cueste
 Ni despecho ni rencor!
 ¿Qué extraño lenguaje es este
 Con más ira que dolor?

Me ves á mí revestida (*Levántase.*)
 De este cándido cendal

Que severo me intimida?
 Pues aun mi pasión fatal
 Vive debajo dormida.

Y no evito que despierte
 Ni que turbe mi quietud,
 Pues grita en acento fuerte
 Que no ofendí á la virtud,
 Y á mí me burló la suerte.

.....

.....

La dicha de que gocé
 Con mis fugaces amores
 Como relámpago fué;
 Las espinas y las flores
 Confundidas encontré.

Mas tengo recuerdo tal
 De aquel tiempo delicioso,
 Que diera por tiempo igual
 Toda una vida glacial,
 Todo un siglo de reposo.

Y decirme necesito
 Mil veces á cada instante,
 Que ese nombre que repito
 Es de padre y no de amante;
 Y que es mi pasión delito.

Que si delito no fuera,
 Si con el velo expiar
 Otro crimen no quisiera,
 ¿Qué brazo tan fuerte hubiera
 Qué aquí me obligara á entrar?

Dióme el retiro energía;
 Ya en fuerza y valor abundo.....

(Suená dentro una campana llamando á coro.)

¡Fuerza inútil y tardía!
 Convulsión de la agonía
 De quien muere para el mundo.

¿Escuchas esa campana?
Ella dobla por Inés,
Que ya ni rival ni hermana,
Su loca afición mundana
Vencida pone á tus pies. (*Póstrase.*)

DOÑA MENCIA.

Alza.

DOÑA INÉS.

Esa pared me ofrece
De un nuevo mundo la orilla:
Si de las pasiones crece
Al rededor la semilla
Dentro se agosta y perece.
Tú, en quien hoy la dignidad
Sagrada de madre acato,
Pide á la suma bondad
Para esta frente que abato
El don de conformidad.

DOÑA MENCIA.

¡Hija mía!

DOÑA INÉS.

La aversión
Que nos separaba esquivo
Espire en esta mansión,
Y hoy en el cielo se escriba
Nuestra reconciliación.

Nos abstenemos de presentar reflexión alguna sobre esta escena; el que no alcance á comprenderla, menos comprendería lo que sobre ella dijésemos. La siguiente entre los dos esposos es también de mucho efecto.

El desenlace es trágico y vigoroso por demás, sobre inesperado y sorprendente. Para muestra de lo primero sirvan estos versos, que el autor pone en boca de la delirante doña Mencía.

DON GONZALO.

Deja que alumbre la razón tu mente.

DOÑA MENCÍA.

Deja que al cielo blasfemante acuse,
Que con mi corazón juega inclemente.
Solo á un hombre hasta mí llegar consiente,
Solo por él inflama mi tibieza,
Y hallando su placer en mi congoja,
En los brazos del único me arroja,
Cuyo amor me vedó naturaleza.
Llena cielo enemigo tus furores,
Y acaba con un rayo mis amores.

La inquisición viene por último á coronar su obra, y la obra y la corona son dignas del artífice.

Para que todo concurriese en merecida ventaja del autor, la pieza ha sido desempeñada de un modo tan completo y satisfactorio, que aun á él mismo pudiera dejarle poco que desear. La Sra. Lamadrid (doña Bárbara) nos ha descubierto recursos de pasión y de exquisita sensibilidad que estábamos poco acostumbrados á ver en ella, y por las cuales le tributamos sinceros elogios, que por otra parte tienen bien merecidos la aplicación y el amor al arte de esta señora. La Sra. Díez ha estado admirable, delicada como siempre, y su voz pura y suavísima, variada con tanta riqueza sobre diversos tonos de sentimiento, ha cautivado de un modo indecible. La Sra. Díez es la flor de nuestros teatros y la delicia del público. El Sr. Latorre (D. Carlos) ha estado caballeresco y digno en todo el drama; y si hubiera puesto de su parte un poco más de efusión en algunas

escenas, nada nos hubiera dejado que desear. El Sr. Fabiani y la Sra. Llorente han desempeñado también sus papeles respectivos con suma naturalidad y soltura, y han merecido como de costumbre los sufragios del público. Y ¿qué decir del Sr. Guzmán, cuando todas las formas de la alabanza están apuradas ya respecto á el? No será mucho aventurarse por cierto, afirmar que la idea del autor ha quedado en un precioso relieve, desempeñada por tan distinguido artista. La escena española tiene que agradecer al Sr. Guzmán uno de sus laureles más verdes y frondosos. La empresa de teatros ha concurrido también eficazmente al brillo y lucimiento de la función, y nada encontramos que tachar en punto á verdad y aparato.

El público ha escuchado la pieza con sumo interés y atención, rompiendo al concluirse en sinceros y estrepitosos aplausos, y pidiendo á gritos la presencia del autor para manifestarle su viva simpatía. La modestia de este le ha impedido gozar semejante muestra de la pública aprobación, y aunque no podemos menos de alabar tal conducta, sentimos por otra parte que haya privado al público de tan justo desahogo.

Después de tan claros testimonios de alabanza, poco valor deberá tener nuestro humilde voto: sin embargo, no podemos dejar de emitirle. El Sr. Hartzenbusch ha presentado una idea altamente filosófica y social, ataviada con todas las galas del decir, con toda la música de una hechicera versificación y con todos los matices del sentimiento. Facilidad, soltura y brillante colorido en el diálogo; buen tono y verdadera sal en los chistes; verdad esmerada en las situaciones; dibujo correcto y natural en los personajes, y un mágico cendal de poesía cubriendo todas estas bellezas; tales son las principales dotes que campean en doña Mencía. Tiene además el mérito de haber localizado su obra exclusivamente en nuestro país, de habernos presentado nuestros antepasados con su propia fisonomía, con sus errores y sus creencias, y no es este pequeño mérito á nuestros ojos.

Todo el drama revela un estudio esmerado y lleno de conciencia de nuestra historia y de nuestro teatro antiguo, y ya que de esto hablamos, quisiéramos dar al Sr. Hartzenbusch un consejo que deberá agradecer, siquiera por la sana intención que le dicta. ¿Porqué no tomar de nuestro inmortal Calderón aquella trama tan complicada de sus dramas, aquel enredo prodigioso tan lleno de vida y de color, que apiña sin confusión los sucesos, que hace pasar á los personajes por infinidad de pruebas, presentándolos bajo mil fases distintas, y desarrollando de este modo los caracteres cumplida y satisfactoriamente? Si la sublime creación de doña Mencía hubiera pasado por más crisoles, tan tersa y reluciente hubiera salido, que sin duda el autor hubiera visto acrecentarse su nombradía, que tan alta ha quedado en esta ocasión. De todos modos esto no es más que una opinión particular de que el autor y el público harán el merecido aprecio.

Por lo demás, delante de una gloria tan apacible, tan serena, ¿qué son todas esas celebridades de un día, aborto acaso de mezquinos intereses, que pasan por delante de nuestros ojos, resplandecientes por ventura como un fuego fatuo del estío, pero fugaces y deleznales como él? Si algún día ha de llegar el otoño de la vida de los pueblos; si algún día ha de recoger la humanidad los frutos de su laboriosa juventud, la esbelta columna de la generosidad y del genio será en verdad el único monumento que enseñoree sus campos. Al llegar aquí no podemos resistir á la tentación de copiar un pasaje del célebre vizconde de Chateaubriand en su obra titulada *El Congreso de Verona*, que servirá de precioso remate á este pobre artículo: «¡Prestigio del genio!» exclama el hombre de la poesía, del poder y de los desengaños; «nadie se acuerda ya de nuestros discursos al rededor de la mesa del príncipe de Metternich: jamás oirá viajero alguno cantar la alondra en los campos de Verona, sin recordar á Shakspeare.»

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

NOCHE DEL 13 DE DICIEMBRE.

PRIMERA REPRESENTACIÓN DEL MACBETH, DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS, COMPUESTO EN INGLÉS POR WILLIAM SHAKSPEARE , Y TRADUCIDO AL CASTELLANO POR DON JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

ARTÍCULO I (*).

Difícil cosa es la situación de un escritor crítico, que haya de conciliar el respeto que se debe al público con el respeto que el genio reclama de fuero, cuando ambos respetos se contradicen en su conciencia. Sin embargo, si la situación es difícil, no por eso es menos clara para un hombre de fe, resuelto á sacrificar su propia reputación, si preciso fuere, á la opinión que le parezca más luminosa y más justa. Esta será siempre la norma de nuestros juicios, porque no somos en verdad de los que sacrifican la convicción propia al número ni al estrépito, al paso que la razón, por mezquino que sea su conducto, siempre nos encontrará dóciles y obedientes.

Cuando Shakspeare tenía que dejar la tabla de carnicero de su padre, donde el cuchillo que más tarde debía

(*) Publicado en el *Correo Nacional* el mes de Diciembre de 1838.

trocarse en el puñal de Melpómene, se empleaba en sangrar reses; cuando la balada satírica que fijó á la puerta de sir Thomás Lucy, le lanzaba á la miseria de Londres, donde guardaba los caballos de los caballeros (*gentlemen*) á la puerta de lo que entonces se llamaba teatro; cuando de la puerta pasaba adentro en calidad de sirviente, y desde aquí á actor, gracias á su pariente Black-Friars, actor también, y por último á sublime autor; cuando por esta serie de humillaciones pasaba, decimos, ¿tenía la conciencia de su genio, la fe de la inmortalidad de su fama? ¿Era desdén de su mágico poder, ó ignorancia de su alcance lo que le hacía exclamar en Hamlet: «¡Ah cielo! ¡muerto dos meses ha, y no olvidado todavía! En ese caso bien se puede esperar que la memoria de un hombre grande le sobrevivirá seis meses; pero, por la Virgen, que para eso será preciso que haya levantado iglesias; de lo contrario, que se resigne á que no se hable más de él.» En el teatro era buen tono entre los *gentlemen* jugar á los naipes, fumar volviendo la espalda á la representación, despedazar las cartas como si se perdiese una enorme suma y arrojarlas al proscenio, en tanto que la plebe silbaba, bebía cerveza y comía manzanas, cuyo corazón tiraba á los actores. Así apareció y vivió en el mundo este coloso, que se presenta al fin de la edad media como un gigante, que cierra para siempre las puertas de un castillo encantado. «El insulto de la fortuna, dice un célebre moderno (*), hizo dos cómicos de Shakspeare y de Molière, á fin de dar al último de los miserables el derecho de ultrajar á un mismo tiempo por algunos óbolos á dos grandes hombres y á sus obras maestras.»

Cervantes y Shakspeare vivieron por el mismo tiempo, murieron en el mismo mes, y quizá en el mismo día. El primero empujaba la sociedad á una época positiva, de razón y prosaica: el segundo aparecía como un bárbaro que quisiese hacer retroceder los tiempos y volver á los hom-

(*) Chateaubriand. *Essai sur la littérature anglaise, etc.*

bres al caos tenebroso de la edad media. Ambos pasaron pobres, desconocidos y menospreciados. ¿La hermandad del genio no podría traducirse por la hermandad de la desgracia?

La posteridad se ha sentado á juzgarlos sobre la losa de sus sepulcros, y ha sido justa; el soplo de los siglos ha pasado por su frente sin llevarse una sola hoja de su corona de laurel. Ambos han merecido estatuas y monumentos: pero ¿qué puede importarles? «¿Qué falta le hacen á mi Shakspeare para sus huesos venerados, dice Milton, piedras hacinadas por el trabajo de un siglo? ¿O es menester que esconda sus santas reliquias una pirámide de punta estrellada? (*) Hijo querido de la memoria, gran heredero de la gloria, ¿que te importà un testimonio tan deleznable de tu nombre, á ti que te has levantado con gran maravilla nuestra un monumento de larga vida?.... Permaneces sepultado en una pompa tal, que los reyes mismos anhelarían morir por tener semejante sepulcro.»

Toda esta gloria tan antigua, tan sólida, tan venerable, ha venido á naufragar en el teatro del Príncipe en su primera aparición. ¿Cómo ha podido tener lugar tan extraño suceso? Vamos á procurar explicarlo, sin que por eso nos lisonjeemos de conseguirlo: por lo demás de justificarlo creemos que nadie trate, y nosotros menos que nadie.

Shakspeare nació y vivió en una época, en que la sociedad pasaba de la oscura serie de los siglos medios á la era moderna. Las tradiciones caballerescas, junto con las más lúgubres y extrañas supersticiones, flotaban entre las brumas de la antigua Inglaterra, alrededor de sus blasonados castillos, á la orilla de sus lagos y en la espesura de sus famosos bosques. La sociedad estaba en una época de transición, y la sangre corría por todas partes. La reina Isabel arrojaba á los pies del poeta la cabeza de Essex

(*) Traducción literal. Fácil sería decir «cuya punta tocase las estrellas.»

después de la de María Stuardo: los Países Bajos eran el teatro de todas las desdichas inseparables de la emancipación de un pueblo con el duque de Alba por enemigo: en España multiplicaba Felipe II los autos de fe, y asesinaba á su hijo: principiaba Wallenstein en Alemania, y en Francia, tierra la más cercana de su país, se dibujaban á los ojos del poeta las matanzas de San Bartolomé. El genio, pues, de la época se encarnó en Shakspeare, y los dramas innumerables que se representaban en torno suyo, no solo le inspiraban los propios, sino que también ofrecían asuntos sin número á Schiller, Otway, Corneille, y Alfieri, herederos de su arte. Así que, este arte, como reflejo exacto y fiel de la época, debió de ser por necesidad grande, salvaje y lúgubre como ella.

En aquella creciente de pasiones, de supersticiones y de crímenes, la imaginación del poeta solo podía divisar figuras grandes y severas, espectros, brujas, y espíritus maléficos, arrastrando consigo al abismo aquellas vírgenes inocentes y puras, que se le aparecían á veces con sus amores de ángel; vagas sombras osiánicas, pálidas y leves como un rayo de la luna. Todos los misterios del alma, todos los enigmas del corazón debían de presentarse claramente á la vista del poeta con sus fieros combates ó con sus apacibles armonías, en un tiempo y en una sociedad, en que la fisonomía moral de los hombres era tan enérgica y pronunciada, ora en sus impulsos más elevados y sublimes, ora en sus ridículos y flaquezas. ¿Cómo, pues, pedir serenidad y terso y unido curso á este torrente que nacía en las asperezas de las montañas, que caía despedazado de roca en roca, y que solo en algún valle misterioso y escondido podía mostrar sus ondas cristalinas y sosegadas? ¿Cómo sujetar los vuelos de esta águila altiva á la voz de un alconero? ¿Cómo encerrar en la prisión de las reglas á este Sansón, que tenía fuerzas de sobra para cargar con sus puertas, y hasta para lanzarlas contra las murallas enemigas? Así que, sería soberanamente injusto medir la estatura del coloso con el anteojo clásico que apenas puede re-

correr uno por uno los detalles de una obra de arte, para que sea capaz de reunir en su foco el imponente conjunto de tan altas creaciones.

Supuestos todos estos preliminares, ¿habrá quien crea el teatro de Shakspeare adaptable en un todo á nuestra época, á nuestras creencias, á nuestras costumbres y civilización? juzgamos que no: y juzgamos asimismo que nadie dista más de esta idea que el laborioso traductor de Macbeth. Las nieblas de la Escocia, su naturaleza agreste, sus magas, sus apariciones y el carácter abstracto y visionario de los hombres de aquel tiempo, distan en verdad infinito de nuestro sol de fuego, de nuestro cielo azul, de nuestros campos aromáticos, de nuestro desenfado y del giro casi del todo exterior y desenvuelto de la imaginación meridional. Hay muchas disonancias en las exterioridades del dramático inglés y de nuestros opulentos dramáticos, para soñar nunca en ajustarlas estrechamente á nuestro modo de sentir. Hasta este punto creemos que todos estamos acordes.

Pero ¿es un lujo vano de exterioridades y apariencias lo que compone la grandiosa creación de Macbeth? ¿No consiste el mérito indisputable de Shakspeare (y le llamamos indisputable, porque clásicos y románticos están de acuerdo sobre él) en el estudio profundo, penetrante y sin igual del corazón humano, de sus vaivenes y combates? y la actividad, la vida, el poder de este corazón ¿no son en el fondo los mismos en todos los hombres y en todos los países? ¿los amores de los hijos del primer hombre se diferencian en la esencia de nuestros amores? La fraternidad, la caridad, la filantropía, todos los sistemas que la filosofía ha podido bosquejar, que la religión ha desenvuelto y animado con su inspiración y con sus colores, ¿tienen otro nacimiento por ventura que la uniformidad de los sentimientos del hombre?

El Evangelio, cuyo impulso libre, social y civilizador por todos es reconocido, ¿no fuera una teoría semejante á los torbellinos de Descartes si los hombres no tuvieran un

elemento primitivo, idéntico y común? Y suponiendo, como todos suponen, en Shakspeare la inteligencia, la dominación de este elemento, ¿podrá negarse, desconocerse siquiera el influjo de su poderosa poesía en cualquier país que sea? Sin duda alguna, que lunares de mayor cuantía afean á veces el magnífico semblante de su musa; pero aun calculando matemáticamente ¿no son más y mayores sus bellezas que sus defectos? ¿No debiera esto haber bastado para contener á una gran parte del auditorio en los límites de un respetuoso silencio? ¿Tan poco puede en ciertas gentes el sentimiento de lo grande, que no les merezca veneración alguna la santidad de una memoria, que ha atravesado las tinieblas de los tiempos resplandeciente y sublime, y que alumbrará siempre al mundo del arte y de la belleza? La duda, la indecisión y hasta la frialdad del público la hubiéramos comprendido y quizá aun disculpado; todo lo demás ha sido para nosotros una sorpresa dolorosa, y lo creemos sucedido en mengua del criterio nacional. Shakspeare ha visto tejer coronas á su busto venerable bajo el hermoso cielo de la Italia; Alemania entera se entusiasma y conmueve con los héroes de nuestro Calderón, y nosotros hemos negado hospitalidad en el suelo de este mismo Calderón al príncipe de la literatura dramática.

Ocupémonos ya en el examen de las principales bellezas de Macbeth, puesto que ni los límites de un artículo de periódico, ni nuestra capacidad nos permiten hacer una reseña circunstanciada y completa de todos sus rasgos notables.

Entre los muchos personajes que desenvuelven y llevan á cabo esta obra, no hay uno siquiera que se asemeje al otro: todas sus fisonomías son peculiares y exclusivas; todas sus acciones y palabras son completamente distintas. ¿Cuándo los misterios y la gradación del crimen se han personificado de un modo tan cabal, tan filosófico y profundo como en Macbeth? ¡Qué criatura tan noble, tan valerosa y tan sencilla, hasta que el oráculo maldito comienza á derramar en su alma las tinieblas de la ambición! y desde

este primer vislumbre de delito ¡cuántos y cuán acerbos combates hasta lanzarse en su abismo! y después de lanzado ¡qué desenfreno, qué resolución y qué amargura! qué sola y árida está el alma de Macbeth al fin del drama, cuando abandonado de todos, exclama;

La flor de la senectud
Cuyo aroma es la obediencia,
Respeto en la juventud;
Y de provecta virtud
Honores y reverencia

No guarda para mí el mundo,
Ni me guarda un pecho amigo;
Maldecir solo iracundo,
Alto no, pero profundo;
Y oculto hálito enemigo;
Y fe que el labio pregona
Y desmiente el corazón,
Circundarán mi corona;
Mientra el pavor la festona.....

Y más adelante al saber la muerte de su esposa:

Tránsito prematuro:
Murió muerte temprana.....
Mañana..... ¡Sí! ¿Tal vez ese *mañana*
No se arrastra con paso imperceptible
Y se encarna en el *hoy* de cada día?
Las horas le abren vía
Hasta los lindes últimos del tiempo,
Todos nuestros *ayeres* alumbraban,
Mientras raudos pasaban
Con su luz moribunda,
Por el sendero de la huesa inmunda.
¡Afuera, luz umbría,
Afuera! huye de mí.....

Macbeth es el hombre que mira con amor á la inocencia y cree en su perfume; pero que una vez perdida, camina sin volver la vista atrás, y solo tiene fe en la fatalidad y en la muerte.

Lady Macbeth es un carácter criminal á sangre fría, una de esas contradicciones de la naturaleza, que se complace en esconder bajo el seno mujeril algunas veces un corazón dotado de toda la fuerza de la perversidad y de la ambición. Horrible es en verdad el contraste de su serenidad y previsión con el delirio de Macbeth después de cometer el delito, y aquella serenidad de lavar con unas gotas de agua todas sus huellas y vestigios. Pero ¡qué idea tan sublime la de presentar esta alma diabólica, presa de los remordimientos y del crimen á la vez, en la horrible escena del sonambulismo, doloroso apéndice de una vida más dolorosa todavía y que se va á acabar muy en breve! Esta escena sola equivale á un drama, y es preciso toda la elevación del genio para concebir y trazar semejantes rasgos.

Macduff, que es un personaje secundario al lado de estos dos, aparece sublime como padre cuando Rosse le cuenta la muerte de su esposa y sus hijos.

MACDUFF.

¿Y así acabaron
Mis hijuelos también?

ROSSE.

Esposa, hijos,
Tus comensales todos y criados.

MACDUFF.

¡Y no estaba yo allí! ¿También mi esposa?

ROSSE.

Ya lo he dicho.

MALCOLM.

Macduff, juntos hagamos
De espantosa venganza medicina
Para curar tu pecho emponzoñado.

MACDUFF.

¡Macbeth no tiene hijos!

Este rasgo está aislado, y no tiene par en el mundo dramático, salva, no obstante, la opinión de no pequeña parte del público que juzgó conveniente acogerle con risas, derecho que no disputamos, puesto que se compra por la módica cantidad de dos pesetas.

El carácter de Banquo, severo, reservado y leal, es también una muy afortunada creación, y no se desmiente en un punto. No hablamos de los demás personajes, porque el drama gira sobre éstos principalmente, y no tenemos espacio por otra parte para señalar sus bellezas con detención.

Hemos oído decir á personas que nos merecen respeto, que de todas las creaciones de Shakspeare, Macbeth es la menos adaptable al teatro en general y sobre todo á nuestra escena. Podrán tener razón, pero lo que firmemente creemos es que en ninguna se ha desplegado el genio de Shakspeare de un modo más atrevido y más completo. Aquella es la Escocia que el autor tenía delante: aquellas son las brujas que espantaban á las gentes crédulas y sencillas: aquellas las sombras en que imaginaciones meditabundas personificaban el remordimiento, aquel es, en fin, el mundo de desorden y de barbarie que se reflejaba en la

fantasía del poeta. En ninguna pieza es Shakspeare tan idéntico á sí propio y á su época como en Macbeth.

«Shakspeare se cuenta en el número de los cuatro ó cinco genios que han bastado para nutrir el pensamiento; de esos genios madres que parecen haber parido y amantado á todos los demás. Muchas veces se reniega de estos maestros supremos, y se rebelan las gentes contra su autoridad: se les acusa de pesadez, de extravagancia y de mal gusto, sin perjuicio de robarles al paso para engalanarse con sus despojos; pero es en vano el forcejear y el reluchar bajo su yugo. Todo se tiñe con sus colores; por do quiera se estampan sus huellas; abren horizontes de donde brotan oleadas de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil, y sus obras son minas inagotables en las entrañas mismas del espíritu humano.

«Semejantes genios ocupan la primera línea: su inmensidad, su variedad, su fecundidad, su originalidad les dan á conocer desde luego por leyes, por ejemplares, por tipos de las diversas inteligencias. Y cuenta con insultar los desórdenes en que algunas veces caen estos seres potentes: no imitemos á Cham el maldito: no nos riamos si encontramos desnudo y dormido á la sombra del arca, varada sobre los montes de Armenia, al único y solitario marinero del abismo. Respetemos á este navegante diluviano en que comenzó de nuevo la creación después de agotadas las cataratas del cielo: piadosos hijos bendecidos por nuestro padre, cubrámosle honestamente con nuestro manto.

Quando Chateaubriand bosquejaba este brillante trozo, ¿le predeciría el instinto del genio que en alguna parte había de ser necesario?—En un próximo artículo hablaremos de la representación y de la traducción de este drama.

ARTÍCULO II.

Nos reservamos en el artículo anterior tratar en uno aparte de la representación y traducción de *Macbeth*. La aparición de esta obra forma época en nuestro repertorio teatral, y es un suceso que merece detenimiento y medida: así que con medida y detenimiento le trataremos.

El primer pensamiento que naturalmente se le ocurre á cualquiera es la incompatibilidad de nuestros medios teatrales con la pompa y lucimiento que debe acompañar á piezas de tamaña altura, porque en realidad, supuesto el esmero y el lujo con que en los demás teatros de Europa, y especialmente de Inglaterra, se decoran tales dramas, la pretensión de ajustar á Shakspeare á nuestra escena, sería tan ridícula como la de acostar á un gigante en la cuna de un niño. Esto ha valido á la empresa y al traductor murmuraciones de parte de algunas gentes: esto, sin embargo, es lo que les vale á los dos nuestro sincero apoyo y alabanza.

Convencidos como lo estamos de que la creación y desarrollo de los medios está en proporción de las necesidades que se van creando, somos de opinión que se debe de mostrar gratitud á cualquiera que desenvuelva el gusto y ensanche los deseos de nuestro público. Indudable cosa es que muchos de los dramas que en los últimos tiempos han llamado la atención, han aparecido con ropajes poco dignos de su mérito y clase; pero no lo es menos que sin su aparición, y sin las condiciones que forzosamente requerían, nuestra escena permanecería tan desnuda y falta de aparato como antes. Cualquiera que haya podido ver el desaliño y pobreza con que se han presentado las obras más majestuosas de nuestro teatro antiguo, y las compare

con el esmero y buen gusto, que merece en general la traducción más mezquina, no podrá menos de hacer justicia al adelanto que en sí encerraba aquella pretendida inconsecuencia.

En estas cortas líneas nos hemos ceñido á la parte material y puramente exterior que tiene en el progreso del arte la traslación de dramas de escala tan elevada á nuestra escena: la parte moral, empero, es inmensa; y si hubiéramos de demostrarla cual se merece, fácil cosa fuera llenar un volumen. Así que, nos limitaremos á decir que el lazo más firme, más duradero y más social de los pueblos entre sí, es el conocimiento universal de las obras maestras que esclarecen su literatura respectiva. Cuando los pueblos pueden comparar la expresión recíproca de sus sentimientos; cuando pueden ver la analogía cada vez más pronunciada de su fisonomía moral; cuando alcanzan á divisar la dirección convergente de los caminos por donde peregrinan sus grandes hombres, que reconcentran y reflejan su civilización y sus costumbres; grandes son ya los pasos que han dado por la senda de la perfectibilidad y del progreso. Solo de este modo se pueden ir modificando los gérmenes de individualismo y de aislamiento que separan todavía á las naciones; solo de este modo podrá acercarse más cada día el linaje humano al término de descanso, de paz y de unión que le aguarda al fin de su trabajada y dolorosa carrera.—Tratemos ya de la representación.

Shakspeare está solo entre todos los escritores dramáticos: nadie ha sondeado el corazón humano, como él con su mano poderosa y su vista de águila. Shakspeare era desconocido en España más allá del reducido círculo de los hombres de letras, porque la manca y descabalada traducción del Hamlet, que debemos al ilustre Moratín, no da idea siquiera aproximada del género sublime del Eschylo inglés. Nuestros actores, de consiguiente, se han visto en medio de un mar desconocido, sin más brújula que el sentimiento en general, y sin más guía que su talento; posición por cierto bien desventajosa, y en la que por lo tanto es ya so-

brado mérito vencer los principales obstáculos. En nuestro entender se ha hecho algo más que esto por parte de algunos actores; y escenas ha habido á la altura quizá del original.

El Sr. Romea ha hecho esfuerzos muy laudales durante todo su difícilísimo papel, y la escena de más empeño, la del asesinato del rey Duncan, ha estado llena de interés, de zozobra y de tinieblas. Aquella visión del puñal, aquella vaguedad tan lúgubre, que algunos han creído sutilezas incompatibles con la pasión, sin hacerse cargo de que tal es la verdad, y toda la verdad de las imaginaciones del Norte; aquel combate sin fruto; todo esto, decimos, si no ha tenido en boca del señor Romea el colorido sombrío y local, digámoslo así, que hubieran podido darle un Garrick, un Kemble, ha salido por lo menos correctamente dibujado y con una actitud firme y vigorosa. La terrible escena en que la sombra de Banquo viene á turbar el regocijo criminal, y por lo tanto triste, del festín de Macbeth, ha encontrado asimismo en el señor Romea un excelente intérprete, y ha producido muy buen efecto por lo que á él toca. En las escenas del acto último, tan opacas y llenas de amargura, le hemos encontrado más cabal y más completo quizá que en ninguna otra: y el abandono y la desesperación hace tiempo que no encuentran acentos tan verdaderos y arrancados del alma. Los versos que copiamos en nuestro primer artículo adquieren en su boca una nueva vida y animación. En general se puede decir que si el señor Romea no ha estado en este papel tan afortunado y sublime como en otros, este primer ensayo en el difícil género de Shakspeare le hace sumo honor, y prueba que sus esfuerzos pueden rayar muy alto en adelante. Los estudios del señor Romea como actor y como literato son conocidos y apreciados del público, y su alma de poeta está templada para grandes cosas.

Vamos á hablar de la señora Díez, y sentiremos á fe pasar plaza de poco galantes con una tan linda criatura; pero el sincero aprecio que hacemos de sus talentos nos

obliga á decirle la verdad. Su alma delicada y tierna solo ha podido elevarse en contados momentos á la altura del carácter atroz de Lady Macbeth. En la escena, por ejemplo, del asesinato del rey, una de las mayores bellezas del original es el contraste de la resolución implacable de Lady Macbeth con las dudas y la debilidad de su esposo, y la señora Díez estaba casi tan agitada como él, de modo que en tan importante escena su papel estuvo falseado en gran parte. Esta interesante actriz hubiera llenado de magia, de armonías y de encanto los papeles de Julieta, de Desdemona, de Cordelia y de otras mil creaciones aéreas y puras que embellecen las obras de Shakspeare, y su mala estrella le ha obligado á luchar justamente en su beneficio con las dificultades de un papel que no es de su carácter. Sin embargo, sería hacer traición á la franqueza con que nos hemos propuesto hablar á tan aventajada artista, el pasar en silencio la escena sublime del sonambulismo. Aquellos movimientos maquinales, aquellos ojos fijos y secos al parecer como los de un cadáver, aquella incoherencia horrible de pensamientos y de palabras, aquellos suspiros arrancados del fondo del alma, taladran el corazón y hielan la sangre en las venas. Creemos que la misma Mrs. Siddons no hubiera realzado más esta escena.

El señor Luna estuvo casi siempre inferior á su papel de Macduff, y sentimos no poder elogiarle como otras veces lo hemos hecho. Sobre todo en la sublime escena que hemos ya citado, desplegó poco calor, si bien le disculpamos, porque las carcajadas y rechiflas que acogieron desde el principio este pasmoso rasgo con gran ofensa del sentido común, hubieran sido poderosas á helar á una ánima del purgatorio.

El señor Sobrado ejecutó con acierto sostenido y cabal el papel de Banquo, y el señor Romea (don Florencio) también ejecutó con naturalidad, soltura y buen gusto, el suyo de Malcolm. De los demás, excepto los dos asesinos, solo podemos decir que desplegaron mucha medianía, y aun hubo bastantes que ni á eso llegaron siquiera.

La empresa ha mostrado un celo que le hace sumo honor, sobre todo, cuando tan cercano está el término de su contrata. Se han pintado dos decoraciones, ambas de muy buen efecto, se ha aumentado la orquesta y se ha hecho todo lo posible por vencer la estrechez de nuestros medios. El coro de las brujas, á pesar de estar mal ejecutado por los cantantes, y no bien acompañado por la orquesta, hace mucho honor al distinguido compositor don Basilio Basili; la originalidad y filosofía, que en este coro se notan y que tan bien revelan la situación para que está escrito, hacen de él una obra maestra en su género, y el público al aplaudirlo hizo justicia á su mérito. Los trajes de los actores han sido en general de mucho gusto y lucimiento, sobre todo los de la señora Díez y señores Romea, Luna y Sobrado.

De intento nos hemos reservado el último lugar para hablar de la traducción. Ardua es la tarea para quien por desgracia suya conoce tan poco á fondo la lengua de Shakspeare que no puede en conciencia aventurar un juicio propio; pero deseosos de salvar en lo posible esta dificultad hemos consultado á personas de respeto que saben casi de memoria el original, y hemos oído también hablar á ingleses bastante conocedores de nuestro idioma. Su juicio, pues, es el que damos al público acompañado de nuestra persuasión y asentimiento.

Según él, la traducción es esencialmente fiel y verdadera; y el genio de la lengua inglesa y sus giros vigorosos y difíciles están copiados, sino en toda su fuerza y precisión, á lo menos en su exacta significación y sentido. De lo que podemos dar al público un testimonio personal, es de la prolija laboriosidad y severa conciencia que han presidido desde un principio á este trabajo: por lo demás las repetidas pruebas que ha dado el señor García de Villalta de sus extensos conocimientos en la literatura y lengua inglesas, eran precedentes muy honrosos para su obra.

Además de las muchas dificultades de la versión de una obra maestra á una lengua que, derivada de distinto tronco, tiene poca analogía con las frases y modismos de la pri-

mitiva, el señor Villalta ha tenido que luchar con los inconvenientes de la metrificación. No es esto decir que en todas partes los haya vencido, porque hay varios trozos de versificación débil y poco armoniosa; pero hay otros muchos también en que campea facilidad, elegancia y número. Sirvan de ejemplo, además de los versos citados en el primer artículo, los siguientes de la escena del asesinato del rey.

MACBETH.

Yo pensé que oía fúnebres acentos
Diciendo: ¡despierta! ¡despierta! ¡traición!
Macbeth asesina al sueño inocente:
Al sueño que trenza con piadoso afán,
Las hebras confusas que en la humana mente
Cuidados y penas marañando van.
Asesina al sueño, muerte cotidiana;
Del trabajo duro baño calmador
Bálsamo que al alma contristada sana;
Del festín de vida sabroso licor.

LADY MACBETH.

¿Pero qué pretendes?

MACBETH.

Y luego decía
La voz con más fuerza, doblando el gemir,
»¡Despierta! el de Glamis mató al que dormía
Y el de Cawdor nunca podrá ya dormir.

Y más adelante:

MACBETH.

Así me place. Su rebelde mano
No alzaré la traición, sino levanta
El bosque de Biernan del verde llano
La eternamente soterrada planta.

Si la traducción no es en todas partes igualmente armoniosa, está por lo menos escrita en un castellano correcto y purísimo, mérito no pequeño á nuestros ojos en cualquiera obra de esta clase.

Grande es el servicio que el señor Villalta ha prestado á la literatura nacional, dando á conocer á Shakspeare en su original belleza. El respeto que ha manifestado á las faltas mismas del grande hombre, sacrificándole á ciencia cierta probabilidades no mezquinas de buen éxito para con el público, hace mucho honor á su conciencia literaria. En realidad la pretensión de cercenar, corregir ó refundir aun los defectos del genio, es á nuestros ojos la más ridícula de las pretensiones. El señor Villalta ha abierto un nuevo mundo de poesía y de sensaciones dando á conocer en nuestro idioma el genio inglés en toda su pompa salvaje y espléndida; la imaginación de la juventud puede volverse á este nuevo horizonte del arte, sin perder por eso nada de su desarrollo espontáneo y nacional, y está en disposición de beber en tales fuentes ese carácter de profundidad y de filosofía que el siglo reclama para las obras de imaginación. Por el lugar bien que subalterno que nos cabe en esa juventud, que aquí y en todas partes forma el porvenir y la esperanza de los pueblos, y cumpliendo con el deber de escritores públicos, ofrecemos el sincero testimonio de nuestra gratitud al literato que ha trazado esta nueva senda para llegar á lo grande y á lo sublime, únicos placeres reales que puede el hombre gozar sobre la tierra, y que le recuerdan su noble y elevado destino.

POESÍAS DE D. JOSÉ ZORRILLA.

JUICIO DE ESTA OBRA (*).

La huella que las poesías del señor *Zorrilla* dejan en el campo de nuestra literatura, es harto profunda para merecer solo una mirada indiferente ó fugitiva; y si nuestros esfuerzos bastasen á mostrarlas tales como son y á juzgarlas con toda la imparcialidad que merece un talento esclarecido á los ojos de todos, grande había de ser por cierto nuestra satisfacción. De todos modos, si no acometemos la empresa con prendas tan seguras de buen éxito, no será el deseo de hacer justicia y el de acertar el que nos falte por lo menos.

Habiendo de proceder con algún método y concierto en el análisis de esta obra, parécenos lo más acertado examinar el orden de ideas que la sirven de fundamento, ó lo que es lo mismo, su *escuela*. Poco partidarios somos por nuestra parte de esa división de escuelas, que ha convertido durante algún tiempo en campo de Agramante el campo de la literatura; porque en nuestro entender solo hay *bueno* y *malo* en las bellas artes; y ni el desorden del vuelo poético bastará á escudarle contra el justo criterio de la lógica, ni la mezquina y fría imitación hará vibrar nunca las cuerdas del sentimiento. La inspiración más sublime y levantada del genio forzosamente ha de corresponder, para

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Setiembre del año 1839.

ser sentida y comprendida, al orden de nuestras ideas y sentimientos; y forzosamente también nuestro corazón y nuestra alma, educados y formados en creencias grandes y severas, habían de romper esas trabas ruines que aprisionaban el vuelo del espíritu y que, si para otras generaciones habían podido ser holgados y espléndidos ropajes, habíanse convertido para nosotros en estrechas é insoportables ligaduras. ¿Qué significa en efecto la Venus de Homero, delicia y fascinación de los sentidos, con su cintura encantada, delante de la Virgen del Apocalipsis, *vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas*? La melancólica y sentida aparición de Hector en la Eneida ¿podrá compararse con estas palabras del libro de Job?

«En el horror de una visión nocturna, cuando un profundo sueño suele ocupar los hombres, un espanto y un temblor se apoderó de mí, y todos mis huesos se estremecieron: y pasando por delante de mí un espíritu, erizáronse los pelos de mi carne. Paróseme delante uno cuyo rostro no conocía, una imagen delante de mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible.»

Cuando las creencias religiosas ó sociales se alteran es imposible que la expresión de estas creencias no mude al mismo tiempo de forma; es imposible que las nuevas ideas no revistan formas nuevas también. Y no se diga que lo que hacemos es consignar hechos nada más, porque estos hechos suceden necesariamente, tienen su explicación en las leyes de nuestra naturaleza y en las condiciones de nuestro modo de ser, y son, por último, irrefragable testimonio de la unidad de la especie humana que obedece siempre á un mismo impulso, cualquiera que sea la zona del globo en que se le imprima.

Así que, nosotros aceptamos del *clasicismo* el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época; sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del *romanticismo* aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo empe-

ro, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar; y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneos, y no fosfórico resplandor, que luzca vistoso un instante para apagarse apenas le toquen.

Y si variamos de época, añadiremos que aceptamos el clasicismo por entero entre nosotros durante todo el siglo XVIII, como una idea poderosa de orden y de disciplina, única capaz de corregir la anarquía y confusión que se introdujo en la literatura hacia la postrera mitad del siglo XVII; y que aceptamos el romanticismo aun con sus extravíos á principios del siglo presente, como único medio de emancipar el genio de las injustas cadenas de los reglistas.

Por lo demás, la idea de que el talento, cualquiera que sea la bandera en que se aliste, tiene siempre una misión privilegiada y bienhechora en la marcha general de la humanidad, es harto más social y fecunda que esas mezquinas rencillas literarias, que bullen en un círculo más mezquino que ellas todavía. ¿Por qué no mirar como hermanos á Sófocles y Shakspeare, á Calderón y á Molière, á Byron y á Cervantes, cuando Dios puso en la frente de todos la estrella rutilante del genio? Preferir la discordia á la armonía, es idea digna tan solamente del Satanás de Milton en acecho de las delicias del Paraíso.

Sentada nuestra opinión sobre la filosofía de la literatura, nos ceñiremos ahora á las poesías del señor Zorrilla, y no saldremos ya de ellas.

Fácilmente podrán presumir nuestros lectores que un joven de una fantasía poderosa, rica y ardiente se inclinaría desde sus primeros pasos á la escuela que más campo ofreciese á su inspiración y más espacio á los vuelos de su alma; así es que el señor Zorrilla fué desde luego *romántico* para conformarnos con la denominación. Sus primeros versos hicieron alarde de esa brillantez y gala desconocida de Calderón acá, de esos vuelos fantásticos y caprichosos, de esa novedad y atrevimiento de imágenes, y de esa música exquisita de la versificación ora apagada, dulcísima y me-

lancólica; ora robusta, vigorosa y resonante según los objetos sentidos ó descritos, que tanta magia derraman en esta colección poética.

Sin embargo, como el autor apenas salía de la niñez cuando comenzó á caminar por la senda de la reputación y de la poesía, sus primeros pasos hubieron de resentirse precisamente de la incertidumbre, que acompaña á todos los viajeros al principio de un camino desconocido. Durante el primer tomo se trasluce, en efecto, ese trabajo ímprobo y puramente interior de un poeta, que busca terreno á propósito para construir el palacio donde han de morar sus ilusiones y su nombre, y que cargado con el peso de su inspiración, no encuentra un lugar de preferencia en que depositarla. Su poesía, que en todas partes se desliza sonora, fácil y abundante, campea con más vigor en unos trozos que en otros, y deja traslucir que el aliento de la inspiración no en todos es igual. Por ejemplo en la composición á *Toledo*, en los *Recuerdos de Toledo*, en una de las *Orientales*, en la *Noche de invierno*, brotan los versos espontáneos, sentidos y verdaderos siempre, al paso que en la composición á *una mujer*, en los fragmentos á *Catalina*, en *Ella y El*, se echa de ver una impresión menos profunda, reflejada de consiguiente con un tanto de palidez. La composición á la *Estatua de Cervantes* es severa, enérgica en su expresión, transcendental en su objeto y bellísimamente versificada; sin embargo, ni es la mejor del señor Zorrilla, ni la mejor del tomo. Esta clase de composiciones filosóficas, en su concepto, en su desarrollo y en su tendencia, reclaman un fondo de madurez y de reflexión, que rara vez ó nunca acierta á ser el patrimonio de los pocos años; y aunque el señor Zorrilla ha ofrecido en esto una prueba bien clara de la precocidad de sus disposiciones, el hecho es que su vuelo no ha sido en esta ocasión tan igual y sostenido como en otras.

En todo el tomo, según hemos indicado, se echa de ver cierta indecisión y falta de unidad en el conjunto; testimonio irrefragable de que el autor no había sondeado deteni-

damente su alma, ni enderezado un viaje á término fijo. El género descriptivo no obstante está manejado, si no con la perfección que en los demás tomos, con extraordinario vigor y lozanía, y parece prometer la justa predilección que el autor le ha concedido después, con tanta ventaja de su buena opinión. Fuera de esto hay varias composiciones, que en rigor no pueden llamarse cuadros por la falta de unidad en su plan, y que más bien se asemejan á una porción de lindísimos arabescos dibujados sobre un fondo brillante y de sumo efecto.

En el segundo tomo ya ha tomado tierra el poeta, y puede adivinarse que sus excursiones al país de la inspiración se harán con más conocimiento del terreno, y con la certidumbre de volver á lugar seguro. *El Día sin sol* es una composición llena de aliento y de calor; un tanto desigual, es verdad, pero rica de descripciones de inmensa gala y lozanía, y tocada en varios trozos con una delicadeza y gracia infinitas. Sin embargo, el cuento de *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*, *La sorpresa de Zahara* y á *Buen fúez mejor testigo*, son á nuestro entender los pasos más firmes y más fecundos en resultados que el señor Zorrilla ha dado en su carrera literaria. En todos ellos se ve el poeta nacional inspirado á la vista de los lugares, verdadero, rico como nuestro cielo, desenfadado y noble como nuestros caballeros, dramático en los diálogos, y lírico y opulento en las descripciones. Desde entonces ha tomado esta clase de poesía en su pluma el carácter local que reclamaba, y que tanto había de realzarla; el marco con que la ha ceñido el autor, le ha hecho ganar en precisión y en vigor, viniendo á ser de este modo tan clara y tan distinta la impresión, que deja á el alma completamente satisfecha.

El segundo tomo es el pedestal del poeta, pero en el tercero la estatua ocupa ya su pedestal. Abrese el volumen con una composición á Roma, en que se trasluce algo del nervio de Horacio y no poco de la severidad y filosofía de Tácito; composición en nuestro dictamen más completa ya

y más madura que la que antes citamos del tomo primero á la Estatua de Cervantes. Sin embargo, donde más alto aparece el vate, es sin duda en los versos *Al último rey Moro de Granada, Bobdil el Chico*.

Hasta aquí reconocía todo el mundo en el señor Zorri-lla un admirable poeta descriptivo; pero nadie juzgaba tan poderoso su corazón como su fantasía; juicio fundado en verdad, pues que los cuadros que nos había trazado de los vaivenes y misterios del alma, más eran indicaciones y bosquejos, que no obras de filosófica y esmerada composición. Faltaba á sus poesías esa intimidad (permítasenos la expresión) que parte de un corazón para apoderarse de otro, faltábale esa simpatía inexplicable y profunda, que nos identifica con los ajenos males; pero en *El último rey Moro de Granada* el poeta es oriental y magnífico en la descripción de la *perla de Oriente*; es el poeta de la guerra en boca del caballeresco Muza; es, en fin, el poeta del infortunio, el intérprete de los dolores del destierro en aquellos desdichados moros, que iban á esperar en las africanas arenas la *vuelta de las golondrinas*, que tornaban de los campos de la patria. El poeta, por una dichosa combinación, ha sabido atesorar toda la esplendidez de la fantasía y todos los misterios de la desventura en estos versos, que durarán tanto como el gusto de lo bello y de lo verdadero. El mayor elogio que de ello podemos hacer, es insertar una muestra al fin de este artículo. (*)

La composición más notable que encierra el tomo tercero después de las ya mentadas, es la dirigida *A una Calavera*. Sin embargo de aceptar, como aceptamos, toda clase de inspiración, porque estamos íntimamente convencidos de que la poesía no es otra cosa que el reflejo del sentimiento, no excita nuestra simpatía este género desconsolado y amargo, que despoja al alma hasta del placer de la melancolía, y anubla á nuestros ojos el porvenir más

(*) Véase al final del mismo el *fragmento* á que se refiere.

dulce, el porvenir de la religión. Por lo demás, la composición nos parece tocada con franqueza y valentía y de sumo efecto.

El tomo cuarto nada añade á la fama del señor Zorrilla como poeta lírico, porque si bien *Las Hojas Secas* ostentan rasgos delicados y de exquisito gusto, se queda muy atrás de los versos al último rey de Granada. Como poeta dramático, no es este ya el lugar de juzgarle por el corto espacio que nos resta, y porque debiendo representarse en breve su comedia *Más vale llegar á tiempo que rondar un año*, nos reservamos para entonces su juicio. Del capricho dramático que está al fin del primer tomo, solo diremos que es un juguete, y que la crítica no debe ensañarse en él.

Hemos acabado el análisis de las obras del joven Zorrilla, tal como lo permitía la estrechez de este artículo; réstanos hablar de sus bellezas y defectos, y de su tendencia filosófica. De las primeras dejamos indicadas no pocas: brillantez de colorido y brillantez de imágenes, armonía exquisita en la versificación y verdad extraordinaria en las tintas locales; tales son las principales dotes que adornan esta colección.

En cuanto á defectos ha tenido nuestro joven autor algunos en el principio, que el tiempo y la reflexión han ido corrigiendo después. Echanse entonces de ver algunas veces imitaciones de Calderón, sin considerar que los *conceptos* pasaron con la época de sutileza teológica que los engendrara; y hay además ciertas pretensiones de metafísica, que no cuadran bien con el carácter desenvuelto y exterior de su poesía. Tiene también el señor Zorrilla el defecto de apenas corregir esos versos que brotan de su pluma con inagotable fecundidad, y que no siempre encierran ideas dignas de su armoniosa cadencia. La crítica juzga de las obras, no por su número, ni menos por el poco tiempo que en ellas se gasta, sino por las bellezas que contienen y por la significación que encierran. Otras veces le sucede á nuestro vate repetirse á menudo; consecuencia indispen-

sable de la desproporción que ha de existir entre sus pensamientos y numerosos escritos: desproporción irremediable, por otra parte, atendidos sus cortos años y sus larguísimo trabajos. Si la situación de los literatos no fuese excepcional de todo punto en nuestro país, le dirigiríamos un cargo por esa fecundidad excesiva de su musa; pero nos libraremos muy bien de echarle en cara una cosa que tal vez deplora él como nosotros.

La tendencia filosófica de estas poesías, incierta y vaga en un principio, ha venido á resumirse en el propósito de levantar y rejuvenecer nuestra nacionalidad poética, de sacar del polvo nuestras tradiciones, y de restituírnos en lo posible ese espíritu caballeresco y elevado, que hemos perdido con las glorias que nos le aseguraron; pero cuyo germen todavía descansa en nuestro corazón. En este sentido parécenos muy laudable y muy digna la tarea de nuestro trovador; pero tampoco quisiéramos que perdiese de vista el porvenir. El águila del genio debe remontarse al cielo, antes que despunte el día, para ver primero que el mundo asomarse el sol por entre las tinieblas de la noche; y uno de los más bellos privilegios de los grandes poetas ha sido en todas ocasiones, el de abrir y allanar el camino á épocas más cultas y más gloriosas.

Las poesías del señor Zorrilla andan en manos de infinitas gentes, y nosotros, sin embargo, quisiéramos verlas en manos de todos sin excepción, no solo para aumento de la merecida nombradía del autor, sino también para aumento de la gloria de nuestra triste nación, que en medio de sus amarguras no podrá encontrar más lecho de descanso que los laureles de sus hijos.

AL ULTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO.

(Fragmento á que se refiere el artículo anterior.)

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del Mediodía,
Con regia pompa y majestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su luz el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas,
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y á su confín en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento,
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul, y transparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Serenos el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas
Véanse allí como en otro paraíso
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crece allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordán en son incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí seorean,
Y los de Jericó mustios cipreses
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sauces, altos mirabeles,
Y olivos, y granados, y morales,
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría,
Y por sus anchas y fragantes rosas
Sus rosas le trocará Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiarán sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en grandeza
La voluptuosa pompa del Oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron
Para asentar en ella su morada:
Los hombres á quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su *Granada*.

Y era un tiempo de guerras y de amores,
En que el compás de berberisca zambra
Y el son de los clarines y atambores
Estremecían á la par la *Alhambra*.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mujeres
Esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
Del brío y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey había tocado
El sitio de las razas del Oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! Levántate y despierta,
Apresta tu bridón y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te cercarán los tigres españoles,
Y echarán sobre ti desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

CUENTOS DE E. T. A. HOFFMANN,

VERTIDOS AL CASTELLANO POR DON CAYETANO CORTÉS.

DOS TOMOS EN 8.º PROLONGADO. (*)

En una rigurosa noche de invierno del año de 1776, nació en una casa de Koenisberg una escuálida y débil criatura, que al parecer no estaba destinada á la vida. Sin embargo el niño vivió: su imaginación poderosa y robusta enseñoreó su temperamento, y á pesar de su situación doméstica que, sin cesar, contrariaba las inclinaciones fogosas y en un todo artísticas de su alma; y á pesar igualmente de los largos y trabajosos estudios que demandaba la carrera del foro, á que hubo de dedicarse; este hombre sobresalió en la música, en el dibujo y en las bellas letras, á par que en la magistratura. Los desórdenes que acompañaron á las campañas de Napoleón en Alemania, trastornaron su existencia social hasta el punto de obligarle á ganar un mezquino y precario sustento con las artes que habían sido el amor de su juventud; y alguna vez sucedió que el magistrado sabio y distinguido, no pudiendo vivir con su plaza de director de orquesta en el teatro, tenía que *empeñar su levita vieja* para comer. Los mejores años de su vida se pasaron entre tales penurias y desdichas; y cuando la paz restituyó sus beneficios á la Alemania, cuando el gobierno atendió á su talento, cuando la fama hacía volar por todo el Norte su nombre y maravillosas obras, la muerte vino á

(*) Publicado en el *Correo nacional* de Abril de 1839.

sorprenderle en medio de este campo de prosperidad á los cuarenta y seis años de edad. Este hombre poeta, compositor, dibujante, filósofo y magistrado, se llamaba E. T. A. Hoffmann.

Poco conocidos entre nosotros el espíritu y formas de la poesía alemana en general, y particularmente las de los cuentos de Hoffmann, difícil ha de ser forzosamente la empresa que acometemos, al encargarnos del examen de sus obras: así que solicitamos la mayor indulgencia de parte de los que hayan de leer este artículo.

El ilustre Walter Scott nos ha precedido en este trabajo con el delicado gusto que caracteriza todas sus obras; pero sin embargo del acatamiento que su dictamen nos merece, nuestro parecer es distinto del suyo en varios puntos, y no solo por respeto á nuestra conciencia, sino también por el interés de la verdad, no dejaremos de arriesgar nuestro oscuro parecer delante de tan distinguida y calificada opinión.

Hoffmann, según el célebre novelista escocés, ha descrito en muchos de sus cuadros escenas bajas y prosaicas, hijas legítimas de la taberna alemana; y en lugar de ennoblecirlas y de levantarlas, ocasiones ha habido en que su pluma ha recargado su desagradable desnudez y verdad. Por otra parte, en ese afán de idealizar la materia, de prestar vida á todos los seres inanimados, y de buscar en la naturaleza invisibles y remotísimas consonancias, se nota casi siempre un desconcierto y una vaguedad, que ni en la naturaleza exterior se notan, ni menos puede hallarse en el orden y natural encadenamiento de nuestras ideas. Los objetos aparecen allí confusos y flotantes, sin colores y sin contorno: las aproximaciones y vínculos, con que reúne y estrecha los acontecimientos físicos y morales, carecen muy á menudo de significación lógica, y las sensaciones que escitan, vagas y discordantes por lo mismo, no pueden enlazarse con ninguna idea general, que las armonice y ordene dándoles un impulso convergente y uniforme, que ayude al desarrollo moral é intelectual de la época. Así que, las fan-

tasías de Hoffmann, ajenas á las reglas del buen gusto, desnudas de verdad y perplejas y desatadas entre sí, solo pueden excitar la admiración que inspira el poderío de una imaginación privilegiada, aun en medio de sus errores y extravíos.

A esto suelen reducirse los principales defectos, que así Walter Scott como otros críticos han notado en las obras del admirable alemán.

Nosotros, que miramos la cuestión de distinto punto de vista, la juzgaremos de una manera distinta también.

Así como la literatura en general y en abstracto es la expresión de la sociedad y de la época, del mismo modo la poesía en especial y en concreto es el reflejo del sentimiento y de la imaginación del individuo: tal es por lo menos la única razón que alcanza á explicar la diversidad infinita que se nota en las formas y fisonomía de la poesía entre los diversos hombres y naciones. La base y fundamento de la crítica es, como todo el mundo sabe, la lógica; y la lógica en todas las obras de imaginación consiste, respecto del público, en la armonía de su propio sentimiento con el sentimiento y expresión del artista.

Las reglas no son otra cosa que los datos y condiciones más generales de aquella especie de simpatía que lo bello debe ejercer, así en su fondo como en sus formas. Con arreglo á esta suposición, que creemos innegable á los ojos de todo el mundo, vamos á juzgar los cuentos de Hoffmann.

Su imaginación, su organización física, su sensibilidad exquisita, su carácter irritable, sus creencias pueriles y supersticiosas, sus pensamientos ora risueños, ora sombríos; ya elevados y terribles, ya grotescos y ridículos le convertían en un ser excepcional, presa de mil contrarias sensaciones y vago é indeciso en sus ideas. El medio con que observaba y escudriñaba la naturaleza, era un prisma de un encanto particular, que hacía pasar por delante de sus ojos el mundo físico y moral como variedad infinita de fases y de colores, que todo lo confundía y mezclaba en su cabeza, agrupando los objetos en mil combinaciones capri-

chosas é inauditas. El espectáculo que presenciaba, era de una especie exótica y sin ejemplo, y sus sensaciones habían de resentirse forzosamente del aparente desorden con que se agolpaban á su imaginación. De aquí esas visiones apacibles, pálidas y medio borradas al lado de los grupos y conversaciones de la taberna; de aquí esos rasgos luminosos de amor, de sentimiento y de abandono á par de escenas atroces que erizan los cabellos; de aquí también el desorden y la disipación de la vida de artista junto al cuadro lleno de armonía, de suavidad y de dulzura de la vida doméstica; de aquí, por último, esa serie innumerable de contrastes siempre fáciles y sin artificio, rodeados donde quiera de una especie de vapor incierto é inexplicable como las dudas y vaguedad, que en la mente del autor sembraba la lucha continua de tan encontrados afectos y opiniones. ¿Por qué, pues, había de ajustarse Hoffmann en lo cómico al modelo de Molière, ó en lo trágico al tipo de Shakspeare? La sociedad que el primero pintaba uniforme, vigorosa y compacta, repartida en clases, diversas todas, así en su color como en su fisonomía, ¿presentaba por ventura los mismos ridículos que la actual sociedad, cuyo aspecto varía con los acontecimientos y las ideas á cada paso, y cuyas tintas y matices pugnan por confundirse y mezclarse en una tinta general? ¡Los últimos días de la barbarie que alcanzó Shakspeare, oscuros, sombríos y crueles; pero determinados y vigorosos, tienen algo que ver con esta época de revoluciones y de trastornos, que abriga el instinto de la prosperidad y de la fuerza, pero que no sabe cual será el término de su fatigoso viaje? Si Walter Scott pintara los tiempos actuales en su expresión del momento (y decimos en su expresión del momento, porque á nuestro entender sin duda los pinta en esas miradas que á lo pasado se dirigen, para buscar en él un elemento con que reconstruir lo presente y cimentar el porvenir) si Walter Scott, repetimos, fuera un exacto reflejo de la época actual, ¿brotarían de su pluma esas figuras vigorosas, llenas de resolución y de creencia y siempre consecuentes consigo propias? Hoff-

mann que al crepúsculo actual añadía las brumas del misticismo alemán y las nubes de su imaginación y de su temperamento irritable, tenía que aparecer forzosamente como un hombre fantástico y visionario. El camino que siguió es el único que su genio le abría; cualquier otro hubiera estado sembrado para él de dificultades; y tal era su conocimiento en esta parte, que á un amigo que le aconsejaba que dejase su género nebuloso, y al propio tiempo le inclinaba á la lectura del *Astrólogo* llamando su atención sobre las novelas de Walter Scott, que principiaban á publicarse en Alemania con gran voga, le respondió lo siguiente: «Ayer tarde ha venido á verme Koreff, y ha tenido la bondad de enviarme el *Astrólogo* que le pedí, y que leeré al instante, porque lo que hago ahora es devorarlo. ¡Es un libro excelente, excelentísimo! ¡Qué sencillez! ¡Qué calma! ¡Qué verdad tan enérgica en la pintura de las costumbres y de la vida! Con todo, mucho disto yo de poseer semejantes dotes y haría muy mal en tratar de fingir esta paz intelectual que el cielo no me ha concedido. Lo que en este momento soy y lo que alcanzo á ser, yo lo pondré de manifiesto *pro primo* en el *Gato Murr*, y luego bajo otro punto de vista, Dios mediante, en *Jacobino Sschnellpfeff*, que regularmente no saldrá á luz hasta 1822.»

Queda, pues, probado, en nuestro entender, que en Hoffmann están de acuerdo el pensamiento y la expresión, y que sus cuentos y fantasías tienen por lo tanto la primera cualidad que de las obras de imaginación se exige, es decir, la verdad.—Réstanos averiguar ahora si la idea ó sentimiento que encierran y la forma en que lo desarrolla, están en armonía con el sentimiento de los lectores. La inmensa popularidad de que gozan estos cuentos en Alemania y la lisonjera acogida que donde quiera han encontrado, nos dispensaban al parecer de probar esta segunda parte de nuestro aserto: pero deseosos de aclarar la materia, cuanto esté en nuestra mano, nos detendremos en ella.

Todos convienen en la fecundidad y maravilloso arranque de la imaginación de Hoffmann y en el entretenimien-

to que de su lectura resulta; pero no falta tampoco quien reduzca su valor á tan mezquinos quilates, y le prive de toda ulterior intención y de todo pensamiento profundo encubierto bajo sus admirables ficciones. Parécenos esto un error que disipan á la vez la reflexión, los conocimientos sólidos y profundos del escritor alemán y la celebridad que ha adquirido en el país de la meditación y de la sabiduría por excelencia.

Juzgamos superflua la demostración de los dos extremos últimos, y vamos á ceñirnos por lo tanto á la del primero.

El espíritu de análisis y de duda que en todo muestra la época actual y la condición que pone á toda obra de arte de instruir, además de deleitar hacen casi del todo imposible una reputación firme y sólida que únicamente se fundara en la habilidad de entretener y divertir. El siglo, según la triste expresión vulgar, es positivo y no se paga de ilusiones ni de fantasmas: de modo que si á esto solo se redujeran las obras de Hoffmann, en vez de aplauso universal, le hubiera acogido la universal rechifla. Maravillas y no pocas encierran los cuentos tártaros y las Mil y Una Noches, y sin embargo no hay quien gaste su tiempo en leerlas. ¿Quién no ve en la mayor parte de las fantasías de nuestro escritor una idea trascendental ó un misterio de nuestro ser disfrazado con los ropajes vaporosos de sus fábulas? El cuento del autómatas que Walter Scott cita como el colmo del desvarío, ¿no es un ejemplo de la locura humana que pretende dejar la tierra para subir á su verdadera patria, que quiere usurpar á la divinidad el fuego de la creación, y que adorna la materia con todas las perfecciones del espíritu? ¿No expresa también la pasión del artista que ama lo bello, no como existente en la naturaleza, sino como un tipo que guarda su imaginación cual si fuera un sello de la divinidad? Tal vez sea toda la ficción de este cuento creación *enferma de seso enfermo*, como dice Shakspeare; pero es preciso recordar el carácter de Nataliel, los delirios de su imaginación y tener presente además que

una exaltación artística semejante á la suya, raya fácilmente en la demencia. El cuento del Tiesto de oro tiene también un sentido claro y profundo; porque en nuestro dic-tamen la casa del archivero Lindhorst, no es otra cosa que el país de las ilusiones y de la felicidad, patrimonio exclusivo de la sencillez y de la fe.

No cabe género de duda en que los medios que emplea Hoffmann en sus ficciones están en una especie de aparente desorden, que apenas deja ver en ellos otra cosa que los caprichos de una brillante fantasía; pero examinándolos con los ojos de la reflexión, al punto se divisan y desenmarañan ese sin fin de hilos ocultos, que enlazan las diversas creaciones de su fantástico universo. ¿De qué serviría, si así no fuese, ese amor al arte, verdadero culto, verdadera idea fija del autor, que donde quiera pone en primer término un artista al cual se apegaba involuntariamente el interés del lector? El sol del sentimiento es el centro de atracción que Hoffmann ha puesto en el sistema moral de sus obras, y esto solo bastaría á demostrar la filosofía de un plan encaminado á realzar la parte noble de nuestro ser, única donde tienen su asiento los pensamientos generosos y las acciones magnánimas.

Si los límites de nuestro artículo lo permitieran, sería una tarea muy agradable para nosotros la de descubrir más y más el genio original y vigoroso de Hoffmann por medio de un cotejo con los autores más notables de su propio país y del nuestro; si bien de este último propósito nos retraería probablemente el ingenioso paralelo del escritor alemán con nuestro inmortal Calderón, que hemos visto en el folletín del *Piloto* del 17 de marzo debido á la elegante pluma del joven poeta Don Salvador Bermúdez de Castro. De todos modos ya que solo nos resta el espacio preciso para hablar de la traducción, nos limitaremos á los cuatro cuentos que comprende, á saber: Salvador Rosa, Las aventuras de la Noche de San Silvestre, Maese Martín y Marino Faliero.

Salvador Rosa es un cuento que pudiéramos llamar có-

mico. El célebre pintor que aparece además como actor y como poeta, las delicadas figuras de Mariana y de Antonio, el grotesco grupo de Pascual Capucci, de Splendiano Accoramboni y del enano Pitichinaccio y la rara habilidad y travesura con que esta manejaba toda la historia, forman una lectura de lo más sabroso y entretenido que puede concebirse. El ridículo animado y festivo que el autor derrama sobre Capucci, el doctor Pirámide (Accoramboni) y Piti Minaccio es de un efecto admirable.

Las aventuras de la noche de San Silvestre componen un cuento en sumo grado fantástico y vago. El desenlace es extraordinario, ó por mejor decir, no hay desenlace; y la historia de Erasmo que ha dejado su reflejo á la mujer que amaba, sirve de tupido y casi impenetrable velo á una idea profunda y misteriosa.

La imagen que ha enagenado Erasmo no es otra cosa en nuestro entender, que el alma, que una vez empeñada en un lugar, no puede volver á nosotros con la antigua paz y alegría, aunque la razón triunfe de los errores y de las pasiones. La mujer de Erasmo es la vida real, dulce y apacible, pero prosaica y positiva; al paso que Julieta se presenta como una visión de fuego que convierte en cenizas nuestra tranquilidad, y que solo nos deja recuerdos de amargura y de felicidad perdida.

El cuento de Maese Martín y sus oficiales, es una serie de cuadros serenos y risueños, y está bañado de calma y abandono doméstico. Rosa es, según la expresión del autor, una Virgen de Alberto Durero. El amor pasajero de un gran señor, el amor ardiente del artista, y el amor puro, constante y verdadero del corazón, están pasmosamente personificados en Courado, en Reinhold y en Federico, y el orgullo y la bondad de la clase del pueblo aparecen encarnados en Maese Martín el Tonelero. Todo el cuento está tocado con suma gracia y delicadeza, y el desenlace es de aquellos que consuelan y alivian el corazón.

Mariano Falieri es en nuestro entender una de las más débiles obras de Hoffmann, y fuera de la vaguedad y colo-

rido especial que la distingue, excita poco interés así por lo endeble de la acción, como por lo poco justificadas que están las situaciones. El Dux que tan interesante han sabido hacer Byron y Delavigne, aparece aquí como un hombre vulgar y común, y Anunciata es descolorida y pálida hasta lo sumo aun delante de la adúltera y arrepentida Elena. La Angiolina de Byron rehuye toda comparación, así con Anunciata como con Elena, porque es un ángel del cielo.

El señor don Cayetano Cortés ha hecho un servicio eminente á las letras en dar á conocer en nuestro idioma unas obras, que con grave mengua de nuestra cultura todavía no habían visto la luz en castellano. La traducción está hecha con un esmero y conciencia extremada; el lenguaje es correcto, fluido y castizo por extremo, y el conjunto en general, revela un conocimiento profundo del espíritu de Hoffmann. Semejantes trabajos honran á la vez al que los hace, al autor que con tanta fidelidad interpretan, y al país que en su seno los recibe. Por dichosos pudiéramos darnos, si ese torrente de traducciones que inunda nuestras librerías y gabinetes de lectura, mostrara el delicado criterio y perfecta ejecución que manifiestan los cuentos de Hoffmann.

GALERÍA DRAMÁTICA.

TEATRO ESCOGIDO DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO I.º (*)

Muchos años hace que los amantes de las glorias literarias de nuestro país claman con harta razón por una colección de las piezas más escogidas de nuestro antiguo teatro, monumento de grandeza eterna y de más eterna celebridad para España. Empresa es esta en diversas ocasiones y con variedad de esfuerzos acometida; pero unas veces por el escaso criterio de los que á su frente estaban, otras por circunstancias independientes de su talento y buen deseo, el resultado es que nunca se ha podido llevar á debido término y con las necesarias condiciones una obra, en que tan interesados estaban á la par el lustre de las letras y el honor nacional. Grave falta era esta por cierto y no pequeño desdoro para un pueblo que, tan grande como desgraciado en su carrera, debía por lo mismo desenterrar del polvo del olvido sus pasados laureles, y ceñir con ellos su cabeza en los aniversarios de su esplendor. La historia de nuestro país por otra parte mostrábase incompleta y cercenada, sin más luz que las hazañas de los héroes y el lustre de nuestra dominación, sola y silenciosa sin las ar-

(*) Publicado en el *Correo Nacional* el mes de Julio de 1839.

monías de la musa castellana, y desnuda por último y falta de adornos sin la galería de retratos de tantos ingenios esclarecidos, gloria del suelo donde vieron la luz y honra de la inteligencia humana.

Grande por lo tanto y muy digno de la nacional gratitud era el intento de resucitar debidamente las obras y memorias de nuestros célebres dramáticos, y muy sinceras son las gracias que por ello damos al editor del Teatro antiguo español y á los señores Hartzenbusch y Durán, directores de la empresa. Pocas personas, ó quizá ninguna, pudieran ofrecer en España mayores garantías de acierto, así por su erudición como por su laboriosidad y celo, según lo acreditan muy bien en el primero sus aventajados talentos dramáticos, y en el segundo la preciosa colección de romances con que ha enriquecido nuestro Parnaso, y el primer cuaderno de la *Talía española*, obra en que se cifraban esperanzas tan fundadas como lisonjeras, y que por desgracia se agostó en flor.

De todas maneras, si el público (según es de esperar) alienta con su buena acogida la publicación del Teatro antiguo español, poco ó nada habremos perdido, todavez que de los combinados esfuerzos de dos tan recomendables literatos siempre es de esperar más colmada cosecha de felices resultados. Buena prueba de ello es el tomo que ha visto la luz pública y en que no sabemos cuál elogiar más, si el delicado gusto que ha presidido á la elección de las piezas, el exquisito criterio de que hace muestra el examen impreso á continuación de cada una de ellas; ó finalmente, la belleza, corrección y esmero tipográfico tan desconocido y descuidado por desgracia entre nosotros.

La *Talía española* comenzó por el teatro del célebre religioso mercenario fray Gabriel Téllez, conocido en nuestra escena por el maestro Tirso de Molina, y la parte de la Galería dramática que comprende el Teatro antiguo continúa esta publicación. Aprobámoslo y aplaudímoslo de todas veras, no solo por la razón que con tanta oportunidad alega el señor Hartzenbusch en su prólogo de ser rarísimas

y no encontrarse á ningún precio semejantes obras, sino también porque el teatro caballeresco, noble y galán de Lope de Vega halló numerosos continuadores y perfeccionadores, al paso que la vena libre, picante y maligna del buen maestro Tirso no volvió á parecer con toda su fecundidad, riqueza y malicia.

Cosa curiosa por extremo y digna de la atención de un erudito filósofo sería averiguar hasta qué punto el nacimiento, la educación, la vida y los estudios de fray Gabriel Téllez, pudieron influir en su carácter y sentimientos, para desviarle tanto en sus obras dramáticas del espíritu general de la época. Nada de esto por desgracia se sabe, sino que en el año de 1620 y á los cincuenta de su edad tomó el hábito de mercenario calzado en el convento de Madrid, y que después de haber desempeñado en su orden cargos de mucha gravedad y consideración, murió en 1648 en el convento de Soria, sobreviviendo solo trece años á su modelo, amigo y paisano fray Lope Félix de Vega Carpio.

Bajo este supuesto, solo podemos juzgar del carácter de fray Gabriel Téllez por sus escritos, y fácil será en tal caso convenir que había en el fondo de su alma algo de incredulidad y de amargura, poco pronunciado si se quiere (especialmente si se compara con lo que últimamente hemos visto), porque no era época aquella de análisis y de escepticismo como la presente, pero bastante notable y abultado para no llamar la atención del observador. Lope de Vega, caballero, soldado y galán, había bosquejado cabezas de mujeres puras, nobles, castas y decorosas, y figuras de hombres determinados, generosos y valientes. Los amores de sus héroes y heroínas véanse como al través de un velo de candor, y en todo se conoce que el alma del poeta conservaba un fondo de pudor y de delicadeza que dejaba misterios deliciosos que averiguar á la fantasía, y conservaba limpias, claras y corrientes las fuentes más escondidas y cristalinas del sentimiento. En general todas sus obras ostentan el honor triunfante del amor, el deber superior á la pasión y á los instintos del alma, árbitros y señores de los

impulsos de los sentidos. Todas las ideas abstractas en cierto modo y generosas, que por no caber en el mezquino círculo del interés personal lo rompen ó cuando menos lo ensanchan, encuentran en el teatro de Lope el lugar que de justicia les pertenece, y el acatamiento que su esclarecida procedencia reclama. Por otra parte, las relaciones naturales de subordinación y de armonía que forman la esencia misma de la sociedad, hállanse seguidas y observadas estrictamente en todas sus comedias, de modo que los hombres buscan en las mujeres consuelo y amor, al paso que las segundas demandan la protección y amparo que su debilidad ha menester. Finalmente, la ternura y desinterés de los afectos, la pureza del pensamiento y la generosidad de los procederes convierten las obras dramáticas de Lope de Vega en una de las páginas más bellas de la historia del corazón humano. Como modelo de todo esto, y por no amontonar citas, nos bastará traer á la memoria de nuestros lectores *la Estrella de Sevilla* refundida por su mal en Sancho Ortiz de las Roelas.

El maestro Tirso de Molina fué amigo del *Fénix de los ingenios*; vivió en una época animada del mismo espíritu, y sin embargo su filosofía es en general diametralmente opuesta. ¿En qué puede consistir tan extraño contraste? ¿Será que su educación y movimiento le inspiraran forzosamente sentimientos á veces bastardos, al paso que su genio salvaba las distancias para apropiarse las formas y lenguaje de las clases elevadas de la sociedad? No lo sabemos: pero las diferencias son tan claras y marcadas, que es imposible dejar de verlas. En sus comedias los afectos se ven casi siempre ajustados al lecho de Procusto del interés individual: el amor se presenta sin idealidad, sin misterio y sin poesía: las relaciones naturales se cambian y alteran: son las mujeres arrojadas, temerarias, vanas y determinadas, atropellando las más de las veces por los respetos de su sexo, al paso que los hombres se muestran débiles, indecisos, con sus puntas de tontos á veces; y de todas maneras inferiores en travesura y talento, y por último, los chistes

rayan no pocas veces en licenciosos, sin que sea tampoco el decoro la cualidad que más distingue á su diálogo.

Apesar de esto, el nombre del maestro Tirso de Molina es uno de los nombres más populares de nuestra escena, y nunca opinión tan general y extendida estriba en livianos cimientos. En efecto, rara vez se ha visto manejada la ironía con tanto chiste, originalidad y verdad; rara vez la humana malicia ha encontrado tan expresivo y cabal intérprete; y rara vez, por último, se ha desdoblado con un solo rasgo tan profunda y filosóficamente cualquier defecto, vicio ó cualidad recomendable oculta en el más hondo repliegue de nuestro corazón. Además de esto, el genio mismo de la lengua castellana parecía haberse aposentado en la cabeza de Fr. Gabriel Téllez; de manera que, según dice muy acertadamente el señor Durán en los *apuntes biográficos sobre el Maestro Tirso de Molina*, «no parece sino que es el dueño absoluto de la lengua, y que ésta pone á su disposición sin resistencia todos sus recursos y facultades, segura de que el poeta sabrá engalanarla y enriquecerla.»

Hemos procurado ofrecer en tan rápido bosquejo, más bien el espíritu que anima las producciones del célebre mercenario que no sus formas y proporciones exteriores: en suma le hemos juzgado como poeta, y no como poeta cómico. No que nos falte deseo de acometer tamaña empresa, sino que sería temeridad en nuestra inexperiencia y desaliño ofrecer nuestro dictamen sobre un punto analizado y examinado con criterio tan delicado como profundo en los citados apuntes biográficos. Los límites de este artículo además no lo permitirían.

Este tomo primero del teatro escogido del maestro Tirso de Molina contiene tres comedias, á saber: *La Villana de La Sagra*, *Marta la Piadosa* y *Amor y celos hacen discretos*. Tampoco nos detendremos á analizarlas por la razón que acabamos de exponer, teniendo cada una de ellas á su conclusión un examen siempre justo, razonado y elegante, al cual encaminamos á nuestros lectores. Sin embargo, es tal

la admiración que nos causa la facilidad extraordinaria de versificar en el autor de *Amor y celos hacen discretos*, que no podemos negarnos á copiar el pasaje de esta obra en que la duquesa Margarita se apodera de la carta y retrato de la dama de don Pedro de Castilla.

LA DUQUESA.

Celos, ya estáis declarados.

En vano son resistencias,

Donde sobran competencias

Y multiplican cuidados.

Propósitos mal logrados,

Si os engaña

Un nieto del rey de España,

¿Qué os lastima?

A su reina llama prima:

Contra celos,

Coronas, amor, desvelos,

¿Qué valor será de estima?

Remedia con su retrato

Ausencias doña Leonor:

Muerto su competidor,

No será don Pedro ingrato.

Si la industria y el recato

No procura

Alejar de su hermosura

Valedores,

Con tales despertadores,

¿De qué sueño

No resucitará el dueño

De su gusto y mis temores?

Si despierta ¿quién podrá

Contra memoria celosa

De española tan hermosa

Oponerse? Claro está

Que es locura. Si se va,

Su mudanza
Dará muerte á mi esperanza.
Resistirse,
Si se queda, es prevenirse
A tormentos:
¿Qué haremos, pues, pensamientos
Entre el quedar y el partirse?

Tenemos por excusado todo encarecimiento, pues semejante trozo por sí solo se abona y recomienda.

Debemos añadir, por conclusión, que esta publicación debe contar con el apoyo de todos los españoles que sientan latir en su corazón el amor de su país. Además de las seguridades que ofrecen los nombres de los dos literatos que están á la cabeza, la edición en su parte material es de un esmero y gusto tal, que á excepción de los adornos y brillantez de papel que suelen acompañar á las lindas ediciones extranjeras, no dudamos ponerla á su nivel. Cábenos además el gusto de decir á los que se gocen en los adelantos de la industria entre nosotros, que es española en todo y por todo. Finalmente, así su belleza como su moderado coste, la recomiendan á toda persona de gusto.

Hemos cumplido con un deber muy grato para nuestro corazón al hablar en los términos que lo hemos hecho de una obra que, con grave mengua de nuestra cultura y patriotismo, no había visto hasta el día la luz pública.

REVISTA TEATRAL.

I (*).

Pocas veces habrán visto nuestros lectores ocupadas las columnas del *Semanario* con artículos de crítica dramática, y aun no habrá faltado quizá quien atribuya semejante silencio á desvío ó indiferencia, cuando menos, hacia esta bella rama del árbol literario. Muy de ligero nos juzgaría quien de tal modo nos juzgase, porque mal se abrigarían en un mismo pecho el entusiasmo artístico de que creemos haber dado algunas pruebas, y la frialdad por el que, atendido el carácter de la moderna civilización, tiene más importancia, más porvenir y más influjo que otro alguno. La causa que nos ha quitado cien veces la pluma de la mano, es la amarga necesidad de aparecer severos, y de lamentarnos con los hombres sensatos de nuestro país del torcido giro y errada dirección, que en nuestros días hemos visto dar al teatro. La tarea de alabar es blanda y llevadera á todas luces, pero triste y desabrida á más no poder, la de menoscabar quizá reputaciones ya consolidadas, y disminuir el valor de esfuerzos muchas veces laudables y llenos de conciencia. Tal es la explicación de nuestra conducta, y de cierto erraría quien le buscase otra.

Por fortuna nuestra y de las letras españolas, ocasiones ha habido de algunos años á esta parte en que la musa

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Octubre del año 1839.

dramática castellana ha levantado su vuelo libre y audaz, y en que por lo mismo se ha llenado de esperanza el corazón de sus apasionados y admiradores. Parécenos que no estará demás hacer una breve reseña de la marcha del teatro entre nosotros durante este corto período, y de los motivos que han preparado y debido preparar las forzosas alteraciones que ha sufrido.

Si es cierto, como tantas veces se ha dicho, que las artes revelan el estado de la sociedad que les cría y alimenta en su seno, y que fieles barómetros de su poder y decadencia, cuantos sucesos alteran su fisonomía vienen á sentirse en ellas como un eco, no carecerá absolutamente de fundamento atribuir la muerte de nuestro maravilloso teatro antiguo, atacado ya de consunción en los aciagos días del reinado de Carlos II, á la subida de un nieto de San Luis al trono español, y á la influencia siempre creciente que con tanto menoscabo de nuestra nacionalidad comenzó á ejercer en nosotros la corte de Versalles. El gran siglo de Luis XIV derramaba á la sazón sus resplandores por la Europa entera, y no es mucho que su brillo eclipsase los moribundos destellos de la literatura española. La cuestión de las formas triunfó completamente de la nacionalidad, y por lo mismo de la filosofía de nuestro teatro, y todo lo que fué salirse de la imitación de las obras elegantes, puras y castigadas, pero no pocas veces amaneradas y frías de la escena francesa, hubo de pasar forzosamente por un retroceso á la barbarie. Lamentable extravío, que sin arraigar en nuestro plantel literario una planta exótica, ajena de su suelo y de nuestra simpatía, ponía nuestros ingenios al sueldo y merced de inspiraciones extrañas; apagaba la antorcha de nuestra historia con tanto fruto encendida por los padres de nuestro teatro, y reemplazaba los héroes que en Flandes, en Alemania, en Italia, en Africa y en América llevaban tendida al aire la triunfante bandera española, y que tan hermosos recuerdos habían dejado en nosotros, con los semidioses y personajes fabulosos de la antigüedad, incomprensibles para un

pueblo caballeresco y cristiano, cuando aparecían en su desnudez y bajo sus formas verdaderas; falsos y de poco efecto, cuando nos los mostraban adornados con los palaciegos atavíos y cortesano lenguaje de la corte del *gran rey*.

Y sin embargo, si hemos de ser justos, fuerza es decir que esta intolerancia y estrechez que se introdujeron por entonces en el dogma literario, reduciendo á más escasos límites la esfera de las inspiraciones, evitaron también de este modo la ocasión de los extravíos que después de Cañizares afearon nuestra escena, y que, asentando ciertas bases de exacta proporción y recto criterio, devolvieron á la razón su autoridad malamente perdida, é introdujeron, aunque en escala harto mezquina, las maravillas del orden y las bellezas de la armonía. De este modo, restituyendo los espíritus á senderos ya trillados pero llanos y agradables, y separándoles de la senda incierta y escabrosa en que tan sin cordura se habían empeñado, la escuela de la forma prestó un servicio eminente á las letras, porque introdujo en ellas las ventajas del método.

Desconocer semejantes beneficios no haría honor á nuestra imparcialidad y buena fe.

Como quiera, aquella sencillez griega que predicaba y ponía en práctica, no era alimento bastante á un pueblo de imaginación ardiente y desasosegada, regalado con las lozanas bellezas del caballeresco Calderón, con la facilidad, galas y ternura del delicado Lope, ó con las malicias atrevidas y picantes del epigramático Tirso de Molina. Así fué, que sin fuerza para plantear su sistema y consolidar el orden, única belleza que tenía en estima, vió invadido el teatro por las ineptias lloronas y sentimentales de Comella, Zabala y comparsa, que para volver á la nada, de donde nunca debieron haber salido, necesitaron nada menos que la ruda y merecida lección que Moratín les dió en su bellísima *Comedia nueva*.

Este ingenio, lleno de laboriosidad y de talento, gran creador de caracteres, consumado pintor de costumbres, y aun consumado hablista, llevó á su apogeo la escuela de

las formas entre nosotros, y le dió toda la popularidad de que en nuestro entender es susceptible; pero falto de travesura en sus intenciones, escaso de enredo dramático, y poco enérgico en la pintura de las pasiones y vaivenes del corazón, tampoco pudo volver al teatro español la influencia justa y merecida, que en España y fuera de ella alcanzó en tiempos más prósperos.

De todos modos, juzgamos que una vez conseguido el importante fin de atajar desmanes de tanto bulto como los que hallaron cabida antes de su dominación, la escuela de las formas, ó sea de la imitación de los antiguos, debió dar ensanche al símbolo de sus doctrinas, y hacer lugar á una época nueva, desnudándose de todo carácter exclusivo y reaccionario, y abriendo finalmente la puerta á una regeneración preparada bajo su influjo y disciplina, y por lo tanto mesurada, prudente y comedida. Porque en verdad, si hubiera podido prescindir de sus exigencias y pretensiones como partido, fácil le hubiera sido conocer que las bellezas del mundo moral, bien así como las del físico, no consisten únicamente en la regularidad y en el orden, que la imitación es de suyo estéril y angosta, y que las reglas que no tienen por base el orden eterno é incontrastable de las cosas, lejos de servir al genio de estímulo y ayuda, le traban y embarazan con notable perjuicio de los adelantos generales. Por fortuna son estas flacas ligaduras para el que siente en su corazón aquel destello de la divinidad; y pasado el momento del escándalo, la brillantez del resultado y la nueva luz que ilumina el campo de las ideas, califican el atrevimiento y canonizan el cisma. Tal debió de suceder con la escuela de las formas cuando su autoridad dejó de ser legítima, cuando reducidos ya los vuelos de la poesía á la esfera de la filosofía y de la razón, se vió que no alcanzaba á reflejar el estado moral de la sociedad, ni á ser el intérprete de la religión, preocupaciones y principios de los pueblos modernos. Consecuencia natural era esta de su origen y condiciones, porque realmente es imposible que dos sociedades separadas una de otra por el abismo de

los tiempos y por la contraria índole de sus religiones, encuentren una misma expresión, en que quepan sentimientos y creencias tan diversas. Sin duda que hay afectos y pasiones en el corazón del hombre, comunes á todas las sociedades cualquiera que sea el estado de sus progresos y mejoras; pero no es menos cierto que las edades y las revoluciones modifican de tal suerte este fondo común, que su fisonomía llega á cambiar enteramente, y es menester la vista de un filósofo para reconocer las facciones de la infancia en los rasgos desenvueltos y pronunciados de la edad viril.

La escuela de las formas pues (á quien llamaríamos *clásica* si no fuera de miedo de sacar á la luz una palabra que de puro usada ha venido á gastarse enteramente) estancada en su principio de imitación, y desdeñando como una rebelión toda espontaneidad, se quedó otrás en el movimiento maravilloso de las ideas de medio siglo á esta parte, dejó de ser la expresión moral de la sociedad, y perdió de consiguiente la preponderancia y valimiento que le habían adquirido la fuerza de los sucesos por una parte, y por otra las levantadas obras de distinguidos ingenios.

Este es el secreto de la revolución literaria que ha venido en pos de la política como un preciso y lógico corolario. Los vestidos del niño no venían bien al mancebo, y las nuevas emociones, los nuevos cuidados y las esperanzas nuevas también que brotaron en el seno de la removida humanidad, hubieron de buscar un medio de manifestarse.

Desgraciadamente roto el orden antiguo y sin bandera especial en que filiarse, porque ningún sistema había bastante robusto y acreditado para atraer á sí las voluntades, caminaron descarriados los ingenios, vivos en su memoria los abusos del poder caído, y aguijoneados los ánimos por el instinto de la curiosidad y por legítimas esperanzas de gloria y nombradía. De este modo el impulso dado á los espíritus, hubo de ser por fuerza reaccionario, y de pasar más allá del límite señalado, convirtiendo en licencia la racional libertad por tan legítimos medios conquistada.

Se notaron de consiguiente en esta reforma los inconvenientes que de ordinario suelen acompañar á todas, en especial, si no se preparan prudentemente, y los sucesos no las van trayendo como de la mano. La forma antigua se reconoció como insuficiente y pobre, y una sociedad pensativa y seria quiso hallar además en el fondo de tales obras, pensamientos y hechos morales dignos de su tendencia espiritualista y analítica. Así que, las dos cuestiones que componían el problema literario, la del fondo y la de la forma, la del pensamiento y de la ejecución, tuvieron que resolverse de nuevo, y como los términos de semejante problema son por su índole vagos é indeterminados, ha venido á resultar que durante un largo período los ingenios han caminado á tientas por la senda literaria, y que aun cuando en el día, depuesta toda tendencia reaccionaria, se van acercando á un término de limitado y razonable ensanche y de templada y consoladora filosofía, sin embargo, todavía se nota incertidumbre en su marcha, al paso que descuella en sus ideas ese espíritu de escepticismo y discusión que parece ser el carácter más marcado del siglo presente.

II.

Afortunadamente para nuestra España todos los cambios y vicisitudes literarias que tanto han agitado y agitan aún á la vecina Francia, se han sentido en nuestro país como un eco más ó menos lejano, más ó menos sonoro; pero no han brotado de nuestro suelo tan espontáneos y tan violentos como allí, y solo el espíritu fatal de imitación ha podido llevar á alguno de nuestros ingenios á extremos y exageraciones que debieran excusarse, y que no hallaban consonancia ni respuesta en el corazón de nuestro pueblo. No porque aquí como en otra parte no fuese menester una protesta franca y vigorosa en favor de la libertad del pensamiento; sino porque la supremacía de la escuela de las reglas, no resistida por el mundo erudito y crítico, habíalo

sido por el buen sentido del público, en cuyo corazón y memoria se conservaba vivo y poderoso el espíritu galante, noble y caballeresco de nuestro antiguo teatro. Así, pues, mal pudo echar hondas raíces en el favor de un pueblo entusiasta, religioso y apasionado, y por lo tanto no era menester para descuajarla, en cuanto dictase la razón y la cordura, los mismos esfuerzos y trabajos que se emplearon en otra parte con igual objeto. La acción si bien viva, perseverante y aun pudiéramos decir obstinada, había sido flaca en poder y pobre en resultados, y la reacción por lo tanto no necesitaba salir de los límites de la templanza, introduciendo innovaciones, que repugna la moralidad de nuestras costumbres dramáticas.

Otra ventaja militaba también á nuestro favor, y era que al romper un orden de ideas establecido, podían muy bien volver nuestros ingenios los ojos á otro orden más antiguo y respetado, fundado en un principio más fecundo y más análogo á la sensibilidad de nuestro pueblo. Hablamos del teatro antiguo español.

Sentado dejamos arriba que el principio de la imitación es por su naturaleza estéril y angosto, y de consiguiente no hay porqué creer que lo aconsejásemos á nuestros ingenios; pero entre nosotros, salvas las modificaciones que reclaman el trascurso de los tiempos y el estado de las luces, estaba ya resuelta una de las grandes cuestiones del problema literario; la cuestión de las formas. Ora se atienda á la pureza y movimiento del diálogo, ora á la música de la versificación y á la lozanía de la lengua, ora, por fin, al enredo y travesura del plan, á la feliz invención y hábil manejo de la fábula, lo cierto es que nuestros dramáticos antiguos nada tienen que envidiar á los más encumbrados ingenios extranjeros, cuya mayor parte se queda muy atrás. Los escritores que han roto en Francia el carcomido yugo de las reglas, han tenido que madurar el fondo de sus obras, é inventar ó ir á buscar fuera de su país las proporciones que habían de darles: de consiguiente su tarea era más ardua y más escasas sus probabilidades de acierto.

Nuestros modernos dramáticos, al contrario, no tenían otra cosa que hacer sino perfeccionar, si era dable, un instrumento maravilloso, é imaginar obras en que emplearlo dignamente; de modo que para sus creaciones no habían menester, más que el estudio profundo de la tendencia de la época así en los caracteres donde debe encarnarse el pensamiento cardinal, como en este mismo pensamiento. La marcha de las ideas es en el día sobrado universal y humanitaria para circunscribir el estudio del hombre á un solo país ó á determinadas costumbres, y no es esta la época en que estén reñidas (si en alguna pueden estarlo) la magnificencia y brillantez de Calderón con la profundidad vigorosa y apasionada de Shakspeare ó el escepticismo lúgubre y nebuloso de Goethe.

Esto supuesto, ha sido lamentable el desvío, y tibieza con que muchos de nuestros modernos ingenios han mirado el estudio detenido y grave del teatro antiguo, porque á ellos está reservado (y aun deben mirarlo como una obligación) el restituir á nuestra escena la nacionalidad que debe tener según las condiciones del estado actual de la civilización. No es menos de lastimar que la mayor parte de sus esfuerzos hayan ido encaminados á posesionar de nuestra escena á creaciones desnudas muchas veces de verdad, hijas legítimas del moderno teatro francés, y símbolo de un orden de cosas ó de ideas casi siempre incomprensibles para nuestro pueblo. Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se beban en este gran manantial corren inminente peligro de salir á luz enfermizas y defectuosas.

Como quiera, obras hemos visto que si bien distintas en el fondo y no menos distintas en las apariencias, han sido parte á consolarnos de estos yerros que tanto nos apesadumbran. Entre ellas nos han parecido las más sobresalientes (dicho sea sin agravio de nadie) el DON ALVARO del señor *duque de Rivas*, DOÑA MENCÍA del señor *Hartzembusch* y la comedia del señor Zorrilla que acaba de ponerse en escena con el título de CADA CUAL CON SU RAZÓN.

El primero de estos dramas, primero también de la moderna escuela que arrostró victoriosamente en nuestras tablas el escándalo de un cisma literario y todas sus consecuencias, nos parece colosal en su pensamiento, atrevido en su plan, acertado en su manejo y de grandioso efecto en su conjunto y desenlace. Sin embargo, si hemos de decir lo que reclaman de nosotros la franqueza de nuestro carácter y el subido mérito del autor, confesaremos que el pensamiento, ramificación del mismo que ha dictado á *Nuestra Señora de París* (y cuenta que no intentamos rebajarle con esto) nos parece hijo de una filosofía desconsoladora y escéptica y de consiguiente poco social y progresiva; y que en los medios y en el desenlace se nos antoja un tanto sujeto á las exigencias de la escuela entonces dominante. Algo lo alejan estas cualidades del carácter general de nuestro teatro; pero en todo lo demás pertenece por entero á nuestra grandiosa escuela, y apenas puede darse cohesión más íntima que la que reina entre sus personajes y los personajes de la sociedad española. Desde la creación gigantesca y tal vez sobrado fantástica de don Alvaro, hasta las conversaciones de la cocina y de una posada andaluza, todo es verdadero, palpitante y rico de color y lozanía. Las formas elegantes, puras y castizas de la versificación, el dibujo correcto, severo y atrevido de los personajes, el colorido local, tan preciosamente entendido y manejado, la flexibilidad escogida del diálogo, su viveza, chiste y movimiento, todo revela en este drama el estudio profundo y lleno de conciencia del antiguo; no en el sentido que se da generalmente á esta palabra, sino del antiguo español con su filosofía, sus bellezas originales y ricos atavíos. Creemos que nadie mejor que DON ALVARO hubiera podido abrir la nueva era de libertad literaria.

No con tanta audacia y en escala más reducida se ha presentado al público el autor de *Doña Mencía*. Este drama del género doméstico, digámoslo así, no manifiesta cualidades tan brillantes como las del anteriormente citado; pero su estudio le sobrepuja quizá en corrección y es-

mero: los caracteres están acabados con una laboriosidad y conciencia extremadas, hay calor y arrebató en los afectos, su desenlace es imprevisto y valiente, y la versificación castiza, severa y armoniosa, lleva en pos de sí el oído y el corazón del público. Lo repetimos: *Doña Mencía* no ostenta quizá las mismas galas y los mismos rasgos de imaginación que *D. Alvaro*, pero le excede en profundidad, en verdad y en buen concierto. Ambos dramas se han acercado infinito á la resolución omnimoda y completa del gran problema literario, y en este sentido merecen á nuestro entender el lugar de más preeminencia entre las creaciones de la moderna escuela.

No le sucede otro tanto á la comedia de *Cada cual con su razón*, que con tanto éxito hemos visto representada no hace mucho; porque si bien es cierto que supera de un modo brillante y victorioso la dificultad de la expresión, también lo es que el resto de la cuestión de la forma, ó sea el desempeño del drama, no se halla á la misma altura. La trama es endeble en comparación de la lozanía de los versos y de los subidos quilates del diálogo, y en cuanto á pensamiento capital que forme su fondo y le dé la debida importancia, no tiene ninguno. Tal vez el autor se haya propuesto vencer todos los obstáculos de este género difícil en detalle y no en conjunto, y quizá en la publicación sucesiva de trabajos análogos y de mérito creciente dé muestras más aventajadas de su propósito: por ahora solo le diremos que si quiso hacer alarde de su facilidad prodigiosa de versificar y de su cabal conocimiento de la flexibilidad y riqueza de la lengua dramática en su bellísimo diálogo, ha logrado su objeto de una manera envidiable. Cuando tan felices disposiciones hay que admirar, no son de tanto valor las alabanzas como los estímulos, y aunque á la laboriosidad del señor *Zorrilla* pudiéramos ahorrárnoslos muy bien, no dejaremos de decirle que la patria espera mucho de él, y que haría muy mal en defraudarla de esperanzas tan legítimas.

De intento hemos dejado de hablar en este artículo de

los felices ensayos hechos también por nuestros autores contemporáneos en el drama histórico ó tragedia moderna, porque siendo tan diverso este género por su índole particular, parécenos conveniente dedicar á su examen un determinado discurso (*), con el cual habremos cumplido nuestro intento de trazar un rápido bosquejo del estado actual de nuestra literatura dramática.

(*) El autor no realizó el propósito que anuncia: los editores no han encontrado ningún artículo firmado por él sobre esta materia en los números posteriores del *Semanario Pintoresco*, correspondiente á los años de 1839 y 1840.

POESÍAS

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

I (*).

Cualquiera que observe el desarrollo y crecimiento de las artes en España de pocos años á esta parte, no dejará de tenerlo por un fenómeno curioso, digno de atento examen. Música, escultura y arquitectura se han rebullido súbitamente comenzando á dar inesperadas muestras de vida: pintura y poesía se han remontado como de un salto á tal altura, que su repentino progreso tiene sus puntas de maravilloso. ¿Cuál es la mano que ha comunicado semejante impulso? ¿Qué causa ha podido producir tan extraña mudanza? En vano nos lo preguntaríamos, porque nada en lo exterior sería capaz de satisfacernos. Ni la nación ha subido al alto grado de esplendor en que un día la vió y envidió el mundo, y desde el cual reflejaba rayos de gloria sobre el genio de sus hijos: ni la sociedad ó el gobierno dan á los talentos aquella clase de fomento real y positivo, que tanto contribuye á fecundarlos y vivificarlos. Sonrojados y orgullosos ó un tiempo, podemos decir que las artes en España viven de sí propias y de sus recuerdos, y que de su seno han brotado esas chispas de luz que sin duda prendrán en muchos ingenios, y levantarán en lo futuro alta y

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Julio de 1840.

resplandeciente llama. Lo único que hasta el día las ha desarrollado y las mantiene, es el principio de vida que á todas partes lleva consigo cualquier pensamiento generoso y fecundo, la marcha incontrastable de las ideas y la tendencia irresistible de la época.

Tendencia irresistible en verdad, y que por todas partes deja profundas señales y vestigios. ¡Raro suceso! Este siglo que ha recogido el legado de destrucción del anterior, que ha encontrado rota y destrozada por el suelo la fábrica de lo que se llamaban abusos, que ha debido alcanzar y disfrutar por entero lo que entonces se reputaba y tenía por felicidad, es decir, el desarrollo de los intereses y medios materiales; este siglo, decimos, se ha presentado animado de tendencias espiritualistas, ha dado en rostro á los llamados filósofos con la vanidad de su universal panacea, les ha pedido cuenta de las instituciones antiguas que destruyeron sin reformarlas, del porvenir que le ofrecieron y que no han sabido darle, y por último, de la paz y contento de presente, que se le ha huído de entre las manos. Del espíritu de indefinido análisis introducido en todas las cuestiones, del movimiento y complicación incesante de los intereses, de la pugna y colisión continua de las ideas, solo una certidumbre hemos venido á sacar hasta el día, á saber: que el corazón humano estaba necesitado de consuelos y de luz, que el alma tenía sed de creencias, y que todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría, no habían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha. Entonces por una reacción natural nos hemos refugiado en los dogmas y rudimentos más sencillos de la conciencia, hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado á la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazón y templar la sequedad y aridez del espíritu. Sin embargo, como era dificultosa tarea la de reconstituir el santuario de nuestros afectos en un terreno de continuo removido y socabado por la discusión, estas circunstancias han dado

margen á infinitas dudas, desconfianzas y tristezas que han llegado á empañar el espejo del alma, produciendo al propio tiempo violentas luchas y vaivenes interiores. De aquí dimana el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio, que han tomado las artes de imaginación, según que esperaban en lo venidero, lamentaban lo pasado ó se quejaban y maldecían de lo presente; pero aun en este desdichado camino, faltos de guía y de luz, al querer llegar á los santos vuelos y religiosa tristeza de Milton y de León, hemos tropezado en el escepticismo desconsolado de Childe-Harold y en la exaltación insaciable y apasionada de René. Goethe, Byron, Chateaubriand, Manzoni, y hasta el mismo Beranger, poeta el más festivo y amable de nuestra época, han participado de esta tinta melancólica y opaca en que está empapada la fantasía de la edad presente, que forma por decirlo así, su tipo, y le presta su carácter especial y distintivo. Si la literatura ha de ser el reflejo y expresión de su siglo, para corresponder á su misión, forzoso es que la nuestra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan. De otro modo no la comprenderíamos.

No sin propósito hemos extendido semejantes preliminares, porque con arreglo á ellos, examinaremos el libro cuyo título va por cabeza de este juicio, ya que el nombre harto conocido del autor, y las cualidades que manifiesta, contribuyen á su crédito y realce, así por el fondo de sus creaciones, como por las formas con que las viste; no solo por su variedad, sino también por su unidad.

Abren esta colección diversos fragmentos de un poema épico titulado *Pelayo*, fruto de los primeros trabajos poéticos del autor, y parte más bien de su entusiasmo juvenil, que no de la madurez de su ingenio, pues los años en que le escribió por ser los de la adolescencia, antes descubren las flores de la poesía, que no sus frutos sazonados y maduros. En tal edad, más se presiente y adivina que en realidad se siente, y de aquí proviene el predominio de la imaginación sobre los movimientos más hondos y serios

del corazón. Falta la experiencia en las pasiones, y sobra la fuerza y pujanza en la fantasía, fuerza tanto mayor, cuanto que la lógica del sentimiento no viene á templarla ni á dirigirla. Estos fenómenos psicológicos, sobrado fáciles de demostrar, todavía se confirman con los fragmentos del *Pelayo*. Si se les piden pasiones enérgicas, individuales y profundas; si se buscan rasgos de aquellos que de una sola plumada dibujan un carácter, no acertaríamos tal vez á encontrarlos en ellos. Mas si lo que se desea son raptos de entusiasmo juvenil, ímpetus hidalgos y caballerescos, pasiones y caracteres ya que no lógicos y cabales, llenos de luz y de efusión; y finalmente, la riqueza, gala y armonía de una versificación al propio tiempo castigada y correcta, todo esto y aun más podemos señalar en este ensayo épico. Y hemos dicho que más que esto podíamos aún mostrar, porque el cuadro del hambre, el del sueño del rey, son trozos de una robustez y vigor poco comunes en verdad, dado que la imaginación abulte alguno de sus por menores. Fuera de esto, la descripción del serrallo, la procesión, las quejas del anciano Teusis, y la salida nocturna de Sevilla, dejan poco que desear. En suma, la crítica severa y fría no dejará quizá de echar de menos en esta obra filosofía, madurez y profundidad; pero de seguro hará justicia, á las bellas y poéticas formas del decir, á la corrección y castidad que le sirven de basa, á los ricos destellos de imaginación que por donde quiera campean, y á la entonación para y bien sostenida que en toda ella se nota. De sentir es que con el principio que llevaba, ó con otro más digno de su autor y más adecuado á tanta empresa, no haya llegado este poema á granazón y cumplido término, porque á nuestro modo de ver, no se encontrará en la moderna historia ningún asunto más digno de la trompa épica, que la invasión y conquista de España por los árabes; si ya no es que en el estado presente de las ideas y de la sociedad la epopeya es género de difícil cultivo y poco acomodado á la filosofía del sentimiento: opinión de que no distamos, pues que en nuestro entender la única epo-

peya compatible con el individualismo de las naciones modernas es la novela, tal como la han entendido Walter, Scott, Manzoni y algún otro.

Dejando, pues, el *Ensayo Epico*, y pasando á las *poesías líricas*, diremos que nos pesa de encontrar con el romance *A la noche*, porque á excepción de cierta tinta apagada y melancólica que resalta en todo él, lo encontramos escaso de estro, número y hasta de natural y vigoroso enlace, de modo que solo podemos aceptarlo como punto de partida para conocer el camino que ha andado después el autor, en cuyo caso no vacilamos en aprobar su inserción. Esta composición debe de ser uno de sus primeros pasos por el campo de la poesía, y las siguientes confirman esta opinión, pues nos recompensan con usura de la flojedad de la presente, y aunque desiguales en mérito, todas están á gran distancia de ella. Limpia, fácil, tierna y llena de gracia y de frescura nos ha parecido la *Serenata*; maliciosa, ligera y de buena tonada la trova del paje Jimeno que ya habíamos leído en el Castellano de Cuéllar, y apasionada y sombría, dado que no tan bien sostenida como las anteriores, la *canción de la Cautiva*.

En el bello poemita de *Oscar y Malvina* no solo imita el autor con feliz éxito el fondo de vaguedad melancólica y apasionada de Oscar, sino que también sus versos están en completa armonía con aquellas imágenes descoloridas y suaves como los rayos de la luna, y con aquellos acentos *lánguidos y dulces*

Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.

Acaso no faltará quien tache de desaliñado y flojo alguno que otro verso de este trozo, pero en nuestro entender, por ventura, pasará plaza de bello lo que á otros parecerá incorrección y desmayo, porque si hemos de tener en algo la armonía imitativa, y si en poesía la gracia y la

hermosura resultan de la perfecta concordancia del pensamiento con la expresión, no será gran defecto una cadencia lenta y apagada, donde el sentimiento que revela, descubre á tiro de ballesta las mismas cualidades.

Tras de los sencillos y delicados tonos del bardo escocés, viene el *Himno al Sol*, cual si con su inspiración arrebatada y atrevido vuelo quisiera el autor contrastar las quejas sentidas de la musa de Morven, y mostrar de este modo la riqueza de su diapasón poético. Esta excursión por el terreno de Píndaro parécenos bien concebida, sus imágenes elevadas, su versificación tendida, robusta y armoniosa, la entonación grave y sostenida, y su conjunto proporcionado, regular y lleno de adornos. Sin embargo, no escogeríamos para modelo esta poesía entre las de nuestro joven, pues sin negar las prendas que la abonan, opinamos que bien pudiera haber dado al cuadro una ligera veladura de sentimiento que templase la viveza de los colores, y lo acercase más al mismo tiempo á aquella desnudez y candor de expresión, que en todos los grandes poetas acompaña las creaciones más altas y peregrinas. Asuntos de este género, y todavía más tremendos y magníficos, se encuentran en diversos lugares de la Biblia, y sobre todo en el Apocalipsis, sin que por cierto la sencillez y cándido aliño de la frase altere ni menoscabe su efecto; y el autor mismo en su comenzado poema titulado *El Diablo Mundo*, leído en el Liceo de Madrid, ofrece pasajes de imágenes más fuertes y de pensamientos harto más sombríos que los del Himno al Sol, tratados, sin embargo, de tal manera, que el corazón y la fantasía se interesan á la par. No debemos echar en olvido que la poesía toma de día en día un carácter más general y profundo, y que cuanto más se acerque en sus formas á la verdadera naturaleza del sentimiento, de suyo fácil y modesto en sus atavíos, tanto más derechamente se encamina al término de su viaje.

Al concluir el análisis de la primera subdivisión de las poesías líricas de este tomo, nos sentimos descargados del

peso más grave de la crítica, que sin duda lo es la necesidad de poner tachas y encontrar defectos; y esto lo decimos porque el crecimiento que desde aquí adelante se nota, á pocas enmiendas da lugar.

No son nuevas fuera de España las canciones populares, así como dentro de ella, los romances del mismo género forman una de las más ricas minas de su literatura. Sin embargo, nadie negará al poeta Béranger la gloria de haber levantado y ennoblecido en la nación cercana este linaje de poesía, que gracias á su genio, vibra en el día con todos los tonos del sentimiento, y presenta sus más fugaces y delicados matices. La revolución que de este modo ha logrado introducir en el arte es inmensa á nuestro juicio, pues lo ha convertido en instrumento de cultura, de moralidad y de enseñanza. ¡Rara transformación! La poesía que en los últimos tiempos había llegado á ser el patrimonio de las clases instruídas y acomodadas, ha bajado con la musa de Béranger, semejante á un nuevo evangelio, á la oscura vivienda del pobre, y ha tomado á su cargo con generoso empeño el enjugar lágrimas desconocidas, y curar llagas ocultas y acaso despreciadas. El día que tal hizo acertó á labrarse un porvenir de gloria, reconquistó sus perdidos fueros, y pudo con razón prometerse que cualesquiera que fuesen los yerros y trastornos de la humanidad, su influjo nunca dejaría de guiarla á manera de estrella benéfica.

Esta musa que se acercaba á la multitud desdichada y menesterosa ya para consolarla, ya para alegrarse, ya para quejarse con ella, hubo de crearse una lengua que sus protegidos entendiesen. Semejante necesidad trajo consigo indispensables mudanzas en cuanto al tono y expresión de la poesía, y su lenguaje se ha hecho sencillo, noble y severo, no bastardo, chocarrero, ni villanesco. De esta suerte ha ganado en gracia, naturalidad y vigor, al paso que su influencia y su carácter se han extendido y elevado.

A este género pertenecen las canciones del señor Espronceda, que tenemos por una preciosa adquisición para

nuestro Parnaso. El desenfado, fluidez, casta dicción y variada armonía del *Pirata*, junto con la filosofía y verdad de su fondo, la convierten en una lindísima tonada popular, bien acomodada al carácter ardiente y aventurero de nuestra nación. Gran conocimiento y maestría de la lengua suponen las extrañas rimas que usa, y que tan agradable movimiento imprimen al tono de la composición. Esta es una de las prendas más aventajadas de esta colección, porque la armonía imitativa y la lengua castellana han ganado mucho en elasticidad con las difíciles combinaciones métricas que el autor ha introducido, no solo en el *Pirata*, sino también y más particularmente en el *Verdugo* y en el *Estudiante de Salamanca*, sin tropezar siquiera en tan escabroso camino.

La canción del *Mendigo* se separa de todo punto de la de Béranger, pues lejos de rebosar como ella encono y amargura, lejos de poner crudamente el dedo sobre esta hedionda llaga de nuestra sociedad, se reduce á bosquejar la mendiguez descuidada, holgazana, indiferente y en cierto modo satisfecha con su vagamunda libertad y sus poco envidiables goces. Por lo demás, aunque en nuestro entender, sus contornos no sean tan puros como los del *Pirata*, manifiestan la misma mano y origen. Las tres restantes encubren cierta intención profunda y un carácter social más evidente. El *Verdugo* y el *Reo de Muerte* pertenecen á la escuela amarga, sardónica y desconsolada de Biron, y son hijas de aquella escena doliente y solitaria, que menospreciaba los consuelos, y se cebaba en sus propios dolores. El mismo giro hostil y sombrío, la misma tendencia rencorosa y desengañada del poeta inglés resaltan en la tremenda poesía del verdugo. ¡Qué situación tan bien imaginada! ¡Qué fondo de hiel y de despecho! ¡Qué orden y enlace tan lógico de pensamientos! ¡Qué metro tan acerado y feroz! ¿Dónde encontraremos una invectiva más mordaz contra la pena de muerte, dónde descubriremos más á las claras esa disonancia tan de bulto que manifiestan nuestras leyes y nuestros sentimientos, nuestras costumbres y la civiliza-

ción de que hacemos alarde, como en estas palabras del Verdugo?

Al que á muerte condena le ensalzan!....
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Qué no es hombre ni siente el verdugo
Imaginan los hombres tal vez?

Y ellos no ven
Que yo soy de la imagen divina
Copia también!
Y cual daña

Fiera á que arrojan un triste animal
Que ya entre sus dientes se siente crujir.
Así á mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan el hombre que traen á morir.

Y ellos son justos:
Yo soy maldito:
Yo sin delito
Soy criminal:
Ved al hombre
Que me paga una muerte! el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
A mí, su igual!!

II.

¡Qué sentimiento y qué versos! ¿Para qué mayor anatema contra esa práctica que por más que con la necesidad se cohoneste y encubra, no por eso deja de ser un sarcasmo del progreso de las luces? ¿Qué podrá añadir á esto la poderosa razón y las sabias investigaciones de los filósofos? Poco en nuestro entender; poco cuando menos, que más arrastre, convenza y cautive. Y después de aquella emponzoñada y sangrienta diatriva de un hombre que arrojado de la comunión de los demás, ha podido muy bien perder los sentimientos de tal, ¿quién sino un verdadero poeta nos

le presentaría interesante, descubriéndole á nuestros ojos por el lado de la paternidad?

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
Presta gracia á tu risa infantil!

A esto pudiéramos llamar jugar con el corazón de los lectores, porque tránsito tan repentino, y al mismo tiempo tan lógico de la desesperación á la ternura, y de una versificación nerviosa, constante y descarnada á otra llena de unción, de amor y de suavidad, no es fácil de concebirse, cuanto más de ejecutarse.

La canción del *Reo de Muerte* pudiera considerarse como un apéndice de la anterior, porque en realidad el drama no varía; dado que varíen los personajes. Como quiera que en el asunto algo se asemeje, el giro de los versos y la situación son bien distintos, y aunque no esté templada por un tono tan rudo, de todas maneras aparece sombría, variada y empapada en desventura. La última canción que nos queda por examinar es el *Canto del Cosaco*, canto lleno de nervio y de vigor salvaje, filosófico en sus pensamientos, profundo en sus tendencias, y valiente cuanto correcto en su versificación. Como la amarga censura de la política europea que envuelven los rudos acentos del Cosaco tal vez cuadraría mal en un periódico como el *Semanario*, por más poseído que se halle el que esto escribe de las mismas ideas, nos dispensaremos de presentarlo por este lado; pero no sin recomendar á nuestros lectores su atento examen. Del mismo asunto ha tratado Béranger con igual objeto, carácter y tendencia, y para gloria de nuestro autor y nuestra, debemos decir que ha sobrepujado á tan insigne poeta, no solo en lo áspero y oscuro de las tintas, sino también en el estro y fuerza de verdad. Tal es por lo menos nuestra opinión, que gustosos sujetamos á la más aventajada de los hombres de letras.

Vienen detrás las poesías que el señor Espronceda ha llamado *históricas*, título que en nuestro entender algo mejor les cuadra que no el de *políticas*, porque si bien van todas enlazadas con nuestros sucesos y desdichas políticas, el autor ha tenido la suficiente discreción para ceñirse á la idea general y luminosa de la emancipación común, sin descender nunca á las miserias de los partidos y á la ruindad de los intereses individuales. Por esta conducta merece el parabién de cuantos tengan en algo la dignidad del arte, pues si como hombre puede seguir el camino que le plazca, como poeta pertenece á la humanidad y al porvenir. Por lo demás el sentimiento que respiran estas poesías es entero, alentado y robusto; la entonación igual y sostenida, y los versos de un temple recio, sonoro y acerado. El soneto á *Torrijos y compañeros*, la composición que tiene por título *Guerra* y la dedicada á la muerte de *Depablo* (a) *Chapalangarra* por todos sus pliegues y resquicios dejan asomar la llama del rencor y del ardimiento, que nuestras desastradas disensiones han encendido en tantos pechos. Dos exceptuaremos sin embargo entre ellas que se apartan de las demás: la *Despedida del Patriota Griego de la Hija del Apóstata* y la *Elegía de la Patria*. La primera nos parece inferior á las anteriores; mas no así la segunda, en que el autor con tanta delicadeza y maestría ha remedado los tonos del más triste de los profetas, engalanándolos con todos los atavíos de nuestra poética lengua. Júzguenlo nuestros lectores por la siguiente muestra.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos, caídos tristemente,
El llanto está agolpado.

Y díganos después de haberla leído si no se les ha figurado oír un suspiro del viento entre las arpas de Israel colgadas de los sauces de Babilonia. Toda la tristeza de la emigración, todo el amor y la hermosura de la patria ausente están pintadas en esta tierna elegía.

Entre las poesías que después vienen, llama muy particularmente nuestra atención el *soneto á la rosa*, porque no conocemos en la lengua castellana ninguno más terso, lleno, flúido y acabado. Nos persuadimos de que nuestro juicio en el particular será el del público, y de todas maneras lo emitimos francamente, deseosos de enmienda por si erramos. Creemos asimismo que nadie leerá los blandos y sentidos versos *á una estrella* sin ceder á aquel impulso de tristeza que siempre inspira el espectáculo de las creencias juveniles deshojadas y marchitas.

La composición *á Farifa* será la última en que nos detengamos, con tanto mayor motivo cuanto que la tenemos por la expresión más cabal que se encuentra en este tomo, de esa poesía esceptica, tenebrosa, falta de fe, desnuda de esperanza y rica de desengaño y de dolores, que más bien desgarrar el corazón que lo conmueve. Condición bien triste es la de una época que dicta tan desusados acentos, y condición por desgracia forzosa en la nuestra en que el hombre divisa el porvenir cubierto de nieblas, y solo ve lo pasado al través de la inquietud y desasosiego presente. Este disgusto y ansiedad de que si ya no siempre, en muchas ocasiones adolecen todas las almas vigorosas, es un hecho que mal pudiéramos negar, y la poesía que lo traslade de seguro estará llena de verdad y cautivará la simpatía de muchos. Necesario es pues aceptarla á despecho de su desabrimiento, y aun cuando se hayan abierto sendas más luminosas y enderezadas á mejor término en el campo de la literatura; mas no por eso dejaremos de decir, que cerrar al hombre las puertas de la esperanza, equivale á falsear su índole y contrariar sus más naturales impulsos. Semejante filosofía ni perfecciona, ni enseña á la humanidad: hija del orgullo y del desengaño, llega á formar de cada

hombre un ser aparte, y rota la asociación de los afectos más dulces del corazón, solo conduce al individualismo y á la anarquía en moral. Y cuenta con que no es esto lo que necesita un siglo de suyo egoista y frío: consuelos y no sarcasmos ha menester el corazón de los más; esperanzas y no desencantos es lo que nos deben ofrecer, porque la desesperación y la duda son impotentes para todo menos para el mal. Fuera de esto la poesía de Jarifa, de carácter elevado y ardiente, poblada de armonías muy bellas, está dotada de formas y proporciones regulares, y llena de gala y soltura en su dicción poética.

Llegamos por fin al *Estudiante de Salamanca*, corona de este tomo, y obra en que á nuestro sentir ha reconcentrado el autor todo el poder de su ingenio, de su corazón y fantasía. Su variedad extraordinaria, su raro y maravilloso asunto, su trabazón ordenada y lógica, su temeroso desenlace, la verdad y originalidad de sus caracteres, aquel baño de sencillez, de naturalidad y efusión que en todas partes lo realza, y por último, el sinnúmero de tonos porque está templado y de ricas armonías que desenvuelve, levantan este cuento á una altura tal, que sin duda tardará ningún otro en elevarse á ella. Las octavas de la primera parte en que el autor pinta y bosqueja á Elvira manifiestan gracia y dulzura inefables; en las quintillas de la segunda parte salta el estro y el sentimiento; melancolía, ternura y pureza angélica revela la carta de la infeliz, y finalmente pincel maestro, y figuras atrevidas y vigorosas se echan de ver en el cuadro dramático, que tan bella contraposición ofrece con la vaguedad fantástica y medrosa, y con el trágico remate de la parte última. No señalaremos pasajes de este poema, pues ni sabríamos por donde comenzar ni en donde dejarlo, pero los arriba indicados nos parecen bastantes para mostrar y convencer que la musa castellana puede envanecerse de tan cumplida obra.

La aparición de este libro es harto notable, y hará época en la historia literaria de nuestro país, porque sin apartar la poesía de la gloriosa senda por donde la llevaron los

Herreras y Leones, sin despojarla de sus elegantes giros, de su casta y numerosa dicción, de su música apacible, majestuosa y sonora, y sin desnaturalizar ni su origen ni su carácter, el señor *Espronceda* la ha subido á la altura de la época, ha logrado darle el colorido y transcendencia propia de las ideas, y la ha convertido en expresión fiel y genuína de nuestros sentimientos. De todo se encontrarán muestras en este volumen, porque todos los tonos del sentimiento están ensayados y recorridos en él, desde los raptos de la fantasía, hasta los acentos más hondos del corazón. Su autor de consiguiente ha merecido bien de las letras y del país donde ha nacido; pero la estimación que le profesamos y nuestra habitual franqueza, nos autorizan para decirle que más pudiera haber hecho por su nombradía, y por el lustre de su nación, que tiene puestas en él muchas y muy hermosas esperanzas. La reputación que antes había adquirido y que ahora confirman sus poesías, no debe servirle para dormir sobre su deliciosa almohada, sino para llevar adelante los nobles empeños que tiene contraídos con el porvenir todo hombre que posee sus privilegiadas disposiciones. Deseamos que estas palabras, que tantos motivos tiene para creer sinceras, le sirvan de estímulo para dar cima con brevedad á su poema *El Diablo-Mundo*, que en el sentir de muchos le afianzarán en lo venidero un nombre por más de una razón envidiable.

LUIS VIVES.

I (*).

Con razón nos echan en cara los extranjeros la indiferencia y descuido con que miramos nuestras glorias, y aun por ello mereceríamos inculpaciones más severas, si las poco favorables circunstancias en que se ha encontrado España á contar desde la mitad del siglo XVII, no nos sirviese en cierto modo de disculpa. En cierto modo decimos, sin embargo, porque si bien la decadencia de la nación, regida un tiempo por Carlos V y Felipe II es harto notoria, todavía nos debe causar rubor pensar que en tal cual pacífico y lucido intervalo, que desde entonces acá ha disfrutado el país, no solo haya quedado por soldar la cadena de la civilización con que en mejores días íbamos ciñendo la redondez de la tierra, sino también que hayamos dejado carcomerse de orín sus resplandecientes eslabones. ¡Lástima grande por cierto que las ideas más nobles y benéficas, que por su propia fecundidad y vigor parecían escudadas de los ataques del tiempo y del embate de las vicisitudes públicas, se amortigüen por circunstancias, cuyo alcance no debiera llegar á tan elevadas regiones! ¡Lástima en verdad que nombres por tantos títulos ilustres puestos por la mano de Dios como otras tantas piedras miliarias en el camino de las generaciones, vengán abajo con miserable estrago, arrastrando en su caída la influencia y hasta

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 1.^a entrega.

el recuerdo quizá de una época ennoblecida con grandes hechos y descubrimientos! La humanidad está destinada tal vez á perfeccionarse tanto por sus adelantos como por sus retrocesos, así por sus esperanzas como por sus engaños, y en esto sin duda se cifra el secreto del silencio injusto á que se ven condenadas voces en otro tiempo poderosas, obras gigantescas que abarcaban el conjunto de su siglo y fijaban la época de una transición completa en las ideas, emancipándose de lo pasado, y lanzándose con ánimo resuelto á los caminos del porvenir.

Tales fueron las obras y trabajos de Luis Vives, hombre de raras cualidades, que por la extensión de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sano y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevación de su carácter, llegó á ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo. Temple maravilloso se necesitaba para atropellar por tantos obstáculos como embarazaban los caminos del saber y de la razón, para removerlos sin más auxilio que el de una voluntad enérgica y firme, para convertirse en el intérprete de tantas esperanzas como abraza la humanidad en todas las épocas de transición, y conservar al mismo tiempo aquella prudencia y tino exquisito que templan la vehemencia de los deseos, organizan las tendencias, dirigen los esfuerzos hacia un término útil y noble á la vez, y caminan á la conquista de lo futuro sin romper con las tradiciones y con la historia, aprovechando cuantos elementos de progreso deja sembrados el trascurso de los tiempos.

Cuando Juan Luis Vives vino al mundo (1492), el principio de la civilización cristiana acababa de quedar triunfante en España con la toma de Granada; el poder real se consolidaba en las hábiles manos de los Reyes Católicos, y de su ministro el Cardenal Jiménez de Cisneros: la imprenta iluminaba el mundo con sus primeros resplandores: la caída del imperio griego y la pérdida de Constantinopla traían á Europa las teorías de los antiguos griegos;

sus obras originales despertaban en Italia el genio de las bellas artes; desenvolvíase prodigiosamente el comercio con la emancipación de sus ciudades, y al paso que el descubrimiento del Nuevo-Mundo extendía las ideas y comunicaba un vigoroso impulso á los espíritus, por donde quiera se traslucía la necesidad de las reformas filosóficas y aun religiosas. A vista de tan extraordinario concurso de circunstancias tan felices como inesperadas, parecía que la serpiente simbólica de los antiguos, que representaba el círculo eterno de las edades, se desnudaba de su piel áspera y oscura para trocarla por otra arrebolada de hermosos y apacibles colores.

Sin embargo, estos hechos eran demasiado recientes y carecían por lo mismo de aquella autoridad que les comunica á la vez el trascurso del tiempo, el ensayo de sus ventajas y la luz de la razón: semejantes al espíritu de Dios cuando era llevado sobre las aguas, solo muy poco á poco iban deshaciendo las nieblas que cubrían el campo de las ciencias. La filosofía escolástica, embestida ya por diversas partes, defendía á palmos su terreno, escudada con la larga costumbre de su predominio, apoyada en sus métodos *a priori*, que también se avenían con la unidad sintética y robusta del catolicismo, y fiada, por último, en el desbarajuste y confusión del lenguaje, y en el intrincado laberinto de sus distinciones sutiles y de su extraña terminología. Ni era solo moral la preponderancia que ejercían, pues no contenta con todas estas ventajas, estaba además apoderada de todas las escuelas y colegios, desde la primera enseñanza hasta la más adelantada y seria, de modo que si bien luchaba contra la corriente de la época, todavía presentaba una falanje numerosa y bien atrincherada.

Luis Vives asistió en Valencia al curso de latinidad de Jerónimo Amiguet y de Daniel Sisó, de cuyas explicaciones no es de esperar que sacase gran fruto, porque la lengua de Cicerón y de Virgilio andaba tan desconocida y por el suelo, que los Reyes Católicos tuvieron que ordenar expresamente su enseñanza á cuantos seguían la carrera

eclesiástica, y aun á las religiosas. El famoso Antonio de Nebrija había enriquecido la España por entonces con el inmenso caudal de su erudición, y procuraba resucitar en ella el estudio de los hermosos modelos de la antigüedad, y restituir á las ciencias el instrumento de un lenguaje culto y preciso. Háblele acogido con bondad suma y aun con sincera gratitud el Cardenal Jiménez de Cisneros, y los pocos sabios que entonces en España había, pero no en todas partes le miraban con los mismos ojos; de tal manera, que Jerónimo Amiguetto alentó á nuestro Vives para que escribiese contra él una especie de invectiva, cosa á que no le repugnó prestarse, engañado por la natural efervescencia de los pocos años, y estimulado de las sugestiones de su maestro. ¡Triste principio de una carrera gloriosa el atacar de esta suerte la reputación de un hombre con cuyos esfuerzos y pensamientos había de estar más tarde en tan cabal armonía! Desagravióle entonces cumplidamente, pero este suceso que el erudito don Gregorio Mayans pone en duda, aunque nada tiene de extraño ni de perjudicial á la opinión de Luis Vives, es una prueba más de los tropiezos que encontraban entonces por el camino los que se dirigían al santuario de las ciencias. Es probable que además de la lengua latina se dedicó igualmente á la griega, que enseñaba entonces un Bernardo Navarro, y aun al estudio del derecho civil, bajo la dirección de su abuelo materno Enrique March, que explicaba las instituciones de Justiniano.

De todos modos, este alimento era sobrado escaso para un alma tan elevada y codiciosa de saber, y aunque París no presentaba mucho mejor aspecto, era, sin embargo, el centro de las luces de la época, y allí acudían de todas partes jóvenes estudiantes á cebarse en las interminables disputas de la escuela, y á sacar por único patrimonio del entendimiento la ciencia de las palabras y un buen repuesto de sutiles distinciones y de especies inaplicables al adelanto de las luces y á la ciencia de la vida. Luis Vives, siguiendo el ejemplo de sus contemporáneos, se dirigió á

París, donde le tocaron por maestros Gaspar Lax, natural de Sariñena, en Aragón, y Juan Dullard.

Era una especie de aforismo continuo en boca del último, esta máxima extraña: «Cuanto mejor gramático fueres, peor dialéctico serás:» sentimiento de que el vulgo científico de la época participaba en tal manera, que había llegado á ser una especie de axioma. Mirábanse como incompatibles las argumentaciones y disputas escolásticas con el habla castiza y depurada de griegos y latinos, como si las formas de que usaban en ellas hubiesen venido de otra parte que no fuese la Grecia ó Roma: fenómeno extraordinario, y que en nuestro entender requiere explicación.

Cuando los diversos sistemas filosóficos de Grecia trasladados á Roma, vinieron á perderse en un epicurismo grosero y bastardo durante la época de su decadencia, ya por la corrupción de las costumbres, ya por la incertidumbre y continuo recelo que á todos aquejaba con la presencia de las tempestades que se amontonaban en el porvenir; Alejandría fué el lugar donde se refugiaron los pocos pensamientos profundos y dignos de la razón humana que flotaban sobre el cenagal de Roma. Las teorías de Pitágoras, Platón, Aristóteles y Zenón, habían hallado ya de antemano benigna acogida bajo el reinado de los Tolomeos, y un lugar distinguido en su escogidísima biblioteca y entre los sabios reunidos y agasajados por la munificencia de estos príncipes ilustres. Era además Alejandría la plaza comercial de más importancia y escala universal de todas las comunicaciones con el Oriente, de modo que estas circunstancias reunidas á otras muchas de segundo orden, hicieron de ella una especie de centro adonde se encaminaban todas las tendencias filosóficas que sobrevivían á época tan desastrosa. Mas el entusiasmo que habían excitado las antiguas doctrinas, amortiguado y tibio con la relajación de casi todos los resortes morales, había cedido el puesto á un eclecticismo vago y exaltado, favorecido por la necesidad de creencia y de consuelo, entonces más sensible que nunca, y sobre todo desarrollado por el sentimiento nuevo y ar-

diente de la fe cristiana que mezclaba ya frutos sazonados á sus hermosas flores. La sociedad se renovaba entonces, y mal podían convenir á su infancia lecciones y sistemas hijos de una sociedad que había llegado al término de la madurez por el sendero de la experiencia; razón por la cual de todos los dogmas filosóficos, solo fueron apreciados y cultivados los que favorecían el instinto contemplativo y místico de aquella época. Pitágoras y Platón encontraron por donde quiera discípulos y comentadores: Aristóteles mismo, á pesar de su método analítico, halló gracia á sus ojos por la vaguedad de algunos trozos de su metafísica: pero todos ellos sufrieron mutilaciones y alteraciones de cuenta para haber de acomodarse á un orden de ideas tan distinto del suyo. De este modo, enturbiado su claro manantial, se abrió camino hasta llegar á la corte de los Califas, que por entonces regían un pueblo lleno de aliento y ansioso de toda suerte de glorias; pero allí les cupo la misma suerte que en Alejandría, pues precisados los filósofos á conciliar sus doctrinas con el Alcorán, y seducidos además casi siempre por su imaginación exaltada, las adulteraron en tales términos, que los trabajos de Al-Kendi, Al-Farabi, Avicena, Abubeker y Averroes, bien que preciosos para la historia de la filosofía, no hicieron otra cosa que desviarlas más y más de su origen y natural destino.

Mientras esto sucedía en Oriente, los bárbaros habían acabado con la antigua civilización romana, y cuando el genio maravilloso de Carlo Magno quiso iluminar el imperio de Occidente con los resplandores de la sabiduría, durante una serie de tres ó cuatro siglos, apenas se advierten sino esfuerzos infructuosos, atajados por lo azaroso de las circunstancias y por la falta de guías competentes en la difícil carrera que emprendían los ingenios. Limitábase entonces la enseñanza á algunos libros de Aristóteles, y á tal cual fragmento de Platón, no solo incompletos y mancos de por sí, sino también desfigurados por infieles comentadores cuales eran Porfirio, Boecio, Dionisio Areopagita y San Agustín, marcados todos con el sello de la escuela de Alejandría.

A fines del siglo XI y principios del XII Rousselin y Abelardo intentaron sacudir el yugo del escolasticismo, suscitando la famosa cuestión de los *universales*, y abriendo una serie de ideas y pensamientos, que si bien por prematuros no produjeron los frutos que era de esperar, fueron de subido precio para la ciencia, así por la independencia preciosa que introdujeron en ella, como por los nuevos caminos que abrieron á las reformas posteriores.

En el siglo XIV empezó á ser conocido Aristóteles de una manera más completa, con la comunicación de los árabes de España, y Alberto llamado el Grande, se constituyó en intérprete suyo, cautivando para los dos la admiración y aplauso universal: pero por desgracia sus doctrinas, falseadas ya por los árabes, lo fueron más por traducciones defectuosas de un texto hebreo, y el filósofo griego tuvo que vestir por último el traje de la escuela, y acomodarse á nuestra teología, y aun á los usos de nuestros doctores.

Consecuencia natural de tan errado sistema era el apartarse más cada día de la verdadera filosofía, pero es preciso convenir en que los escolásticos procedían con lógica y concierto, ajustándose en un todo á las premisas que sentaban; y que aun extraviados por su falso criterio, hicieron descubrimientos de importancia.

Vino por fin el siglo XV, y los originales antiguos traídos por los griegos fugitivos de Constantinopla difundieron su luz por todas partes, y pusieron de manifiesto las capitales diferencias, que existían entre los peripatéticos de Aristóteles y los de la escuela. Por donde quiera comenzaron á cultivarse con ardor las lenguas sabias: á un mismo tiempo resucitaron todos los sistemas de la antigüedad, y el escolasticismo; embarazado con sus fórmulas y aprisionado en las cadenas de sus métodos, ni fué poderoso á contrarrestar la influencia de las nuevas doctrinas, ni á acallar el espíritu de duda y de examen que por natural reacción se despertaba en todas partes.

Esta revolución importantísima produjo en un principio, como era natural, más eruditos que filósofos, porque el

transcurso de los tiempos y la influencia de la costumbre habían robustecido de tal suerte las antiguas cadenas que no era fácil romperlas á la primera sacudida. La filosofía moderna había adolecido desde su nacimiento de un vicio radical que despojándola de todo carácter original y espontáneo, la despojaba al mismo tiempo de toda fecundidad. Consistía este vicio en haber encontrado el arte del raciocinio y la forma de las ciencias antes de formar su razón y de encarnar en la ciencia; hecho que de por sí solo trastorna todo el concierto y subordinación de las ideas. Los escolásticos pertrechados de toda clase de distinciones, nomenclaturas y argumentos, carecían de hechos positivos y de verdades adquiridas por medio de la observación, de modo que si bien manejaban algunos instrumentos, fabricaban en el aire, y ni aun á costa de los más ímprobos trabajos podían dar á los resultados un valor, que no estaba en los elementos. Lo único que podían alcanzar era multiplicar las combinaciones abstractas y las disputas de palabras, y disertar eternamente. Abelardo y los nominales subieron al origen de esta situación y procuraron cambiarla; pero no había llegado aun la época de las reformas, y era menester continuar por la huella de la antigüedad durante mucho tiempo.

La emigración de los griegos del bajo imperio y el recobro de sus antiguas hipótesis no fué bastante para acelerar esta transición, á pesar de su inmensa utilidad; porque el ansia misma y el entusiasmo con que las acogió la filosofía estenuada por sus propias sutilezas y falta de alimentos sólidos, alejaban todo espíritu de crítica, y solo daban lugar á la admiración, de suyo ciega y confiada. El único consejero de la prudencia y de la sabiduría era la erudición, con lo que de nuevo se volvió á trastornar el orden de las ideas, porque se tuvieron por resultados definitivos unos sistemas que no debían ser más que una serie de experiencias destinadas á dirigir el espíritu humano en su nuevo camino. Las teorías en que brillaba alguna originalidad é invención se quedaban muy atrás de las griegas, por ser

efecto de producciones sobrado espontáneas, que no estaban fundadas en la experiencia, antes bien estribaban principalmente en los instintos de la época.

Tal era la situación filosófica de la Europa cuando Luis Vives vino al mundo. Por un lado el escolasticismo atrincherado en las escuelas todavía, y apoderado de la enseñanza, sin querer cejar en su propósito: por otro los sabios de la época vueltos los ojos á lo pasado, ocupados en la restauración de sus sistemas, pero ajenos en sus tareas de todo plan y unidad, y acordes únicamente en hacer cruda guerra á los escolásticos. El juicio claro y recto de nuestro compatriota abarcó de una sola ojeada el estado de las cosas, y se trazó un camino que siguió después con infatigable constancia. Disgustado de los estudios de París y convencido de su inutilidad, se retiró á Brujas, cuyo buen gobierno, cultura y suaves costumbres se avenían perfectamente con su índole apacible y su carácter recogido. En la soledad de su retiro, entregado á serias meditaciones y penosos estudios, concibió la importante idea de manifestar los errores que abrigaban las ciencias y artes, así en su esencia como en sus fórmulas, tarea para la cual parecía nacido por el vigoroso temple de su criterio, prenda en que á todos sus contemporáneos adelantaba. Esta necesidad era la de más bulto en una época en que descubierta á los ojos de todos los hombres pensadores la impotencia de los métodos y la esterilidad de las ideas, solo por medio de un examen imparcial y severo, y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razón de las infinitas malezas que lo cubrían. Sin derrocar los sistemas escolásticos, era de todo punto imposible abrir las zanj as del edificio majestuoso, que todos los talentos privilegiados columbraban entre las nieblas del porvenir. Preciso era para esto restituir á la lengua latina su exactitud y pureza, trazar un cuadro histórico de la filosofía desde su origen hasta el estado en que entonces se hallaba, analizar sus tendencias durante estas diversas épocas, y deducir, finalmente, de esta comparación, los trastornos y modifica-

ciones que hubiese sufrido: plan verdaderamente gigantesco, para el cual se necesitaban no solo dotes extraordinarias, sino también la fe de aquellos tiempos, en que la ciencia era una verdadera religión para los que lograban penetrar sus arcanos.

Luis Vives ensayó sus fuerzas con el tratado titulado *De Initiis, Sectis et Laudibus Philosophorum* (Del Origen, Sectas y Alabanzas de la Filosofía), y con el libro *In Pseudo Dialecticos* (Contra los Malos Dialécticos), obras ambas que le granjearon universal aplauso, y que eran como el crepúsculo que prometía la brillante luz de los libros sobre la *Corrupción de las Artes*, sobre la *Enseñanza de las Ciencias* y los *Comentarios á la Ciudad de Dios, de San Agustín*. En la primera, con arreglo á su título, trazaba un cuadro reducido á la verdad, y no completo, del nacimiento y vicisitudes de la filosofía; pero lo que le faltaba en extensión lo suplían ventajosamente el método ordenado, la sana y atinada crítica y las tendencias generales y profundas que resaltaban en él. Era el primer trabajo de este género que se llevaba á cabo: el buen gusto en la ejecución realizaba la importancia intrínseca del pensamiento: la filosofía recobraba su carácter elevado, y en cierto modo se desquitaba de su frivolidad recordando sus tiempos gloriosos, ó esperando los no menos gloriosos que á más andar se acercaban.

El segundo libro (*In Pseudo Dialecticos*), sátira amarga, si bien merecida, del método que se seguía en las universidades, nutrida y bien fundada, armada de una ironía punzante y chistosa y ataviada además con las galas de una elocución suelta, elegante y castiza, se ajustaba mejor á las necesidades de la época, aportillaba impetuosamente la vieja muralla escolástica, y ponía de manifiesto la pobreza de sus recursos: así es que al paso que fué la piedra de escándalo en las escuelas, cautivó la simpatía y elogio de los verdaderos sabios.

Estas obras, que atendida la capacidad de su autor, no pasaban de meros ensayos, así por su fondo como por sus dimensiones, acrecentaron su reputación de tal modo, que

á los 27 años de su edad desempeñaba una cátedra en la universidad de Lovaina, y merecía la amistad de los hombres más instruídos de su tiempo, y en particular de Erasmo de Rotterdam y de Tomás Moro, célebre canciller de Inglaterra.

Ocupábase por entonces el primero de estos en restituir á la luz del día las obras de los santos padres purgadas y limpias del moho, no solo de los comentadores, sino también de los copiantes; y para ayudarle en esta importante tarea eligió á Luis Vives, que de muchos años atrás había empleado no poco trabajo en las obras de S. Agustín, y le encomendó los comentarios y enmiendas que fuesen necesarios en ellas. Trabajo era este en que la curiosidad competía con la importancia, porque se trataba de determinar una de las series filosóficas más notables de la antigüedad, y de averiguar la índole de la escuela de Alejandría, que había heredado toda la ciencia del moribundo imperio romano, y calentado al propio tiempo en su seno los instintos del cristianismo naciente. San Agustín, el más célebre de sus santos y doctores, se había alistado bajo las banderas de Platón, cuidando de acomodarle á los principios de la doctrina cristiana, cosa en verdad poco difícil á un talento como el suyo, pues le ayudaba en gran manera para ello el colorido de entusiasmo que se nota en todas las obras de aquel filósofo, y su apego exclusivo á los métodos *a priori*. Luis Vives acometió la empresa con crecido número de datos, con una vasta erudición é infatigable constancia, y la historia filosófica recibió un desarrollo y carácter, que aun en el día nos agrada y sorprende. En especial las vicisitudes de la filosofía de Aristóteles entre los latinos y los árabes aparecieron con toda distinción y claridad en estos comentarios, primera muestra de un análisis detenido y fundado, en los tiempos modernos. Nosotros, que abundamos en obras de la antigüedad perfectamente ordenadas, y que gozamos del beneficio de la imprenta hace cuatro siglos, no podemos calcular á primera vista el esfuerzo y penalidad que llevaban consigo unas tareas, en que era necesario mu-

chas veces restaurar el original antes de juzgarlo, y caminar á tientas en busca de su verdadero sentido.

Los comentarios á los libros de la *Ciudad de Dios* fueron recibidos con desiguales afectos, y más generalmente con desabrimiento marcado. Andaban los ánimos azorados é inquietos con los movimientos religiosos de Alemania, y no faltaba quien tildase á Erasmo de Rotterdam de parcial y amigo de las doctrinas luteranas. Esta fué la causa verdadera del desvío con que fué acogida esta obra, que no sus tendencias: punto que Luis Vives miró siempre con el mayor escrúpulo, como lo manifiesta, no solo su correspondencia con Erasmo, sino también la firme y decorosa conducta que observó más tarde en Inglaterra, cuando el célebre proceso de divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón. Sin embargo de todo, la obra fué en algunas partes prohibida.

Como quiera, ni estas contrariedades, ni los sinsabores que acibararon su existencia en Inglaterra, fueron bastantes para apartar á nuestro Vives de sus propósitos científicos, antes bien parecía encontrar en ellos alivio eficaz contra sus pesadumbres y pobreza. De vuelta de aquel país se ocupó con su acostumbrada diligencia en dar la última mano á su obra. *De las Causas de la Corrupción de las Artes*, obra que miraba como la corona de sus trabajos y de su reputación. Ni era de extrañar que en tanto la tuviese, cuando en ella estaban representadas, no solo las necesidades de la época, sino también el fruto de una vida empleada en el estudio y en profundas meditaciones. Para analizarla como es debido, para comprender lo vasto de su plan, la solidez de su doctrina, la penetración de su análisis, y el prodigioso caudal de conocimientos que contiene, no bastan las páginas de un periódico como este: volúmenes se necesitarían si se hubiese de presentar bajo todos sus aspectos y relaciones.

La misión de Luis Vives era *crítica* en todo el rigor de la expresión, porque si algo podía aprovechar en medio del caos filosófico de aquel siglo, era la luz de la razón y del

examen; así es que en ninguna de sus obras aparece tan elevado y tan dueño de la situación como en esta. «No se propone en ella fundar un sistema, ni crear una nueva secta, sino pedir á las existentes los títulos de su legitimidad, abrir un sendero nuevo, pues la naturaleza que produjo aquellos hombres célebres, ni está agotada ni estancada; llevar en todo por guía á la experiencia, y así como esos mismos ingenios observaron, combatieron y enmendaron lo que disentía de sus principios, del mismo modo mostrar sus errores y enderezar su marcha sin desviarse de su ejemplo. Acaso si hay quien tome después á su cargo la corrección de sus yerros, se llegará á una serie nueva de conocimientos, que encierre á la vez principios fijos y métodos perfectos.» Estas son las principales razones de las varias, que en términos sencillos y nobles dirige á sus discípulos en el prólogo de su obra, y que desde luego revelan su objeto y fundamental idea.

Divídese en siete libros, puestos por el orden siguiente: 1.º *De las causas generales de la corrupción de las artes.* 2.º *De la corrupción de la Gramática.* 3.º *De la corrupción de la Dialéctica.* 4.º *De la corrupción de la Retórica.* 5.º *De la corrupción de la Filosofía natural, de las Matemáticas y Medicina.* 6.º *De la corrupción de la Filosofía moral.* 7.º *De la corrupción del Derecho civil.*

Por esta clasificación se vendrá fácilmente en conocimiento de que Luis Vives no solo abarcaba el conjunto de la ciencia en su tiempo, convirtiendo su obra en una verdadera enciclopedia, sino también de que la encadenación de sus ideas no podía ser más lógica y rigurosa. Asentando por fundamento de todo la gramática, como el único medio de dar al pensamiento aquella precisión y claridad en que se funda la comunicación de las nociones de todas clases, Luis Vives resucitaba á un mismo tiempo el buen gusto, y abría camino á una dialéctica cuerda y juiciosa, sobre la cual estribaban á su vez cuantas ciencias eran entonces el patrimonio del ingenio humano. El libro segundo contiene un análisis erudito por demás, y razonado de las diversas

causas que habían traído á tan lastimoso estado el habla latina, que entonces era la lengua general de los sabios; y después de probar cumplidamente el triste influjo que había ejercido esta corrupción en todos los ramos del saber humano, concluye con una severa censura de los libros de caballería, en que su espíritu razonador y positivo no veía más que fábulas insípidas, desnudas de todo fundamento y verdad, y propias solo para entretenimiento de gentes ignorantes y desocupadas. Vives combatía con la razón estas creaciones del entusiasmo y de la imaginación, que el ingenio de Cervantes iba á reducir á pavesas dentro de poco.

En el libro segundo penetra el autor en los senos de la antigüedad; desarrolla la doctrina de Aristóteles con exactitud pasmosa; pone en claro las alteraciones que sufrió con las traducciones á la lengua latina, incapaz de reflejar todos los matices y delicadezas de la griega por su genio austero y grave; señala enseguida con el dedo su degeneración cada vez mayor, y haciendo minuciosa anatomía de las formas silogísticas de la escuela, descubre su futilidad y ningún valor. En los siguientes libros manifiesta el mismo temple de criterio, y sobre todo en el tercero, donde patentiza los muchos errores de Averröes, tenido entonces en gran veneración.

Esta obra fijó las ideas y llamó la atención en tales términos, que todos los filósofos de nota que por entonces se sucedieron, fueron á beber en su fuente cristalina. Pedro la Ramée, que después atacó á Aristóteles con menos respeto y veneración de la que merecía tan ilustre maestro, fué acusado de plagiarlo por sus contemporáneos y no sin fundamento, porque en realidad sacaba del arsenal de Vives todas sus armas, si bien no imitaba ni su circunspección ni su cordura. Gasendi, que tanta gloria dió á la Francia, confiesa ingenuamente que las lecturas de Luis Vives y Charrón fueron las que más le alentaron á sacudir el yugo escolástico; y si preciso fuera amontonar citas y ejemplos de esta clase, nos sobrarían autoridades respetables de que echar mano.

Luis Vives, que parecía destinado exclusivamente á derribar el informe edificio de la falsa filosofía, pensó también en levantar uno nuevo; empresa que carecía de sazón y que de consiguiente no pudo llevar á cabo. Sus libros *Del método de la enseñanza* (De Tradendis Disciplinis) *de Instrumento Probabilitatis*, y *de Prima Philosophia, sive, De Intimo Naturæ Opificio*, aunque abundantes en ideas sanas y llenos de revelaciones importantes, carecen de aquella unidad y armonía que vivifican los sistemas y anuncian los grandes descubrimientos. Ni podía menos de ser así en una época en que la gran fermentación de los espíritus y la fluctuación de las opiniones solo daban lugar al combate y á las artes de la guerra, pero de ningún modo á las teorías que nacen en el seno de la paz, cuando abonanza el mar de las disputas y deja ver por entre sus olas sosegadas las riquezas que guarda en su fondo.

Otro hombre estaba destinado á recoger los frutos de los trabajos de Luis Vives y á oscurecer su brillo en tales términos, que apenas merece un lugar subalterno su memoria entre los historiadores de la filosofía así extranjeros como nacionales. Este hombre fué Bacon, luz y corona de Inglaterra, que dotado de un talento creador, supo reunir todos los elementos dispersos de la ciencia, organizarlos con raro acierto y componer un sistema general profundamente combinado, según el cual *las ciencias se asemejan á otras tantas pirámides cuya base era la experiencia, y cuya cúspide ocupaban los axiomas*. Pensamiento atrevido que abría el paso á un orden nuevo de cosas en el imperio de la inteligencia, pero que hubiera sido imposible no ya de realizarse, mas ni siquiera de concebirse, á no haber encontrado desembarazado el camino y señalado el rumbo en las doctrinas de Luis Vives y de los filósofos contemporáneos. Sus esfuerzos dieron con la fábrica de los errores en el suelo, su perseverancia limpió y allanó el terreno, su diligencia allegó los materiales para el nuevo edificio, y aun dejó trazadas sus dimensiones: ¿qué faltaba ya sino que el arquitecto se mostrase y el templo de la ciencia se levan-

tase bello, majestuoso y bien proporcionado? Aun así la gloria de Bacón será eterna, y nosotros los primeros, la reconocemos y acatamos; pero á fuer de españoles y amigos de la justicia, nos hemos creído obligados á volver por la fama de un compatriota que con tan calificados títulos la alcanzó. En la carrera de la civilización no es menos útil el que acaba con los males que el que acierta á plantear los bienes, y el genio en cualquier tiempo y lugar es el delegado de Dios en la tierra.

II.

Como los trabajos é influencia de Luis Vives se emplearon con preferencia muy particular en restituir á la filosofía su verdadera índole y carácter, presentando la generación y formación de las ideas bajo un aspecto racional y analítico, por eso nos dedicamos en nuestro primer artículo á apuntar, más bien que á desenvolver sus miras y sistema. Dijimos entonces, y ahora lo repêtimos, que algo más que un artículo de periódico era menester para trazar con el debido detenimiento un bosquejo fiel de tareas tan fecundas en resultados como llenas de importancia y valor intrínseco; pero aun cuando sea ligeramente y como de pasada, hablaremos de otras obras de Luis Vives, que mal pudieran dejarse en el olvido, habiendo de dar á conocer sus vastas miras y profundos pensamientos.

Sabido es cuánto se esforzó desde el principio de su vida en devolver á la lengua latina su antigua nitidez y elegancia, y en derrocar la armazón informe de la jerga que entonces se estilaba en las escuelas, órgano acomodado á la bastarda filosofía que á la sazón dominaba en ellas. Necesitaba semejante abuso un remedio pronto y eficaz, no solo porque al abrigo de semejante confusión se eternizaban las estériles disputas escolásticas que en ella encontraban salidas para toda clase de apuros; sino también porque bajo tan errada dirección se falseaba y viciaba la tierna in-

teligencia de la niñez, y en vez de adquirir instrucción y gusto sólido, solo encontraba estímulo para lanzarse desde luego en la vaguedad de las argumentaciones y en el mar revuelto de las disputas.

No podían ocultarse á la vista perspicaz de nuestro Vives inconvenientes de tanto bulto, pero como todas sus obras llevaban el sello de una utilidad tan palpable como eminente, lejos de contentarse con meras especulaciones filológicas, se propuso restaurar al mismo tiempo la lengua de Virgilio y sentar las ideas más sanas de educación y de moral en sus bellos diálogos que publicó con el modesto título de *Ejercicios de la lengua latina*.

Erasmus de Rotterdam, insigne amigo de nuestro autor, había resucitado con gran éxito este género de literatura, en que el genio de los antiguos había campeado con toda su gala y originalidad, y que habían inmortalizado por dos caminos bien distintos á la verdad, Platón y Luciano. Erasmo mojó su pluma en la punzante é ingeniosa ironía del segundo, y embistiendo con sus temibles armas al escolasticismo, le forzó á bajar de su cátedra orgullosa, haciéndole el objeto del ludibrio de todos. Conocedor profundo así de su época como del corazón humano, y bien convencido de que los tiros de una sátira fundada y justa son de reparo muy difícil, ridiculizó con agudeza sus desmedidas pretensiones y su escaso valer, y contribuyó á volcar el ídolo de un modo eficaz y poderoso; pero sus diálogos más eran para gustados y saboreados por entendimientos maduros, que no enseñanza de los pocos años. Luis Vives, siguiendo un rumbo opuesto, pero que conducía al mismo término, escribió todos los suyos para alimento de la niñez, y aunque sin aspirar á un sistema cabal y perfecto, dejó un tratado de educación en que la gracia del estilo, la pureza de la dicción y la sal ática del diálogo corren parejas con la sanidad de la lógica y la elevación de los principios morales. Ni los realzan y distinguen estas solas cualidades, pues la mayor parte de ellos tienen marcado carácter dramático, y son estudios de costumbres tan verdaderos y natura-

les, que parecen una representación viva, si no completa, de los incomparables cuadros de David Teniers. La frescura de las imágenes y la suavidad del colorido guardan tan arreglada proporción con la comprensión infantil, y tienen tal sabor de candidez y facilidad, que ellos solos bastarían á pintar como en un espejo el alma sencilla, benévola y pura de Luis Vives. En nuestro humilde entender esta clase de lectura es harto más adecuada á la enseñanza de los niños que las fábulas y apólogos con que se suele desenvolver su razón y ejercitar su memoria, porque á la ventaja de tratar de cosas más próximas á los sucesos ordinarios de la vida, reúne la de carecer de aquellos velos, que muchas veces detienen la imaginación en las formas y exterioridades sin dejarle penetrar en el sentido de la lección. Más fácil nos parece por otra parte llegar á formar el corazón del hombre con la comunicación de sus semejantes y con la simpatía natural que excita el sentimiento, que no por medio de símbolos y representaciones, no siempre claras, ni siempre acertadas y juiciosas.

Los diálogos de Luis Vives no son, lo repetimos aquí, un tratado completo y cabal de educación; pero ¡cuánto no los elevan sobre otros muchos escritos con mayores pretensiones, la gracia, la facilidad y rectitud moral que en ellos se descubre! Si se descontasen al *Emilio* de Rousseau la originalidad de los pensamientos, la energía de la expresión, la vehemencia de la imaginación, y la fuerza pasmosa del colorido ¿podría sostener un paralelo con las enseñanzas de nuestro filósofo? ¿Podrían igualarse sus teorías, hijas de un alma herida y exaltada, descontenta de lo existente y codiciosa de novedades, con unas lecciones sabias, templadas y benignas, fruto á la vez de la creencia religiosa, de la convicción del entendimiento y de la experiencia de la vida? ¿Sobrepujarán nunca en aroma y en dulzura frutas maduras en el invernáculo del cerebro á las que sazona y perfuma el sol del corazón y el rocío del amor y de la caridad? Creemos que no. Para nosotros cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las

fluctuaciones á revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento. Tres siglos han pasado desde que Luis Vives daba á luz sus diálogos, y hoy es el día en que casi todas sus lecciones son aplicables y de fácil ejecución: nuestros padres han alcanzado á Juan Jacobo, y si se habla todavía de su libro es para alabar sus formas y estilo, tal cual destello de su alma apasionada y sublime, y aquel sello inmortal en fin que imprime el genio en todas sus creaciones; pero á nadie le viene á la imaginación poner en planta sus preceptos.

Semejante divergencia de opiniones entre dos tan distinguidos talentos era sin embargo necesaria, y efecto más bien de las diferentes épocas, que no de la diferencia de sus sentimientos. Luis Vives vivió en un tiempo, que si bien llevaba en su seno el germen de las mayores revoluciones y mudanzas, todavía conservaba ilesos todos los principios religiosos y sociales, y de consiguiente los afectos, deberes y convicciones que de ellos dimanaban. El siglo de Rousseau por el contrario, mostraba minadas en sus cimientos las instituciones políticas y religiosas, las creencias y las costumbres; y alteradas por consiguiente todas las relaciones morales; forzoso era atender á las nuevas necesidades de algún modo, y ensayar nuevos caminos para llegar á la época de todos presentida, pero que nadie podía fijar. La sociedad de Luis Vives, morigerada y espiritualista, ni apagaba ni torcía los instintos generosos del alma; la de Rosseau corrompida y materialista, viciaba el entendimiento y corrompía el corazón. ¿Qué mucho, pues, que el uno dejase medrar en ella la planta de la juventud, ni que el otro la trasplantase inmediatamente á un desierto lejos de dañosas influencias? Y he aquí la razón del influjo extraordinario y en alto grado moral que ejerció, aunque momentáneamente, el *Emilio*, que en medio de sus combinaciones artificiales y facticias mostraba allá en su fondo un resplandor misterioso de virtud y desprendimien-

to, clara muestra de la distancia que mediaba entre los naturales sentimientos de su autor y las exageradas teorías á que le llevaban sus persecuciones y amargas.

Como quiera, y volviendo á nuestro Vives, no fueron sus diálogos su obra de educación más importante, antes bien, al lado de los libros *De la Instrucción de la Mujer Cristiana y del Oficio del Marido*, aparece incompleta y manca.

Problema difícil ha sido en todos tiempos el del matrimonio desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, y aun deberemos decir que cada vez se ha complicado más, y que su solución es por extremo espinosa. Los antiguos, con esclavizar la mujer no desataban, sino cortaban la dificultad, porque solo ejercían un acto de fuerza, contra el cual la razón protestaba sin cesar tácitamente. El amor para ellos no solía traspasar los términos del apetito, y este afecto noble y puro que en las naciones modernas ha sido fuente de tantas acciones generosas, era de ellos más bien sentido que comprendido; en términos que si alguna vez lograba levantarse en alas de aquellos instintos inmortales que la humanidad siente en todos tiempos, bien pronto volvía al suelo vencido del peso de la sensualidad pagana. Cuando por fin Jesucristo trajo la libertad al mundo llamando á sí los débiles y desvalidos, y publicando la ley de caridad, la mujer recobró sus derechos á la voz del que perdonaba á la adúltera y á la ramera arrepentidas; pero como la misión de los apóstoles era predicar por el mundo la palabra divina y vencer la incredulidad de las gentes, no podían declarar los derechos de la mujer, ni zanjar estas cuestiones verdaderamente secundarias, y aun quizá imposibles, donde quiera que domine el espíritu evangélico.

Así es que en todas sus epístolas se recomienda á la mujer la obediencia pasiva como á vaso de fragilidad, y se la pone bajo la mano y gobierno del marido en un todo. Militaba además de tal suerte por esta práctica el imperio de la costumbre, que naturalmente se dejaban llevar de

ella los hombres, y solo por amor de la nueva creencia miraban á sus mujeres como compañeras y no como esclavas.

Vino después la irrupción de los bárbaros, y el cristianismo, posesionado de estos pueblos jóvenes y vigorosos, produjo el espíritu de caballería, institución sublime que, fundada en los afectos más puros y desinteresados, servía de valladar saludable á las invasiones y desafueros de la fuerza brutal. Las mujeres, sin embargo, adoradas y reverenciadas en público, premiadoras del valor y alentadoras del ánimo, estaban reducidas en el hogar, su verdadero trono, á una condición enteramente pasiva, y tal vez miraban como pura concesión lo que podían tener por indisputable derecho de su sexo y de su individualidad; achaque común á todas las épocas guerreras desconocer la fortaleza en la debilidad y regirlo todo por medios materiales.

Tal era el estado de las ideas, cuando Luis Vives dedicó su libro *De Institutione Feminae Christianae* á Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra y esposa de Enrique VIII, y fué á ensayar su virtud con la educación de la princesa María, hija y heredera de entrambos. Quizá se pudiera esperar del talento penetrante del filósofo valenciano alguna idea nueva y luminosa que diese margen á reformas y modificaciones en la vital cuestión del matrimonio, resuelta entonces por la sola fuerza de la autoridad; pero si se consideran la solidez y trabazón íntima de las formas sociales de aquel siglo, fácil será adivinar que toda tentativa se reduciría cuando más al amago, y se quedaría en los límites de una utopía imposible. Cuestiones de esta especie solo se agitan cuando el espíritu de discusión lo socava todo, y la duda y el análisis llevan á los hombres á reconocer los cimientos del edificio social, aun á riesgo de enflaquecerlos y dejarlos como en el aire. Luis Vives, por lo tanto, siguió las pisadas de la antigüedad, no solo cristiana, sino también pagana, y se acomodó en un todo al espíritu de su tiempo, ensanchando las prerrogativas casi omnímodas del marido, y limitando los derechos de la mujer á la obediencia y al silencio. A todo esto se junta un espíritu religioso austero

y ceñudo en demasía, y un estilo en general vehemente y apasionado, que sin duda empleaba con el objeto de imprimir más fuertemente sus máximas en el ánimo tierno de una virgen. Luis Vives desconfiaba con razón de la fragilidad femenil, pero llevaba sus recelos al extremo, y más parecía cuidar de las trabas y estorbos materiales, que no de la educación moral y de las naturales defensas de la virtud. De aquí nace el retraimiento absoluto á que sujeta, no solo á las doncellas sino á las casadas y viudas, y de aquí el desasosiego y vivos temores que le inspiran todos los impulsos de la naturaleza, movimientos en su entender de la carne corrompida, que no aspiraciones del alma inmortal á su patria verdadera.

Con tan errado sistema, Luis Vives desconocía á la par la naturaleza humana, cuyos instintos, como revelaciones que son de Dios, más tienen de malos por las circunstancias que suelen acompañar su desarrollo, que no por sí propios; y desconocía también la perfectibilidad de la especie fundada en la ley de Dios, rápida y visible entonces más que nunca. Las cartas y consejos de los apóstoles y santos padres, relativas al gobierno doméstico y á las relaciones de familia, estaban en perfecta concordancia con el estado de aquella sociedad apenas despertada por la voz del cristianismo del letargo de los vicios y de la sensualidad; y mostraban además tino y prudencia suma cuando ordenaban una obediencia ciega á mujeres criadas en medio de ejemplos perniciosos y faltas de todo desarrollo moral. ¿Cómo aplicar, pues, no ya su espíritu, sino también todas sus reglas y pormenores á una sociedad tan distinta de la suya y que había alcanzado tan eminente perfección relativa? Cuando Vives habla del amor, funda su juicio excesivamente severo y desabrido, en el dictamen de los filósofos gentiles, para quienes en general, como dejamos apuntado, nunca traspasaba los términos del apetito, y como si su opinión fuese para nosotros cosa puesta fuera de toda duda, lo desnaturaliza y califica de inclinación bastarda é incapaz de levantar el ánimo á cosas grandes. ¡Extraño

sentir por cierto en hombre tan eminente! ¿De bastarda y abatida calificaba él la pasión de Dante y Beatriz, de Romeo y Julieta? ¿De innoble tachaba el sentimiento que durante las tinieblas de la Edad Media esclareció la historia con las proezas de la caballería? Repetimos que nos maravilla semejante juicio y semejante filosofía, si filosofía puede llamarse la que de esta suerte desconoce los más evidentes fenómenos de nuestra naturaleza.

¡Cuánta distancia no separa tan adusta doctrina de la delicadeza y ternura de Fenelón, y de la filosofía profunda y consoladora de Aime Martín! Si el género humano está destinado á caminar á la perfección rompiendo poco á poco sus cadenas y abrazando la idea de una emancipación progresiva, fecunda y evangélica, como más de un intento lo ha acreditado en este siglo, fuerza será mirar á las mujeres desde el punto de vista de una igualdad casi perfecta, reconocer sus derechos y sustituir á las relaciones de fuerza y predominio las de armonía y protección. Y tan patente se muestra semejante tendencia y tan alteradas están las costumbres, que las formas de la educación que Luis Vives propone, son de todo punto inaplicables al presente orden de cosas; no porque el fondo de sus doctrinas desdiga un punto de una pureza y virtud sin igual, sino porque la austeridad severa y rígida de sus ideas concuerda mal con la suavidad y cultura de los tiempos actuales, que si bien no carecen de vicios y defectos gravísimos, todavía fecundan en su seno las semillas de una época más venturosa. Fuera de esto la cordura, candor y santidad que encierra su obra, merecen alabanza extraordinaria; sus miras y pensamientos son casi siempre profundos y verdaderos, y el estilo lleno de gracia y de sencillez en que refiere cosas pertenecientes á su familia, la vida ejemplar y virtuosa de su madre, el heroísmo de su suegra, cautivan y dejan ver como por un resquicio la bondad de su carácter y la apacibilidad de sus sentimientos.

Aun su ascetismo y rigor para con las mujeres quedó en gran manera templado y dulcificado con su libro *De Ofi-*

cio Mariti, dedicado á Juan Borgia, duque de Gandía, en que campean las máximas más elevadas y benignas, y los preceptos más apostólicos y llenos de indulgencia, que imaginarse pueden. Este libro, que por un raro contraste aventaja al primero en unción y abandono, es una guía segura y fija para gobierno de los padres de familia, y un código de prudencia, caridad y virtud con que disciplinar desde luego á los hombres en el santuario del hogar doméstico. No se notan en él la prolijidad de pormenores ni la precisión del método que convierte el anterior en una obra regular y concluída, pero los consejos y pensamientos generales que comprende, son de la mayor utilidad y trascendencia.

Con trabajos y empresas de tamaña importancia, dejaba asegurada su fama Luis Vives, pero el mismo espíritu indagador y profundo que le llevaba á desenmarañar las más espinosas cuestiones sociales, le movió á acometer de frente y con su acostumbrado aplomo una de las más arduas de todas. Como quiera que la mendicidad sea una verdadera lepra de la sociedad, aun durante estos tiempos que han visto plantearse tantos establecimientos para su remedio, en los de nuestro autor era tanto más de lamentar, cuanto que el desarrollo industrial de las naciones estaba todavía en su infancia, y que una caridad indiscreta, si bien laudable en el fondo, alimentaba este manantial de corrupción é inmoralidad. Por otra parte, la miseria y sufrimientos de las clases menesterosas eran tales, que en el año de 1522 solo en Sevilla murieron de hambre 500 pobres. Tan encancerada llaga procuró cicatrizar nuestro Vives con su tratado *Del Socorro de los pobres* (*De Subventionem pauperum*), que dividió en dos libros, dedicándolo á la municipalidad de Brujas, pueblo de su adopción, y que con razón podía contarle en el número de sus ciudadanos. En el libro primero funda la obligación de la caridad y el alivio del prójimo, así en las creencias religiosas, como en los principios morales, que cada hombre tiene esculpidos en su corazón: pero en el segundo, presentando la cuestión

de la indigencia como un problema puramente social, y examinándola bajo todos sus aspectos, desenvuelve con claridad la teoría del trabajo, y sienta principios económicos de rara elevación en aquella época, que todavía alcanzaba en mantillas á esta ciencia. Sus ideas sobre la moralidad del trabajo, sobre su distribución, sobre el reparto de sus productos, sobre el adelanto y educación de los muchos pobres, son superiores á todo elogio, porque lejos de ceñirse á una mera especulación industrial dirigida por el interés de la ganancia, todos sus conatos se encaminan á la perfección moral del individuo, y á restituir á la sociedad sanos y ágiles estos miembros enfermos y podridos que podían agangrenar su cuerpo. No es el suyo un cálculo frío y mezquino en el cual entre el avasallamiento del menestero: la caridad y el progreso de la especie humana animan como un soplo divino sus escritos, y el embrión de su sistema social y la benevolencia inteligente que en él descuella, nos obligan á mirarle como el Owen de su siglo.

La portentosa variedad de los escritos de Luis Vives, solo nos ha permitido dar á conocer (aunque con menos criterio y madurez de lo que merecían), los más trascendentales y graves, así por lo mucho que influyeron entonces en la marcha de las ideas, como por su intrínseco valor. Tampoco cuadraba á nuestro propósito un bosquejo de su vida trabajada de enfermedades, privaciones y amarguras de todas clases; pero justo será decir que todas ellas sirvieron de crisol á su conducta, y que nada en el mundo le hizo olvidarse un punto de lo que á su cuna y á su conciencia debía. Pobre, jamás se abatió á un término vergonzoso; caballero, fué idólatra de la lealtad, y en defensa de Catalina de Aragón, su bienhechora, arrojó la saña tremenda de Enrique VIII y sus prisiones: sabio, convirtió la ciencia en una religión, y á sí propio en sacerdote de ella; y ciudadano, en fin, y hombre privado, su proceder le granjeó el aprecio sincero de todas las almas elevadas de su siglo.

Tal fué Luis Vives. Si su apego por ventura excesivo

á las doctrinas y ejemplos de la antigüedad, ocultó alguna vez á sus ojos la tendencia de las sociedades modernas, y le forzó á prescindir de la historia, no es culpa suya, sino de la época en que vivió; época como todas las de transición, guiada más bien de los instintos que de la razón, y que cansada de lo pasado y ansiosa de lo futuro, alguna vez se apartaba de los términos de la justicia. Por lo demás, ¿quién puede presentar títulos más valederos que los suyos á la gratitud de sus compatriotas y del mundo entero? ¿Quién más fiel intérprete de aquel siglo extraordinario, siglo verdaderamente de gigantes, y que hubiera abrumado con su peso á cualquiera inteligencia que no estuviese sostenida por la mano de Dios? La losa del olvido nunca debió cubrir tan maravillosas obras, y en obsequio de nuestro país deseamos que fuerzas más poderosas que las nuestras se empleen en removerla, y que otras plumas más delgadas llenen los vacíos de esta clase que se notan en nuestra historia literaria (*).

(*) Entre las ediciones de Luis Vives, merecen particular atención la de Basilea, hecha por el distinguido impresor Episcopio, y sobre todo la de Valencia en 1782, ordenada por el erudito don Gregorio Mayáns, costeada por el señor Fabián y Fuero, arzobispo de esta ciudad, é impresa con suma corrección y buen gusto por Benito Monfort. Si en este artículo nos hemos abstenido de notas y citas de toda clase, es porque pensábamos remitir á ella al curioso lector, que nada tendrá que desear en punto á datos y noticias, por prolijos que los busque.

COLECCIÓN

DE LOS

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV, CON VARIOS DOCUMENTOS INÉDITOS PERTENECIENTES Á LA HISTORIA DE LA MARINA CASTELLANA, Y DE LOS DESCUBRIMIENTOS ESPAÑOLES EN INDIAS, POR DON MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE.

I (*).

TOMOS I Y II.

Dijimos en el prospecto de *El Pensamiento* que una de nuestras principales tareas sería la de sacar á la luz pública el tesoro tan rico como poco estimado de nuestra literatura, y poner sus riquezas al alcance de todo el mundo, en cuanto pudiera nuestro buen deseo, ya que no nuestras fuerzas. Hoy cumplimos con tan grato empeño hablando de una obra, que sin duda nos honra en gran manera, pero que por una de aquellas raras y tristes contradicciones, demasiado frecuentes por desgracia en este país, más aplausos ha merecido á los extranjeros que á los naturales, y harto más y más rápidamente se ha difundido en el resto de la Europa, que en España, su patria y cuna. Apenas si en la

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 4.^a entrega.

biblioteca de un reducido número de personas instruídas y de gusto se encuentra la *Colección de Viajes* del señor Fernández de Navarrete; y al paso que en Inglaterra se multiplican sus ediciones, que en Francia se ve traducida con esmero, y que personas de tanta ciencia y autoridad como el célebre barón de Humboldt (*) se complacen en tributarle el homenaje de su respeto y alabanza: para nosotros está casi ciega esta fuente limpia y abundosa, este venero riquísimo é inagotable de nuestra historia en su período más alto y memorable. Tristes pensamientos y amargas reflexiones sugiere el ver que en una época que se dice destinada á abrirnos en el porvenir caminos tan anchos y gloriosos como los que en otros tiempos se ofrecían á nuestros pasos, anden tan olvidadas esta clase de obras que pueden servir á todos de ejemplo y de dechado, y calentar el corazón más frío con el fuego del amor de su país, resucitando y elevando al más subido punto los nobles impulsos del entusiasmo nacional, vida y alma de los pueblos. Nosotros que á los ojos de muchos, hemos venido á ser «la piedra reprobada por los edificadores»; que por tanto tiempo hemos servido de blanco á los tiros de una filosofía ciega y sistemática, extraña igualmente al conocimiento del espíritu de la historia que á la índole de la naturaleza humana; no debiéramos hallar expresiones bastante eficaces para manifestar nuestra gratitud á quien entregado después de tantos años á ímprobos trabajos é indagaciones, ha vuelto por la causa de nuestra nacionalidad armado de argumentos y pruebas invencibles, y ha restaurado su brillo y dignidad á los ojos de toda persona juiciosa y desapasionada. Por nuestra parte de tal modo reconocemos la deuda, que aunque sea en la mala moneda de nuestra ignorancia procuraremos pagarla. Tal vez de esta manera se excitará el celo de personas más competentes para tratar esta clase de materias, y si así es, nada importa que los trabajos de un

(*) Véanse los apéndices que van por separado al fin del artículo.

individuo aislado merezcan severa censura para ser olvidados en seguida.

La historia de nuestra navegación y comercio, los rápidos progresos de nuestra civilización, las expediciones y hechos de armas inauditos de los españoles en el siglo XV y XVI, aunque tratados por historiadores imparciales, graves y veraces, no lo habían sido todavía con aquel espíritu de análisis, de observación y de crítica que se ha desenvuelto en este siglo. Los documentos más importantes en que por su autenticidad debía encontrarse la solución más decisiva y terminante de todas las cuestiones históricas, andaban esparcidos y sin orden por los archivos públicos y privados, y de esta manera se ofrecían dificultades gravísimas para autorizar debidamente, en un tiempo de desconfianza y de duda, cualquiera clase de reflexiones y sucesos. Ni era sólo de ignorancia el daño que nos ocasionaba semejante estado de cosas, porque en medio de los disturbios que tanto nos han trabajado, corrían inminente peligro de perderse originales preciosos (*) que eran garantía fortísima de verdad y de ciencia. El señor Navarrete, á quien su honrosa carrera y educación predisponían de la manera más ventajosa para semejante empresa, la acometió en 1788, y hoy es el día en que á pesar de su celo y laboriosidad verdaderamente extraordinarios, no ha podido darle cima. Este es el mayor encarecimiento que encontramos para dar á conocer su importancia y dificultades.

No es de extrañar ciertamente que una obra imaginada con un plan tan vasto como bien concertado, y en que el autor no da un solo paso sin ayuda de una autoridad mayor, de toda excepción, y sin la antorcha de una crítica ilus-

(*) Dígalo el escandaloso saqueo que sufrió el archivo de Simancas, de donde el comisionado francés Mr. Guiter sacó multitud de papeles preciosos, y en especial la correspondencia diplomática de la corte de Francia, que á pesar de las muchas reclamaciones del Gobierno español, todavía está por allá.—Véase también la ilustración VII, pág 131, tom. 1.º de la *Colección de Viajes*, etc.

trada y juiciosa, reclame tan asidua perseverancia y esmero. La introducción que va á la cabeza del primer tomo basta por sí sola para ocupar buena porción de tiempo, aun sin contar los singulares méritos que el autor contrae por la claridad, orden y sencillez que resaltan en este cuadro, pequeño en realidad para tamaño asunto, pero en que su talento metódico ha sabido reunir cuantos datos y noticias son menester para llevar el hilo de los adelantos que en las ciencias de la navegación, geografía y comercio se hicieron desde tiempos muy remotos hasta llegar al siglo XVI. Sus ideas sobre los viajes de los antiguos, los adelantos hechos por los árabes en esta clase de conocimientos, el trabajo constante y celoso de nuestros reyes, sobre todo desde Fernando III, para aumentar la marina y adquirir las comodidades y ventajas que el comercio trae en pos de sí; las atrevidas expediciones de Paiva y Covillán, la embajada del rey Enrique III de Castilla al gran Tamorlán, los descubrimientos de la costa de Guinea por los portugueses y la gran empresa de Vasco de Gama están tocadas con un tino y precisión dignos de gran elogio; y el espíritu de análisis y de inducción que une y encadena todos estos sucesos, prueba un criterio excelente y una conciencia severa y escrupulosa. Ni se limitan á esto los trabajos del autor; porque, sin salirse un punto de los límites prefijados, apunta con oportunidad todos los inventos y progresos (*) con que los hombres célebres en que tanto abundaba entonces nuestro país, daban claro testimonio de su gran desarrollo y crecimiento. Una cosa echamos de menos, sin embargo, en esta introducción, y es la falta de pensamientos y consideraciones sobre el interesantísimo período de las cruzadas. No hacemos un cargo de ello al señor Fernández de Navarrete, siéndonos conocida su preciosa *Memoria histórica* (**) sobre este asunto; pero esto

(*) Veánse las preciosas noticias sobre el vapor y otros descubrimientos que contiene la ilustración VI, pág. CXXVI, tomo I.

(**) Memorias de la Academia de la Historia, tomo V.

mismo nos hace desear que sus eruditas indagaciones ocupasen el lugar que les corresponde en esta introducción, que sin duda recibiría con eso gran esclarecimiento, y pondría á la vista uno de los caracteres más marcados y fecundos de la civilización europea. Sabido es que las necesidades de los pueblos, los goces y riquezas hijos del comercio, la ambición ó la política de los gobiernos y el impulso constante que mueve á la humanidad en busca de una perfección indefinida, han fomentado el espíritu de comunicación, ya por medio de los viajes y empresas mercantiles, ya por el de las guerras y conquistas. Buena prueba de ello nos suministran el extenso tráfico marítimo de los fenicios, las atrevidas navegaciones de Hannón, las guerras y conquistas de los romanos y de Mitrídates y las emigraciones sucesivas de los pueblos del Norte. Estos son fenómenos propios de la naturaleza humana, que en todo tiempo y lugar encuentran fácil explicación. Sin embargo, el movimiento impreso á la Europa con las cruzadas es de un género tan distinto, que bien merece una atención más profunda y detenida.

En nuestra opinión para entender la historia forzoso es acudir á la idea de la Providencia, pues solo así acertamos á explicar los caminos extraños por donde aquellas expediciones tan grandes en sus intentos como en sus desastres, habían de venir á ser una de las crisis más notables en la historia de la humanidad, y á abrir las puertas á toda clase de desarrollo y de emancipación así material como moral. Voltaire que no sabía ó no quería elevarse al principio de una inteligencia suprema, y que para calificar las cruzadas contaba los hombres que en ella se perdían y los dineros que se gastaban, ni conoció su índole, ni pudo apreciar sus consecuencias. No hablaremos de los gérmenes de las ciencias que volvieron á Europa con los cruzados; no hablaremos del golpe mortal que sufrió el feudalismo, y con el cual cayó por el suelo la barrera que más fuertemente se oponía á la cultura y mejora de los pueblos: tampoco haremos mérito del ensanche y vigor que adquirió la potestad

real, tutelar entonces y benéfica, y nos contentaremos con advertir que al entusiasmo religioso que inspiró aquella época, ayudado por los adelantos de las ciencias y del comercio, se deben las tendencias más elevadas y grandes que han ennoblecido al género humano. De entonces data el desasosiego continuo y el deseo de extenderse hacia las ricas regiones del Oriente, que sin cesar ha agitado á la Europa (*); de entonces datan esos sueños de grandeza que han producido tan heróicas acciones; de entonces, en fin, data ese trabajo incesante de la civilización de Occidente que con la ayuda de toda clase de medios procura alcanzar con su influjo á los países más remotos; que no hace mucho dirigía las armas moscovitas hacia Khiva y que en el día despliega los pendones de la Gran Bretaña en los archipiélagos de la China. No parece sino que los descendientes de Godofredo y de Ricardo Corazón de León conservan el recuerdo de sus hazañas en demanda del sepulcro de Jesucristo, pues que desde aquel tiempo los ojos de Europa no se han apartado de las milagrosas riberas del Asia. Bien sabemos que no es tal en la actualidad el móvil de las naciones, ni de los gobiernos; pero fuerza es confesar que el impulso, por grandes que sean las modificaciones que ha sufrido, viene de aquellos tiempos gloriosos.

Solo el espiritualismo de la religión cristiana, y el sentimiento de lo infinito que tan poderosamente se desarrolla en las naciones y en los individuos, pueden estimular de una manera permanente á buscar una perfectibilidad cada vez mayor, y á mostrar nuevos campos en que ejercitarse á la necesidad de acción exterior que tan de bulto se manifiesta en el seno de las modernas sociedades. ¿Qué importa que los intereses se hayan adelantado á las ideas y que en el día la ilustración y la cultura marchen en los

(*) Este pensamiento que apenas indicamos aquí, ha sido tratado con tanta filosofía como elegancia por M. Chevalier. Nuestros lectores ganarán mucho con consultar el *Correo Nacional* del mes de Agosto de 1840, donde se tradujo con el título de *Europa y China*.

cargamentos de los barcos de vapor ó sobre las cureñas de los cañones? No por eso es menos cierto que sin el calor del entusiasmo religioso la geografía y la náutica hubieran caminado con imperfectible paso, y que entonces el floreciente estado de la Europa sería un sueño del deseo y nada más. Los viajes primeros que dieron á conocer las islas y continentes más remotos del Asia fueron los de dos religiosos italianos de San Francisco (*); uno de ellos llamado Juan de Plan Karpin, que fué el príncipe Batón Kan, residente en Kaptchak, en 1246; y el otro, conocido por Arcelino, que en 1254 tomó otro rumbo y atravesó el Asia hasta Caschgar. Por el mismo tiempo despachó San Luis al franciscano Guillermo Rubruquis, natural de Brabante, á visitar al Gran Kan Mangou. Al siguiente año Oderico Pordenó de la misma orden emprendió un viaje á Persia y á Ormuz, por Constantinopla: llegó hasta la India, donde se embarcó para la China, visitando las islas del Gran Archipiélago Indio, y pasó tres años en Pekín, corte á la sazón del Gran Kan. Los descubrimientos de la costa de Guinea, fomentados y proseguidos á tanta costa por el infante Don Enrique de Portugal, y las mismas expediciones de Colón estaban dictadas, no solo por el interés, no solo por el afán de grandes empresas que distinguía á la época, pero también por la gloria y aumento del nombre cristiano.

Este carácter religioso que acompañó nuestras conquistas en las Indias Occidentales (amen de los celos y rivalidad que naturalmente debía de causar á los extranjeros el acrecentamiento del poder español) es lo que nos ha valido tan destemplados como innecesarios ataques de sus escritores, y sobre todo de los filósofos del siglo pasado, que con extraña satisfacción se han complacido en convertir nuestro imperio en una dominación sangrienta y feroz, sin más sistema que la devastación y el exterminio. Harto se

(*) Tomo I, introducción, pág. X.

sabe que no son la imparcialidad y el conocimiento de causa las prendas que han solido adornar á los extraños, cuando han tratado de nuestras cosas; pero en la historia de nuestras posesiones de Ultramar se han apartado en tales términos de toda verdad y justicia, guiados por el espíritu de secta ó de rivalidad, que cada día se hacía más urgente salir á la defensa de nuestra causa, fijando la cuestión, publicando los documentos auténticos más respetables, calificando las autoridades de donde los injuriadores de España tomaban sus armas, y poniendo al alcance de todo el mundo las piezas justificativas de este ruidoso proceso. Esto es lo que el señor Navarrete ha sabido hacer de una manera igualmente satisfactoria que honrosa para su país, juzgando con tanta mesura como acierto las obras y escritos del virtuoso, pero exagerado Fray Bartolomé de las Casas, que á un celo digno de los primeros apóstoles, reunía por desgracia una exaltación inoportuna y excesiva, y un sistema de gobierno de todo punto impracticable; pero que á pesar de todo ha servido á los extranjeros de texto para comentarlo con la lógica del espíritu de partido, y en daño y mengua de la España. Del mismo modo examina las relaciones é historias de Gonzalo de Oviedo, Pedro Mártir de Angleria, Don Fernando Colón y Bernáldez, fuentes únicas y puras de aquel período maravilloso. Pero lo que sobre todo sirve al señor Navarrete para demostrar el poco ó ningún fundamento de nuestros injuriadores, son las oportunas citas de las órdenes é instrucciones terminantes de nuestros monarcas, monumentos de gobierno suave y paternal, y testimonios elocuentes de sus sentimientos personales. *La Colección Diplomática*, que ocupa todo el tomo segundo, y contiene originales todos los documentos citados en la introducción y otros muchos, es un tesoro inapreciable, así por la gran luz que derrama sobre esta interesante época, como por el exquisito tino que se trasluce en la elección y buen orden de estos materiales. De este modo se llega al cabo de las cuestiones más revueltas y espinosas, y al paso que se da ejemplo de indaga-

ciones serias y graves, y de amor acendrado á la verdad, se allana el camino á los historiadores y literatos que, encontrando vencidas las dificultades gravísimas que de ordinario ofrecen, ora el desorden de los archivos públicos y privados, ora la escasa crítica de aquellos tiempos menos ilustrados, pueden desde luego entregarse á consideraciones de orden superior, y señalar con mayor seguridad y acierto los pasos que han dado los pueblos en su progreso intelectual. Ninguna especie aventurada se encuentra en esta introducción ni en el resto de la obra, ni menos se sienta un solo hecho, aunque sea de importancia secundaria, que no vaya comprobado de la manera más completa y formal.

Colocado en tan ventajoso terreno, fácil es al señor Navarrete reducir á sus quilates verdaderos las declamaciones desnudas en general de apoyo, con que los émulos de España han querido deslucir y menoscabar sus glorias. Delante de las declaraciones del mismo Colón, delante de los tratados con él ajustados, delante de las piadosas, nobles y discretas cartas de la Reina Católica, y delante, en fin, de la sabia y benéfica legislación de Indias, ¿qué consistencia pueden tener esas acusaciones destempladas, esas amargas invectivas con que se pinta la supuesta ingratitude del gobierno español y el egoismo pretendido y la ferroz y sórdida avaricia de los primeros conquistadores? ¿Qué especie de filosofía es esta que de tal manera se desentiende de la historia, y que fijos únicamente sus ojos en las faltas de los individuos, prescinde igualmente de sus buenos procederes y de la grande obra de la civilización, tan rápida y maravillosamente conducida á un noble término? ¿Tantos son los ejemplos de mansedumbre y moderación que debe la humanidad á los demás pueblos europeos, cuando la suerte de las armas ponía á su merced naciones enteras de salvajes? ¿Eran por ventura ordinarias y fáciles de remediar de antemano las circunstancias en que se encontraban los españoles en el Nuevo Mundo, para pedirles con razón que no se apartasen un punto del carril

derecho y ajustado de la moral severa y de la caridad cristiana? Y si tan fieros y devastadores nos los pintan, ¿cómo es, según observa muy bien el señor Navarrete, que solo en nuestras colonias se conserva la raza indígena que ha desaparecido de las demás?

Afortunadamente la diatriba ha cedido el puesto al análisis desapasionado é imparcial de la filosofía moderna, y en la actualidad son menos necesarios estos descargos y justificaciones de una nación por tanto tiempo grande y temida. Ya Robertson, en ocasión menos favorable que la presente para la discusión razonada y fría, hizo ver que en la legislación castellana de Indias no se hallaban rastros de la dureza y crueldad con que se le daba en rostro: y el testimonio de Vancouver y del generoso cuanto desgraciado Laperouse, arrancado á vista de los saludables resultados de nuestras misiones en la California, acaban de convencer de la poca justicia con que se han recriminado en nuestros padres faltas y yerros que más bien que de su codicia y ferocidad, eran hijos de la fragilidad humana y de la época en que se cometieron.

Por este breve é incorrecto resumen, se podrá formar idea de la *Colección de Viajes*, del espíritu á la par científico y patriótico que la anima en todas sus partes, y de los preciosos materiales que suministra para la historia de la náutica y geografía, y de todas las ciencias, que influyen de una manera tan eficaz en la rápida comunicación de las ideas, y hacen que los pueblos, estrechando cada día los lazos que los unen, se acerquen más y más á una época de fraternidad y de concordia, que si en el día es el sueño de los corazones nobles, tal vez está menos lejos de lo que juzgan las almas egoistas y frías.

Para esto, sin duda, ha sido un feliz atisbo en el autor publicar originales las relaciones de los cuatro viajes del Almirante, ya porque de esta manera se acallaban toda clase de escrúpulos y desconfianzas, ya porque el candor, la sencillez y la gracia que sobrepujan en ellos á la rudeza y desaliño de que pudieran ofenderse oídos nimiamente

delicados, dan en nuestro entender más exacto y cabal conocimiento de aquellas empresas, que otras narraciones más ataviadas y pulidas, pero desnudas de fisonomía propia y faltas de colorido local. En mucho tenemos la obra del ilustre Washington Irving destinada á immortalizar los hechos del Almirante y su vida gloriosa; pero por extraña que nuestra opinión parezca, deberemos decir que á pesar de las bellezas artísticas de su estilo, con harta mayor complacencia leemos el diario y las cartas del grande hombre y la ingenua relación de Diego de Méndez. La mezcla de esperanzas y temores, las fatigas del viaje, la descripción de *aquella mar llana como el río de Sevilla*, aquellos aires apacibles, los pájaros que venían á las naves como la paloma que volvía al arca de Noé, aquella candidez homérica junta con la fe ardiente del cristianismo que á veces se eleva al más alto tono bíblico, aquel entusiasmo grave, reflexivo, imperturbable, aquella constancia más que humana son un manantial de sensaciones dulcísimas ó profundas, y embargan la atención de una manera sorprendente. El señor Navarrete ha dicho que no se proponía escribir una historia de Cristóbal Colón, pero si no ha descendido á los pormenores del biógrafo, no por eso deja de bosquejar el carácter de este hombre memorable con tales rasgos y colores, citándonos sus escritos y los de sus contemporáneos, que á nadie es posible desconocerle.

Sabido es que Colón no se proponía en sus viajes otra cosa, sino buscar por la vía de Occidente un nuevo paso á la India Oriental; y de tal modo estaba persuadido de que el nuevo continente era una prolongación ó continuación del Asia, que á la misma isla de Cuba la tenía por parte del reino del Catay, perteneciente á los dominios del Gran Kan. ¿Quién sabe los proyectos que agolparía en su mente el fervor religioso que era la base principal de sus pensamientos y deseos, creyéndose en los ricos dominios de Oriente, donde estaba el paraíso y donde Dios derramó su sangre para la redención del mundo? Lo cierto es que hablando de los compañeros que la necesidad le obligaba á

dejar en tierra en su primer viaje (*), dice «que espera en Dios que á la vuelta que él entendía hacer de Castilla, había de hallar un tonel de oro que habrían rescatado los que había de dejar, y que habrían hallado la mina del oro y la especería, y aquello en tanta cantidad, que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir á conquistar la Casa Santa; *que así, dice él, protesté á vuestras altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalem, y vuestras altezas se rieron y dijeron que les placía y que sin esto tenían aquella gana.*»—Más adelante á la vuelta de su cuarto, último y penosísimo viaje, todavía hallaba consuelo su alma sublime en estas ideas, á despecho de la horrible situación á que se veía reducido en la Jamáica. «Hierusalén y el Monte Sión (**), escribía á los Reyes Católicos, han de ser reedificados por mano de cristianos: ¿quién ha de ser? Dios por boca del profeta en el décimo-cuarto salmo lo dice. El Abad Joaquín dijo que esto había de salir de España..... El Emperador del Catayo ha días que mandó venir sabios que le enseñen en la fe de Cristo. ¿Quién será el que se ofrezca á esto? Si nuestro Señor me lleva á España, yo me obligo á llevarle, con el nombre de Dios, á salvo.»—Estos rasgos revelan un carácter más que una disertación cualquiera, por larga y minuciosa que sea.

En la misma situación desesperada, cuando solo de Dios podía aguardar remedio, náufrago y miserable, decía á los reyes: «El mundo es poco.....» (***) y se entregaba á reflexiones científicas. ¿Qué diría el gran Colón si viera esos barcos de vapor que en el día cruzan aquellos mares con la velocidad de los pájaros marinos y que han llegado á trastornar las ideas de tiempo y de distancia, colocando

(*) Tomo I, página 117.—El diario de este viaje está extractado del de Colón por Fray Bartolomé de las Casas. El señor Navarrete lo encontró en el archivo del señor Duque del Infantado.

(**) Id. pág. 309.

(***) Tomo I. pág. 300.

ambos mundos uno á la puerta del otro? ¿Qué diría si presenciase el incesante y maravilloso movimiento comercial, que verdaderamente encuentra el mundo estrecho á su actividad y grandeza? Para manifestar finalmente, hasta qué punto son útiles y dignas de estimación estas relaciones originales que tan al descubierto muestran la índole de la época, como también la de los individuos, copiaremos el trozo de la carta ya citada del Almirante, cuando refiere los apuros y extremidades en que se vió puesto en el río de Veragua, donde dice: «Cansado me adormecí gimiendo, una voz piadosa oí diciendo: *O estulto y tardo á creer á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moisés ó por David su siervo? Desde que naciste siempre él tuvo de tí muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son parte del mundo tan ricas te las dió por tuyas: tú las repartiste á donde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar oceana que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los christianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo por el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David que de pastor hiyo rey en Judea? Tórnate á él y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene él grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac. Ni Sara era moza: tu llamas por socorro incierto: responde ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta y dice despues de haber recibido el servicio, que su intencion no era esta y que se entienda de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza: él va al pie de la letra: todo lo que él promete lo cumple con acrescentamiento: ¿Esto es uso? Dicho tengo lo que tu criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros. Yo así amortecido oí todo, mas no tuve yo respuesta á palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de hablar quien quiera que fuese, diciendo: No te-*

«mas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra
«mármol y no sin causa.»

No sabemos que impresión causará á los lectores esta y otras muestras del carácter de Colón: por lo que á nosotros hace, confesamos que nos han conmovido profundamente, dándonos al mismo tiempo una clara idea del espíritu de estos viajes y empresas. Por otra parte las descripciones que el Almirante y sus cronistas hacen de aquellas tierras y de sus habitantes, de las tormentas, privaciones y peligros que pasaron y sus observaciones científicas tan superiores á la época, son á nuestros ojos difíciles sino imposibles de reemplazar. Si á esto se añade el esmero con que el señor Navarrete rectifica toda clase de equivocaciones y apunta los atisbos felices de entonces; la exactitud de las cartas de marear, que marcan los derroteros de aquellas expediciones; la erudición sobria, oportuna y amenísima con que se ilustran todos los hechos; la delicadeza y acierto de la crítica, la regularidad de un plan tan complicado y vasto, la feliz elección de los documentos que forman el *Cuerpo Diplomático* contenido en el segundo tomo; y finalmente el buen gusto general, el habla castiza y pura y la severidad y conciencia de los estudios, veremos que no son sino muy merecidas las alabanzas con que la Europa culta ha acogido este monumento de una época grande y de una ilustre nación.

La aclaración de estos sucesos históricos y el exacto conocimiento que proporcionan de la política del gobierno español en aquellos tiempos, no podrá menos de influir eficazmente en nuestras relaciones con los españoles de Ultramar; no porque piense nadie en España que la publicación de estos documentos pueda anular ó servir de protesta siquiera á unos hechos consumados y que la razón y la política se han apresurado á sancionar; sino porque la identidad del origen y de los recuerdos y la mancomunidad de intereses estrecharán unos lazos que nunca debieron verse rotos. La verdad siempre santa y benéfica, lo es doblemente cuando contribuye á borrar odios y rencores y destruye las barreras que separan á los pueblos.

Antes de acabare este primer artículo en que hemos procurado llamar la atención sobre el tomo I y II de la *Colección de Viajes*, debemos manifestar un deseo en que nos acompañarán sin duda todos los amantes de las glorias nacionales. Esta obra merece la mayor publicidad posible, y tanto el gobierno como los particulares están obligados á dársela, ya sea haciendo ediciones más cómodas y baratas, ya rebajando el precio de la que por cuenta del Estado se ha hecho en la imprenta nacional. El país no puede desentenderse de semejantes deberes, cuando la solicitud y el agasajo de la Europa le están echando en cara su indiferencia para con un trabajo histórico tan importante. Por lo que á nosotros toca no queremos merecer semejante inculpación, ni dejar pasar sin aprovecharla esta ocasión de rendir al mérito y á la laboriosidad el homenaje de respeto y estimación que se le debe.

APÉNDICES AL ARTÍCULO ANTERIOR.

NÚMERO I.

«Antes de salir para la costa de Paria, primer punto del continente del Nuevo-Mundo descubierto por Colón, habíatenido la fortuna de disfrutar en Madrid de los consejos del sabio historiógrafo Don Juan Bautista Muñoz, y de admirar los preciosos materiales que de orden del rey Carlos IV había reunido de los archivos de Simancas, Sevilla y Torre do Tombo. Estos documentos justificativos debían publicarse al fin de la *Historia del Nuevo-Mundo*, de la cual por desgracia solo ha salido á luz el primer tomo, que apenas da sino una muy imperfecta idea del vasto plan de esta empresa histórica. Como quiera, desde el año de 1825 el mundo sabio se ha visto

superabundantemente indemnizado de esta pérdida con la publicación de los tres primeros volúmenes de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Esta obra de Don Martín Fernández de Navarrete, imaginada en una vasta escala, y desempeñada en todas sus partes con un espíritu de crítica ilustrada, es uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos. Solamente el *Cuerpo Diplomático* contiene cerca de cuatrocientos documentos relativos al notable período de 1487 á 1515, algunos de los cuales ya estaban dados á conocer en el *Códice Columbo Americano* publicado en 1823 á expensas de los Decuriones de Génova. Comparados entre sí y con las primeras relaciones de los conquistadores, y estudiados por personas que tengan un conocimiento local de los parajes del Nuevo Mundo y estén penetradas del espíritu del siglo de Cristóbal Colón y León X, estos materiales históricos podrán guiar progresiva y largamente á resultados preciosos sobre la serie de los descubrimientos de América y sobre su estado primitivo.»

(Humboldt.—*Histoire de la Geographie du Nouveau Continent.*)

NÚMERO II.

El título de socio correspondiente de la Academia de Geografía de París, la distinguidísima mención que en la traducción de los señores Chalumeau de Verneuil y la Roquette, se hace del señor Navarrete, las notas de Balbi, Cuvier, Walckenaer y de otros nombres no menos ilustres, prueban la honorífica acogida que ha merecido esta *Colección* en Francia. Puede verse todo más largamente en el prólogo de la citada traducción, tomo 1.

NÚMERO III.

La sensación que ha causado en América esta obra, puede deducirse de lo que en 1827 escribía el *North American Review*, periódico de Bostón.

«Todo cuanto pueda tener relación con la historia de los primeros descubrimientos en el Nuevo-Mundo, debe ser cada

día más interesante, no solo para la Europa, sino para nosotros mismos. Ya hemos informado al público de América, de que hace unos cuantos meses empezó á publicarse en Madrid una colección de piezas y documentos que ilustran mucho la vida, aventuras y descubrimientos de Colón. Estos documentos se hallan contenidos en los volúmenes que tenemos á la vista, y nos parecen mucho más apreciables de lo que decíamos, pues ofrecen materiales auténticos para la historia. El señor Navarrete, autor de dicha colección, se propone publicar una obra extensa, compuesta principalmente de documentos inéditos, recogidos de los archivos antiguos y bibliotecas de España, que pueden ser útiles para escribir la historia de los descubrimientos hechos por los españoles en distintas partes del mundo, desde fines del siglo XV. Los dos tomos hasta ahora publicados, son los primeros de la obra, y tratan exclusivamente de Colón.»

Después de recapitular breve y juiciosamente el plan y contenido de estos volúmenes, añade.

«Baste por ahora á los nuestros lo que decimos sobre estos curiosos volúmenes; en adelante hablaremos de su contenido con mayor extensión. Es de esperar que los vea el público traducidos á nuestro idioma, pues es un tributo que todo americano (sea cual fuere la lengua que hable) debe al gran nombre de Colón, para contribuir al aumento de su gloria y de la gratitud y veneración que se le debe; que siempre será muy débil recompensa de la magnanimidad con que arrostró toda especie de peligros y obstáculos para fundar nuevos imperios. Si hemos de juzgar de lo grandioso de una empresa por sus consecuencias extraordinarias, y por los virtuosos medios empleados para obtenerla, siempre resonará el nombre de Colón sobre todos los que preconice la fama. No había más que un Nuevo-Mundo que descubrir, y su descubrimiento estaba reservado á Colón. Alejandro, César y Bonaparte parecerán tal vez pequeños, si se les compara á aquel héroe, atravesando un mar desconocido, en busca de un mundo, cuya existencia le presentaba su mente sublime y trascendental, después de haber superado las adversidades de la fortuna, los celos de rivales poderosos, y la indolencia de los gobiernos para acometer su prodigiosa empresa. Aun atendiendo á los resultados, ninguno de ninguna especie, por grande que parezca, po-

drá igualar á los que han producido y producirán en adelante los descubrimientos de Colón.

La traducción pues y publicación de esta obra en América será tan útil como conveniente. Se ha dicho que nuestro ilustre compatriota Wáshington Irving se hallaba en Madrid ocupado en esta tarea; pero estamos autorizados para desmentir esta voz, creyendo solo, que si tal intención fué uno de los motivos de su viaje á España, la abandonó después, por ser un trabajo poco compatible con sus estudios, y hallarse ocupado de un modo más conveniente á su ingenio y al lustre de su nombre. No faltarán personas que se dediquen á la traducción de la obra del señor Navarrete, más para continuar el *Sketch Book*, ¿á quién podríamos acudir sino á su mismo autor? Esperemos, pues, que se traduzcan en nuestra patria aquellos preciosos documentos, considerando que es empresa fácil para el gobierno y aun para cualquiera particular. Su asunto es tan interesante para nosotros, como para la España; y sin embargo se han impreso en Madrid, no solo con la aprobación del rey, sino en su imprenta real y á sus expensas. Mucho sentimos haber de decir sin rebozo alguno, que como nación, hacemos menos por la literatura y por nuestra propia historia que el gobierno español, cuya liberalidad y protección hacia las letras no tenemos costumbre de celebrar. No obstante en este caso obraríamos con prudencia y generosidad, siguiendo el ejemplo de Fernando.

II.

TOMOS III, IV Y V.

A la desconfianza que inspiró el primer viaje del Almirante coronado con tan prósperos y felices resultados, sucedió, por una natural reacción, una efervescencia y entusiasmo sin límites. Infinidad de gentes se aprestaban en el litoral del Mediodía de España á seguir el mismo glorioso camino, alentados por el gobierno, y aguijoneados además de la codicia que de día en día crecía á vista del rápido engrandecimiento que trajo á Portugal la expedición de Vasco Gama. Amortiguada no poco la tendencia guerrera

de la época con la pacificación completa de la Península, forzosamente se había de notar en los ánimos cierto desnivel y desasosiego, propios de la violenta y repentina transición que había experimentado el estado de la república. El descubrimiento del Nuevo-Mundo fué un suceso entonces tan oportuno y venturoso, como grande en sus consecuencias; pues en las infinitas esperanzas con que á todos halagaba, se empleaba dignamente aquel sobrante de actividad y de energía que dejaba tras de sí una época tan belicosa y emprendedora. Las noticias que de haberse hallado la tierra firme en la costa de Paria, llegaron en 1498, levantaron el entusiasmo y el ardimiento al más subido punto, y un sin número de navegantes se dispusieron por cuenta propia á surcar aquellos mares hasta entonces desconocidos, que ceñían regiones de tan encarecida hermosura y riqueza. Gran parte de estos navegantes habían acompañado á Colón en sus expediciones, y entre ellos los había pilotos entendidos, y hombres de mar duros y acostumbrados á toda clase de fatigas, que no encontraban obstáculo poderoso á detenerlos.

Ya en 1499, Alonso de Hojeda, salió con el diestro Juan de la Cosa en busca de las nuevas tierras, y á poco le siguieron Per Alonso Miño, Cristóbal Guerra, Vicente Yáñez Pinzón, Rodrigo de Bastidas, Juan de Agramonte, Esteban Gómez, Juan Díaz de Solís, y algunos otros que siguiendo rumbos distintos, bien pronto reconocieron las costas orientales del Nuevo-Mundo desde los Estados-Unidos hasta el río de la Plata. Sostenía á tan intrépidos aventureros en estas arriesgadas empresas la esperanza de hallar algún estrecho que guiase en derechura al comercio de la especería, con que entonces Portugal crecía y se encumbraba de un modo maravilloso; y en esta esperanza, sin duda, les confirmaba más y más la idea en que, según indicamos en el anterior artículo, vivió y murió el Almirante; de que la tierra descubierta era parte de la India Oriental. Con semejante propósito, se encaminaron al Sur y al Norte, y sus viajes ilustraron y ensancharon prodigiosamente la esfera de

la hidrografía y de la náutica. Sin embargo, á no ser por la diligencia del señor Fernández de Navarrete, hubieran tardado infinito en salir del olvido, y las ciencias de la navegación y de la historia carecerían de tan preciosos datos.

Como la mayor parte de estas expediciones las emprendieron y llevaron á cabo particulares, más ó menos ayudados del gobierno español, apenas se conservan sus diarios, y solamente reuniendo en los archivos toda clase de documentos, y confrontándolos prolijamente con las historias contemporáneas, se llega á tomar el hilo de tan importantes sucesos, y á llenar esta laguna que oscurecía un brillante período de nuestros fastos. Para esto era menester, no solo el esmero y laboriosidad, sino también el buen orden y excelente método con que el señor Navarrete ha sabido reunir y presentar en la sección primera del tomo III de su colección, los hechos, que con harta razón llama viajes menores, ya por hacerse de cuenta de particulares, ya porque dado que fuesen utilísimos y de saludables resultados, es indudable que no estaban dictados por el genio, como los de Colón ó Magallanes, ni subordinados á un pensamiento igualmente grande y civilizador. Sin embargo, á la simpatía que siempre inspira todo rasgo atrevido y valeroso, se une en el presente caso la animación y composición bien imaginada de este cuadro, donde tan al vivo se retrata el gran movimiento social que siguió á los primeros descubrimientos. Todos estos rasgos y esfuerzos individuales ayudan en gran manera á formar una cabal idea de la sociedad en que se presentaban, y de todos modos, la índole profunda y filosófica de la historia tiene mucho que ganar en trabajos animados por una crítica grave y detenida, descifrados con exquisitos conocimientos cronológicos, y calificados imparcialmente. Los documentos insertos manifiestan la misma acertada elección, que se nota en los tomos anteriores, y la excelente biografía de Alonso de Hojeda, junto con la ilustración erudita acerca de las supuestas expediciones de los vascongados á los mares de Terranova, derraman una luz clara y viva sobre esta serie, que

á no ser por los esfuerzos del señor Navarrete, estaría vedada á la mayor parte de los españoles. La reunión de tantos datos y antecedentes solo probaría laboriosidad y constancia; pero el buen plan y la limpia y agradable narración de estos hechos, revueltos hasta ahora y confusos en demasía para caber ordenadamente en tan estrecho marco, dan á conocer una facilidad y criterio poco comunes para los estudios históricos.

Otra ventaja no menor puede resultar de estos trabajos, cual es la de abrir fuentes cristalinas á nuestra literatura nacional; pues ningunas proezas halagan la imaginación, y la inflaman con tanta fuerza, como la de nuestros padres en el Nuevo-Mundo.

El señor Navarrete muestra temores, no infundados en verdad, de que la novela histórica desfigure, como ya lo ha hecho en otros países, la tendencia de las épocas, y el carácter de los sucesos; pero por nuestra parte creemos que á no desentenderse de la conciencia y severidad que reclama ese género de literatura, la historia recibe con él esplendor y relieve, sin decaer un punto de su dignidad y nobleza. Las creaciones de Walter Scott son buena prueba de esta opinión, y de que la imparcialidad, la buena fe y la elevación de los principios abonan y engrandecen las obras de imaginación tanto como el espíritu de sistema y la frivolidad las humillan y degradan.

La sección segunda del tomo 3.^o contiene la cuestión á un tiempo histórica y crítica de más interés, que han suscitado los descubrimientos del Nuevo-Mundo. Sabidas son las pretensiones de Américo Vespucci al inmortal blasón de descubridor y civilizador del continente que contra toda razón y justicia, por un uso extraño, contra el cual el gobierno español ha protestado sin cesar, comenzó á tomar el nombre del afortunado Florentín, si fortuna puede llamarse la de ataviarse con galas usurpadas, de que puede despojar la mano de la verdad al menor esfuerzo de la razón. El odio á la España, y la rivalidad que le han suscitado de parte de la Europa su preponderancia y vigor pasados, han

armado la pluma de algunos escritores extranjeros, y sobre todo, de los italianos Canovai y Baudini, para despojar al gran Colón de sus laureles, y adornar con ellos á Vespucci. Fácil era de descubrir, á poca atención que en ello se pusiera, la inconsistencia de semejante propósito, considerando que ninguno de los imparcialísimos y graves historiadores de aquel tiempo, conceden á Vespucci una parte tan grande, como la que le atribuyen sus compatriotas, y teniendo asimismo en cuenta, que la relación de sus supuestos viajes comenzó á parecer oculta y subrepticamente en Europa, evitando siempre las miradas de españoles y portugueses, que á fuer de testigos de vista, pudieran deshacer con solo intentarlo, el tejido de sus inexactitudes y falsedades. Pero ellos, llevados de un patriotismo mal entendido, y pertrechados de razones especiosas y sutiles á más no poder, no titubearon en comprometer la dignidad del historiador, adhiriéndose sin examen á un relato sospechoso, y que desatado de toda autoridad y apoyo en los autores contemporáneos, presentaba ya una anomalía de harto bulto para ser adoptado con la fe que pudieran merecer una historia fortalecida con el apoyo de la razón y de la crítica. Como quiera que salten á los ojos estas razones, era urgente la rectificación de semejantes yerros, pues ni el culto debido á la verdad, ni el amor al país, consentían por más tiempo la propagación de tales inexactitudes, que recibidas sin reflexión, deslustraban y oscurecían uno de los acontecimientos más trascendentales que han presenciado los siglos. Además de sus exquisitas indagaciones bibliográficas, y del gran número de testimonios auténticos que ha acopiado, el señor Navarrete se dirigió al excelentísimo señor Vizconde de Santarem, archivero mayor del reino de Portugal, consultándole sus dudas, quien en una carta extensa, llena de erudición y bien fundada, le contestó satisfaciendo cuantas pudiera tener, y derramando una claridad grandísima sobre la influencia de Vespucci en los sucesos del siglo XV y XVI, y sobre sus pretendidas relaciones con el rey don Manuel de Portugal. A esto ha agregado

el autor una porción de noticias exactas de América, que fijan la cuestión en términos tan precisos y evidentes, que nada dejan que desear.

La sección 3.^a de este tomo contiene el establecimiento de los españoles en el Darien. Conforme se iban descubriendo las costas orientales del Nuevo-Mundo, procuraron los reyes de Castilla fundar colonias y poblaciones desde donde extender de día en día la esfera de su actividad y el influjo de su gobierno, protegiendo sus nuevos dominios y siguiendo la marcha de Colón y de Hojeda, que ya habían edificado sus poblaciones en Veragua y en el golfo de Urabá. Fuerza era defender de la codicia ó de la enemistad extranjera el litoral dominado, ya grande entonces, pero que el descubrimiento del mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa ensanchó más y más. Este fué el objeto de la expedición de Pedro Arias Dávila, y este también el tenor de las instrucciones que recibió de los Reyes Católicos que originales inserta el señor Navarrete, y son una prueba más de las miras altamente benéficas de aquellos ilustres soberanos sobre la cultura y gobierno de sus nuevos vasallos. Las cartas de Vasco Núñez de Balboa y la relación sencilla é imparcial que el licenciado Pascual de Andagoya hace de los establecimientos en el Darien y de varias conquistas sucesivas, son materiales de gran precio para la historia por la idea exacta, si no profunda, que dan de las acciones de los conquistadores, del estado del país, y en especial del floreciente imperio del Perú, verdaderamente maravilloso por el raro concierto de su administración y el adelanto de sus artes que como estrellas en la noche brillaban en medio de la ignorancia y rudeza común. Los apéndices que sirven al tomo de remate y en que el señor Navarrete continúa sus pesquisas acerca de Colón con su acostumbrada constancia y agudeza, extractando las probanzas que se hicieron en el pleito entre el fiscal del Rey y los hijos del Almirante, son también de un interés muy vivo por lo auténtico de las declaraciones y más que nada por las ocho observaciones críticas con que adelgaza hasta

un punto muy elevado cuestiones de gran utilidad, y fija hechos de importancia concernientes á las primeras navegaciones. En resumen este tomo es digna continuación de los primeros y acomodado exordio á la gran empresa que contienen los siguientes.

Según dejamos dicho en este artículo y en el anterior, el objeto de las expediciones de Colón fué encontrar por la vía de Occidente un camino por donde hacer el comercio de la especería, fuente abundante entonces de prosperidad y riquezas para Portugal. Descubierta ya el Nuevo-Mundo y reconocida gran porción de sus costas, los ánimos naturalmente se volvieron á la esperanza de encontrar un estrecho que les abriese paso á tráfico tan anhelado. Grandes esfuerzos se hicieron para dar con él en distintas direcciones. Juan de Agramonte y Esteban Gómez se encaminaron á buscarle por los mares del Norte: el gran Colón también le buscó sin fruto: Vicente Yáñez Pinzón atravesó la equinoccial en su busca, recorrió más de 600 leguas de la costa de Paria y descubrió el imperio del Brasil y el gran río Marañón; finalmente Juan Díaz de Solís, célebre piloto que sin duda seguía para encontrarle el rumbo más acertado, fué bárbaramente asesinado en el río de la Plata. El mal resultado de estas tentativas descorazonó á muchos, y aun llegó á persuadirles de que semejante comunicación no existía, pero como si la providencia se empeñase en abrir caminos á la prosperidad de España, su buena fortuna le deparó un extranjero tan ilustre como valeroso, que con un plan bien concertado y maduro le franqueó el paso á las regiones asiáticas ensanchando los términos del mundo, abriendo nuevos mares al comercio, nuevas sendas á la civilización y campos más vastos á la hidrografía. Este ilustre extranjero fué Fernando de Magallanes, portugués de nación, que después de haber servido con honra á su país en la India, agraviado de su rey, se desnaturalizó de Portugal por actos públicos y solemnes, y se pasó al servicio del emperador. A este hombre profundo en las ciencias de la navegación, dotado de un valor y energía extremados,

pundonoroso y sufrido como ninguno, estaba reservado descubrir el estrecho que con harta razón tomó su nombre y dar al plan de Colón su último complemento y desarrollo. La excelente biografía con que el señor Navarrete comienza la historia de su memorable expedición, da cuenta exacta y cabal de los embarazos y asechanzas infinitas con que tuvo que luchar hasta llevar á cabo su propósito gigantesco, pues la corte de Portugal temía igualmente su ciencia, su resentimiento y su valor; y posesionada ya de los mares de la India, con razón temblaba al amago del golpe que á su influencia en aquellas regiones pudieran dar las victoriosas armas de Castilla. Si de cierto no lo sabía, con razón se recelaba de que la línea tirada por el Papa Alejandro VI (*) no la había de amparar en la posesión de unas tierras que ya se imaginaba sujetas á su imperio, pero que sin duda pertenecían á la corona de España. Así que, los tropiezos y dificultades que suscitó al viaje de Magallanes fueron tantos y tan grandes, como profundo el rencor con que muchos de sus historiadores procuraron mancillar su memoria. Su memoria, sin embargo, como todas las de los hombres célebres, vivirá mientras dure en el mundo la afición y respeto á los caracteres elevados y á las inteligencias sublimes: y el haber abandonado el servicio y la bandera de un Rey que le miraba con rostro torcido en recompensa de sus grandes servicios, cuando públicamente se desnaturalizaba de su país, no será nunca banda de bastardía en el escudo de sus armas.

Su viaje al Maluco que el señor Navarrete ha extracta-

(*) Por no alargar demasiado este artículo, no insertamos íntegra la observación primera del señor Navarrete al viaje de Magallanes, en que da cuenta así de esta bula expedida en 4 de Mayo de 1493, como de los convenios posteriores entre los reyes de España y Portugal. Nuestros lectores ganarán mucho en consultarla así como la tercera, página 107, tomo IV. También les recomendamos la lectura del prólogo del mismo tomo, donde se encuentran noticias sumamente curiosas acerca de los proyectos de comunicación de ambos mares por el istmo del Panamá.

do de los documentos existentes en el archivo de Sevilla, además del orden y regularidad que en todas sus obras se advierte, tiene el sello de precisión y exactitud que las ciencias de la navegación han alcanzado en los últimos tiempos. Sus conocimientos en ellas han logrado digno empleo en la relación de estas empresas milagrosas, que aun ahora serían elocuente testimonio de la superioridad de la inteligencia humana; pero que entonces nos asombran por la grandeza de los sacrificios y por la resolución y arrojo extraordinarios que suponen.

Los viajes de Magallanes y Colón, sujetos á una gran idea, y dictados por un genio inventivo y profundo, llevan consigo un carácter de generalidad y trascendencia que parece ser el reflejo de la época y de la sociedad, en cuyo seno se engendraron y llegaron á término cumplido. Los intereses solos no imponen obligaciones tan estrechas y penosas, ni en tiempos puramente mercantiles y fríos se acometen con medios tan escasos aventuras tan llenas de peligros, ni menos el cebo de la ganancia puede inspirar aquellos sentimientos de dignidad personal que tanto ilustran estas expediciones. Por esto la constancia heroica y pundonoroso empeño de Magallanes, su rara energía, su muerte misma desdichada, y aun pudiéramos decir oscura, acaecida en una demanda de interés lejano y dudoso, nos sirven de asombro y nos interesan vivamente. ¿Pues qué diremos de los restantes sucesos de la expedición que con éxito tan feliz la coronaron; de la acertada conducta con que aquellos navegantes sabían proporcionarse en los soberanos de las Molucas protección con que ayudarse y socorrerse en su aislamiento, y finalmente, de la pasmosa jornada de 14.000 leguas que hizo la nao Victoria al mando del famoso Juan Sebastián de Elcano, al través de tantas penalidades, riesgos, enfermedades y escaseces? Para poner en su debido punto semejantes hazañas y proezas, es necesario tener en cuenta, como advierte muy bien el señor Navarrete, el estado de la ciencia y los escasísimos recursos con que contaban aquellos intrépidos navegantes.

«Prescindiendo, dice, de la construcción de los buques de
»aquel tiempo, el conocimiento del punto del globo en que
»se hallaba la nave, se deducía del rumbo que había segui-
»do, y de la latitud observada; pero el rumbo era de la
»aguja, sin conocer la cantidad de su variación, pues aun-
»que el *Diario de Albo* dice en los días 4 y 25 de Marzo
»de 1522 que la aguja no reesteaba, y algunas veces conta-
»sen con la variación, como parece lo verificaron el 4, 5, 6,
»25 y 31 de Marzo, el 12 y 14 de Abril, el 6, 13 y 23 de
»Junio, el 25 y 28 de Agosto y el 1.º de Settembre de 1522,
»su cantidad debía ser imaginaria, porque no expresa cómo
»la averiguaban para emplearla en esos únicos trece días
»de todo el viaje. La latitud se observaba con el astrolabio,
»ó con un cuadrante de madera, resultando correspondiente
»á los defectos de la construcción de estos instrumentos,
»error de observación é inexactitud de las tablas de decli-
»naciones de aquella época. Aun así era el punto determi-
»nado con estos datos en la mar el más exacto, pues el que
»se señalaba con rumbo y distancia, ó con distancia y lati-
»tud, quedaba más dudoso, porque la corredera no se usó
»hasta el siglo siguiente, y el camino se estimaba á ojo. Se
»puede juzgar de los demás elementos con que se maneja-
»ban aquellos navegantes, por haber corrido al Occidente
»hasta volver al Meridiano de la salida, é ignorar que á
»bordo debían contar un día menos que en aquel paraje.
»¡Con tan escasas luces y recursos, y en aquel estado tene-
»broso de la hidrografía, se dió vuelta al globo por la pri-
»mera vez en la nao Victoria, arrostrando todos los traba-
»jos y peligros de tan dilatado viaje de descubrimientos,
»practicado por extensas regiones ardientes y frías!» (*)

No es mucho, pues, que Juan Bautista Ramusio (**) encomie tanto semejante viaje, ni que nuestro Oviedo diga de Juan Sebastián de Elcano «que él y los que vi-

(*) Colec. de Viaj., tomo IV, pág. 97.

(**) Véase el prólogo del tomo IV.

»nieron con él le parece que son de más eterna memoria
»dignos que aquellos argonautas que con Jason navegaron
»á la isla de Colcos en demanda del vellocino de oro; cosa,
»añade, en verdad, que no se sabe, ni está escripta, ni vis-
»ta otra su semejante ni tan famosa en el mundo» (*).

Con la vuelta de este insigne marino y de sus escasos compañeros, se vió resuelto cumplidamente el problema que tanto preocupaba los espíritus, quedando desde entonces rotas las cadenas que en el sentir de muchos cerraban el camino á la especería por el rumbo de Occidente. El emperador recibió á Elcano y á los suyos con grandes muestras de honra y estimación, y mandó disponer inmediatamente la flota que con don Frey García Jofre de Loaisa, comendador del orden de San Juan, salió el día 24 de Julio de 1525, de la Coruña en demanda del Maluco, siguiendo la misma dirección del inmortal Magallanes. Este viaje tan desastrado como glorioso, y el que más tarde emprendió desde los puertos de Nueva-España Alvaro Saavedra por disposición de Hernán Cortes, forman el tomo V de la colección. Todo es grande y todo excede de los términos comunes en estas atrevidas navegaciones; pero las privaciones horribles del viaje de Loaisa, la subordinación, constancia y sufrimiento de los españoles, su lucha desigual y desesperada con los portugueses en las Molucas, su comportamiento heroico son tales, que no hay expresiones con que alabarlas dignamente. Baste decir que demás de 400 individuos que salieron de España con el comendador, no llegan á una docena los que volvieron, y que sin embargo, ni una sola humillación puso en duda por un momento el lustre y el valor de la nación española ni los derechos de su soberano.

Desgraciadamente estas mismas Molucas tan codiciadas, objeto de tantas fatigas y proezas, se perdieron para España en 1529, época en que el emperador las vendió al

(*) Véase el prólogo del tomo IV.

rey de Portugal; pues, como dice Sandoval, «los gastos que el emperador había hecho en las guerras pasadas, y los que eran necesarios y forzosos para las que se esperaban, y su jornada imperial en Italia á la coronación eran tales, y tan grandes, que las rentas reales y servicios que se le habían hecho no bastaban y se hallaba muy alcanzado; y así hubo de empeñar la especería de las Molucas por 350.000 ducados que le dio el rey de Portugal;» quien añade el señor Navarrete, supo aprovechar bien la ocasión de ver á su rival en tal apuro, sin embargo de que, como dice muy bien Antonio de Herrera, «ni uno ni otro entendieron lo que daban y tomaban (*).»

Estos tomos que por ahora cierran la colección de los viajes y descubrimientos de los españoles en el siglo XV y XVI, nos parecen completos bajo todos aspectos y relaciones, ya se considere su parte facultativa, ya su parte histórica. La diplomacia española debe tenerlos en tanta estima como la hidrografía y la náutica, pues si los tratados con Portugal y las contiendas sobre el Maluco ilustran en sumo grado los derechos históricos de nuestra nación, el diario de Albo, la relacion de Maximiliano Transilvano, y las juntas y debates de Badajoz son páginas de gran interés en la historia de la navegación y de las ciencias pertenecientes á ella. De más de trescientos documentos que contienen, no hay uno que no tenga un carácter profundamente marcado de utilidad é importancia. Arriba dejamos dicho que estos viajes están referidos con todo el rigor y precisión de la ciencia: ahora nos toca añadir que la ciencia ha ganado mucho con la amenidad, tersura y elegancia que le presta la pluma del señor Navarrete. En cuanto á método y coordinación nos excusamos con harto fundamento de decir nada, porque sería repetir lo que ya hemos apuntado y lo que todo el mundo sabe.

Al concluir la lectura de estos volúmenes por tantos tí-

(*) Véase el prólogo del tomo IV.

tulos preciosos, un pensamiento de amargura se mezcla involuntariamente á tan gloriosos recuerdos. ¿Qué hemos venido á ser después de tanto esplendor y poderío? «Sombras y lejos», para servirnos de la expresión de Calderón, es lo que queda de nuestra grandeza. ¿Qué se hizo la aureola resplandeciente que coronaba las torres de la opulenta Lisboa y de la imperial Toledo? ¿Qué se hizo de aquel imperio que el sol alumbraba con amor y con orgullo en toda la extensión de su inmortal carrera? ¿Qué se hicieron los días de San Quintín y de Pavía, el águila de Carlos V y la lanza de Hernán Cortés? Hace tiempo que la Península es el cedro del Líbano caído por el suelo, y según el lamento doloroso del poeta:

«En su rüina y tronco cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.»

No dudamos del porvenir, porque creemos en Dios; pero es cosa triste ver caído del cielo el astro hermoso de la España, y pensar que nuestros ojos se cerrarán probablemente sin verle brillar de nuevo en el horizonte.

ROMANCES HISTÓRICOS

POR

DON ÁNGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS (*).

Aunque la mayor parte de los periódicos, así literarios como políticos, han tomado á su cargo la crítica de la nueva obra con que hace poco ha enriquecido la literatura española el señor Duque de Rivas, no creemos que esté de sobra nuestro humilde parecer acerca de los *Romances históricos*, siquiera no saquemos de ello más provecho que rendir público homenaje al talento, y contribuir al crédito de un libro que por muchas razones lo merece grande. Fuerza será decir también, en obsequio de la verdad, que las consideraciones á que ha dado lugar su publicación han sido más limitadas de lo que reclama el asunto, ya por falta de espacio, ya por ceñirse á una escala demasiadamente reducida. Deseosos nosotros de suplir esta falta, y cumpliendo con la obligación que tenemos contraída con el público, procuraremos dar á conocer si no con inteligencia, con lealtad por lo menos, los trabajos del señor Saavedra, y asegurarles el lugar á que hace tiempo los están llamando las prendas poco comunes que los adornan. No son de ahora sus méritos literarios y los eminentes servicios prestados á la causa de las letras en España: hace tiempo que su huella ha quedado profundamente grabada en el campo

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 3.^a entrega.

de nuestra regeneración poética, cuyo primer adalid es, y por esto tampoco es nuestro ánimo circunscribirnos á su última producción; antes bien queremos llamar la atención del público tanto sobre la primera muestra que dió de su ingenio al soltar los grillos y ataduras que tanto tiempo tuvieron comprimida su imaginación, como sobre la que por ahora cierra la serie de sus poesías.

Claro está que hablamos de *El Moro Expósito*, ó sea *Córdoba y Burgos en el siglo décimo*, impreso y publicado en París en 1834; pero aun para apreciar debidamente sus quilates se hace preciso que demos una idea del estado en que nuestra literatura se encontraba, cuando el autor comenzó á escribir este bello poema (1827). De esta manera pondremos más de bulto no solo su índole, sino también su influencia, y lograremos eslabonar dos épocas diversas, ayudando á su calificación; calificación que procuraremos cimentar no tanto en sus formas, como en sus tendencias, bien convencidos de que esta es la única fecunda.

Los críticos franceses del siglo XVII y XVIII aclimatados y puestos en boga entre nosotros por Luzán y sus secuaces, despojaron á nuestra literatura (fuerza es decirlo) de toda espontaneidad, y acabaron con su originalidad y carácter propio. A tal punto habían venido las musas castellanas en el desastroso reinado de Carlos II, que sin duda era preciso un remedio poderoso á regenerarlas y rejuvenecerlas; y aun para disciplinar las tendencias anárquicas de la época convendremos en que la restauración de los códigos del buen gusto *clásico* era medida de la mayor eficacia; pero lo que como contraveneno y socolor de medicina se introdujo, diéronlo aún después de combatida la enfermedad, por alimento de uso cotidiano, y esto bastó para alterar y viciar el temperamento poético (si es lícito decirlo así) de nuestra nación. Si la literatura es el reflejo de la sociedad, como lo demuestra la historia de todos los pueblos á quien desapasionadamente la recorra, sin duda se equivocaban los que sin tener en cuenta más que el espíritu de obediencia y de imitación, trasladaban á nuestro

país las formas del sentimiento de otro, en cuyas circunstancias se advertía escasa analogía con las nuestras. Persuasión y empeño tales tenían honda raíz en el ánimo de los innovadores, pues mirando á la literatura como un instrumento de recreación y agrado, y negándole todo carácter filosófico y social, fácilmente se convencían de que allí se aclimataría, donde ostentase regularidad de formas y proporciones concertadas y armoniosas; no de otra suerte que si nuestras facultades morales no recibiesen las modificaciones de tiempo y lugar, y los afectos del corazón y los vuelos de la fantasía se vaciaran en un molde idéntico en todas épocas. Ahora que un análisis profundo y detenido ha minado los ídolos de semejante creencia, fundando la teoría del sentimiento en los fenómenos psicológicos de la naturaleza humana, con razón nos maravilla una filosofía tan estrecha y estéril; pero cuando la fe suplía cuanto había que suplir en ella, sin que el espíritu de discusión la atajase en sus desmedidas pretensiones; no era mucho que estimulase á sus adeptos hasta hacerlos atropellar por toda clase de consideraciones. Por muchas atropellaban en efecto, y no era la menor de todas la nacionalidad que en nada ó en muy poco tenían, cual si el paladar del pueblo fuese harto grosero para saborear los frutos de la imaginación, ó cual si la luz divina de la poesía se desdeñase de alumbrar el corazón de todos los hombres, y de inflamar la fantasía de los humildes é ignorantes. Desentendiéndose de las tradiciones históricas, desechando los atavíos nacionales, persiguiendo pocas veces con las armas del ridículo los objetos de la pública veneración y entusiasmo, mal podía semejante literatura conquistar la popularidad, fianza la más sólida de la verdadera belleza poética, talismán misterioso que abre el templo de la fama. Por una rara contradicción de aquellas en que tan frecuentemente incurre el espíritu humano los imitadores de Homero, de Sófocles, de Teócrito y de Anacreonte no comprendían que el secreto de su duración y de su hermosura consistía en su espontaneidad y verdad, y que la cualidad de indígenas que caracterizaba sus crea-

ciones, era la prenda más segura de fortaleza y de vigor. Los personajes, rudos tal vez, pero siempre poéticos, de nuestros romances, las damas y caballeros de nuestro antiguo teatro, espejo del pundonor y dechado de la galantería, vinieron á parar en las palomas y pastores poco significativos de Meléndez, y en las figuras magistralmente dibujadas y llenas de verdad, pero frías y prosáicas á veces, de Moratín. De esta manera empeñada la literatura en una senda convencional y que cada vez se desviaba más de la que antiguamente siguieron nuestros ingenios más esclarecidos, llegó á ser patrimonio de los sabios, y vino á renunciar por último su más noble y hermoso papel, el de representante de nuestra nacionalidad (*).

De este modo la musa castellana, desnuda de sus naturales galas y privada de su alimento acostumbrado, más que vivido ha sobrevivido á sí propia, oprimida bajo el yugo de reglas arbitrarias y enfrenada muchas veces por la mano torpe y grosera de la censura. Buena prueba de lo primero, si no de lo último, son las poesías del señor Saavedra publicadas en 1820, en que, si se exceptúa la pureza del habla y tal cual rotundidad y armonía en la versificación, apenas se descubre ninguna de las brillantes dotes que después han campeado en sus obras. La distancia que las separa del *Moro Expósito*, es inmensa; la que las separa de los *Romances Históricos*, mayor todavía.

Dos cosas contribuyeron á hacer notable el primero de estos dos poemas; su índole y carácter peculiar y las circunstancias de su aparición. La revolución literaria que, como todas, sorda y ocultamente fermentaba, se vió formulada y alzó la bandera con el *Moro Expósito*, y acaso más terminante y explícitamente con el elocuente y ma-

(*) No estará acaso demás advertir aquí que solo queremos indicar con estas observaciones la situación y tendencia general de la época, pues ni desconocemos ni negamos el merecido aprecio á los romances históricos y moriscos de Moratín el padre, á algunos del mismo Meléndez y á otras excepciones honrosas de esta triste regla.

duro prólogo que le precede. Tal sanidad en las doctrinas, tal agudeza en el criterio, tal templanza en las tendencias y tan profunda y trascendental filosofía puede decirse que era la vez primera que se veían empleadas en lengua castellana. El autor resuelve con tanta elevación como conocimiento de causa, las cuestiones literarias pendientes á la sazón, más que en Europa, entre nosotros; y distante igualmente de todos los sistemas exclusivos, partidario solo de la naturaleza y de la verdad, desenvuelve la teoría de una cuerda y razonable libertad literaria, hija de la marcha de las ideas y de las exigencias del siglo. Con copia de argumentos fortísimos vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, abre la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneración, y explica cumplidamente la índole de la poesía histórica, dando á conocer el objeto de la obra á que sirve de introducción.

El asunto de este poema es la lastimosa tragedia de *Los Siete Infantes de Lara*, que tan bellos y expresivos romances inspiró á Sepúlveda, y que durante algunos siglos ha debido ser una de las tradiciones más populares de España. Razón tiene el autor para decir en el prólogo «que ha indicado una senda hasta el día no hollada por sus compatriotas»; pues no solo los asuntos de los siglos medios estaban abandonados con alguna pequeña excepción en el teatro, donde por cierto no aparecían con su natural fisonomía; sino que tampoco se había determinado nadie á componer un poema de índole y tendencia desconocidas hasta entonces, é imposible de alistar en ninguna de las clasificaciones que la crítica señalaba. Si algún modelo tuvo el autor delante, tal vez fué á buscarlo entre las preciosas obras que Walter Scott llama *novelas poéticas*; pues en la literatura patria, ninguno de los asuntos tratados en los romances presenta el conjunto y la intención que desde luego se echan de ver en el *Moro Expósito*. Sin embargo, forzoso es confesar que dista bastante de la regular estructura bellas proporciones y caracteres profundos y bien trazados que tanto resaltan en *Marmion*, *la Dama del Lago*, *Rokeby*,

y el *Lord de las Islas*. La acción en el poema del señor Saavedra peca de escasa y aparece un tanto desleída: las narraciones están empleadas con profusión y en cierto modo estorban y detienen su curso, y finalmente á un no sé qué de confuso más que de enredoso en el plan se añade cierta monotonía y falta de individualidad en los caracteres principales, que si se exceptúan Gustios de Lara y Rui Velázquez, se acercan más de lo que debieran á un perfil común. Tampoco el desenlace nos parece bien preparado y traído, ni cuadra con la entonación y colorido poético de toda la obra. De estas faltas que con franqueza acusamos, no tanto echamos la culpa al corazón ni al entendimiento del autor, cuanto á las impresiones que le dominaban cuando puso manos á la composición de esta obra, que tan honrosa senda debía abrirle en el campo de la literatura. Tal vez los grillos que con tanto valor se arrojaba á quebrantar le sujetaban más de lo que él mismo creía, y la costumbre y los recuerdos de tantos años influían poderosamente y sin saberlo él en su ánimo; pues á no ser así no acertamos á explicarnos por qué razon no dió más tiempo á la acción poniéndonos á la vista hechos que contados por vía de exposición se amortiguan y descoloran; ni menos como en el dibujo de las figuras y en la combinación del plan no mostró la misma libertad, destreza y valentía que tanto nos cautivan y agradan en el *Don Alvaro* y en casi todos los romances. El señor Saavedra daba entonces principio á la segunda época literaria de su vida, y sería injusto y poco cuerdo pedir al árbol nuevo la sombra y frutos que solo el tiempo alcanza á prestar y madurar.

En cambio de esto, cuando el autor despliega sin reparo las alas de su fantasía, ya en los trozos descriptivos, ya en el bosquejo de los incidentes y caracteres episódicos, difícil sería pedir más fuerza, más precisión y agudeza. Allí donde su originalidad campea, se pueden medir sus raras cualidades con compás cierto y seguro, y no es exagerado decir que ninguno de nuestros modernos escritores se le aventaja. El cuadro de la cocina del arcipreste de Sa-

las es de lo más vivo, cómico y animado que puede imaginarse, y las escenas todas del convento tienen tal verdad, tal aplomo y relieve, que no parece sino que en realidad pasan á nuestros ojos, y con nuestras propias manos las tocamos. Vasco Pérez, el abad, los otros monjes, Rodrigo, el Zurdo, son personajes copiados de un cuadro de Zurbarán ó de Velázquez; y el salón lúgubre y medroso de Rui Velázquez nos recuerda las sublimes composiciones de Rembrandt.

Pues ¿qué diremos del admirable colorido local, de los bellos paisajes, del conocimiento de los trajes, usos y costumbres? Poco que sirva de encarecimiento después de haberlos saboreado. Tan cumplidamente está desenvuelto y demostrado el espíritu rudo y caballeresco de aquella edad que el *Moro Expósito* es, en verdad, una página histórica llena de elocuencia.

Lunares hay sin duda en esta bella obra, pero pertenecen casi exclusivamente al plan; pues considerados sus pormenores y partes diversas una por una, más dan lugar á la alabanza y al encomio que no á la disciplina de la crítica. No somos de los que se creen autorizados para pedir cuentas de los medios con tal que no desdigan de la naturaleza del asunto, y de consiguiente, no nos atreveremos á censurar en el *Moro Expósito* el empleo de un metro que por más nacional que el autor nos le pinte á causa de su analogía con el romance octosilábico vulgar, le cede sin embargo mucho en rapidez, concisión y energía; pero no estará de sobra dejar apuntada aquí esta observación que tanto puede servir para formar juicio sobre la última publicación del señor Saavedra, objeto principal de este artículo. Excusado es decir que hablamos de los *Romances Históricos*.

Después del prólogo erudito cuanto razonado y enérgico que los precede, poco podemos añadir que no sea repetir las mismas razones con estilo menos elegante y vigoroso; sin embargo, preciso será en obsequio de aquellos de nuestros lectores que no los tengan á mano, dar alguna idea de las muy acertadas que el autor expone.

Sabido es que la cuna de nuestra verdadera poesía nacional son los romances, que por su giro sencillo, rudo y lleno de nervio también se acomodaban á la capacidad de un pueblo que entonces recorría el círculo de su juventud. La cultura creciente y el esplendor literario de España en los siglos XVI y XVII engalanaron y dieron extraordinario ensanche á este género de poesía, que sin embargo perdió en robustez y vigor, cuanto en lujo, adornos y soltura ganaba. El ingenio colosal de Quevedo que tan popular lo hizo, llegó á producir un inconveniente de gran monta, cual fué el dejarlo al alcance de los copleros y versificadores de oficio, que bien pronto lo degradaron y envilecieron. Resultado natural de esto fué el que la gente entendida comenzase á desdeñar el romance como propio del vulgo exclusivamente, sin tener en cuenta su noble origen ni el manantial de alta poesía histórica que encerraba en su seno. En vano Luzán y Meléndez en el siglo pasado demostraron, el uno con copia de razones y el otro con el ejemplo y la práctica, la bondad y aptitud del romance á todos los tonos de la poesía, porque la dirección errada de los espíritus no permitía su restauración.

En nuestros días y en una obra elemental que de real orden anda en manos de la juventud, *El Arte de hablar en prosa y verso*, del señor Gómez Hermosilla, se dice del romance que, *aunque venga á escribirlo el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Tan gratuita suposición destruye el Duque de Rivas con citas oportunas y con argumentos de gran peso en su prólogo, que en verdad es un elocuentísimo alegato en favor de la principal rama del árbol de nuestra literatura, tratada con tanto menosprecio como injusticia por el crítico citado; pero la prueba más valedera de todas es la misma colección que forma el volumen de que tratamos.

«Volver el romance á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía y aprovechándose de todos

los atavíos con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado,» es el deseo y el intento del autor. Veamos hasta qué punto lo ha logrado.

Ya era conocida del público ilustrado la maestría y facilidad con que sabía manejar este género de poesía, porque los romances de *La Vuelta Deseada*, *El Sombrero*, *El Conde de Villamediana*, *D. Alvaro de Luna*, y *El Alcázar de Sevilla*, que se imprimieron á continuación del *Moro Expósito*, junto con otras bellas poesías en que descuellan las que llevan por título *Al Faro de Malta* y *A mi Hijo Gonzalo*, manifiestan la profundidad y rectitud con que el autor sentía y comprendía la poesía histórica de su país. La precisión, la fuerza y la verdad que descuellan en los que comprenden las tragedias del maestro don Fadrique y del Conde de Villamediana, tan bien concertados en su plan y tan dramáticos en su estructura, probaban que el señor Saavedra alcanzaría distinguido renombre, tratando esta clase de asuntos á que desde *El Paso Honroso* parecía inclinarse una vocación irresistible. La colección que últimamente ha dado á luz ha demostrado cuan fundada era esta esperanza, y que en el momento en que sus obras fuesen hijas de su inspiración únicamente, llevarían tal sello de individualidad y de vigor, que se distinguirían de un modo innegable de todas las demás contemporáneas. Argumentos hábilmente conducidos, caracteres marcados, figuras animadas, vivas y ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos y grandes, entonación poética, locución castiza y exquisitos conocimientos históricos adornan y enriquecen estos romances. Hermanos carnales de los lienzos sublimes de Velázquez y Zurbarán, atentos á la impresión general antes que á detalles embarazosos, si no inútiles, los *Romances Históricos* no por eso dejan de recorrer los diversos tonos del sentimiento con pinceladas llenas de atrevimiento y con hermosos golpes de claro oscuro. Donde el asunto lo permite, se advierte al punto aquel relieve, vida y movimiento propios del drama, que encadenan los sucesos con gradación sintética y rigurosa, y mantienen

viva la atención y el interés, hasta llegar á un desenlace de sumo efecto. *El Solemne Desengaño, El Cuento de un Veterano, Amor, Honor y Valor*, son buena prueba de lo que acabamos de decir. Donde quiera que la acción, ó por general, ó por larga, ó por escasa, carece de las mismas proporciones, lo suple ventajosamente ya la regularidad del plan, ya la oportunidad de los incidentes episódicos, ó ya, en fin, la efusión de los afectos, y siempre la verdad del colorido, como lo manifiestan *La Victoria de Pavía, los Recuerdos de un Grande Hombre, La Vuelta Desseada*.

Hay en estos romances tantas cosas que lisonjean nuestro orgullo, que halagan nuestra memoria, y que despiertan nuestra nacionalidad, que su impresión no puede dejar de ser altamente noble y patriótica. La inspiración sola aun desnuda de los primores y atavíos del arte, debe encontrar un eco fuerte y sonoro en el corazón de los españoles: pero el arte mismo que la engalana, ni la rebaja, ni la afemina; antes la alienta y vivifica. Para corroboración de cuanto dejamos dicho, insertaremos, aun á riesgo de hacer más pesado este artículo, algunos trozos no precisamente escogidos, sino de los primeros que se nos ocurran.—Men Rodríguez de Sanabria va á avisar al Rey Don Pedro, encerrado en el castillo de Montiel, que Beltrán Claquín ha hecho la seña convenida. He aquí un cuadro y una escena dignos de Rembrant y de Shakspeare.

Del hogar la estancia toda,
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.

Y los altos pilarones,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela

Por la bóveda, y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,

Todo parece movable,
Todo de formas siniestras,
A los trémulos respiros
De la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria
Al entrar en tal escena,
Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,

Advirtiéndole que Don Pedro
No en su lecho, sino en tierra
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,

Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas desgarradas,
Y que solloza y se queja;

Quiere ir á darle socorro,
Mas ¡ay!..... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédose clavado en tierra,

Oyendo al rey balbuciente
So la infernal influencia
De ahogadora pesadilla,
Prorrumpir de esta manera.

«Doña Leonor..... ¡¡vil madrastra!!!
Quita, quita..... que me aprietas
El corazón con tus manos
De hierro encendido..... espera.

»Don Fadrique, no me ahogues.....
 No me mires que me quemas,
 Tello!..... Coronel!..... Osorio!.....
 ¿Qué queréis?..... traidores, ea!

»Mil vidas os arrancara,
 ¿No tembláis?..... dejadme..... afuera:
 ¿También tú, Blanca? ¡Y aun tienes
 Mi corona en tu cabeza!!.....

»¿Osas maldecirme? inicua!!!
 Hasta Bermejo se acerca.....
 ¡Moro infame!..... temblad todos
 Mas ¿qué turba me rodea?.....

»Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
 ¿Aun todos viven?..... pues mueran.
 Ved que soy el rey D. Pedro,
 Dueño de vuestras cabezas.—

»¡Ay que estoy nadando en sangre!
 ¿Qué espadas, decid, son esas?.....
 ¿Qué dogales?..... ¿Qué venenos?.....
 ¿Qué huesos?..... ¿Qué calaveras?

»Roncas trompetas escucho.....
 Un ejército me cerca,
 ¿Y yo á pie?..... Dénme un caballo
 Y una lanza..... vengan, vengan.

»Un caballo y una lanza.
 ¿Qué es el mundo en mi presencia?
 Por vengarme doy mi vida,
 Por un corcel mi diadema (*).

 (*)

Mi Kingdom for a horse.

»¿No hay quién á su rey socorra?»
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
Y exclama: «conmigo cuenta.»

.....

La descripción del Guadalquivir cuando el inmortal Hernán Cortés va á embarcarse en busca de la corona de Motezuma, servirá de muestra de la imaginación rica y ardiente del autor.

.....

El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva
A la tumba del ocaso
Con majestad descendía.

Cuando la pieza de leva
Dió el trueno de la partida,
Del Guadalquivir soberbio
Retumbando en las orillas.

¡Magnífica era la escena!
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista.

Cubierto el río de naves
De mil naciones amigas
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas

Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cría,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansía la codicia.

De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.

Y en las naves y las barcas,
En los muelles y marismas,
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.

Del grande español imperio
Hombres de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sabia habitan.

Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
Soldados, guardias, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,
Frailes legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Jitanas, rufianes, tías:

Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algaravía,
Tal confusión de colores,
Tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

.....

Como trozo de melancólica poesía, llena de meditacio-
nes vagas, dulces y descoloridas, poco tiene que envidiar el
siguiente donde tan al vivo se pintan los desvaríos que con
su desventurada pasión sufría el marqués de Lombay.

.....

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesín y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo
Nos admiran y enternecen
Vencedoras de tres siglos,

Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazón doliente
Del marqués contemplativo:

En las selvas do arrancaron
 No menos hondos suspiros,
 De otros destrozados pechos
 Los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces ¡ay! seguían
 Del marqués los ojos fijos
 De la plateada luna
 El lento y mudo camino;

Y al verla hacia el occidente
 Rodar con pausado giro,
 Algún encargo le daba
 Para el Tajo cristalino;

Con sus miradas queriendo
 Como estampar en el disco
 Caracteres, que otros ojos
 Por un prodigioso instinto

Leyeran, cuando argentada
 Derramara el claro brillo
 Sobre el regio balconaje
 De algún alcázar dormido!

.....

Concluiremos estas citas con los siguientes versos del romance titulado *Una Noche de Madrid en 1578*, dechado en nuestro entender de interés dramático, de franco y vigoroso estilo. Hablando de la bellísima princesa de Éboli dice lo siguiente:

.....

Tres distintos personajes
 A diversas horas iban
 A rendirle obsequio ó culto
 A conquistar su sonrisa,

Ardiendo sus corazones,
Aunque en edades distintas,
En el delirante fuego,
Que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;

Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecían,
Otras vagos, indecisos,
Y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
De meditación continua,
Huella de ardientes pasiones
Mostraba en frente y mejillas.

Y escaso y rojo cabello,
Y barba pobre y mezquina
Le daban á su semblante
Expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho deslumbraban
Varias órdenes é insignias.

El otro era recio, bajo,
De edad mediana, teñían
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
Negros bigote y perilla

Aladares y copete,
Boca grande, falsa risa:

Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una expresión de aquellas,
Que inquietan y mortifican.

Lujoso era su atavío
Mas negligente, y tenían
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

El último era el más jóven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez expresiva;

Castaña claro el cabello,
Alto, delgado, muy finos
Modales, y petimetre
Sin dijes ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,
De educación escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

.....

Y la gallarda princesa,
La discreta, noble y linda,
Por quién de ellos?..... Por ninguno,
Cual la estrella matutina

Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia.
..... Mas lo que pasa en el pecho
Solo Dios lo sabe y mira.

Quando la princesa estaba
En la presencia afflictiva
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurría.

En la del segundo, grave
Se mostraba y aun altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.

El rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,
Es el galán misterioso
De las nocturnas visitas.

El segundo Antonio Pérez,
Secretario que tenía
Del rey estrecha privanza,
Cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quién deposita
El insigne Don Juan de Austria
Sus secretos y su estima.

Semejantes revelaciones son punto menos que inútiles, y en especial la primera. El Felipe II que nos ha dejado el pasmoso pincel de Pantoja, parece que ha saltado del lienzo cobrando cuerpo y vida en todo este romance, y apareciendo con toda su lúgubre y temerosa grandeza tan parecida á las del príncipe de las tinieblas de Milton. El delicado rasgo con que el señor Duque fija la situación,

indicando apenas la misteriosa simpatía de la princesa, es uno de aquellos que solo es dado concebir al verdadero genio.

No todos los romances atesoran las mismas cualidades, ni se elevan á la misma altura, cierto es; pero ni todos los asuntos tienen el mismo corte y giro, ni es este género tan limitado y preciso que haya de ceñirse á límites determinados, antes bien, ninguno admite tanta latitud y libertad.

El señor Duque de Rivas ha coronado con un éxito feliz una de las más importantes empresas literarias que se han acometido en España de mucho tiempo á esta parte. Pocos escritores pueden gloriarse de haber proporcionado servicios tan eminentes á las letras españolas. Cuando rayó la aurora de nuestra regeneración poética, salió el *Moro Expósito* á servir de blanco á los tiros de la crítica; poco después *D. Alvaro* arrojó en el teatro los peligros de una innovación repentina y de una transición violenta, abriendo una senda más filosófica y fecunda, y con la publicación de los *Romances Históricos* ha anudado el hilo de oro de nuestra literatura nacional, desenmarañando no poco su revuelta madeja. Por nuestra parte creemos que sus trabajos merecen bien del país y de los amantes de las letras, y aprovechamos con gusto esta ocasión de consignar nuestro dictamen sincero si no autorizado.

EL MOVIMIENTO DE ESPAÑA

Ó SEA

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN CONOCIDA CON EL NOMBRE DE
«LAS COMUNIDADES DE CASTILLA», ESCRITA EN LATÍN POR EL
PRESBITERO DON JUAN MALDONADO, TRADUCIDA AL CASTELLANO
É ILUSTRADA CON ALGUNAS NOTAS Y DOCUMENTOS POR
DON JOSÉ QUEVEDO (*).

Si algún estudio anda en España abatido y menospreciado, es sin duda el de la historia patria, que por un raro contraste con los innumerables incentivos que ofrece su pasmosa variedad, sus extraños episodios y su índole en fin, tan diversa de la de las demás naciones europeas, solo de tarde en tarde muestra algún hombre capaz de cultivarla con fruto y de desenterrar sus tesoros. Mengua es por cierto semejante incuria, pero tantos y tan graves motivos han contribuido á ella, y tan estrecho ha sido su eslabonamiento, que no está en la mano de una ni aun de dos generaciones el acabar con ellos. Hasta hace poco tiempo un poder inquieto y receloso se ha opuesto al gran desarrollo que el espíritu de análisis y la libertad del pensamiento han dado en otras partes á los trabajos históricos; en nuestros días las frecuentes vicisitudes políticas y la inestabilidad casi irremediable de la situación, han apartado los ánimos de esta clase de tareas, que por la mucha madurez y ahinco que requieren, necesitan cierto sosiego

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 8.^a entrega.

y reposo interior, incompatible con el asiento vacilante de los negocios públicos: ó bien premios y honores distinguidos que hasta ahora no han logrado entre nosotros. Lástima grande en verdad, y digna de ser remediada por cuantos se sientan con fuerzas para acometer empresa tan loable, pues si para ilustrar las cuestiones de gobierno y comprender las necesidades del país se han de tener en cuenta sus usos, leyes, inclinaciones y costumbres, pocas indagaciones estarán tan íntimamente ligadas con la prosperidad común, como las históricas. Si algún sentido hay en la palabra *nacionalidad*, si algo significa el imperio de los hechos, la sucesión de los tiempos y las lecciones de la experiencia, fuerza es confesar que un pueblo, en que el estudio de sus males no merece un lugar muy preferente, dista mucho del camino de la perfección, que en esto como en moral se cifra muy especialmente, en el conocimiento de sí propio. Supuesto que de pueblo libre blasonamos, y que, á fuer de tales necesitamos un gobierno que marche á la cabeza de la ilustración y lleve la iniciativa social, atendiendo pródicamente á todas nuestras necesidades morales; no estará demás el que cultivemos este ramo de literatura y alentemos por todos los caminos sus progresos, honrándole como merece por su importancia y trascendencia.

Estas reflexiones nos ha sugerido la lectura de la *Historia de las Comunidades de Castilla*, escrita en latín por el presbítero Juan Maldonado, y traducida por don José Quevedo, que ilustra grandemente este interesante período del gran siglo XVI, teatro de tan maravillosos y extraordinarios sucesos, y testigo de una de las mayores crisis que ha experimentado la humanidad en su larga y trabajosa carrera. Extraños movimientos agitaron entonces la Europa. España trabajada por las comunidades y germanías, Alemania por la revolución religiosa, Francia por la liga, Inglaterra por los disturbios á un mismo tiempo religiosos y civiles, apenas dejaban entrever el gran movimiento intelectual y comercial de sus pueblos, el desarrollo mágico de las artes, la conquista del Nuevo-Mundo, la consolida-

ción del poder monárquico entonces tutelar, y tantas otras semillas finalmente de engrandecimiento y adelanto, que la Providencia sembraba con mano pródiga. ¡Siglo en verdad maravilloso, cuyo estandarte inmortal confió la Providencia á las robustas manos de España, cuando despedazada por sus luchas intestinas, parecía harto cuidadosa y ocupada por sus propios males para cumplir tan empeñado cargo!

Época tan ilustre y famosa, no ha sido conocida como debiera en nuestros días. El ardor de las reformas políticas y el espíritu de partido, han contribuido de un modo eficaz á desfigurarla y á vestirla ropas que por ningún título podían cuadrarle. Durante esta tercera era de nuestra regeneración, el nombre de Padilla ha sido invocado con menos frecuencia y repetido con harto menor entusiasmo, que en las otras dos precedentes. ¿Será que su carácter generoso y su muerte heroica hayan dejado de inflamar los corazones españoles? Creemos que no, pues cuantas almas hayan nacido templadas para sentir la elevación del ánimo y la grandeza de la abnegación propia, acatarán una memoria digna de estimación y profundo respeto: pero la tendencia investigadora y analítica de la época, ha puesto sin duda de manifiesto la distinta índole de los movimientos presentes y pasados, y lejos de tomar á estos por espejo y dechado, se limita á considerar su importancia puramente histórica, única que en el día nos puede conducir á resultados dignos de atención.

La revolución de las Comunidades (si tal nombre merece un movimiento que solo afectaba las formas más exteriores del gobierno) fué como todas suelen serlo en su principio y espíritu, justa. Las disensiones y alteraciones de España, traían el rastro de las diferencias acaecidas entre el Rey Católico y su yerno con motivo de la sucesión á la corona de Castilla, pues muchos de los nobles y grandes, teniendo por no menos extranjero al aragonés Fernando que al austriaco Felipe, fácilmente volvieron las espaldas al sol que se ponía para mirar al que comenzaba á nacer. No faltó sin embargo quien permaneciese al lado del an-

ciano monarca ó movido de gratitud y de hidalgos sentimientos, ó aguijado por rencores y motivos de disgustos en el opuesto bando. Atentos los primeros á sus particulares intereses, llevaban mal el ensanche del poder real, y alimentaban esperanzas vagas quizá, pero no por eso menores, de medrar con la inexperiencia de los nuevos monarcas y renovar en cuanto les fuese dado los turbulentos y aciagos días de Enrique IV, en los cuales se engrandecieron á costa de la corona. En los segundos la lealtad ó el sentimiento de otras altas consideraciones (*) sociales, obraban con harta mayor eficacia que los deseos de su crecimiento y bienestar.

Fácilmente preveían que el cuello de Castilla había de ser demasiadamente indócil para sufrir con paciencia el yugo extranjero, y que de su ingerimiento forzado en el tronco de la república, habían de venir al árbol grandes daños y quebrantos. Esto que de los buenos y cuerdos con razón era temido, no tardó mucho en suceder cuando el joven Carlos I vino á tomar posesión de la rica herencia de sus abuelos, entregada su voluntad y su afición en manos de los flamencos que le acompañaban, extraño á los negocios y desnudo totalmente de experiencia, como era natural en sus cortos años. Comenzaron entonces concusiones, sobornos y estafas de toda clase; añadíanse á esto violencias y desacatos cometidos en las personas, y toda la humillación y vejamen consiguientes á un sistema de explotación tan descaradamente manifiesto como el de Xevres y los suyos.

(*) Los partidarios de Fernando el Católico, á quienes no era sin duda desconocida la debilidad mental de la reina doña Juana, apoyaban sus intentos en esta cláusula del testamento de la Reina Católica. «Ordeno y mando que cada y cuando que la dicha princesa mi hija no estuviere en estos mis reinos, ó estando en ellos no quisiere ó no puidiere entender en la gober nación de ellos, el Rey mi Señor los rija y administre y gobierne por la susodicha mi hija, hasta tanto que el infante don Carlos mi nieto, fijo primogénito, heredero de los dichos principes sea de edad legítima á lo menos veinte años cumplidos, etc.» (Historia de Mariana, tomo IX, edición de Valencia, impresa por Monfort).

Vendíanse públicamente los oficios y cargos de mayor honra, y no había cosa que no sirviese de cebo á la codicia extranjera (*) ¿Para venir á tanta desdicha y vilipendio, habían los españoles arrojado de la Península á los moros, y comprado á costa de su sangre los inmarcesibles laureles de ambos mundos? ¿La altivez castellana había de doblegarse ante la vara de un miserable mercader extraño? En las naciones como en los individuos, hay un principio de dignidad y de honor que constituye su fuerza y que es indispensable conservar á toda costa, porque renunciar á él equivale á renunciar á la vida. Cerrados entonces los caminos del trono á las justas reclamaciones de los vasallos, y despojados estos de la justicia y amparo que estaban acostumbrados á encontrar en él, forzosamente hubieron de buscar por sí el remedio á tamaños males. De aquí nace el general aplauso y el ímpetu verdaderamente popular y casi unánime que acompañaron á los primeros movimientos de Toledo, Burgos y Segovia, y el eco estrepitoso que en todas partes encontraron (**). El viaje del rey á Alemania en demanda del imperio, el servicio concedido por las córtes de la Coruña diametralmente opuesto á las instrucciones que llevaban casi todos los procuradores de sus comitentes, el mal tratamiento de los comisionados de Toledo, y más que todo, las débiles manos en que quedó deposita-

(*) Tan barrido dejó el reino de moneda Xevres; que á vista de alguna moneda de oro se cantaba públicamente por las calles:

Doblón de á dos, norabuena estedes

Pues con vos no topó Xevres.

Sandoval habla largamente de estos desafueros y depredaciones en el libro V de su *Historia del Emperador*.

(**) Tan popular fué el levantamiento que en los púlpitos como en las plazas se predicaba y alababa. Es muy digna de leerse la carta anónima de un religioso que trae Sandoval en el citado libro, y el párrafo de las instrucciones del Emperador á sus virreyes, relativo á los predicadores que encendían los ánimos y alborotaban la plebe.

do el gobierno, agravaron la crisis tremenda en que se encontraba el estado, y una vez desprendida la piedra de la cumbre, no hubo fuerzas humanas que la impidiesen llegar al valle, hecha pedazos.

Tal era sin embargo el triste destino de estos intentos generosos. En el gobierno no había fuerzas para sujetar y comprimir tan revueltos elementos, ni menos, habilidad para dirigirlos. Notábase en la alta nobleza, por una parte, deseo de ver reducido al Cardenal Adriano y á los suyos, á extremos y apuros que hiciesen su ayuda indispensable; y por otra, temor y recelo del elemento democrático, que ya amenazaba desatarse en daño suyo, y dejar atrás los límites de su conveniencia y prerrogativas. Y en el pueblo, finalmente, que como era de esperar de sus violentas pasiones tiñó con sangre sus primeros pasos, y á cada punto amagaba con los desafueros de la fuerza brutal, no se advertía un hombre dotado de la capacidad y genio que se necesitan para dominar una situación tan difícil y subordinar tantos elementos heterogéneos á un fin común, creando un centro donde fuesen á parar todos los esfuerzos individuales.

Los principios que pregonaban los comuneros para el alzamiento, no eran tampoco de aquellos que lanzan á la sociedad en un campo de esperanzas y sueños dorados por su trascendencia, y que aspiran á un cambio completo que mejore la condición común y lleve consigo un germen más claro y fecundo de perfección indefinida. No se alteraba ningún dogma religioso ni moral; no se ponía en tela de juicio la legalidad de las autoridades de hecho existentes; no se proclamaban más principios de derecho que los derivados de las costumbres, leyes y fueros; y finalmente, ninguna reforma se intentaba que se encaminase á un fin social, político ó humanitario. Todos los capítulos de agravio estribaban únicamente en medidas administrativas, en quejas de servicios comunales, en la repartición y poca medida de los tributos, en la extracción de la moneda, en la investidura de los extranjeros para los cargos públicos.

y finalmente, en la salida del rey, que ellos calificaban de abandono.

Lo único en que se mostraban un tanto audaces, era en pedir que en los procesos y juicios de la inquisición se guardase cierto orden y trámites. Fuera de esto, todas eran protestas de mejor servir al rey y de adhesión á los derechos establecidos.

Este círculo en que los comuneros se encerraban, tenía sin duda mucho de legal, y no poco de estrictamente justo, pero era estrecho, como suele serlo el de los intereses materiales, y no se ensanchaba con ninguna teoría ni esperanza ulterior. Ni podía ser de otra manera, si se atiende á que en la organización social, compacta y vigorosa de España, no habían tendencias excéntricas, ni mucho menos la indicación de un rumbo nuevo por donde las creencias pudiesen caminar. De esta manera, las ciudades disponían de sus fuerzas habituales y la nobleza de las suyas, quedando, por decirlo así, equilibradas las de ambas clases: pues si la una aventajaba á la otra en número y en ardimiento, sobrepujábala ésta en disciplina y concierto. El poder real era el único que hacía lamentable papel, confiado á la debilidad y escaso ingenio del cardenal Adriano, y á los coléricos arrebatos del arzobispo de Granada.

Pueblo y nobleza, sin embargo, no solo guardaban treguas, sino que también estaban ligados por ciertos lazos secretos, cuales eran los de la nacionalidad herida por la preponderancia de los extranjeros; pero el elemento democrático, que entonces crecía y se derramaba á manera de hinchado río, no tardó mucho en embestir las prerrogativas y derechos de la nobleza. Los populares de Burgos, cansados de los manejos equívocos del condestable D. Íñigo Velasco, lo arrojaron de su ciudad; y los de Nájera, acordándose de que en las revueltas del reinado de Enrique IV habían sido desmembrados violentamente de la corona á que pertenecían, se alzaron contra su Señor Don Antonio Manrique, y echaron fuera su guarnición. Ambas medidas eran justas, pero extemporáneas, porque desde aquel mo-

mento los nobles se agruparon en torno del trono, y se rompieron las hostilidades.

No se crea que bastó esto solo para causar la ruina del partido popular: sobrábanle fuerzas y recursos, y si hubiese encontrado jefes diestros para las primeras, como los encontró pundonorosos y valientes; y para los segundos, varones de gobierno y de experiencia, hubiera podido cuando menos capitular con honra, sin sujetarse á la dura ley de los vencidos. Pero la *santa junta* cometió la enorme falta de confiar á don Pedro Girón, hijo heredero del conde de Ureña, la dirección y mando de sus tropas, sin tener en cuenta que solo un resentimiento pasajero le traía á unas filas, de las cuales natural y constantemente debían alejarle su alcurnia, sus hábitos é intereses. Su fea traición (*), indigna del nombre que llevaba, abrió la primer brecha en la causa de las Comunidades, y la inacción de Padilla en Torrelobatón, cuando tan temible se presentó desde luego á sus contrarios, contribuyó á resfriar el ardor de los populares, que á toda costa debió haberse empleado prontamente en quitarle su vigor moral, y en engrosar el ejército contrario. Una vez equilibradas las fuerzas, claro es que todas las probabilidades de la victoria estaban de parte de la disciplina y del buen orden: sin embargo, la nobleza hubiera comprado algo más caro el triste laurel de Villalar, sin la traición que vino á dar el último golpe á la ya moribunda causa de las Comunidades.

La historia de esta lastimosa tragedia, que nos dejó escrita en latín Juan Maldonado, y que ha traducido don José Quevedo, bibliotecario del Escorial, es digna de atención por ser obra de un testigo ocular de la mayor parte de aquellos disturbios, y por el espíritu que encierra aunque de manera sumamente disimulada y aguda. Escribiendo bajo el peso de las persecuciones que siguieron al triunfo de los imperiales, mal podía dar suelta el autor á

(*) Véanse las notas 11 y 13 del señor Quevedo.

ciertos ímpetus que al cabo á fuer de español, no podía dejar de sentir, y mucho menos en un libro que dedicaba al príncipe de España, hijo del César; pero á falta de tan necesaria libertad, introduce una especie de diálogo semejante á los de Luis Vives (si bien menos ingenioso que los de este insigne escritor) entre un italiano, un francés, un alemán, un toledano y él, en que haciendo de narrador, deja emitir á los demás, juicios diversos de que, como es fácil conocer, es él responsable. Así, las respuestas de los interlocutores templan á veces el tono de severidad y acrimonia que dictaban las circunstancias al hablar de los comuneros. Cuando, por ejemplo, á propósito de don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, pondera su carácter inflexible y tenaz y sus virtudes bélicas, pone en boca del italiano estas palabras: «¡Buen Dios, qué obispo acabas de pintar! Convenía que un hombre de tanto valor hubiese nacido en Roma. Me parece ver copiada en él aquella heroica virtud de los antiguos romanos».... Mas el toledano pronuncia una sangrienta diatriba contra la nobleza y personas que después de extraviar al pueblo y despeñarle por precipicios horrendos, lo dejaron en manos del verdugo; y en la tibieza con que el historiador satisface á este terrible cargo, se trasluce que participaba no poco de semejante opinión. La suya se encuentra quizá más bien en la de los otros, que en lo que da de sí su propio relato. Poco de nuevo añade á la relación del M. Sandoval, y está muy escaso además en punto á documentos y datos cronológicos, innecesarios entonces sin duda por tratarse de cosa reciente: pero en el día absolutamente precisos después de tantos años trascurridos. El señor Quevedo ha suplido con exquisito tino esta falta, y sus notas y apéndices completan la obra, que en su original aparece manca á nuestros ojos.

El estilo, como advierte muy bien el traductor en su prólogo, se resiente de un poco de pesadez, hija del gusto á la sazón dominante, y hasta en la misma versión se echa de ver un poco esta falta, si bien es cierto que proponiénd-

dose seguir al original tan de cerca, era inevitable incurrir en ella. Con todo, la traducción es trabajo muy maduro y correcto, y merece honrosa acogida, así por su fidelidad, como por el buen criterio que descubre.

Perseverantes en nuestro propósito de dar publicidad principalmente á las cosas pertenecientes á nuestra literatura nacional, recomendamos á la consideración del público esta obra que ilustra una época tan digna de ser estudiada como someramente conocida. En ella cayó por el suelo para no volver á levantarse la *libertad municipal* de Castilla, no la política, como muchos han creído. No es fácil señalar el rumbo que hubieran tomado los asuntos públicos si las Comunidades hubieran triunfado: pero habiendo llegado la hora en que la mayor parte de las naciones se iban convirtiendo en un cuerpo homogéneo y compacto bajo la mano de la autoridad monárquica, harto trabajoso les hubiera sido conservarse en la especie de independencia que hasta entonces habían disfrutado. Los reyes católicos habían cedido á su nieto un trono fuerte ya, y asentado en sólidos cimientos, y el alto genio militar y político del emperador hubiera acabado por subyugar más tarde ó más temprano estas individualidades, que no dejaban de embarazar la marcha de sus gigantescos planes. Por otra parte, si el rey hubiera cedido á uno de los más ardientes deseos de las ciudades y nobleza, cual era el que no se ausentase del reino ni aun con el poderoso motivo de alcanzar lo corona imperial, ¡cuán distinta no hubiera sido quizá la suerte de España, de aquella España que por toda la Europa llevó sus armas, su lengua, su cultura y sus costumbres; que por dos veces hizo frente á Solimán el Magnífico, y que en la conquista de Túnez, echaba los cimientos de la victoria de Lepanto!

Como quiera que el triunfo de los fueros de Castilla no estuviese escrito en el libro de la providencia, todavía hay en su mismo vencimiento tanto heroísmo, abnegación y desinterés, que es imposible pensar en él, sin sentir emociones nobles y profundas. La sangre de los comuneros la-

vó las manchas que la fragilidad humana pudiera haber echado sobre aquel alzamiento tan generoso en su origen como desastroso en su fin; y la historia no presenta un monumento más alto de hidalguía y de virtud, que las dos cartas de Juan de Padilla. La religión del infortunio añade esplendor á su sacrificio, y las víctimas consiguen harto más respeto y veneración que sus verdugos. El emperador se olvidó entonces de que la clemencia es la primera de las virtudes reales, y de que la verdadera grandeza consiste en vencerse á sí propio y enfrenar los ímpetus de la ira. Prueba amarga, pero cierta, de que no siempre á la elevación del genio acompaña la bondad y la pureza del corazón (*).

Afortunadamente en la historia, tanto enseñan y amaestran los crímenes como las virtudes, y los pueblos deben y suelen olvidar muy tarde las lecciones que se escriben con su sangre.

(*) La amnistía que desde su venida á España promulgó el emperador, solo se empleó en los que era imposible castigar sin dejar convertida la nación en un cementerio. La lista de las personas exceptuadas, comprende cuanto hubo de ilustre y distinguido por su talento, valor y riqueza en las filas de las Comunidades. Los que no pagaron con su cabeza en el cadalso, murieron en el destierro. Imposible fué en todos tiempos alcanzar el perdón de la heroica Doña María Pacheco, viuda de Padilla. Al ver tales ejemplos, fuerza es convenir con Robertsón que en Carlos V hacía raro contraste la elevación del entendimiento con la frialdad del corazón.

TRABAJOS HISTÓRICOS

DE LA

SOCIEDAD DE ANTICUARIOS DEL NORTE EN COPENHAGUE (*).

Como el conocimiento que generalmente tenemos en España del movimiento literario de Europa, se reduce á las no muy abundantes noticias que nos llegan por medio de nuestros vecinos transpirenáticos, creemos hacer un servicio á nuestros lectores, dándoles cuenta de las tareas de los sabios dinamarqueses que componen la Sociedad de Anticuarios del Norte, objeto de la constante solicitud de aquel ilustrado monarca y foco de vivísimos resplandores en la esfera de las ciencias. Después de la irrupción de los septentrionales sobre el imperio romano, todos los pueblos que lo componían, por necesidad tuvieron de sufrir modificaciones de harto bulto, y hasta cambios radicales en las condiciones de su vida política y social imposibles de explicar y aun de concebir, á no remontarse al origen de estos fenómenos, estudiando la índole y costumbres de los conquistadores. Para levantar sobre una base segura el edificio de su historia, casi todas las naciones europeas tienen que subir á un manantial primitivo de donde naturalmente deriven cuantos cambios y diferencias se noten en la marcha progresiva de su civilización y cultura. Con razón dice el acta de la sesión celebrada por dicha Sociedad

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 11.^a entrega.

en 1838, «que el estudio completo de la historia de alguno de estos países necesita tanto beber en la fuente de los archivos del Norte, como necesitaba la historia de Roma recurrir á la Grecia y al Asia para conocer á fondo su origen.»

Afortunadamente, y gracias al celo del muy respetable presidente de nuestra Academia de la Historia, el señor Fernández Navarrete, tenemos á mano las actas de las sesiones correspondientes á los años de 1834, 35, 36, 37, 38 y 39, y podemos dar á nuestros lectores una idea aunque breve, segura de los principales adelantos que las ciencias de la historia deben á esta ilustre corporación. Esta clase de descubrimientos y trabajos, por otra parte no son de aquellos que por su carácter ligero y fugitivo no pueden tener más destino ni empleo que llenar las columnas no menos fugaces y pasajeras de un diario: el carácter de gravedad y solidez que los distinguen, son de aquellos que aseguran el respeto y la alabanza de todos los amigos del saber, y abren camino por la enmarañada selva de la historia antigua.

Durante los años de 1832 y 1833, la Sociedad publicó las obras siguientes:

Fornmanna Sogur, vol. I, VIII y XI.

Oldnordiske Sagaer, vol. I, VIII y XI.

Scripta histórica islandorum, vol. I, V,

ó sean sagas (*) históricas de los sucesos acaecidos fuera de Islandia, publicados en la lengua original con traducciones dinamarquesas y latinas. Estas obras comprenden el período que corre desde mediados del siglo X hasta principios del XIII, y contiene la historia de los reyes de Dinamarca y Noruega correspondientes á esta época.

Islandinga Sogur, vol. I, II,

ó sagas históricas de los sucesos de Islandia publicadas en

(*) Saga en su verdadero sentido es la musa histórica del Norte; pero se llaman también sagas todas las crónicas ó relaciones que comprenden una serie determinada de sucesos.

la lengua original, entre las cuales se encuentra *Landnamabok*, que trae la descripción de los primeros establecimientos en Islandia.

Færeyinga Saga, ó historia de los habitantes de las islas Ferroe, publicada en idioma islandés, con una traducción en la lengua usada en las islas y otra en lengua dinamarquesa, acompañada del mapa de las islas.

Fornaldar Sogur Nordrlanda, vol I., III.

Nordiske Fortids Sagaer, vol. I, III,

ó sagas mitológicas, históricas ó novelescas de los acontecimientos del Norte antes de la ocupación de la Islandia en el siglo IX, principio de la Era propiamente histórica, publicadas en lengua islandesa, con una traducción dinamarquesa.

Krakas Maal, *Epicedium Ragnaris Lodbroci*, ó canto de las proezas y muerte heroica de Ragnar Lodbrok, rey de Dinamarca, que murió en Inglaterra. Este canto está publicado en cuatro lenguas, á saber: original, francesa, dinamarquesa y latina.

Nos ha parecido justo dar cuenta circunstanciada de estos monumentos literarios, cuya importancia histórica salta á los ojos; pero por no alargar este artículo demasiado, no nos detendremos á hablar de los notables descubrimientos arqueológicos hechos en Groelandia, tanto por los misioneros como por los empleados del gobierno, ni del viaje del capitán Graah, emprendido por orden del mismo con objeto de averiguar la situación de la antigua colonia europea, conocida con el nombre de *Eistribygd* y de la diócesis de *Gardar*, que durante muchos siglos permaneció en estado floreciente; ni de otras muchas investigaciones y trabajos á que por todas partes se daba principio. Sin embargo, nos parece justo hacer mención de la obra titulada *Gronlands Historiske Mindesmærker* (Monumentos históricos de Groelandia) que ya estaba en prensa en 1834, y que abría camino á la gran obra de la sociedad *Sobre el primer descubrimiento de América por los Escandinavos y de*

los viajes que con este objeto emprendieron desde el siglo X al XIV. ¡Con tanto pulso y detenimiento se iban abriendo las zanjias para el majestuoso edificio de las *Antigüedades Americanas*! Tampoco se debe dejar en olvido el periódico publicado por la Sociedad con el título de *Tidsskrift*, for *Oldkyndighed* (Colección de memorias sobre los objetos de antigüedades del Norte), del cual habían ya salido dos tomos llenos de interesantes y raros trabajos de todo género.

En el acta de la sesión anual de 1835 constan publicados durante el año anterior:

Fornmanna Sogur, vol. IX.

Oldnordiske Sagaer, vol. IX.

Obras que contienen en texto islandés y traducción dinamarquesa las sagas de los reyes de Noruega desde 1284 hasta 1340. Igualmente constan una porción considerable de resultados conseguidos en las excavaciones hechas en Groelandia. La impresión de la obra sobre los monumentos históricos de este país y sobre el descubrimiento de América por los antiguos Escandinavos, se continuaba con calor.

En la sesión anual de Enero de 1836, el presidente M. Schlegel da cuenta de haber salido á luz las siguientes obras:

Fornmanna Sogur, vol. X.

Oldnordiske Sagaer, vol. X.

Scripta histórica Islandorum, vol. VI.

Los dos primeros volúmenes contienen el período de 1240 á 1274, que termina la serie de las sagas de los reyes de Noruega comenzada en esta obra. El volumen tercero comprende las sagas de los mismos desde 1035 hasta 1093.

Entre las memorias y disertaciones con que la sociedad ha ilustrado el año de 1835 la antigua historia del Norte, ha llamado muy particularmente nuestra atención el *Tratado sobre las relaciones amistosas de los antiguos Escandinavos con la península Ibérica*, del señor E. C. Werlauff. Esto, según observa muy acertadamente el señor Navarrete en

el discurso pronunciado en la Academia de la Historia en Noviembre de 1840, «confirma la noticia de que posteriormente en el siglo XIV, según los documentos insertos en la *Historia de Rusia* de Karamsin, ya los atrevidos navegantes de Vizcaya y Guipúzcoa penetraban hasta los últimos senos del Mar Negro.» El abandono en que yacen entre nosotros los estudios históricos, cuando en toda la Europa se desentierran con ansia los escombros de la más remota antigüedad para reconstruir la verdadera historia, y deshacer las nieblas que cubren su infancia, es un cargo grave que se nos puede hacer no sin fundamento. Ningún esfuerzo que tienda á poner de manifiesto entre las naciones antiguos vínculos de amistad ó de común origen, debe tenerse por perdido en una época en que la natural dirección de las ideas acerca los pueblos unos á otros. Sería muy de alabar por lo mismo que nuestros eruditos, sobre todo, los de las provincias del Norte registrasen con diligencia los archivos públicos y particulares á fin de seguir el camino trazado por los ilustres miembros de la Sociedad de Anticuarios que guía á descubrimientos tan nobles como útiles.

El acta de la sesión anual de 1837 manifiesta haberse publicado:

Fornmanna Sogur, vol. XII.

Oldnordiske Sagaer, vol. XII.

Scripta histórica Islandorum, vol. VIII.

Con los dos primeros volúmenes concluye el texto islandés y la traducción dinamarquesa de la primera serie de las sagas históricas que contienen los sucesos ocurridos fuera de Islandia, con estudios cronológicos y geográficos, con un registro analítico, una redacción en prosa de los poemas ó cantos esparcidos por todas las sagas y un vocabulario de las palabras más desusadas. El último volumen contiene la historia de los reyes de Noruega en latín desde 1093 hasta 1184.

También da cuenta esta acta de la eficaz cooperación que ha prestado á los trabajos arqueológicos relativos á la

obra sobre el descubrimiento de América por los Escandinavos, la comisión nombrada por la Sociedad histórica de Rhode-Island en los Estados-Unidos, prueba incontestable cuanto consoladora de la fraternidad y franca correspondencia que existen entre las corporaciones literarias y científicas y que tan risueño porvenir asegura á la causa de la civilización y de las luces.

Ni merecen menos alabanza las pesquisas y diligencias arqueológicas que en el mismo año llevaron á cabo en Groelandia los misioneros y empleados del gobierno, y que la sociedad tenía en mucho para *los Monumentos históricos* de este país.

Por fin estas dos obras tan deseadas en el mundo literario, particularmente la primera, aparecieron en 1837, según lo atestigua el acta del siguiente año.

La primera titulada *Antiquitates Americanae sive Scriptores Septentrionales Rerum Antecolumbianarum in America*, que es una colección de antiguos manuscritos escandinavos que contienen la fuente de la historia de América antes de Colón, ha sido publicada por el caballero Rafn enriquecida con gran copia de introducciones, citas confrontadas, noticias críticas, filológicas é históricas y averiguaciones arqueológicas y geográficas. De sus trabajos y observaciones se deduce que Biarne Heriulfson descubrió las playas americanas en 986, y que después á principios del siglo XI las visitaron en diversas ocasiones Leif y Thorvaldo, hijos de Erick el Rojo y Thorfinn Karlsefne y otros que probablemente fundaron establecimientos en ellas.

Como es muy posible que en toda España no se encuentre más ejemplar de esta obra que el que recientemente ha llegado á la Academia de la Historia, creemos conveniente insertar á continuación sus capítulos, porque de esta manera se vendrá en conocimiento de su plan y dimensiones.

I. Introducción con una disertación adjunta sobre la fecha y la autenticidad de los antiguos manuscritos que tratan de la historia de América anterior á Colón.

II. Saga de Erick el Rojo, ó relación histórica de Erick el Rojo y de los Groelandeses.

III. Saga de Thorfinn Karlsefne y de Snorre Thorbransón con algunas adiciones sacadas de la saga titulada Landnamabok, de las sagas de los reyes de Noruega, escritas por Snorre Sturlason y de las de Olao Triggvason y de Eyrbyggja.

IV. Del primer descubrimiento de Islandia y de los cenobitas llamados *Papais* que habían vivido en ella.

V. De los primeros establecimientos de Groelandia y de la ocupación anterior de este país por los Esquimales.

VI. De la navegación de Aro Marsón á Hvitrammansland ó á Irland it mikla y de su residencia en el país.

VII. De Biorn Asbrandson, llamado Breidoikingakappe.

VIII. De Gudleit Gudlaugson.

IX. Extractos de los anales islandeses, á saber: del viaje hecho á Vinland (*tierra de viñedo*) en el año de 1112 por Erick, obispo de Groelandia; del viaje de los hermanos Adalbrando y Thorvaldo hijos de Helge, y sacerdotes de Islandia el año de 1285, y de un viaje á Markland en 1347.

X. De la residencia de los Groelandeses en los países boreales, llamados Greipar y Kroksfiardarheidi.

XI. Extractos de las antiguas obras geográficas islandesas: *a*, compendio de la geografía del siglo XII y XIII en que están indicados los principales países de Asia, Africa, Europa y aun América con un facsímile completo: *b*, fragmentos de una geografía más circunstanciada: *c*, Gripla, colección geográfica: *d*, Chorografía antigua de Groelandia: *e*, descripción de Groelandia por Ivar Fardson.

XII. Un poema en lengua de las Islas de Ferroe en que se trata del Vinland.

XIII. Mención del Vinland hecha por Adán de Brema, escritor del siglo XI, documento copiado de un códice en pergamino, perteneciente á la biblioteca de la Corte de Viena.

XIV. Descripción de varios monumentos antiguos de Groelandia.

XV. Descripción de monumentos antiguos hallados en el Massachusetts y Rhode Island según los datos y relaciones suministrados por el doctor Webb en Providence con los diseños de mano del señor Jhon R. Barlett de New-York.

XVI. Indagaciones geográficas *a*, observaciones sobre la Islandia y Groelandia, sobre la costa oriental y occidental, y sobre los *Nordsetur* del último país: *b*, sobre los descubrimientos hechos en las regiones de América: *c*, sobre el descubrimiento del litoral oriental de América, señalado con los nombres de Helluland, de Markland y de Vinland: *d*, sobre el descubrimiento de los países meridionales: *e*, sobre la situación del país descubierto por Adalbrando y Thorvaldo: *f*, sobre las relaciones seguidas con los países americanos durante los siglos inmediatos al primer descubrimiento.

Concluye la obra con un resumen cronológico, un registro de nombres, otro geográfico, una lista de materias, y varios árboles genealógicos de los primeros descubridores de América.

Pasando ahora á su parte material, debemos decir que aun el más descontentadizo quedaría sin duda satisfecho á vista del hermoso papel, del claro carácter de letra, de los grabados, de un acabado precioso de los mapas, y por último, de los facsímiles en que se ve el polvo y el color de los manuscritos. *Los Monumentos Históricos de Groelandia* están redactados con la misma erudición, pero su interés no es de tanta trascendencia y generalidad como el de las Antigüedades Americanas.

Cuanto haya sido el entusiasmo que excitaron éstas en la Europa culta, y sobre todo en los Estados-Unidos nos lo da á entender el acta de la sesión anual de 1839. Por ella sabemos que en Massachusetts, en Providence y en New-York se habían formado cursos de esta obra, y que las alabanzas de la prensa periódica habían sido tan numerosas como unánimes. Además de esto, la disertación del caballero Rafn sobre el descubrimiento de América por los Escandinavos, se vió tarducida en muy corto espacio de

tiempo en inglés, francés, alemán, holandés y polaco; señal evidente del sumo aprecio con que los sabios de todos los países acogían esta clase de publicaciones.

En 1839 la Sociedad de Anticuarios continuaba sus interesantísimos trabajos con la gran serie de *Islendinga Sogur* ó sagas, que tratan especialmente de Islandia, y para ello había nombrado una *Comisión para la antigua geografía de Islandia*, compuesta de personas de conocido saber. Su conducta desinteresada y generosa; la viva solicitud con que por todas partes procura anudar vínculos de estrecha correspondencia con todos los cuerpos literarios y científicos extranjeros, y la protección especial de su soberano y de otros potentados del Norte la ponen en proporción de ensanchar cada día más los dominios de la historia y de la crítica. En medio de la política embozada y tortuosa de los gobiernos, sirve de consuelo no pequeño el ver la franca comunicación de las corporaciones sabias entre sí, que allanando el camino á la marcha de las ideas, preparan sin duda para el porvenir gérmenes desconocidos de paz y de ventura. Por nuestra parte nos complacemos en ver la buena armonía que la Academia de la Historia mantiene con los ilustres anticuarios del Norte, armonía de que son buena prueba las atentísimas cartas que su digno presidente ha tenido la bondad de enseñarnos.

Por no extender demasiado los límites de este artículo, no hemos dado cuenta de las importantes Memorias y disertaciones que la Sociedad ha publicado en sus anales y colecciones, y que abrazan infinitos puntos, así de arqueología como de historia, dignos de la atención de toda persona ilustrada; pero solo daríamos una idea muy imperfecta de la protección que merecen allí estos estudios, si no hablásemos del enriquecimiento progresivo del *Museo de Antigüedades del Norte*, y del aumento de fondos de la Sociedad. El primero ha adquirido desde 1831 hasta 1838, 2857 números ú objetos diferentes; y los segundos, de 12500 rudales que componen la cotización de 1833, habían subido en 1839 á 26000 risdales.

La protección especial que el rey de Dinamarca dispensa á esta corporación, hace infinito honor á su corazón y á su talento. Los viajes y expediciones que de su orden se emprenden, prueban á las claras el vivo interés que se toma en los adelantos é instrucción de su pueblo, y en el cultivo de la planta de su nacionalidad. ¡Quiera Dios que nuestro gobierno se vea pronto en el caso de atender á estas urgentes necesidades, y que entonces no se le entibie la voluntad! Pero ya que los apuros del erario le aten las manos para enviar al extranjero alguna persona de luces y aplicación que traiga á su país todas las ideas y descubrimientos útiles, por lo menos adquiera para la biblioteca nacional, para la desamparada y manca biblioteca nacional, las obras que como las Antigüedades Americanas en cuanto ven la luz absorben la atención de la Europa culta, y de las cuales, sin embargo, solo por casualidad ó de un modo hartó indirecto, tenemos aquí noticia. Este es un gasto insignificante y mezquino, y de todas maneras inferior á las ventajas que proporciona, sin las cuales eternamente permaneceremos rezagados del movimiento intelectual del mundo.

DE LA LITERATURA

Y DE LOS LITERATOS DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA,

POR EUGENIO A. VAIL (*).

Tal es el papel que en el teatro del mundo culto representan ya los Estados-Unidos de América, tal su importancia probable en la marcha futura de la civilización, tal la influencia que sus instituciones han ejercido en la revolución de nuestros antiguos dominios, y tantos y tan estrechos finalmente los vínculos que los unen con nuestras colonias, que no deberá tenerse por ajeno de nuestras tareas periodísticas el que procuremos dar idea al público de su literatura. Ciertamente es digno de fijar la atención de todo hombre reflexivo cuanto pertenezca á una nación, que no hace un siglo todavía peleaba por su independencia, y ya en el día se ha elevado en poder y riqueza al nivel de las antiguas naciones europeas, y con el desmesurado desarrollo de sus vastos recursos no está quizá muy lejos de conquistar una iniciativa industrial por lo menos, superior y no poco á la del mundo antiguo. Desde 1790 hasta 1826 (épocas cuyo cuadro comparativo trazado por mano del ilustre Chateaubriand tenemos á la vista) ha sido verdaderamente milagroso el engrandecimiento de esta naciente república. Caminos, canales, barcos de vapor, fábricas de todas clases ayudadas de este poderoso agente se han multiplicado como por encanto, y todos los primores

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 12.^a entrega.

del lujo, todos los goces de la más adelantada cultura, han venido en seguida del inmenso movimiento comercial agrícola y fabril que presentan todos los ámbitos de la nación. Territorios entonces salvajes y donde solo se podía llegar con seguridad acompañado de guías ó agregado á alguna tribu de indios, se hallan surcados en el día por infinitos y excelentes caminos, sus inmensos lagos y extensos canales cruzados en todas direcciones por barcos de todas clases y tamaños, y sus puertos concurridos y llenos de animación y vida. En 1790 solo había setenta y cinco estafetas en todos los Estados de la Unión: en 1826 llegaban á seis mil. En 1790 la población estaba reducida á 3.909,326 habitantes: en 1830 había ascendido á 12.000,000, doblándose cada veinticinco años. Y finalmente las rentas de la nación que durante la guerra de su independencia no pudo ofrecer al ilustre Lafayette un barco en que pasar los mares en su ayuda, se habían elevado en 1821 á 12.264,000 pesos, de los cuales deducidos gastos habían quedado á disposición del gobierno 3.334,826.—Cuánto haya sido su desarrollo desde esta última fecha hasta el día, mejor que nosotros lo dirán la infinidad de barcos de vapor que se cruzan entre América y Europa, y el incremento cada vez mayor de las gigantescas empresas comerciales, que sin cesar se organizan y activan en ambos mundos.

No sin objeto, ni separándonos de nuestro propósito, hemos presentado esta breve reseña que algunos calificarán de ociosa y ajena del asunto que nos ocupa. Por nuestra parte hemos querido dar una idea fundamental, si bien concisa, de una nación cuyas principales tendencias literarias hemos tomado á nuestro cargo señalar; porque según más de una vez hemos manifestado, juzgamos imposible elevarnos á un criterio filosófico y trascendental en literatura, sin conocer antes la sociedad y la época que en ella se pinta y retrata. Así que no sin motivo hemos descrito los resultados principales de los usos, costumbres y necesidades físicas y morales de este país, pues de ella se deducía un hecho luminoso capaz por sí solo de fijar la cues-

ción: á saber, que sus esfuerzos se encaminaban casi exclusivamente á la conquista del mundo material y al aumento indefinido de la producción.

Natural consecuencia es esta de su historia, de su situación geográfica, y de la índole de sus habitantes primitivos. Cuando huyendo de las persecuciones religiosas de Inglaterra, aportaron los primeros colonos (*) á las playas americanas, su primero y único cuidado hubo de ser el de su conservación y defensa; y sus fuerzas físicas y morales, ni tuvieron ni pudieron tener otro empleo que el desmontar bosques, levantar poblaciones y rechazar los ataques de las bestias feroces y de los no menos feroces indios. Por otra parte si aun en el día, según la bella expresión de Chateaubriand, «la América habita todavía la soledad», natural y aun preciso era que en su soledad inmensa y solemne los primeros pobladores buscasen todo el ensanche de comodidades y bienestar, que solo una laboriosidad infatigable podía proporcionarles. Y finalmente, el carácter adusto, triste y severo de aquellos puritanos que miraban como culpable frivolidad los placeres de la imaginación, forzosamente había de convertir á un centro común de utilidad inmediata todos los instintos de la época.

Causas tan arraigadas y que bajo ciertos aspectos todavía deben echar no menos hondas raíces en la situación presente de aquella sociedad, mal pueden desaparecer ó neutralizarse en el corto período de vida que hasta ahora cuenta. Pero ¿qué puede resultar para la literatura del juicio y criterio de un país en donde la conciencia pública condena como una perjudicial anomalía el ocio material indispensable para la vida contemplativa y para las especulaciones intelectuales, fuentes de los pensamientos más grandes y humanitarios, y de los sentimientos más hondos y generales que mueven el mundo. Resultará de seguro un cultivo cuidadoso y esmerado de las ciencias y estudios que

(*) 1622.

se encaminen á la razón fría y severa y lleven en sí gérmenes de utilidad palpable; como también de los conocimientos que comprenden las relaciones exteriores del mundo material y guían á su dominación y conquista. Esto vendrá á resultar en el orden de las ideas, porque si se atiende á las costumbres, la austera honradez y la acrisolada probidad no bastarán á prestar al pueblo aquel colorido poético y animado que no menos busca el filósofo que el entusiasta, y que tan eficazmente se une al instinto de la nacionalidad para asegurarlo y robustecerlo. En resumen, la literatura vulgarmente llamada amena, hija del sentimiento ó de la imaginación principalmente, se puede asegurar que en los Estados-Unidos es cuestión más de pasatiempo que de conciencia, y más de agrado que no de ocupación. Por el siguiente resumen de las obras publicadas en 1834, se verá cuán fundada va nuestra opinión. Están divididas y clasificadas de esta suerte,

Educación	73
Religión.....	37
Cuentos y novelas.....	19
Historia y Biografía....	19
Jurisprudencia.....	20
Poesía.....	8
Bellas Artes.....	8
Asuntos diversos.....	49

Por manera que de 251 obras, 216 confirman la tendencia general de los espíritus hacia las cosas útiles y serias.

Otro hecho no menos notable queremos apuntar que es el periodismo. En 1700 solo se publicaban cuatro periódicos en todas las colonias; pero en el día han llegado á mil quinientos que sin cesar dan á luz cien millones de ejemplares. Este síntoma de ilustración y cultura que tanto honor hace á los anglo-americanos, descubre á las claras la preponderancia exclusiva del trabajo en sus opiniones y cos-

tumbres, pues no pudiendo dar empleo á la actividad de su espíritu en obras latas y profundas, tienen que acudir á esta especie de cifra y abreviatura más ó menos cabal y exacta del movimiento social. Semejante inundación de escritos no solo sirve de órgano á los intereses comerciales y políticos, sino también á los estudios y trabajos de todos géneros, que sin cesar le prestan grande y sustancioso alimento. Pero esto que proporciona la inapreciable ventaja de ofrecer á toda clase de tareas pronta y fácil salida, no por eso deja de tener sus inconvenientes en el orden trascendental de las ideas, pues demasiado se sabe que la prensa periódica suele llevar en su mayor parte la bandera de la especulación mercantil, y que en general desecha todos aquellos trabajos que no están en armonía con el espíritu de los lectores por frívolo ó mezquino que sea. Cuanto daña semejante espíritu á las obras de verdadera inspiración y conciencia, ello mismo lo está diciendo, pues sujetar el genio á una determinada medida y acompasado movimiento, es lo mismo que señalar al Occéano los días de tempestad y de calma. En las grandes cuestiones literarias y científicas la prensa periódica en general, y sobre todo la diaria nos parece muy semejante á la litografía en las artes del dibujo, pues si una y otra contribuyen á vulgarizar y difundir las creaciones que honran á su época, ambas les desquitan en verdad y fondo lo que les dan á ganar en generalidad y superficie.

Examinemos ahora la cuestión por otro lado. ¿Es posible una literatura común, nacional é indígena en un pueblo en que la más absoluta independencia individual precedió ya á la época de su existencia política; en que la población se deriva de diferentes orígenes y abriga distintas creencias religiosas; en que los diversos intereses mercantiles están ya en una inmensa complicación; y que finalmente ni tiene pasado, ni las tradiciones que de él fluyen y manan? ¿Será posible, decimos, á la América del Norte producir ni ahora, ni en mucho tiempo una obra que sea la expresión concreta y cabal de sus deseos, tendencias, esperanzas y

temores; una obra semejante á la *Divina Comedia*, á nuestro teatro antiguo ó al teatro de Shakspeare, al *Quijote* de Cervantes ó á las tareas de Voltaire? Creemos que no. Para esto era preciso que su organización fuese más compacta y homogénea y que la clave de su asociación no estribase principalmente en la severidad de las costumbres y en la comunión de los intereses, sino en la identidad de creencias, en la mancomunidad de sentimientos y en la analogía de origen. Era preciso que el espíritu guiase á la materia y no que la materia sujetase al espíritu; era preciso que los ecos de lo pasado se uniesen á los presentimientos de lo venidero, y finalmente era preciso que los Estados-Unidos no pudiesen compararse con razón á la estatua convertida en mujer á ruegos del artista (*), que sin reminiscencias de la infancia y de las dulzuras del hogar doméstico, se parecía á un fruto madurado en estufa, pálido en sus matices y poco sabroso al paladar.

Si todas estas deducciones no fuesen lógicas y naturales la obra de Eugenio A. Vail que dejamos mencionada, las confirmaría y daría el vigor que les faltase, pues en ella vienen confesados todos los cargos que se le hacen, si cargos pueden llamarse los que no son sino necesarias consecuencias de tiempo y de lugar; circunstancia de que la crítica no puede desentenderse sin faltar á su índole y destino. El libro en cuestión no nos parece por cierto una obra maestra de madurez y detenido examen, ni en él encontramos aquel espíritu investigador y profundo, propio de este siglo analítico; pero encierra con buen plan y acertadas proporciones una noticia amena de todas las publicaciones más notables que han visto la luz en los Estados-Unidos, á contar desde sus primeros pobladores hasta nuestros días, con un breve resumen de sus principales dotes, y muestras además de su estilo. Si no se le puede calificar de estudio severo de crítica, es por lo menos una excelente re-

(*) Véase *El Ultimo Banquete de los Girondinos* de Carlos Nodier.

vista bibliográfica; y de todas maneras arroja bastante luz sobre el carácter general de la literatura americana.

Dejamos dicho que las obras que se encaminaban á ilustrar y robustecer la razón, eran las que mayor prosperidad y cultivo debían alcanzar en un país donde se procura reducir á la práctica cuanto comprenden los límites de la teórica. Por eso los estudios históricos que tantas lecciones útiles encierran, y que con acciones y ejemplos vivos influyen sobre lo presente y preparan lo venidero, merecen en la América del Norte tan distinguido lugar. Pocos pueblos podrán presentar en tan corto espacio una lista tan larga de historiadores llenos de mérito: ninguno quizá ha manifestado desde el principio en sus trabajos tan laudable elevación moral, tanta imparcialidad y justicia. Libres de los odios que han dividido á las naciones europeas, ajenos á los intereses y rivalidades que tanto han envenenado sus antipatías, los historiadores anglo-americanos, no solo han recorrido con fruto el terreno de la historia patria, sino que han pasado también á la historia extranjera con grandes frutos y esperanzas de otros más abundantes y maduros. Al lado de Jefferson, John, Adams, Sparks, Pitkin, Cooper y otros varios, que por su espíritu liberal cuanto grave y trascendente han sabido ilustrar los anales de su país, se encuentran Prescott y Wáshington Irving, historiador el primero tan exacto y desapasionado de los Reyes Católicos, como hábil colorista el segundo (*) de la gran empresa de Colón. El espíritu de discusión y libre examen que reina en los Estados-Unidos, favorece en gran manera este linaje de estudios, cuyo elemento es la verdad en su mayor pureza; y como por otra parte no les alcanzan los motivos de disensión de las naciones extrañas, ni en el curso de su vida propia tienen injusticias que ocultar, en

(*) La expresión de *colorista* está empleada aquí de intento, pues cualquiera que lea la *Colección de Viajes* del señor Fernández de Navarrete, se convencerá de que en la relación de Wáshington Irving nada hay que le pertenezca sino el colorido de su bello estilo.

ninguna parte debe resplandecer más la verdad histórica que entre ellos.

Sin embargo, mucho distan todavía en nuestro entender de los historiadores europeos. ¿Dónde esta la pasmosa erudición de los alemanes, la profundidad de los ingleses, la brillantez de los franceses y la sagacidad de los italianos? ¿Qué hombres pueden poner al nivel de Nieburh, de Gibbón, de Voltaire, Thiers, Guizot y Maquiavelo?

Pues si de las regiones de la historia pasamos á las de la política y ciencia gubernativa, ciencia que entre ellos absorbe la primera y principal atención, hallaremos no menos notables diferencias. Verdad es que los complicados resortes de su gobierno tienen su más segura fianza y salvaguardia en la severidad y pureza de costumbres, que suplen la innecesaria insuficiencia de las leyes en determinados casos. Es cosa cierta también que acordes en cuanto á la esencia de su principio político y social, y partidarios á todo trance de la regularidad y del orden, todas sus tareas y proyectos descubren juicio sólido y prudencia consumada: pero en cambio no lo es menos que sus teorías de gobierno giran en una órbita muy reducida, y que su tendencia estéril en cuanto á las futuras vicisitudes de la humanidad, llegaría á ser perjudicial, si no tuviera por escudo la moral pública. Tampoco cabe duda en que la extraordinaria colisión de principios y sistemas que trabajan á la Europa, en medio de la zozobra y dudas que amontona sobre lo presente, abre camino para lo porvenir, y que nunca es perdido cualquier esfuerzo que se dirija á acercarnos á aquellos sentimientos y verdades eternas, únicos que pueden guiar al hombre y hacerle mejor y más perfecto en todas las fases de su vida. Los trabajos de Jefferson, de Morris, de John Quincy Adams, y los demás que cita Vail en su obra, no admiten sino un desventajoso paralelo con las teorías constitucionales de Benjamín Constant, de Rossi, del malogrado Carrel, de Bonald y otros muchos; y en cuanto á tendencias más trascendentales y humanitarias, cuando en Europa han aparecido casi simultáneamente

San Simón, Carlos Fourier y Roberto Owen, ni una chispa que sepamos ha prendido en América de estos nobles y ardientes principios. Bien al contrario el establecimiento de New-Harmony, que el último de estos filósofos fundó en ella, excitó en el país más curiosidad que entusiasmo.

Cuanto dejamos dicho acerca de la política, pudiéramos decir igualmente de la economía política, porque una ley análoga parece regular sus movimientos. Si hemos de juzgar por la incompleta noticia que nos da Vail de la obra de Tomás Cooper sobre esta ciencia que apareció en 1826, eran desconocidos, y cuando no, menos estimados de lo justo los luminosos descubrimientos hechos en estas materias por las escuelas socialistas acerca del espíritu de asociación aplicado al trabajo y á todos los medios de la producción. Adelantos hay sin duda en la obra de Cooper sobre las teorías de Adam Smith, de Say y de los enciclopedistas, como no puede menos de haberlos cuando el vapor va trastornando casi todas las antiguas relaciones físicas: pero todavía se nos figura muy distante de los admirables sistemas de Fourier y de Owen.

Un cuadro comparativo de la literatura americana con la europea, no puede entrar en los límites de nuestro artículo. Si nos hemos extendido un poco al hablar de la historia y de la política, hemos llevado por objeto corroborar la aserción arriba sentada de que los estudios serios tenían allí una marcada preponderancia. Fuera de esto, ni la ciencia del derecho con su complicadísima legislación, ni las ciencias naturales, ni la religión, pueden caminar al mismo paso que los adelantos europeos. Nada diremos de la filosofía especulativa y trascendente, porque su inferioridad es harto palpable en este punto.

Un ramo hay, sin embargo, que solo entre esta clase de conocimientos se puede poner, y que nos parece superiormente entendido y manejado, cual es el género elemental. Las obras de educación han merecido en los Estados-Unidos una predilección tan particular, que el solo hecho de su exportación á Inglaterra bastaría para demostrar

su importancia y valor real. Las buenas costumbres naturalmente tienen que cimentarse en la solidez de la primera enseñanza, y por una feliz coincidencia la delicadeza femenil ha derramado sobre esta parte de la vida flores que no se debían esperar de la sequedad de su política y movimiento mercantil. Los escritos de Mrs. Sigourney y Miss Hannah Adams, tienen un blando perfume de benevolencia y de dulzura, que no puede menos de embalsamar el corazón de la niñez con sentimientos puros y apacibles. En este importantísimo punto creemos que los anglo-americanos están cuando menos al nivel de las más ilustradas naciones de Europa.

Pasemos ya á lo que generalmente se conoce con el nombre de amena literatura, por serio y profundo que á veces sea su carácter. La de los Estados-Unidos hasta ahora no puede tener más sello que el individualismo, pues ni hay ni puede haber un símbolo común de sentimiento, que represente todas sus simpatías y creencias; pero dejando aparte esta grave falta que en la actualidad alcanza á la mayor parte de las literaturas, preciso es confesar que ya en el día cuentan algunas joyas de precio, y que su porvenir las promete más brillantes todavía. No hablaremos de su teatro, que descolorido en su fisonomía é incierto hasta ahora en su marcha, parece que no ha acertado aún con su verdadero camino. El género descriptivo que tan en armonía está con las grandes escenas de la naturaleza en aquellos países y con las navegaciones, viajes y género de vida de sus habitantes, es el que aparece dotado de más energía y vitalidad. Realzado por el sentimiento moral y por la dirección que la religión cristiana imprime á los espíritus hacia lo infinito, en todas las novelas, relaciones de viajes, impresiones y bosquejos de cualquier género encuentra la imaginación campos en que espaciarse. Wáshington Irving es bastante conocido para que hablemos de él despacio; pero las escenas y aventuras de la vida marítima han recibido de la pluma de Fenimore Cooper tan vario y extremado color y tan original fisonomía que con ra-

zón se le puede tener por el inventor y padre de este género literario. El *Pirata*, el *Corsario Encarnado*, el *Piloto* y la mayor parte de sus obras, son un título de gloria y orgullo para su país, y por su verdad, sencillez y buen gusto se citarán siempre como modelos de buena narración y vivo interés. En los términos del Océano no encontramos ningún escritor que le iguale. No menos talento y galas descriptivas ha desplegado en las escenas de sus *Plantadores*, donde tan al vivo pinta los bosques del Nuevo-Mundo, sus habitantes indígenas, y el sublime espectáculo de su solitaria y agreste naturaleza. Nada tiene de extraño esta fácil transición, porque la fuente del sentimiento es una, y cualquiera que sea la tierra que riegue, la llenará de flores.

Los nombres de Brown, Bird, Fay, de Miss Francis, Miss Sedgewick, y Mrs. Harrison Smith, han ilustrado la novela americana. No es este el lugar propio para el análisis de sus obras, pero no queremos pasar adelante sin llamar la atención del público sobre el carácter que distingue las creaciones de las escritoras de los Estados-Unidos. En todas partes es don de la mujer una sensibilidad más delicada y una exquisita ternura; pero en este país, donde son las únicas depositarias de los suaves afectos del hogar doméstico, estas disposiciones parecen crecer y aumentarse en proporción del fondo adusto y severo de las costumbres exteriores. El cuadro que M. Vail copia en su libro de una de las novelas de Miss Francis sobre la muerte de una desdichada joven, herida en lo más profundo de sus afectos, tiene un colorido tal de melancolía y de pasión, que es imposible cerrar el corazón á las tristísimas emociones que despierta. Seguramente las mujeres están destinadas á influir poderosamente en los destinos futuros de América, pues la educación ya ha recibido de ellas considerables mejoras, y el sentimiento que tan propio es de su organización y afectos, irá ganando terreno á medida que los intereses materiales vayan reduciéndose á sus justos y naturales límites.

Cuanto dejamos apuntado acerca de la índole filosófica

de la novela, puede igualmente aplicarse á su poesía, que también descuella por el lado descriptivo. Sin embargo, nos abstendremos de emitir sobre ella ningún juicio razonado, porque no podemos analizar debidamente su forma (*).

Las cualidades que más distinguen todas estas obras de imaginación, son un estilo severo y correcto en general, una dicción clásica y pura, y gran elevación en los principios morales. Con todo, riquezas son estas escasas, si se han de comparar con los tesoros, que en este género han legado los siglos á la Europa, y que en nuestros días se han renovado y crecido. Como novelistas solo Cooper es el que puede admitir paralelo con Walter Scott en su género respectivo; como pintor de sentimiento ninguno llega á las brillantes dotes de Chateaubriand, y como poetas, Byron y Tomás Moore, Beranger y Manzoni eclipsarían á todos los vates americanos.

En resumen, el árbol de la literatura no se ha aclimatado aún lo bastante en los países americanos para vivir con vida propia y brindar dulces y sazonados frutos. Por ahora ningún literato ni filósofo puede ser su representante: su representante verdadero es Fultón, que encontró el modo de aplicar el vapor á la navegación, y fué el primero que dió impulso á la extraordinaria revolución comercial que agita casi todas las naciones del mundo. La iniciativa que sin contrariar la índole de sus costumbres y la pronunciada dirección de los espíritus debe procurarse por ahora, no es la intelectual, sino la industrial y mercantil. La América se compone de naciones nuevas que de consiguiente pertenecen por entero á lo futuro: imposible es saber la misión que les reserva la Providencia, pero á juzgar por la sucesión constante de las leyes que rigen la humanidad, su obra debe ser de libertad y de justicia. En tan

(*) Los poetas dramáticos que gozan de más nombradía son: Willis, Barker, Hillouse y Bird. Los líricos mucho más numerosos son Smith, Susana Rojers, Briant, Halleck, Percival, Lidia Sigourney, Legget y otros varios.

grande empresa los Estados-Unidos sin duda están destinados á enarbolar la bandera, y en esta noble esperanza, en este generoso presentimiento deberán encontrar compensación abundante á las ventajas que en otros ramos del genio les llevan naciones más antiguas que ellos en la carrera de la vida, pero que tal vez no tienen derecho á esperar su brillante porvenir.

BOSQUEJOS DE ESPAÑA

(SKETCHES IN SPAIN)

POR EL CAPITÁN S. E. COOK DE LA MARINA REAL
INGLESA.

I (*).

Aunque la importancia de los viajes está fuera de toda duda, pues sabido es que pocas cosas, tal vez ninguna, maduran más el entendimiento y fortifican el juicio, para nadie deben tener más precio que para los países mismos, que son objeto de esta clase de investigaciones. Las preocupaciones de la educación, el ascendiente irresistible de la costumbre, los recuerdos más dulces de la vida, y por último, el amor á la patria, que suele ser, si no la más ardiente, por lo menos la más duradera de las pasiones, contribuyen á cegar nuestros ojos y forman en derredor de nosotros una atmósfera moral, si así puede llamarse, que no por invisible deja de influir poderosamente en nuestras ideas. Por eso es tan instructiva la comparación entre nuestras impresiones y las de otras personas cuyo criterio no ha sufrido las mismas modificaciones desde luego: por eso semejantes análisis y observaciones suelen ser camino derecho de la verdad y fianza segura de progreso, y por eso, finalmente, una de las esperanzas más firmes que puede abrigar nuestro corazón, es la de que la comunicación continua entre

(*) Publicado en *El Laberinto* en Marzo de 1844.

las diversas familias del linaje humano acabará por establecer, si no las relaciones de amor del Evangelio, por lo menos aquella tolerancia y benevolencia que tanto adelantan la causa de la civilización universal.

Era máxima del célebre Bacon de Verulamio, que el saber somero solía ser causa de irreligión, mientras el profundo nos llevaba á Dios, su manantial inagotable y puro. Una cosa bastante parecida se puede decir de los viajes. El que visita un país con un sistema de antemano formado, en posta ó por las huellas de otros viajeros no menos presurosos y superficiales, sobre todo cuando este país está marcado con el sello de una individualidad profunda y coloreado con un sin fin de matices; ese no solo contribuirá poco á rectificar sus ideas y dar solidez á su juicio, sino que sus observaciones serán un funesto presente á quien las leyere y causa suficiente de conservar vivas y chorreando sangre las antipatías y pretensiones, no siempre fundadas, de las naciones entre sí.

Por el contrario, el viajero que al recorrer una comarca hace abstracción de sus recuerdos y discursos anteriores, que juzga las cosas en su valor intrínseco desnudas de las convenciones sociales, y sin referirlas sino á aquellas ideas eternas, fijas é invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo verdadero y lo bello; el que lleve, en suma por guía en sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo á la verdadera ilustración, ese será eficacísimo obrero en la tarea de la reconciliación universal; y campeón esforzado en la gran batalla del error y la verdad.

Por desgracia de nuestra hermosa España (y no es por cierto la menor de las suyas) rarísima vez la acontece abrigar en su seno á quien no se complazca en abrir en él heridas más ó menos profundas, y no se empeñe en hacerle expiar, ya con el aguijón del sarcasmo, ya con las venenosas armas de la calumnia, lo poco que le queda de su grandeza pasada. Tarea tan triste como indigna, y á la cual para desdicha nuestra y mengua y baldón del siglo en que

vivimos han contribuído nombres de los más ilustres. El coronel Napier y los lores Londonderry y Aberdeen se han empeñado en deslucir nuestra gloriosa guerra de la Independencia, no de otra suerte que si la ignominia de la nación española fuese digno pedestal á la grandeza del duque de Wellington, su ídolo y patrono. Chateaubriand, como para descontar superabundantemente los interesados elogios que en el *Ultimo Abencerraje* hacía del carácter español con una intención puramente política, y mientras duraban los heroicos esfuerzos contra Napoleón, ha acumulado los errores más torpes y groseros sobre nuestra índole y costumbres en el *Congreso de Verona*. Jorge Sand ha dicho del pueblo Balear, que serían capaces de comerse unos á otros, y por último, Teophile Gautier ha venido el postrero á regalar á la prensa francesa y á la Europa culta esa sarta de disparates y sandeces, que tantas veces han hecho asomar la sonrisa de la compasión y del desprecio á los labios de las pocas personas que del lado de acá de los Pirineos se han tomado el trabajo de leerlos.

De los más tenemos razón para quejarnos, pero nuestros vecinos traspirenáicos de tal manera han traspasado más de una vez la raya de la racionalidad y verosimilitud, que sus mismas exageraciones han servido de correctivo y contraveneno á la desventajosa opinión que de nosotros pudiera formarse, si la gente pensadora de otros países hubiera de atenerse á sus peregrinas invenciones. Conocida es la conciencia de sus opiniones, la modestia de su carácter, la sencillez de su estilo, las penalidades á que se sujetan solo por amor á la verdad, y por último, su indiferencia hacia el efecto que puedan producir, para que sus aseveraciones tengan siquiera el peso de la probidad. Con sentimiento lo decimos, pero hasta ahora no ha llegado á nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo de los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja á las preocupaciones, que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción abriga contra nosotros.

Por desgracia, las observaciones de los demás viajeros europeos, que más de una vez nos hacen justicia, rara vez llegan á indemnizarnos de las imputaciones y desvaríos de los franceses, pues sabido es qué lastimosa ignorancia reina generalmente entre nosotros sobre las demás lenguas. Estrella nuestra debe de ser sin duda que la relación y estrecha alianza con Francia, reclamada por la buena política, haya de fallarnos más de una vez, y que su literatura, sus artes, y aun su moral, distantes como el cielo de la tierra de nuestro carácter, de nuestros hábitos, de nuestros antecedentes, de rondón se nos entren por las puertas. Con cualquier otro de los pueblos europeos nos unen simpatías y concordancias más marcadas: Walter Scott y Manzoni se asemejan infinitamente más en la novela á Cervantes, que Victor Hugo, Dumas, Soulié y demás escritores franceses de este género: nuestro teatro indígena se parece harto más al de Shakspeare que al clásico de Luis XV y al desbarajustado de nuestros días; nuestro Espronceda tenía más analogías con Lord Byron y Tomás Moore, que con ninguno de los poetas vecinos, y en prueba de lo bien que nos comprenden, los alemanes traducen palabra á palabra y verso á verso las obras de nuestro Calderón, y su entusiasmo aventaja al nuestro propio.

¿Por qué fatalidad, pues, ya que el árbol de nuestra grandeza literaria y artística ha perdido gran parte de aquella savia que antes le hacía lozano y frondoso entre todos, nos empeñamos en ingertarle con un vástago tan exótico, y desdeñamos los retoños de la misma familia?

La lectura de los *Bosquejos de España*, del capitán Cook; *la Biblia en España*, de Berow, y las *Escenas de la vida Méjico*, de la señora de Calderón de la Barca, obras todas inglesas, nos han sugerido estas reflexiones y consolidado una opinión que comenzó á formarse en nuestro entendimiento, no bien saltó los límites de la literatura francesa, presente por desgracia á sus ojos antes que las demás de Europa, y aun que la patria misma. Supuesto la mayor analogía de carácter entre la gravedad española, la serie-

dad inglesa, y la meditada tendencia del pueblo alemán, bien podía deducirse que sus monumentos literarios y artísticos, genuína expresión de su sentimiento íntimo, habían de estar ligados con los españoles por vínculos de parentesco próximo; pero como suele suceder con las teorías que la razón calienta en su seno, la práctica y el detallado cotejo no han hecho más sino poner á nuestros ojos de manifiesto la exactitud de la presente.

Buena prueba de ello es el libro de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, recomendable no ya por la solidez de juicio que descubre, no ya por su estilo modesto y desnudo de pretensiones, sino por la benevolencia y nobleza que en cada página transpira, y que tan vivo contraste forma con el espíritu acre y ciegamente mordaz, alma de una gran porción de escritos de este género.

La prodigiosa cantidad de noticias que contiene, y que apenas podía figurarse nadie que cupiesen en tan breve espacio, prueban además la diligencia suma del autor, y la manera con que aprovechó su residencia de cerca de tres años en España. Largo es el camino que hemos andado desde 1829, 30 y 31, época á que se refieren las observaciones del capitán Cook; numerosas las trasformaciones políticas y sociales desde entonces experimentadas: graves, sin duda alguna, las alteraciones en las costumbres, y sin embargo, nadie dejará de conocer en estos apuntes, no solo la España que pasó, sino la España misma de nuestros días, por trocada que aparezca. Sus principales rasgos están señalados tan profunda y hábilmente, que no pueden ocultarse á nuestros ojos, y son buena muestra de la sagacidad y detenido examen del autor.

«En este libro, dice en el prólogo, se hallará un análisis de la manera de gobernar muy poco conocida fuera de España, y de la rara amalgama de los diversos brazos del gobierno: de las ramas militares y civiles de la administración: del clero, los monjes y los establecimientos eclesiásticos y sus rentas: de los usos y modales del pueblo: de los ladrones y el sistema adoptado por esta ralea de gentes: del

comercio y las rentas, con una relación de algunos curiosos modos de cobrar las contribuciones sumamente parecidos á los usados en el Oriente. También se hallará una noticia de los mármoles, vinos, caballos y minas considerados desde el punto de vista económico. Se encuentra además un bosquejo descriptivo del nacimiento, progresos, decadencia y restauración de la arquitectura con noticias de los mejores arquitectos. La escultura está también ordenada, y se da otra noticia histórica de sus progresos desde su época más temprana hasta la presente, con relación de los sitios donde se encuentran las obras más eminentes de cada autor. Iguales datos y con el mismo plan se proporcionan acerca de los pintores con un bosquejo completo de todas las escuelas en ambos ramos, en que apenas se echa de menos un miembro precioso.»

La última división de la obra trata de historia natural. «En ella se encontrará relación de los bosques de España, incluso los Pirineos, y una noticia de la natural vegetación del arbolado por todo el país, con sus zonas ó grados de elevación, y algunas especies nuevas ó poco conocidas.

»Va asimismo un breve sumario de la ornithología, y una noticia de las especies que pudo observar el autor y que no son conocidas. La conclusión contiene una idea general de la estructura geológica de la mayor parte de España, gran porción de la cual es nueva ó se conoce imperfectamente. Los capítulos sobre bosques y geología tienen planos aclaratorios para facilitar su explicación.»

Ni es esto solo lo que el autor abraza, pues en el capítulo de las relaciones con Francia, último del tomo primero, anda muy político y atinado, si bien no acierta á desprenderse enteramente en ocasiones de su tendencia puramente inglesa. Todos estos puntos están tocados con raro juicio, generalmente hablando, en dos solos volúmenes de regular extensión; cosa que parecería increíble á no advertirnos el autor «que empleó el más exquisito cuidado en condensar y concentrar; pues de lo contrario, claro está que la obra se hubiera extendido mucho, cosa que procuró evitar.»

Tan al pie de la letra se encuentra cumplida esta promesa, que habiendo de acompañarle nosotros en ocasiones, preferiremos extractarle, bien convencidos de que nuestro resumen nunca acertaría á ser tan compendioso y nutrido como el suyo. De esta suerte lograremos dar á conocer al mismo tiempo el estilo y razonamientos del capitán Cook á los lectores, que de otra suerte se verían privados de ellos, ó por no comprender el original ó por no poseerlo; y con tanta mayor razón nos determinamos á este partido, cuanto que el candor y buena fe que revelan los siguientes párrafos, y no se desmiente en toda la obra, da lugar á poquísimas rectificaciones por nuestra parte, y de esas ninguna fundamental.

El autor se ha guiado en sus averiguaciones solo por autoridades nativas ya en documentos escritos, ya en informes de viva voz, que en grande abundancia están al alcance de quien se tome tiempo para vivir con el pueblo y adquirir su lenguaje, pues es el más tratable y despejado del mundo cuando llega á entendersele, y el más dispuesto á secundar las miras de los que procuren enterarse é instruirse entre todas las naciones de Europa que ha observado el autor sucesivamente.

«Los favores recibidos sobre este particular y durante un trato de la mayor afabilidad con que el pueblo más humano y culto puede recompensar á un extranjero, sin más mérito á sus ojos que el de juzgar imparcialmente acerca de los asuntos pertenecientes al país, son más de lo que él por su parte puede pagar, y reclamarán siempre su más vivo agradecimiento.

»Excusado es advertir que las inexactitudes de las especies que circulan sobre este país son muy grandes. Los libros más entretenidos y mejor escritos publicados últimamente pululan en errores en cuanto á los *hechos*, por más agradable que sea su estilo. Los franceses y nosotros somos igualmente dignos de censura en el particular, cosa tanto más lastimosa, cuanto que entrambas naciones han tenido extenso trato con España.

»Al examinar los pormenores de la sociedad y del gobierno, debe tener presente el lector que hay gran número de contradicciones, de anomalías y paradojas; mezcla de inteligencia por parte del pueblo, y de estupidez por la de los gobernantes: de libertad y esclavitud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de la más alta civilización. El discordante resultado de semejantes causas y combinaciones, da á este país aquel interés que sienten la mayor parte de las gentes, pero que nadie puede apreciar con exactitud á menos de haberlo presenciado.

»La inestimable ventaja de las variadas tareas que sirven de contorno á estos apuntes, fué la de descubrir al pueblo como no se hubiera presentado en distintas circunstancias; desde lo encumbrado hasta lo humilde, y pasando por medio de todos los rangos y categorías de la sociedad. Es inútil notar la ventaja de variar de estudios en un país como este donde cada parte tiene la suya de interés, y en que hasta las comarcas más salvajes y terribles proporcionan su cuota de instrucción ó de entretenimiento.»

Las correrías del autor arrancan casi todas de Madrid, y á todas partes alcanzan, si se exceptúa Galicia y la parte más occidental de Castilla la Vieja. Lástima es esta excepción sin duda, pues en aquellos distritos hubiera encontrado abundantemente con que satisfacer su afición á las ciencias naturales, y en especial á la geología y mineralogía, y nosotros datos curiosos, y que en vano buscaríamos en los pocos escritores que cuenta nuestro país en la materia.

Como quiera no nos es posible seguirle en todas sus excursiones, á menos de copiar su obra por entero, pero le acompañaremos en algunas ocasiones. Su primer viaje desde la capital, fué, según puede presumirse, á Andalucía, Córdoba, Granada y Málaga. Veamos la impresión que hizo en su ánimo la segunda de estas ciudades.

»Atravesamos á Santa Fe donde el ejército de los reyes católicos (nombre que se da á Isabel y Fernando) asentó sus reales durante el asedio. Ahora es un pueblo miserable

con una suntuosa iglesia moderna.—La vista de Granada por el lado de la vega, que es por donde yo me acercaba, es la mejor en conjunto, pues abarca todo el espacio de un lugar que en punto á magnificencia exterior no burlará seguramente las más alegres esperanzas. La extensión de la ciudad con sus numerosas torres y cúpulas desde el arrabal del otro lado de la puerta de Elvira al naciente, hasta la margen del Genil que la circunda por el poniente, coronada con las torres encarnadas de la Alhambra, con los numerosos jardines y viñas sembradas por en medio, la empinada y áspera cordillera que guía la vista á la perenne nieve del mediodía, forman un conjunto (*ensemble*), que apenas necesita para realce la ayuda de lo novelesco que acompaña su historia. Hacia el lado del poniente desemboca el Genil de una hermosa hondonada que puede seguirse con la vista durante un rato por entre viñedos, olivares y morales.

»El Monachil, arroyo de caudal casi igual, que da su nombre á una aldea situada en un lugar ameno y apartado rara vez visitado aun por los naturales de la ciudad, ó lo recibe de ella, mezcla sus aguas á las del Genil más arriba de los paseos que son uno de los hechizos de Granada. Encima de Monachil está el camino más corto para Sierra Nevada, y una silvestre y pelada montaña separa su corriente de la del Genil en su origen, hasta que se juntan en la llanura de abajo. Después de salir de la garganta que ocupa la aldea, el Monachil toma una vuelta por un llano en frente de la aldea de Azubia, la más hermosa de las que rodean la capital. Está situada en una colina que se extiende hermosamente á la manera de Frascati con jardines y casas de campo, nobles cipreses y otros árboles, y es retiro favorito de los granadinos. Parte de los trabajos del sitio, fueron dirigidos desde allí. Mas allá hacia el poniente, todo es un páramo árido y terrible.»

En su siguiente viaje el autor visitó la costa de Murcia y particularmente Torre Vieja, poco después del terrible terremoto de 1829.

«Torre vieja está, ó más bien, estaba asentada en un banco bajo de roca (*á lovv table of rock*) entre el mar y una gran laguna salada. Entonces era un montón de ruinas, pues no quedaban en pie más edificios que los molinos de viento de las afueras, que por su figura redonda y poca elevación resistieron los destructores sacudimientos con que vinieron abajo todos los demás edificios. Ricos y pobres, grandes y pequeños cayeron envueltos en la común ruina y hubo gran dificultad en salir de las calles, que eran anchas y regulares. El temblor sobrevino á la oración sin el menor anuncio ó alteración atmosférica con un movimiento oscilatorio desde poniente á oriente y todo el estrago fué obra de pocos minutos. Cerca de treinta personas perecieron, en especial de los que pasaban por las calles, con la caída de las casas de los lados. El cura, su anciana madre y una criada, fueron de este número al salir de la suya. La población era de cosa de 2.500 almas: el lugar limpio y bien construido: los habitantes ahora estaban alojados al rededor en habitaciones provisionales. Me salió al encuentro un hombre muy respetable, que se ofreció á acompañarme al rededor del pueblo y me señalaba las localidades. Entre las demás me mostró las ruinas de su propia casa sin quejarse ni hacer alusión alguna á su desgracia. Cuando acabó me llevó á su habitación que era una cabaña compuesta principalmente de ramas de palma y tan pequeña que no había que pensar en entrar en ella, pero me la ofreció junto con aguardiente y todo lo demás que tenía, con aquel noble, sencillo é inimitable desembarazo, peculiar á este pueblo. Las mujeres de mejor clase, algunas de ellas de mucho atractivo, estaban trabajando sin descanso en su bordado y en otras labores domésticas propias de la España mora, asomando sus cabezas por las estrechas ventanas, hasta que la ausencia de los últimos rayos de luz las obligaba á dejarlo.

»Yo dormí en una cabaña en el sitio que representaba la posada, donde me pusieron una cama limpia tendida en el suelo. Las delgadas vigas estaban amarradas con cuer-

das á las paredes para evitar accidentes, y la gente cuyo cariño y atención nada podía sobrepujar, me aseguró que nada tenía que temer si algún sacudimiento ocurría durante la noche. Cuando me levanté al rayar el día, las mujeres estaban ejecutando con característica jovialidad los oficios que sus criados hubiesen hecho en su lugar en tiempos más felices, barriendo sus humildes *verandas* (*) y las delanteras de sus casas, de trapillo (*in loose attire*) como se habían levantado de sus camas, con su largo cabello (que si es la gloria de las mujeres, mucho más lo es de las españolas) suelto al viento y cayendo hasta más abajo de la cintura. Todo el paraje era una pintura de ingenua y alegre resignación. No se veía un mendigo, ni se oía entre ellos una queja, ni un murmullo.»

También las pinturas del capitán Cook abundan como ven nuestros lectores en *ingenuidad* y gracia, y prueban la índole flexible y noble de su talento, pero hay otros pasajes en que con pocas pinceladas sabe trazar un paisaje vigorosamente y con soltura á modo de los de Velázquez y Salvator Rosa. He aquí el cuadro de Lanjarón.

«Desde aquí (campo de Orgiva) una cuesta de una legua me condujo á una cumbre desde la cual se descubre la primera vista de Lanjarón, larga y desparramada aldea situada en una pendiente rápida que sube á Sierra-Nevada, cuya eterna nieve se divisa á lo lejos por los descubiertos. La base, en que descansa la aldea, está cubierta de la vegetación más lozana y cercada de moreras, castaños, robles, olivos, limoneros, palmas y naranjos. Las vides se enlazan con los árboles como en Italia. La cuesta termina repentinamente por la parte de abajo en un profundo barranco cuyo lado opuesto se alza como una colosal muralla, y un pico que sobresale está coronado con un arruinado castillo. En el fondo del valle hay molinos semejantes á los de Italia.

(*) Esta palabra que en letra cursiva y como española encontramos en el libro, no sabemos si es provincial ó está equivocada, pues no la trae el Diccionario de la lengua.

Bastante lejos al Mediodía, desde una cordillera llamada por excelencia la Sierra de los Moros, se ve el Mediterráneo. Al occidente caen empinadas montañas, que forman paisajes de forma la más clásica. Tal es la situación de este hermoso paraje, gloria de la Sierra-Nevada, que puede competir en belleza pintoresca con otro cualquiera de Europa. En verano está muy concurrido á causa de las fuentes minerales, una de las cuales es un aperitivo salino muy fuerte y está reputada por de eficacia grandísima para debilidad é indigestiones. Con el abrigo de la montaña de la espalda, el clima es tan benigno, que á pesar de su elevación los árboles salieron sin daño del tremendo invierno de 1829-30. Al siguiente día partí para Granada, y cruzando una cordillera entré en el desfiladero abierto, que separa la masa de Sierra-Nevada de las tierras altas de Alhama y Sierra de Tejada, y forma la comunicación de la morisca capital con la costa. Imposible es aventajarle en galanura, porque es una alameda de olivos con palmas, naranjos y limoneros, jardines, frutales y edificios como los de los Poussins. Los trozos abiertos de este escenario muestran las magníficas lontananzas de las opuestas montañas y pertenecen al verdadero género de los grandes paisajes. Durcal, llamado Urcal por estos semi-árabes, porque nunca pronuncian la D, tiene abundantes manantiales de agua delicada que brotan de las rocas, y para variar estas interesantes perspectivas hay profundos barrancos. Este panorama termina en Padul que era un llano pantanoso y ha sido saneado. Más arriba de él comienza el triste y descolorido páramo, desde cuya más alta eminencia lanzó Boabdil su último suspiro á las blancas y resplandecientes murallas de Granada.»

De intento hemos extractado este trozo, aunque largo, no solo por su vivo colorido y grandes rasgos, sino por el contraste que forma con la opinión de una autoridad grande entre los ingleses el célebre pintor David Wilkies, que nada halló de recomendable en este género en la variada y novelesca España, ni más ni menos que si el cruzarla en

diligencia desde el Pirineo al Mediterráneo atravesando los yermos de las dos Castillas, fuese bastante para juzgar atinadamente del asunto (*).

II.

A nuestro buen capitán no le faltaron pruebas y molestias en sus correrías, si bien todas las sufrió con la igualdad de ánimo propia de un marino y de un hombre de mundo, á juzgar por el tono en que están contadas. El deseo de conocer los montes de la sierra de Segura, de que hace excelente y exacta descripción, le puso en manos de un guía ignorante.

«El tiempo, que había estado bueno, comenzó á revolverse, y levantándose un viento recio del Sur, las nubes principiaron á amontonarse, dando claras muestras de alteración. En lo alto del puerto encontramos un pastor á quien el guía habló aparte, pues no quiso darme nunca á entender que su conocimiento del país no pasaba de allí. Cruzamos una loma y comenzamos á bajar. Se formó una espesa niebla y empezó á cerrar la noche, pero todavía seguíamos la rodada hasta que ví harto claramente que íbamos mal. Sin embargo, el hombre, con una perra terquedad, se empeñó en que iba acertado, hasta que al anochecer vinimos á parar á un aguadero ó abrevadero para el ganado, en donde se acababa la huella. Todavía insistió en que íbamos bien, y esperanzado de encontrar el camino seguí su sugestión. Poco tardamos en vernos enmarañados entre rocas y precipicios, y arreciando la niebla y llovizna, no hubo más remedio que pararnos. Por desgracia nos encontrábamos á barlovento de la sierra, que por aquel lado estaba casi pelada.

«Como quiera, yo escogí el mejor árbol y nos prepara-

(*) V. la vida de este pintor por Allan Cunhingram.

mos á acampar, encendiendo fuego con las ramas secas. En cuanto prendió, el guía, cuya ignorancia y testarudez tenían la culpa de vernos en semejante situación, se tendió á la larga, y en un minuto se quedó dormido, contentándose con decir al otro que lo sentía por el caballero. Para ellos era cosa de todo punto indiferente, y se consolaron con la observación de que en una noche como aquella era imposible ver el camino ni aun en la carretera. Arrendamos los caballos cerca de la hoguera y aprestamos las armas, porque no dejaba yo de recelarme de los lobos que por allí abundan mucho, y pudieran embestirnos. Teníamos copiosas provisiones, pero mi guía se había descuidado en llenar la bota en Pozo de Alcón, como le estaba prevenido, circunstancia de poca monta en esta gente, aunque su apetito es voraz. Después de una noche molesta despuntó la mañana, y al rayar del alba nos movimos y ganamos de nuevo el camino que habíamos dejado, pero al punto nos convencimos de que era meramente vereda para unos panes, y que íbamos metiéndonos por las gargantas más hondas del bosque. Entonces oímos la voz de un pastor, y llegándonos á él averiguamos que estábamos enteramente extraviados, y nos habíamos apartado dos leguas del camino. Yo le reduje á que nos acompañara, y deshicimos esta distancia viniendo al punto en donde torciendo el camino el hombre había dicho al guía que tomase á la derecha, en vez de lo cual habíamos echado á la izquierda.»

Las dificultades de policía para la refrendación del pasaporte, obligaron á nuestro capitán á recurrir á las autoridades del gobierno en aquella sierra, de donde se acostumbraban á sacar maderas para la construcción naval.

«Había entre ellos dos oficiales de marina y caballeros, como lo eran todos los oficiales españoles de la armada, que encontré. Sus modales ofrecían un curioso contraste con los de la grosera gente que tenían alrededor. El más joven era hombre de inclinaciones literarias y grandes conocimientos. Había estado en Trafalgar, del cual hablaba con aquel sencillo y noble candor característico y proba-

blemente peculiar á esta gente, sin ocultar su admiración hacia el talento y valor que puso fin á aquel combate: y con una sensación de orgullo bastante común entre ellos, de haber presenciado aquella terrible escena, después que las ideas de la derrota y desastre se habían desvanecido, y las pasiones del tiempo habían cedido el puesto á otros pensamientos.»

La escena que el autor describe de la posada de Priego merece transcribirse aquí como una muestra más de la naturalidad y corrección de su dibujo, y de la sencillez y gracia de su colorido.

«Al anochecer vino el Alcalde de recrearse en la sierra con un enorme gato montés, que sus perros habían muerto con gran honra suya, porque era un animal formidable. En cuanto lo trajeron á la posada, todo el lugar vino á mirarlo; yo deseaba la piel, pero como no podía pedirla, dí órdenes secretas á mi mozo para que la comprase á cualquier precio, si podía ser. Por desgracia, algunos de la concurrencia lo vieron con otros ojos; sus estómagos comenzaron á afligirse, y se suscitó la cuestión de si podría ó no podría comerse. La mayor parte opinaron por la afirmativa: algunos se callaron: solo el alcalde y yo convinimos en que no llegaríamos á él. Por último, un sujeto bien vestido se presentó con cierto aire de autoridad, y lo examinó en medio de un general silencio, después de lo cual dió decididamente su voto de que guisado con arroz estaría excelente. Varios españoles á quienes he contado este lance pronunciaron inmediatamente que era valenciano por su afición á semejante clase de aderezo. Con esto no se habló más: su decisión fué recibida con grandes aclamaciones, y al punto comenzaron á prepararlo para la operación. Todas mis esperanzas de conseguir el pellejo en estado de conservarlo, se desvanecieron. En corto tiempo lo hicieron pedazos, y pasándolo de mano en mano se preguntó á los disputadores si había algo que decir, y si en la traza y el olor no parecía exactamente conejo, su bocado favorito. Ciertamente que lo parecía, y así se dispuso al instante la

cena. El alcalde, á fuer de español legítimo, cedió el derecho que pudiera tener sobre él, salvo algún pedazo para memoria de su presa. El refrigerio se efectuó en medio de la animación que distingue al pueblo en semejantes ocasiones, y que tanto se diferencia de sus asentados modales ordinarios. El banquete se redujo á unos pocos escogidos, porque excluyeron á todos los que con mahullidos y otros aspavientos se burlaron de la determinación. Después de hacerle durar mucho tiempo y de beber copiosos tragos de vino, salieron á concluir en la *aguardientería*. Allí fué tanto lo que alborotaron, que el alcalde, cuya liberalidad personal era causa de este tumulto, tuvo que tomar la mano de oficio, y mandó llevar toda la cuadrilla á la cárcel, donde todavía quedaban cuando salí del pueblo. Durante la gresca de esta escena, que es exactamente de aquellas que se presentan en las tablas y forman sus inimitables sainetes, no sucedió la menor falta de compostura ni de respeto á ellos mismos ó á los demás; cosa bastante diferente de la costumbre de las clases semejantes en la mayor parte de Europa. El posadero, debajo de cuyo techo pasaba esto, era un patán; su mujer, cabalmente el reverso de la medalla. Era una moza de diez y ocho años, que se había casado muy temprano y tenía dos niños. Había en su forma tanta esbelteza y elegancia, que en cualquiera parte hubiera llamado la atención. Su cutis, excepto las manos, era blanco como la nieve; sus ojos y pelo negros; su boca hermosa y pequeña, y sus facciones semejantes al modelo griego, como se ven generalmente. Vestida con la mayor sencillez, presidía esta extraña escena, respondiendo á las voces de los huéspedes, atendiendo á los quehaceres de la cocina, amedrentando al chico que traía en brazos para sujetarle, que por cierto era de muy mal genio, y alimentándole después en medio de las más tiernas caricias con su propia boca como los pájaros, y encontrando de cuándo en cuándo ocasión para un poco de conversación, cosa que hacía con la desembarazada é inimitable gracia del país. Era natural de un pueblo inmediato. No pude averiguar su

origen; pero su traza era valenciana, y en todo diferente de las rústicas hermosuras del lugar de su residencia. Como su marido era de los delincuentes, estuvo levantada hasta muy tarde, esperando su vuelta con mucho desasosiego, sentada á un rincón de la lumbre, de espaldas á la pared, con los dos niños agrupados en sus brazos, como una imagen de la Caridad. Al otro día muy temprano ya andaba dando vueltas para aviarnos en nuestra salida.»

Por este estilo están delineados y representados el país y sus habitantes. A veces, sin embargo, toma nuestro viajero un tono más alto y propio de la historia. Después de hablar de Toledo y de sus preciosidades artísticas y naturales, viene el hermoso siguiente párrafo.

«En tiempos modernos se ha puesto una inscripción en el sitio de la casa de Padilla que fué demolida, como para perpetuar el nombre del Sidney español, mientras los necios inventores imaginaban que lo entregaban á la infamia. Bien pudiera añadirse: *«¡Si monumentum quæris, circumspice!»* Las caducas ruinas de este antiguo emporio de la industria, sus artes manufactureras y comercio apagados; las aldeas y villas, de las cuales se dice haber desaparecido cuarenta en épocas recientes, y convirtiéndose su territorio en despoblados, son testigos silenciosos de la verdadera índole del triunfo sobre las libertades de Castilla.»

La naturaleza de las provincias del Norte, tan diferente en su aspecto de las del Mediodía de España, hizo una impresión favorable en el capitán: pero, sin embargo, sus correrías, sobre todo por Asturias, parecen haber sido algo más presurosas. En cuanto á este país no lo extrañamos, porque realmente los caminos son muy malos, y las comodidades del viajero escasísimas, si se exceptúan algunos pueblos de la costa. Así y todo no deja de hacer mención de lo más notable de aquella tierra, que compara al Devonshire; y en especial de las famosas minas de carbón de piedra de Langreo. Todavía más escaso anda en noticias acerca de León y distritos occidentales de Castilla la Vieja, y aun las que da no son muy exactas, como tendremos

ocasión de ver. En cuanto á Galicia, ya dejamos indicado el completo vacío que se encuentra en la obra. Como quiera, de buena gana le seguiríamos aun por aquí, pues su narrativa es siempre agradable, y sin cesar descubre un espíritu grande de bondad, pero se hace imposible compendiar un libro que ya de por sí es un compendio bastante diminuto, ni igualar un estilo en que descuellan la concisión y el vigor como primeras cualidades. Así, pues, nos ceñiremos á apuntar brevemente algunos pormenores de la obra.

Madrid encontró acogida poco agradable en el ánimo del autor.

«Si el objeto hubiera sido una posición céntrica, Toledo, Talavera y aun Guadalajara lo eran tanto, y reunían ventajas de que carece absolutamente Madrid, cuya localidad es diametralmente opuesta á lo que debería de ser. Apenas tiene buena agua: navegación ninguna; clima malísimo, y un árido desierto al rededor. Tal es el sitio elegido para capital de este magnífico país, que abunda en parajes hermosísimos, con espléndidas ciudades ya existentes, cuando se concibió el proyecto de convertir un monte de oso y puerco en metrópoli, cuya ejecución puede reputarse el triunfo de un poder despótico.»

No son estos solos los inconvenientes que se han seguido al país de haber fijado la corte en Madrid, pues el lastimoso golpe que llevó la Monarquía de Felipe II con la pérdida de Portugal, con razón puede achacarse en gran parte á esta desacertadísima medida, merced á la cual se entorpeció increíblemente la acción del gobierno español, y vino por último á quedar descubierto un flanco que, mientras no se cubra, será un germen de debilidad en nuestro país por la ley inexorable de la política y de la geografía. El aspecto moral de Madrid no cautivó las simpatías del capitán mucho más que el físico. Las clases elevadas le merecieron buen concepto, á pesar de los defectos que reconoce y atribuye en gran parte á la falsa política española, pero de las demás no formó la misma opinión.

«Muchas causas se combinan al parecer para formar el

peculiar carácter atribuído al pueblo de Madrid. La vida poltrona (*casaniere*) que hacen en una población donde apenas hay diversión ni distracción sino de la clase más ordinaria, y la ninguna mezcla de recreos campestres y otros, de que disfrutan la mayor parte de las capitales de Europa: la falta de ocupación literaria y científica ó de recursos de otra clase, á no ser en la frivolidad de la vida común desnuda de estos adornos: la absoluta nulidad de carácter, impuesta por el gobierno para secundar sus planes, que requerían el abatirlo todo hasta ponerlo á un mismo nivel, en que no hubieran ni un solo punto descollante: el curso habitual de la intriga y caza de empleos, que es la ocupación de una gran parte de las gentes: todos estos motivos, decimos, tienen que producir su natural efecto, y pueden explicar la poca afición que frecuentemente muestran á los madrileños los otros españoles. Este es el centro de la corrupción de todas especies. Todos los abusos de la monarquía se juntan allí. No hay causa ni delito, por malos é indisculpables que sean, que no encuentren alguno que tome á su cargo la defensa en esta confusión de caracteres, donde las mañas de la intriga, de la suplantación y la cábala, se mezclan en las relaciones sociales. De aquí la falta de sinceridad donde continuamente están hablando á uno de franqueza: de aquí las vanas protestas, cuya solidez se descubre en cuanto se las pone á prueba, y de aquí la poca simpatía con lo demás de la nación, de la cual están separados, viviendo como los habitantes de un oasis africano, sin cuidarse de los torbellinos que hunden y destrazan á sus puertas caravanas enteras.»

Nuestra edad no nos permite juzgar por testimonio propio de la exactitud de este cuadro de Madrid en 1828 y 30, pero lo que hemos oído, y algún imperfecto y aislado recuerdo que guardamos de 1833, en que se conservaba con pocas alteraciones este orden de cosas, nos hacen creer que si el fondo es un poco negro, la copia no deja de ser natural. No faltan en el día espectáculos repugnantes á la moralidad y sentimientos nobles, pero los males que nos

aquejan, no son por lo menos de aquellos que ahogan el desarrollo de los caracteres, matan el germen de la inteligencia, y esterilizan el campo del porvenir. El capitán Cook, que con tanta razón lamentaba la decadencia de los diversos ramos del saber, encontraría ahora de vuelta del destierro á sus más ilustres campeones, y á su lado gran parte de la nueva generación, que ha entrado con paso seguro en la arena de las artes, de las ciencias y la política. Por dolorosamente que trabaje nuestro ánimo la incertidumbre, y por mucho que entristezca nuestro corazón el desasosiego en que se han pasado los últimos años, fuerza es convenir en que del presente estado de cosas puede seguirse la esperanza y el progreso, y del otro solo el desaliento y la muerte.

A vuelta de estas severas censuras se encuentran también justas alabanzas. Después de hablar de los diversos establecimientos de Madrid, el autor añade:

»La liberalidad con que todos ellos se abren á los extranjeros es sumamente laudable, y cualquiera que tenga ocasión de entenderse con las personas que los dirigen, encontrará cortesía y facilidad tan grandes como en cualquier parte de Europa. Cierta establecimiento (el de minas) como no estaba de manifiesto al público, juzgué necesario dar pasos en particular para alcanzar medios de visitarle. Habíame dirigido á varias personas, y recibido las protestas que son allí moneda corriente; pero no veía que resultase nada con qué hacerlas buenas. Por último, cansado de las mismas repeticiones, me fuí sin papeleta ni cartas de recomendación alguna, y al punto conseguí cuantas noticias deseaba.»

El autor consagra un capítulo especial á los toros; y á falta de otras pruebas, esta lo sería muy robusta de la exactitud de sus observaciones y del buen juicio que le distingue. No anda menos acertado en el que trata del gobierno, de los tribunales y de los caminos, á propósito de los cuales y de los medios de viajar señala algunas cosas que no deben pasarse en silencio.

«El sistema adoptado en estas diligencias es diametralmente opuesto al de Francia. En este país, como ha observado hace mucho tiempo uno de sus mismos escritores, el viajero es un fardo de géneros, y la administración no se cuida más de él que de recibir su dinero y asegurarse de toda reclamación en cuanto á la pérdida del equipaje. Estas molestias, en vez de disminuirse, van en aumento todos los años, y las comunicaciones en los caminos transversales y aun en casi todos los otros son la mengua de un país civilizado. En España la primer atención es procurar cuantas comodidades da de sí el país, antes de invitar á nadie á viajar en sus transportes: se atiende á todas las minuciosidades, y el resultado es un adelanto de todo punto increíble en poco tiempo, que está influyendo en todo el sistema de comunicaciones exteriores. (Aquí describe las comidas y descansos de las diligencias.) Donde quiera que para el coche, el *mayoral* abre la portezuela y pregunta si alguno quiere apearse. En estos transportes todo está arreglado al mismo sistema uniforme de atención cortés y respetuosa á la reunión y á cada uno. A los que han viajado en las diligencias francesas no necesito advertirles el contraste en general, y en especial en el mediodía. En uno de los últimos viajes que yo hice, el conductor de una diligencia de Burdeos, impidió de hecho el desayuno de los viajeros, asegurándose su egoísta comida con parar el carruaje en el camino contra lo mandado.»

El juicio que hace del clero secular y regular es por punto general tan favorable al primero como gravoso al último. Acabada ya esta institución, por tanto tiempo respetable, y cuyos miembros lo son todavía más ahora por su desgracia, no es menester que copiemos las palabras severas del capitán Cook, si bien no podemos ocultar que nos parecen justas. La opinión que forma del culto es lisonjera para nosotros: y en cuanto á lo demás, nos parece mejor escucharle á él mismo.

«En las majestuosas catedrales de España cada cosa se conserva con el mayor cuidado. La liberalidad con que se

enseña todo no es fácil de sobrepujar. Si un curioso manifiesta interés por las obras de arte, desde el deán hasta el último individuo trabajarán á porfía en facilitar sus deseos. Yo he hallado la mayor dificultad en conseguir que recibiesen el menor agasajo algunos dependientes que no se habían ahorrado tiempo ni molestia. El contraste es muy chocante en Londres. A mi vuelta de España fuí á asistir al servicio divino en Westminster-Abbey, edificio con el cual nada puede competir en grandeza histórica y nacional en España ó fuera de ella. Apuradamente se podía entrar; pero el corto espacio concedido al público y el modo miserable con que cada paso estaba cerrado y guardado por una cuadrilla de gentuza y celadores, claramente daba á entender que, si pudiera ser, se cerraría. Este estado de cosas, que á los ojos de cualquier observador imparcial trae descrédito á la Iglesia y al país de que son pertenencia tales edificios, es de esperar que se remedie prontamente (como tendrá que suceder al cabo), y que estas magníficas fábricas se restituyan al público, á quien corresponden.»

En el capítulo que trata del ejército y fuerza armada se descubre el mismo criterio recto y desapasionado, y se encuentra una mención honorífica de las armas facultativas, en especial de la artillería. Los realistas, como era de esperar de un hombre perteneciente á una nación adelantada y liberal, no son de su devoción. En lo relativo al cargo de capitán general está escrita la lamentable tragedia y alevosa muerte del caballeroso general Torrijos con rasgos tan sencillos como patéticos, lo mismo que la conducta generosa del malogrado Quesada cuando los sucesos de la isla en 1831.

Del capítulo que dedica el autor á nuestro trato y modales, quisiéramos dar razón circunstanciada, porque es el verdadero campo de nuestro desagravio, pero tan fácil parece escoger entre sus preciosos materiales, y tan largo va ya este trabajo, que nos habremos de contentar con citar casi á la ventura. Hablando de la acogida que suele hacerse en las casas españolas á los extranjeros, dice:

»Es tal el atractivo del modo con que se cumple este deber de la hospitalidad, que muchas veces he aceptado invitaciones para visitar casas en que no había nada de curioso, solo por ver la inimitable gracia con que los huéspedes reciben sus visitas, aunque sean pasajeras. Los modales españoles más finos reúnen aquella mezcla de franqueza y reserva, de sinceridad y cautela, de seriedad y gravedad, junto con buen humor, que cuando estriban en la filantropía más perfecta y en el respeto á los demás como á sí propio, constituyen probablemente la perfección de los humanos modales.

»A los hombres de ciencia siempre los encontré en las ocasiones que tuve que tratarlos, que fueron muchas y en todos los casos que llegaron á mi noticia, dotados del mismo carácter, á saber: la sencillez más extremada, nada de presunción ni charlatanería: la mejor disposición á comunicar los conocimientos que poseían sin hacer misterio jamás ni encubrir nada, y sin embrollar en manera alguna su propio entendimiento ni el de los demás con teorías ó sistemas extraviados.—En los modales franceses é italianos se nota, aunque en grado muy inferior, la diferencia entre la atención y cortesía puramente mecánicas, y la que se funda en la verdadera galantería y respeto, universal en España. Las historias que se cuentan de las reliquias de un sentimiento caballeresco hacia el bello sexo, son de todo punto ciertas.

»Los restos de las costumbres de aquella edad, de que moros y cristianos participaban igualmente, están fuertemente mezclados con los usos de todo el país. Nada se ve en Europa comparable al garbo de la manera con que los majos de Andalucía cortejan y enamoran á sus novias en sus fiestas. Las gentes de Italia y del mediodía de Francia que practican las mismas cosas son payasos y patanes co- tejados con ellos.—Encuéntrense á veces entre las clases elevadas, mujeres cuyo porte es cabalmente lo que nos figuramos de las damas de alta preza de la caballería, que si alguna vez existieron en otra parte, han desaparecido ya.

Raras son aun en España, pero pueden hallarse en el mediodía. Está por demás decir que las mujeres que tienen semejantes derechos á la admiración, deben de ser virtuosas.»

El capitán como todos los extranjeros que poseen algún instinto artístico, se declara ardiente partidario del traje nacional en las mujeres, y sobre todo de la mantilla. La censura que hace de la manía de introducir modas extranjeras escogidas sin criterio ni analogía á nuestros gustos y carácter, y que privan á nuestras damas de su gracia proverbial y genial atractivo, no puede ser más justa, y nosotros le prestamos todo nuestro humilde apoyo.

«En disposición y agudeza para la conversación, añade un poco más adelante, así como en inclinación á ella ningún pueblo aventaja á los españoles. Mad. Stael decía: *Conversation comme talent, n'existe qu'en France*. No hubiera usado semejante expresión, si hubiese tenido ocasión de estudiar los españoles que poseen el verdadero talento en grado mucho más eminente que los descendientes de los galos ú otros cualquiera de Europa. En cuanto á talento para los salones sin duda que son acreedores los franceses á la reputación de que gozan: pero como don concedido á todas las clases, los españoles exceden á cualquiera nación moderna.»

Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre las liasonjeras que llevamos apuntadas, pero sin temor de que nos desmientan podemos asegurar que la mayor parte de estas desfavorables alteraciones no vienen de nuestras costumbres, y sí de elementos exóticos malamente introducidos en ellas. Por fortuna no han filtrado todavía hasta la masa general del pueblo, y con respecto á él son exactas y de cabal aplicación las observaciones del capitán Cook.

El capítulo último del tomo primero versa sobre nuestras relaciones con Francia, y da curiosos pormenores acerca de la invasión del año 1823. Como buen inglés no deja de aprovecharse nuestro viajero de las graves faltas políticas de una nación que debiendo ser nuestra más firme

y natural aliada por la comunidad de intereses y por su posición geográfica, dos veces nos ha embestido en el presente siglo como arrebatada de un vértigo fatal: una para despojarnos de nuestra independencia y otra para arrancarnos nuestra libertad. Iniquidades grandes, en expiación de las cuales murió Napoleón en una roca del Océano, y Carlos X acabó sus días en el campo del destierro. Afortunadamente semejantes tiempos y peligros han pasado para no volver probablemente en muchos años, y el capitán Cook con su acostumbrada imparcialidad y buena fe es el primero en reconocer la distancia que separa entrambas situaciones. En otro artículo daremos cuenta del segundo tomo de la obra.

III.

A medida que se adelanta en la obra del capitán Cook se comprende más claramente la dificultad de extractarla sin copiarla casi por entero: tan condensados están los materiales, y tan aprovechado el terreno. El segundo tomo trata en sus diversos capítulos de los ladrones, del comercio y las rentas de la hacienda, de los mármoles y vinos, de los caballos, de las minas, de la pintura, escultura y arquitectura, de varios ramos de historia natural y por último de la geología. Y no se crea por eso que es una mera tabla razonada de semejantes materias, pues solo en pintores y escultores hace mención de 127, con noticias artísticas de todos ellos y juicios sólidos y detenidos de los principales. Las razones que nos asistían en el anterior artículo para preferir las palabras del capitán á las nuestras, tienen ahora mayor peso, pues las cualidades distintivas de su estilo son de más bulto en el segundo tomo. Por lo tanto le seguiremos principalmente en aquellos trozos de camino en que su compañía es más agradable.

Las noticias que da de los ladrones en el primer capítulo, prueban bien lo minucioso de sus indagaciones y lo claro de su juicio.

«Los bandoleros de caminos en España, dice, pueden dividirse en tres clases. La primera *rateros ó raterillos*, (*) término específico derivado de un sustantivo que significa robo pequeño y ruin. Suelen frecuentar varios distritos, especialmente en la Andalucía alta, donde rondan por las cercanías de las ciudades y pueblos para asaltar de noche al descuidado viajero, generalmente con gran superioridad numérica. Muchas veces son gitanos y otros vagabundos de la misma calaña, y sus villanas mañas nos excusan de describirlos más minuciosamente.

«La segunda clase se compone de gavillas montadas á veces, pero más frecuentemente de á pié, á las cuales puede dárseles el nombre de *salteadores*. Unas veces andan de continuo en despoblado y otras salen de los pueblos á empresas combinadas de antemano, después de lo cual vuelven á sus acostumbradas ocupaciones.

«Los de la tercera clase, son la casta noble ó real que están equipados con regularidad y siempre en campaña, á caballo, bajo el mando de jefes conocidos, y en guerra abierta con las autoridades. Solo se encuentran ahora en la Andalucía baja.

.....

.....

«Las cuadrillas bien ordenadas toman á veces á su cargo la reparación de los agravios é injusticias. Hace algunos años, y á lo que creo en la Mancha, existía una gavilla á cuyo capitán se vió entrar algunas veces de día en los pueblos avisando á las autoridades; y mandar abrir los almacenes para distribuir alimentos á los pobres. Acontece á menudo que semejantes gentes después de errar durante algún tiempo por los confines de la sociedad, unas veces por indulto ó perdón expreso, otras por connivencia de los tribunales comprada á costa de una parte de sus ganancias,

(*) Todas las palabras españolas subrayadas en el texto, están escritas del mismo modo.

vuelven á entrar en la vida arreglada y llegan á ser pacíficos y honrados vecinos. En dos pueblos de Castilla la Vieja me aposenté yo en las dos principales posadas cuyos dueños eran ladrones retirados. Entrambos eran hombres superiores en estilo y en modales: el uno me acompañó fuera del pueblo en calidad de guía y su casa estaba manejada con mucho arreglo y tino.

.....

.....

»En 1830 se anunció oficialmente en la Gaceta que las desparramadas cuadrillas de Sierra-Morena, después de haber estado quietas durante algún tiempo, habían juntado sus reliquias bastante numerosas sin embargo, y atacado en Despeña-Perros (paso famoso en el camino de Andalucía) una cuerda de presidiarios que iban á uno de los presidios del mediodía. La escolta que los conducía, sin embargo, tuvo mejor suerte que sus predecesores en su encuentro con don Quijote en los mismos parajes, y rechazó á sus enemigos. Semejante expedición que requería vastas inteligencias y eficaz cooperación entre gentes diseminadas por un extenso territorio, y tenía por único y desinteresado objeto el librar de trabajos á algunos miserables compañeros, solo puede verse en España. Aunque en el objeto no cabe defensa, la determinación de unas gentes tan fieles y leales á una mala causa, les hace mucho honor, y se diferencia no poco de las que mueven en otros países á semejantes bandas.

.....

.....

»Los ladrones de Andalucía se diferencian de los demás por sus modales y garbo, cosa muy común, especialmente con las mujeres, aunque no faltan excepciones. Una señora que yo conozco se libró de ser robada por su presencia de espíritu y tocando á esta gente singular en su punto de honor. Iba de viaje y se había parado á almorzar en un desfiladero, donde se abrigaba una cuadrilla que tardó poco en parecer. Con admirable serenidad los convidó á que

la acompañaran con la franca manera que se estila en el país, cosa que ellos aceptaron y la dejaron en paz. Esto solo en Andalucía podía acontecer. Más de un ejemplar sucedió, estando yo en España, de devolver las alhajas de las damas mientras se llevaban todo lo demás, pero no siempre se ve esta novelesca generosidad.»

El resto del capítulo trae noticias no menos características y curiosas sobre la inexorable persecución de los ladrones de Andalucía por Castro, que pudiera dar asunto á un drama; y sobre José María, el hombre más notable entre ellos. Por lo copiado en nuestro artículo anterior y por esto, pueden venir nuestros lectores en conocimiento de que los estudios de nuestro apreciable viajero acerca de la sociedad española son completos.

Los capítulos que tratan de las contribuciones y rentas de la hacienda pública, de los mármoles, vinos y caballos, habremos de dejarlos en claro, porque en una reseña por necesidad rápida, no cabrían ciertas observaciones que los primeros nos sugieren; y en cuanto á los segundos, aunque los tengamos por de importancia grande, forzosamente habremos de trocarlos por otros de más valor sin duda en libros de esta clase.

Con esto queremos indicar los trabajos que el autor destina á la crítica y examen de las nobles artes en España, en los cuales descuella como en otras partes y aun algo más, aquella modestia, templanza y bondad, que tan agradable hacen la lectura de su obra. Después de dar una noticia de los principales edificios de España, antes de entrar á juzgar las obras de escultura, dice.

«En las observaciones acerca de estos estilos y maneras, las comparaciones se refieren á modelos reconocidos que han sido el texto de diversas edades, y no hay pretensiones de ciencia, ni maestría. Para estar en disposición de juzgar acerca de estos asuntos, así como de cualquier otro ramo de ciencia, se necesita práctica y costumbre, y para nada es menester aquí, ni se usará nunca el misterio ó la charlatanería. La obra que sirve de guía en cuanto á fe-

chas y lugares es la de Cean Bermúdez, que puede reputarse la mejor compilación moderna ó catálogo razonado.»

No necesitaba por cierto semejantes excusas y aclaraciones quien sabe profundizar ciertas cuestiones del arte y encadenar sus causas para presentar en su verdadero punto de vista la diferencia de sus efectos, como se ve por el siguiente párrafo.

«El paisaje ha sido estudiado por todas las escuelas (españolas) con el más satisfactorio resultado, y de ellos los hay que no ha aventajado ninguno. El estilo se diferencia del de Italia á no ser donde se ha imitado expresamente. El clima no es favorable á aquellos grandes efectos atmosféricos, que son el alma del paisaje italiano y pueden trazarse desde la «alpina cresta del azul Friuli» de donde los padres del arte (*) sacaron sus inimitables vistas al través de los Apeninos centrales, donde se formaron los Carracci aplicando una observación más profunda sobre los efectos del aire, que trasladaron luego de las peculiaridades locales á la pintura histórica, y de país por medio de distinciones más útiles que las anteriormente observadas. En la *capagna* de Roma y en los distritos montañosos confinantes, en Olevano y en Palestrina puede seguirse á Claudio y á los Pousins dentro de sus talleres y verse su maquinaria en medio de sus magníficos efectos de sol, ó de sus cielos oscuros y tempestuosos. Las playas de Salerno y de Amalfi suministraron otras vistas á Salvator Rosa, el cual comenzó allí aquellos estudios que se acabaron en los desiertos de Volterra y de la Toscana inferior. Estas espléndidas escenas de una naturaleza siempre varia no fueron concedidas á los pintores españoles. A mi juicio, con la claridad, sequedad y rareza del aire se echan menos en la Península aquellos mágicos efectos que despertaban los talentos de los grandes italianos, y el modo de ver la naturaleza es proporcionalmente distinto. El cielo de invierno es de un

(*) Giorgione y Ticiano.

azul particularmente frío, claro y trasparente, mientras una atmósfera resplandeciente, brillante y sin nubes, poco acomodada por su misma excelencia á los usos del pintor, es la que se ve la mayor parte del año. Las tintas atmosféricas por todo el país son de un gris plateado perfectamente estudiado en todas las escuelas, y que las caracteriza donde no han imitado y aun copiado, como varias veces sucede, la escuela veneciana y otras de Italia. Por desgracia nadie ha registrado la España en toda su extensión. Las costas de Valencia tienen peñascos parecidos á los de Amalfi y un cielo en cuyo cotejo el de Campania es oscuro y nebuloso, y Claudio hubiera encontrado tintas más blandas y claras, si la fortuna le hubiese llevado á estas resplandecientes playas. Las ásperas costas de Asturias y Galicia con su frondosísima vegetación ofrecen escenas que compiten con las mejores de Italia, y Sierra-Nevada hubiera podido rivalizar con la península oriental si hubiera sido estudiada. La cordillera central de Guadarrama proporcionó á Rubens algunos de los magníficos asuntos, que han sido preservados por Bolswert.»

Quien de tal manera discurre, ya conocerán nuestros lectores cuán poco ha menester la indulgencia del público, y cuán perdonables serían en él aun los fueros de hombre de voto. Los juicios que forma de varios pintores de las diversas escuelas españolas, y en especial de Zurbarán y de Murillo, dejan en buen lugar su criterio; pero del de Velázquez no podemos menos de transcribir algunos renglones.

«Velázquez es menos conocido como pintor de país, aunque en sus mejores obras ha igualado á los más eminentes que han podido existir. En este punto es más variado que en ningún otro. Estudió detenidamente en Venecia, y yo he visto pinturas pequeñas copiadas de los dibujos ó cuadros originales del Ticiano, de los cuales apenas se distinguían. El introdujo el paisaje en sus retratos, del mismo modo exactamente que aquel insigne maestro, acomodándolo al asunto y al tono de color del primer térmi-

no. En el Felipe III, un azul subido del fondo está contrastado con las suaves tintas del ginete y del caballo, y lo mismo sucede en otros varios. Algunos, que no requerían el color fuerte empleado en esta pintura, tienen los tonos fríos y plateados que se ven en los días de otoño y de invierno, desde el palacio de Madrid al ponerse el sol detrás de la apartada cadena de montañas de Guadarrama, que para estos pintores era lo que el Friuli para los venecianos. Muchos de sus países más pequeños son estudios familiares de las tierras de Aranjuez y otros sitios reales, con templos y ruinas. Casi todos los de esta clase se encuentran en Madrid, donde no hay ni siquiera uno de sus verdaderos paisajes. Dos muestras existen en mi poder de paisaje arquitectónico, compuestas al parecer como reminiscencias de Venecia, pero muy superiores á la realidad. Estos son muy raros, pero él pintó en casi todos los estilos. Otras dos imitaciones de Claudio tengo yo, una de las cuales apenas podría distinguirse á primera vista de aquel maestro; pero la ejecución es diferente, pues un solo brochazo ha producido los mismos efectos que los prolijos toques del delineador de Italia. Algunas veces se encuentran muestras extraordinarias de su ingenio en este ramo. Una de estas representa un *puerto* ó el paso de una montaña que domina un país distante iluminado por un poniente de sol brillante. La luz viene en disminución hasta el primer término, y está trabajada á la manera de la escuela veneciana, viniendo á perderse en medio de rocas y precipicios sumergidos en la oscuridad más profunda. Este cuadro, que en la actualidad para en Inglaterra, bien puede ponerse á la cabeza del arte de pintar países. Otro, que también está en Inglaterra, ha sido ejecutado en imitación de Salvator Rosa, á cuyas más excelentes obras en su particular y más grande estilo, iguala, si no excede. Pudiera suponerse que se había pintado en Amalfi, aunque el autor nunca estuvo allí, según lo bien que había comprendido el color y carácter del lugar. Hay muchas pruebas de la buena correspondencia artística y amigable rivalidad que existía entre él y

Rubens, á quien se parecía en algunas cosas, siendo los dos no solo artistas de la más elevada esfera, sino cumplidos caballeros y hombres de sociedad. Con la misma verdad pintaba *bodegones* ó asuntos comunes de la escuela holandesa. En realidad cualquiera cosa, desde la región más encumbrada de la historia hasta las más comunes y triviales, eran lo mismo para él. Yo he visto un corral de una granja donde se distinguen aves en todas sus ocupaciones habituales, que no le aventajaría ningún maestro holandés, y el bosquejo de un gran mastín royendo una cabeza de ternera, que difícilmente igualaría el mismo Snyders. A él, como á otros, se le ha puesto la tacha de que sus figuras son comunes y ordinario su modo de ver la naturaleza; pero como no sabemos de qué originales se servía, tenemos por excusado sostener ninguna cuestión. Las cabezas de la familia de Austria, nada tienen de semejante á los modelos de Giorgione y de Ticiano, y no es él el responsable de la falta de carácter que en ellas se advierte. Muchos de sus mejores retratos están desfigurados con el arrebol, detestable moda que entonces se usaba, pero que nunca se ha extendido por España. Debemos convenir en que sus obras son más exóticas y tienen menos carácter español que las de Murillo y algunos otros. Entre aquellas y las de nuestro último presidente (*) se puede señalar una viva semejanza en el modo de ver los asuntos y de manejarlos. No se puede formar juicio de su talento, mucho menos que del de Murillo, por lo que se ve fuera de España. Si se exceptúan unas pocas obras que ahora están en Inglaterra, apenas es genuína ninguna cosa de las que se encuentran allende el Pirineo. Después de examinar una gran porción de las pinturas de Europa, vine á deducir que hasta mi llegada á Madrid nunca había visto una pintura realmente suya.»

Hemos transcrito este largo trozo, porque, como indi-

(*) El famoso pintor inglés Reynhold. (*N. del T.*)

ca con mucha exactitud el capitán Cook, fuera de España no se comprende en toda su extensión el genio del príncipe de nuestros pintores, y entre los ingleses en especial no deja de ser común esta opinión.

De los trabajos de historia natural con que el autor cierra su obra, está excluída la botánica por motivos tan honrosos para nosotros, como los siguientes.

«Otra razón es que la obra ha sido hecha ya por los naturales en gran parte de la península, y que el gobierno posee los materiales de una Flora Española casi completa y hombres capaces de ordenarlos, lo cual es muy de desear que se ponga en planta antes que perezcan aquellos y tengan estos cerrada la puerta para sus trabajos, estando ya en el último tercio de la vida. Canavilles en su magnífica obra ha dado á conocer una gran porción de la botánica de Valencia. Rojas Clemente empleó muchos años en ardientes y activas investigaciones sobre la vegetación de la importante cordillera de Sierra-Nevada, donde en pocas horas se pasa de una región tropical á la de Siberia ó Nueva Zembla; y particularmente en señalar límites ó zonas de vegetación. El importante distrito de Murcia y en especial la costa en la región de la Salsola ó país de la Barrilla ha sido examinada por el director de las alumbreras de Almazarrón que ocupa su centro, el cual ha recogido un copioso herbario. Los oficiales de marina de Orcera en la sierra de Segura me informaron de que en un lugar siete leguas distante, de cuyo nombre me olvidé, pero que está en los bosques, había un buen botánico en un rincón sumamente interesante y del todo desconocido. El botánico más hábil y experimentado que ha estudiado en tiempo alguno los Pirineos es, según opinión general, el doctor Bolos, que reside en Olot (Cataluña la alta) y ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la ciencia en un paraje muy á propósito para la investigación de la vertiente meridional de aquella cadena, de la cual se conoce muy poco comparativamente. Su herbario, según él dice, contiene nueve mil especies. La región central es muy conocida á Lagas-

ca, el eminente profesor de Madrid, que habiéndose engolfado ardientemente por desgracia en el sistema constitucional y abandonado sus ocupaciones botánicas, es ahora del número de los desterrados.

»Los distritos meridionales, y del medio, añade poco después, encierran la botánica más interesante de este vasto país, y realizan el dicho de un elocuente escritor moderno sobre la Italia, que le es muy inferior; «que su esterilidad es más que la fertilidad de otros países.» Esto es literalmente cierto en España, donde en los sitios más incultos y silvestres se embalsama el aire con fragancias deliciosas: los hornos se encienden y los minerales se funden con plantas las más aromáticas, y en caso de epidemia podrían enviar en muchos sitios á las sierras por matorrales para quemar en las calles, seguros de que el aroma apartaría ó desvanecería la pestilencia.»

El capítulo que dedica al importante ramo de bosques es sumamente interesante y merece muy especial atención, y no son menos dignos de elogio sus apuntes sobre ornithologia y sobre cuadrúpedos y reptiles de España. Las observaciones generales sobre la abandonada geología de este país con que el autor cierra su obra, nos moverían á dar cuenta de ellas, si no fuera por miedo de alargar aun mucho más este artículo.

Tales son los *Sketches in Spain* del capitán Cook. Nótese en ellos de cuándo en cuándo alguna inexactitud y cortedad excesiva de noticias. Por ejemplo de León solo apunta algo (y por cierto no de todo punto exacto) acerca de la catedral, y omite por entero los notables edificios de San Marcos y San Isidro. En lo perteneciente á historia natural dice que es muy dudoso que se encuentren osos en alguna parte más que en el Pirineo, y que en Asturias le aseguraron las gentes que no se veían; cuando así en las montañas de este país como en las de León y Galicia son muy abundantes.

Como quiera estos son tan pequeños lunares que á poca distancia ya no se advierten en la hermosa fisonomía de

la obra. Si de los escritos puede deducirse no solo el talento del autor sino también su carácter, fuerza es convenir en que el de nuestro viajero tiene mucho de estimable y bondadoso, y que apenas hay página donde no se trasluzca una imparcialidad benévola y suave que cautiva al lector sin que de ello se aperciba. Por las muestras que hemos insertado se ve que sus estudios son severos y sus ideas exactas, pero aunque de semejantes dotes careciera, el espíritu que ella transpira, le haría acreedor á la gratitud sincera del pueblo español. Por nuestra parte nos tenemos por dichosos en ser los primeros en manifestar unos sentimientos, que no dudamos en atribuir á todos nuestros compatriotas. Si el capitán Cook contrajo en este país alguna deuda de gratitud, la ha pagado tan noble y caballerosamente que cuantos hayan tenido ocasión de complacerle se envanecerán de ello, y no desearán sino proporciones para obligarle de nuevo.

ARTÍCULOS

DE

COSTUMBRES Y DE VIAJES.

EL ANOCHECER

EN

SAN ANTONIO DE LA FLORIDA (*)

I (**).

A la caída de una serena tarde del mes de Agosto, un joven como de 22 años, que había salido por la puerta de Segovia, enderezaba sus pasos lentamente por la hermosa y despejada calle de árboles que guía á la puerta de Hierro, orillas del mermado Manzanares. A juzgar por su fisonomía, cualquiera le hubiera imaginado nativo de otros climas menos cariñosos que el apacible y templado de España: sin embargo, había nacido en un confín de Castilla á las orillas de un río que lleva arenas de oro, y que llevó con ellas su niñez y los primeros años de su juventud. Su vestido era sencillo, rubia su cabellera, azules sus apagados ojos, y en su despejada frente se notaba una ligera tinta de melancolía al parecer habitual. Este joven se llamaba Ricardo T.....

El sol ocultaba su disco bajo un resplandeciente velo de púrpura, orlado de franjas de oro: las lavanderas recogían su ajuar, levantando extraño murmullo á la margen del río: varios ginetes caballeros en soberbios palafrenes

(*) Estos artículos interesantes por más de un concepto, lo son principalmente porque compendian con fidelidad una parte de la vida del autor. (*N. de los EE.*)

(**) Publicado en el *Correo Nacional* en Noviembre de 1838.

volvían grupa hacia la capital; los pobres paisanos del mercado se retiraban con carros y cabalgaduras, y aquella escena bulliciosa y animada tenía indefinibles encantos, perdiéndose poco á poco en la soledad y en el silencio del crepúsculo.

Como quiera, nuestro joven más parecía divertido en sus tristezas y pensamientos que cuidadoso de los últimos suspiros del día y de la poética y apacible despedida del sol. La brisa de la tarde que soplabá fresca y voluptuosa después de un día de fuego, despertando vagos rumores entre los árboles y meciendo sus desmaltados ramos, fué poderosa por fin á sacarle de su cavilación. Levantó la inclinada cabeza á su balsámico aliento; sus amortiguados ojos lanzaron un relámpago; sus labios se entreabrieron con ansia para respirarla; su frente se despejó del todo, y no parecía sino que un tropel de nacaradas visiones desfilaba de repente por delante de él según se mostraba fascinado y gozoso. Aquella brisa se desprendía de las cumbres de Guadarrama, y tal vez se había levantado entre las olorosas praderas de su país: aquella brisa le traía las caricias de su madre, las puras alegrías del hogar doméstico, los primeros suspiros del amor, los paseos á la luna con su mejor amigo; todo un mundo finalmente de recuerdos suaves y dorados, y que aparecían más dorados y más suaves mirados al través de la neblina de lo pasado desde el arrenal de las tristezas presentes.

El aura recogió sus alas por un breve espacio, y las visiones del mancebo recogieron sus alas á la par. No parecía sino que la súbita caída de un telón le quitaba de delante un teatro lleno de luz y de alegría. Sus ojos lanzaron todavía una llamarada, pero lúgubre y siniestra como una luz de desencanto, que solo sirve para alumbrar el desierto que cruzamos: quedó su frente más anublada que antes y sus miradas se extinguieron como los fuegos fatuos del estío.

Aquel mancebo había nacido con un alma cándida y sencilla, con un corazón amante y crédulo, y la pacífica vi-

da de sus primeros años junto con la ternura de su madre, habían desenvuelto hasta el más subido punto estas disposiciones. Cuando cumplió los quince años eran las mujeres á sus ojos otros tantos ángeles de amor y de paz, ó unos espíritus de protección y de ternura como su madre: miraba á los hombres como á los compañeros de un alegre y ameno viaje, y la vida se le aparecía por el prisma de sus creencias como un río anchuroso, azul y sereno por donde bogaban bajeles de nácar, llenos de perfumes y de músicas y en cuyas orillas se desarrollaban en panorama vistoso, campos de rosas y de trigo, pintorescas cabañas y castillos feudales empavesados de banderas y resplandecientes de armaduras. El sentimiento de lo grande y de lo bello era un instinto poderoso en él: su corazón latía con acelerado compás al leer en la historia de la Grecia el paso de las Termópilas, y muchas veces soñaba con la caballería y con los torneos de los siglos medios. La libertad, la religión, el amor, todo lo que los hombres sienten como desinteresado y sublime se anidaba en su alma, como pudiera en una flor solitaria y virgen nacida en los vergeles del paraíso; y los vuelos de su corazón y de su fantasía iban á perderse en los nebulosos confines de la tierra, y á descansar entre los bosquecillos de la fraternidad y de la virtud.

Su amor hasta entonces era como el vapor de la mañana, una pasión errante y apacible que flotaba en los rayos de la luna, se embarcaba en las espumas de los ríos ó se desvanecía entre los aromas de las flores silvestres. Algunas veces su alma se empañaba y entristecía en la soledad, y se gozaba en los roncos mugidos del torrente; pero muy pronto la fada de sus aguas se le aparecía coronada de espumas y de tornasolado rocío, y en un espejo encantado le mostraba una creación blanca y divina, alumbrada por un astro desconocido de esperanza, que le llamaba y corría á aguardarle entre las sombras de un pensil de arrayan y de azucenas. Y la vida tornaba al alma del mancebo, y tenía fe en *mañana* y era feliz.

La Virgen prometida se le apareció finalmente. Era

una doncella de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical: su alma era pura como los pliegues de su velo blanco, y su corazón apasionado y crédulo como el de nuestro joven. Los dos corazones volaron al encuentro; se convirtieron en una sustancia aérea y luminosa, confundiendo sus recíprocos fulgores, y las flores de alrededor bajaron sus corolas hacia el suelo estremecidas de placer. De entonces más los dos amantes se amaron, como se ama la primera vez en la vida, y el porvenir sonaba en sus oídos como una promesa inefable de unión sin fin y de amor eterno.

Sin embargo, la imaginación de Ricardo por sobra de candor había cometido un yerro; vivía entre los hombres, y se figuró vivir entre los ángeles, y esperó de aquellos lo que de estos pudiera esperar. Hombres hubo que hirieron con su anatema la frente de su padre y la paz de su hogar y el porvenir del amor, y los propósitos para el porvenir, todo fué á perderse entre las formas de la desconfianza y de la desesperación. Y sin embargo la frente de su padre era respetable y sin mancilla, la paz de su hogar se derramaba como una luz de consuelo entre los infelices, era su amor una fuente de nobleza, de entusiasmo y de virtud y su porvenir un ensueño de beneficencia universal. Aquellos hombres soplaron sobre este reposado y verde paisaje, y lo trocaron en una arena movediza que el viento de la amargura arremolinaba á cada soplo para esparcirla en seguida por los últimos confines del horizonte.

El pobre mancebo tuvo que abandonar todo lo que le quedaba en el mundo, el tierno cariño del hogar y las llorosas miradas de su ángel. La noche en que por última vez la vió hubo misterios extraños: sus ojos se abrieron á la orilla de una sima sin fondo, por lo cual pasaba una agua invisible; pero cuyo delicioso murmullo llegaba hasta ellos. Los amantes víctimas de un amargo delirio tenían sed, una sed inmensa y abrasadora, y pasaban increíbles tormentos al borde de aquella corriente, que tan dulcemente sonaba, pero que huía de sus labios. Un rayo de la luna

rasgó el manto de los nublados y la visión pasó. «Adios, dijo la virgen, con inefable y melancólica sonrisa; nuestro amor pasará como las aguas de esa corriente subterránea; pero esas aguas paran en el mar y nosotros con nuestra pasión descansaremos un día en el mar de la muerte.» El joven la dijo entonces unos versos muy melancólicos que había hecho, besó con adoración la punta de su velo y partió con lentos pasos.

Al otro día un solo amigo le acompañó en su amargo viaje, y al apretarle contra su corazón le dijo: ¡Adios, y quizá para siempre!..... ¿Quién sabe si este abrazo te envenena? Mi presencia daba antes la dicha y la alegría..... pero hoy solo la muerte puede dar. El amigo se alejó con los ojos anublados. ¡La predicción se ha cumplido! ¡Aquel amigo duerme hace un año entre los muertos!

La vida de Ricardo en la corte se había pasado olvidada y solitaria, perdida entre los sucesos y los hombres. No había alcanzado á volver la paz al que le había dado la vida; su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y de privaciones; y desamparado de los hombres, habíase visto obligado á conversar, como Lord Byron con el espíritu de la naturaleza. Entonces una musa *dulce y triste como el recuerdo de las alegrías pasadas*, había venido á sentarse á su ignorada cabecera, le había hecho el presente de una lira de ébano y dictado himnos de dolor y de reminiscencias perdidas: le mostró lo pasado por impenetrables rejillas que le vedaban el paso para tornar á él, y tendió sobre lo futuro una cortina de sutil crespón negro que le permitía ver sus paisajes, pero todos anublados y cenicientos. Solo de cuándo en cuándo, y como por singular merced, descorría la musa una punta del velo, y le dejaba ver en el cielo del porvenir el sol rutilante de la libertad alumbrando á pueblos colosos, que llevaban arrastrando en pos de sí las cadenas y los cetros de los déspotas. Y entonces un rayo de aquel sol inflamaba el corazón del poeta, doraba la lira de ébano que aparecía de oro resplandeciente y purísi-

mo, templaba sus cuerdas, le inspiraba canciones de juventud y de esperanza: cantaba los pueblos nobles y caídos por villanas apostasías, y los ángeles del destierro venían á escucharle y á batir sus blancas alas en torno de la cabeza de los proscritos. ¡Pobre poeta! entonces su misión le parecía grande; y aun cuando el velo dejase caer sus enlutasdas puntas, conservaba dulcísimas memorias que iban á juntarse en su mente con los demás recuerdos, único patrimonio que le dejara la musa.

Y he aquí la razón porque muchas veces su alma se complacía en el camino de los campos donde naciera, y en respirar sus auras balsámicas. El día en que le hemos visto, su corazón estaba más tenebroso que de costumbre: su anciano padre descansaba al lado del amigo de su niñez en las tinieblas de la muerte: su madre no le abrazaba más de dos años hacía; y en fuerza de mirar su amor como un ensueño demasiado hermoso para verlo cumplido, la esperanza se había ido agostando en su pecho, y la tristeza quedaba únicamente por señora de él.

II.

Todas estas circunstancias de su vida, que expuestas dejamos, todas estas memorias de dicha se desplomaban sobre el corazón de Ricardo como un peñasco que se precipita sobre una aldea del valle: sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente. Aquella idea maléfica fascinaba cada vez más sus sentidos, y sentía doblegarse bajo su peso todas las fuerzas de su ser, cuando la voz de una campana pausada y misteriosa vino á libertarle de ella. Miró en derredor como quien despierta de una pesadilla, y se encontró á la mano derecha con la ermita de San Antonio de la Florida, graciosa y linda capilla, asentada á un lado del camino, como un asilo religioso para los pensamientos del cansado viajero. Algunas veces había pasado Ricardo por delante de su

puerta, pero nunca se había resuelto á orar en ella, porque su amargura destilaba gota á gota en su corazón la duda y la ironía, y no osaba cruzar los umbrales de la casa del Señor, sin llevarle por ofrenda una fe sencilla y pura como la de sus primeras oraciones. Pero aquella tarde abrumaba el pesar su pobre espíritu: faltábale el corazón de un amigo con quien partir su desconsuelo; y le pareció que el Señor le perdonaría sus dudas por lo mucho que padecía. Entró, pues, en el recinto de la oración: la capilla estaba silenciosa, sola: los postreros reflejos del sol la iluminaban con una luz vacilante y dudosa: todo era grave, solemne y recogido allí, y hasta los rumores de afuera se desvanecían á sus puertas. Ricardo sintió la religión de sus primeros años: se arrodilló desolado en las aras del altar: dejó correr las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y oró con abandono, con confianza y con fe. Rezó las oraciones de la Virgen, que le había enseñado su madre, con el mismo candor que entonces; conoció que un bálsamo desconocido se derramaba por las llagas de su pecho: hasta se le figuró que la madre de los desventurados le sonreía con amor, y cuando alzó sus rodillas del suelo y fué á sentarse, divertido en blandas imaginaciones, en uno de los bancos de la capilla, comprendió que la esperanza es una luz del cielo, que brilla en las más espesas tinieblas de la desventura.

Alzó sus ojos á la bóveda del santuario como para dar gracias á la Virgen de su alivio, y un espectáculo de todo punto nuevo se ofreció á su vista. La nube de púrpura, que velaba las últimas miradas del sol, las derramaba sobre la tierra lánguidas y teñidas con los matices más delicados de la rosa, bien así como una reina llena de dulzura, que realza con sus cariñosas palabras la afable despedida de surreal esposo. Aquellos mágicos resplandores penetraban por las altas vidrieras de la capilla, y derramaban sus apacibles tintas por las pintadas bóvedas.

Un pincel gigante (*) de nuestros días, había dejado

(*) Goya.

allí una magnífica huella, porque el Señor había rasgado delante de él las bóvedas del firmamento, y la gloria le había mostrado sus inefables galas y alegrías. El soplo de Dios hinchó de inspiración el genio de aquel hombre: los querubines prepararon en su paleta los cambiantes más suaves de la mañana, las pompas más sublimes de la tarde, y las undulaciones más vagas de los inciensos: y mientras su mano, guiada por el frenesí divino que encendía su cabeza, copiaba las glorias del Altísimo, unos ángeles-mujeres, parecidos á los que brotaban de su pincel, refrescaban su frente con el apacible batir de sus alas. Estos ángeles-mujeres eran hermosos y aéreos; pero reinaba en su semblante un apagado viso de pesadumbre, como el sonido lejano de un arpa, que se ha amortiguado entre las alas de los céfiros. Ricardo, el poeta de las memorias, comprendió la expresión de pesar que empañaba apenas su frente, y divisó al través de ella las mártires del amor puro, las vírgenes que habían muerto con su primer pasión como una aureola de virtud, y que volando por espacios sin fin al compás de las arpas de los serafines, volvían de cuándo en cuándo á la tierra compasivas miradas, y vertían una lágrima sobre el hombre, que un tiempo miraron como el compañero de su vida. Por entre ellas y en celajes de color más encendido flotaban los ángeles niños, que habían caído en la huesa desde el pecho de sus madres, alegres, bulliciosos, abandonados, sin más pensamiento que el de su eterna alegría y el de las alabanzas del Señor. Perdíanse á veces en los más remotos términos del espacio, y aparecían allí radiantes aún, pero confusos como las formas de los ensueños; ó se mostraban en las nubes más cercanas á la tierra, formando delicados y cariñosos grupos, y expiando con una sonrisa de esperanza, la triste peregrinación de sus madres por el suelo. Aquel espectáculo sojuzgó el alma de Ricardo, y el entusiasmo, que era la principal cualidad de su índole generosa, y que solo yacía adormecido en su alma por las penas, se despertó de repente en su corazón; lanzaron sus ojos extraños resplandores, y una especie de

éxtasis artístico y religioso se apoderó de todas las facultades de su ser. Su pecho había palpitado con las vagas melancolías de Osian; las sublimes visiones del Dante, las apariciones espléndidas del Apocalipsis habían embargado su imaginación, y sus ojos se habían detenido fascinados delante de los lienzos de Murillo y de Rafael: pero jamás inspiración tan poderosa le había cautivado, jamás habían pasado por su mente tan profundas emociones. Quedó el joven embebecido en pensamientos de religión y de arte: doblóse involuntariamente su cabeza, y ni él mismo supo lo que por él pasaba.

III.

La luz se apagaba de todo punto en la capilla: el sol se había escondido completamente, y solo la encendida nube enviaba un reflejo cada vez más pálido, que atravesaba sin fuerza las vidrieras y se perdía entre los celajes de la bóveda. Un extraño rumor, un rumor como lejano y delicioso, sacó de su distracción á nuestro poeta. Alzó los ojos y al punto volvió á cerrarlos como si un vértigo le acometiera, porque su imaginación se había desarreglado con el tropel de sensaciones de aquella tarde memorable, ó los ángeles se habían animado y dejando las bóvedas cruzaban el aire lo alumbraban con el fulgor cambiante de sus alas y lo poblaban de inefables melodías. Durante un rato que estuvo nuestro poeta con los ojos cerrados, su razón luchaba á brazo partido con su fantasía procurando sojuzgarla; pero su corazón á pesar suyo abrigaba una sensación dulcísima, un presentimiento de ventura, y su leal corazón jamás le había engañado. Abrió, pues, de nuevo los ojos y ya no le fué lícito dudar. Los ángeles niños flotaban entre nubes de magníficos arreboles: sus bocas puras como un capullo de entreabierta rosa, entonaban los cantares de la ciudad mística; sus alas esplendentes y ligeras se revolvían lanzando suaves reflejos y todo en derredor suyo respiraba el per-

fume y el abandono de la infancia. Y los ángeles vírgenes pulsaban las arpas de oro, cruzaban por el viento con reposado compás, con frente melancólica pero radiante, y envueltos en nacaradas nubes parecidas al humo de los inciensos. Rosas blancas y marchitas coronaban sus arpas, y de cuándo en cuándo caían algunas á los pies del absorto poeta; y el poeta las cogía y las aspiraba con fe y encontraba perfumes purísimos bajo aquel velo de muerte. La luz del Señor se había derramado en el místico recinto; la luz de la mañana, la luz de los presentimientos dichosos inundaba el alma de Ricardo, y le parecía encontrarse delante de una de aquellas auroras de su primera juventud, en que el inmenso cielo estaba azul por todas partes, y el horizonte teñido de rosa, de jazmín y de gualda. ¡Pobre poeta! ¡Cuánto tiempo hacía que su corazón no palpitaba con tanta dulzura! Desde las noches en que su amor se adormecía bajo los pabellones de la esperanza, nunca se había sentido tan venturoso.

Súbito una figura blanca y vaporosa se desprendió del coro de las vírgenes, cruzó el aire con sereno vuelo y quedó en pie delante del poeta. Un velo ligero y trasparente ondeaba en torno de sus sienes; su vestido era blanco como el armiño y solo una cinta negra estaba atada á su cuello con descuidado lazo. Cuando el poeta la vió se empañaron sus ojos, y su corazón se paró como si fuese á morir bajo el peso de la memoria, que despertaba en él la pura aparición de su ángel *de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical.*

Hubo un largo silencio durante el cual callaron las arpas y los himnos; uno de aquellos silencios inexplicables en que hay tanta alegría como amargura. Por fin la virgen tomó la mano del poeta, le miró de hito en hito y le dijo con dulce voz los versos que Ricardo había compuesto para la noche de su despedida.

¡Pobre Ricardo! el ángel de la vida
¿Por qué extendió sus alas sobre ti?

¿Por qué tiñó tu juventud perdida
Con el suave color del alelí?

Tu amor como la espuma de los mares
Frágil entre amarguras pasará,
Y al eco de tus lúgubres cantares
Nadie sobre la tierra llorará.

La virgen de tus sueños de pureza
Flor solitaria de un abismo fué,
Que alzó á mirarte la gentil cabeza
Exhalando el aroma de su fe.

Pero nunca tus labios á besarla
En su pasión pudieron ¡ay! llegar,
Y solo te fué dado contemplarla
Por el oscuro prisma del pesar.

La flor irá perdiendo sus perfumes
Y apagarán sus hojas su color.....
¡Mísero corazón! ¿Por qué consumes
Sin porvenir el fuego de tu amor?

.....

Triste es decir adios á la esperanza
Junto á la puerta do asomó el placer.....
Mas pasaron las auras de bonanza
Y sopla el huracán..... ¡adios, mujer!
¡Pobre Ricardo! el ángel de la vida
Al extender sus alas sobre ti,
Cegó tus ojos con su luz mentida.....
¡Sombras eternas morarán allí!

.....

Hubo después de estos versos otro intervalo de silencio.
—Pobre Ricardo! dijo la virgen con un suspiro doloroso.
—¡Oh! sí, ¡pobre Ricardo! contestó el poeta: mi vida se
ha pasado sola como un sepulcro en medio de los campos,
y tu memoria era la única que la acompañaba. Oyeme, An-
gélica; yo no sé si eres tú ó es tu sombra la que me habla.
¡Ay! en mi corazón todas son sombras, y tú eras la más pu-
ra y más querida de ellas! ¡Angel mío! dime: ¿has visto tú

mi abandono, mi soledad y mi pobreza? ¿Has visto tú mis humillaciones en medio de esta sociedad que ha consentido mi perdición cuando tenía diez y seis años, y mi corazón no pensaba más que en amarte? ¡Oh! dime como antes: ¡Ricardo mío! y yo seré feliz: Y si no eres más que una ilusión de mi fantasía, déjame morir con mi ilusión.

—Es verdad, contestó la virgen, algunos hombres han robado su manto á la justicia y nos han perdido: ¿Qué les habíamos hecho nosotros, pobres pájaros que solo les pedíamos la luz del sol, los cristales de las fuentes y un rosal donde cantar nuestros amores? ¡Ricardo, Ricardo mío! yo he llorado mucho, porque lloraba por ti, y mi corazón te seguía por do quiera, y sangraba con las espinas de tu senda de amargura. Mi corazón se volvió á Dios y le mostró sus heridas, y le pidió bálsamo para curarlas, y Dios se apiadó de sus pesares, y mandó al ángel de la muerte que sacudiese sobre mí sus alas negras como las del cuervo, y el ángel las sacudió, y mi alma flotó por los espacios, y el Señor me colocó en el coro de mis hermanas las doncellas de los amores perdidos. Mis ojos entonces se volvieron hacia la tierra, y te vieron allí solitario y desamparado: tu corazón apagaba poco á poco su fuego, y solo por mí exhalaba alguna vez una llamarada. Yo sentí que el mío se partía, y me postré llorosa ante el trono del Eterno.

—¡Señor! le dije, perdón para el hombre que amé en el suelo: su alma está triste hasta la muerte, y su fe vacila.

—El hombre que tú amas, respondió el Señor, ha dudado, y su alma estará triste hasta morir. Pero baja á la tierra y consuélale, y dictale cantares que alivien su tristeza: no te mostrarás á sus ojos como la virgen de sus primeros amores, porque solo te ha de ver cuando su alma llore al pie de los altares.

Y yo bajé á la tierra y me fuí á sentar á tu cabecera bajo el semblante de una musa tierna y melancólica, y te dí el laud de ébano que has pulsado en la soledad. Yo te mostré tu pasado, porque tu pasado era puro y virtuoso; y te oscurecí el porvenir porque era nublado en tu imagina-

ción, donde imperaban los recuerdos como señores despóticos. Yo alcanzaba permiso del Señor para alzar de tarde en tarde una punta de tu velo, y por allí veías el porvenir del mundo libre, resplandeciente y feliz: yo he velado sobre ti siempre, porque te había coronado con las primeras flores de mi esperanza: yo te he querido, porque te quise con mi primer amor, y este amor es como las lámparas del cielo que nunca se apagan.

Hoy has orado, y el Señor te ha permitido que me vieras entre la pompa de los ángeles y te ha recompensado de tu fe presentándome á tus ojos.

Las arpas de oro volvieron á sonar entonces, pero sus ecos dulcísimos y apagados se perdían por entre las bóvedas y apenas llegaban á morir en los oídos del poeta.

—¡Ricardo mío! dijo el ángel, ¿amas mucho la gloria?

—¡Oh! respondió el poeta contristado; mi gloria eres tú: pero los lauros del amor no han crecido para mi frente, y yo quisiera laureles para ofrecértelos algún día en el paraíso.

Un ángel niño batió entonces sus alas de mariposa, trajo un laurel de oro, y el ángel mujer lo puso sobre la cabeza del poeta.

—¡Toma, le dijo, solitario poeta! tus lágrimas y las mías han secado las guirnaldas del amor; toma este laurel de oro y ojalá que tu fama vuele por los últimos ámbitos del mundo. Pero habrá quien te adore como te adoro yo?

¡Oh! no pierdas tu amor, porque es un perfume quemado en un altar y entre sus nubes alzarás tu vuelo hasta el trono del Señor. Tu Angélica ha cruzado ya las tinieblas de la huesa para llegar á los campos de la luz y tú las cruzarás también, porque tu Angélica te aguarda y las esperanzas del cielo nunca se agostan en flor.

Calló la virgen y el poeta sintió el blando contacto de sus cabellos en su semblante: sus labios estamparon en la frente de Ricardo un beso de castidad y de pureza: sus alas se agitaron con un blando estremecimiento, y cuando el arrobado joven abrió los ojos, ya la visión se había desvanecido.

Enseñoreaban las sombras la capilla: la música de las arpas de oro se había perdido en el silencio de las tinieblas y solo á lo lejos se percibía un rumor débil y apagado como el de una bandada de palomas que surcan el viento. El poeta paseó por la oscuridad sus desolados ojos, rodeó con ellos la capilla y solo encontró por todas partes la noche y el silencio. Por una de aquellas ilusiones de óptica que tan fáciles son en las horas del crepúsculo, la ermita se ensancho de un modo increíble á su vista: su bóveda le pareció más alta que la de las góticas catedrales, y allá en lo más encumbrado de la cúpula fingían sus ojos dulces reverberaciones, más pálidas que las que despedían las alas de los ángeles, pero tan apacibles y serenas como aquellas. Sin duda la tribu luminosa se había parado allí un instante para darle el último adios.

Entonces el tañido de una campana se derramó solemne y religioso por aquellas soledades, vibró con particular acento en todos los ángulos de la capilla, y el poeta cayó de hinojos delante del altar borrado por las sombras. Aquella campana que sonaba en el crepúsculo, como para recordar la incertidumbre de la vida, llamaba á los fieles á orar sobre los muertos; y Ricardo que había perdido su padre, el amigo de su niñez y el amor de su juventud, oró sobre las cenizas de los tres, y el eco santo de los altares repitió su oración como en prueba de que el cielo le había escuchado.

Cuando se acabó su plegaria, sus ojos se alzaron á la cúpula de la ermita esperando encontrar en ella el velo flotante de las vírgenes; pero todo había desaparecido, y la noche envolvía la tierra entre su oscuridad. Los ángeles habían aguardado allí la oración del poeta suspendidos entre la tierra y el cielo, y la habían llevado palpitante y fervorosa á los pies del Altísimo.

IV.

Desde aquella tarde memorable las tristezas de Ricardo tuvieron una tinta más plácida, y bien que los recuerdos de sus pasadas venturas anublasen su espíritu, la reminiscencia de la gloriosa aparición era una especie de luna que todo lo plateaba en su memoria. Muchas veces iba á esperar el crepúsculo vespertino en el paseo de San Antonio de la Florida, y el paso por delante de sus puertas le era dulce como una cita de amores. Aquellas noches era tranquilo su sueño, y poblado además de ensueños de esperanzas, de amor y de justicia.

EL PASTOR TRASHUMANTE.

Ninguna reliquia más venerable queda en nuestra España de la vida nómade, que la trashumación periódica de los rebaños merinos. Facción es esta que no se distingue en el semblante de ninguna nación europea con tanto vigor como aquí, y por lo mismo el *Pastor Trashumante* es uno de los destellos más vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado á sufrir, le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fe y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye á la gente campesina, y al mismo tiempo de aquella fuerza de acción y movable energía que caracteriza á las tribus nómades. Hijo de las montañas de León, Segovia ó Soria, trasladado desde allí á los campos abundosos y feraces de Extremadura, donde la vida pastoril y agrícola derrama el más rico caudal de sus gracias, sin más cuidados que los de su dócil rebaño, y al mismo tiempo robusto y vigoroso, apenas encuentra á quien parecerse, aun en la misma nación española, tan cercana á la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la más estimada es la llamada *babiana*, que toma su nombre del distrito de las montañas de León que apellidan *Babia*. Este país celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene más riqueza que sus hierbas, y de consiguiente, todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido á menos con la

mejora de las lanas extranjeras, y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos babianos que permanecen en su país, ó buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años, recuerdan la época en que á la salida de los rebaños trashumantes solo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componían parte de la cabaña, solían acompañarla con el nombre de *escoter*os para procurarse en las provincias del mediodía una subsistencia que á duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razón al pensar en dar una patria al *Pastor trashumante*, hemos elegido las sierras de León, y de ellas haremos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiría la verdad histórica; porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, á despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes acostumbrados á esperar como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo el pastor trashumante vive lejos de su país y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto más se desvía de su índole y carácter especial. Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles, y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida á apacentar sus ovejas por el día; encerrarlas por la noche dentro de la red, que al rededor de ellas atan á unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuándo en cuándo su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie dentro de otro chozo más pequeño que se dispone para este servicio nocturno, y volver con el alba á las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está que en semejantes vigiliass por lo duras y penosas alternan todos los pastores de condición subalterna: los demás pasan las noches abrigados en sus chozos al amor de la lumbre, cenando sus migas canas, y de cuándo en cuándo por extraordinario tal cual *frito* ó *caldereta*; rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto, y durmiendo como

unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros ó la luz del alba los despierta.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de Diciembre y Enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la paridera de las ovejas que tiene lugar por entonces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches más bravas y tempestuosas del invierno, y el pastor en medio de la ventisca y aguacero tiene que asistir á las paridas y atender á que todo vaya en orden. Acontece asimismo que las madres en años miserables desechan la cría, porque apenas la pueden alimentar, y entonces el comadrón solo á fuerza de maña y aun de fuerzas puede obligarles á aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente se *dobla*, es decir, se deja un solo borrego para que lo críen dos ovejas, pero para que lo admita la que no es su verdadera madre, es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno, en que el vendabal arranca á veces los chozos, y verá cómo semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el pastor que conoce á sus reses por la cara, como los demás conocemos á las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien á quién corresponde el recién nacido, y distingue á tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cría, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto, por decontado, no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones, que en medio de la oscuridad forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, excelente para algún aquelarre.

Fácil es de conocer que á pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una dirección cuerda y atinada, y aquí es de advertir la distribución de las cabañas, su jerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va á llegar la importante ocasión de ver á nuestros pastores en su peregrinación anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en jefe, á cuyo cuidado están los arriendos de las yerbas, los salarios de los pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demás atenciones generales. El es quien inmediatamente se entiende con el amo y recibe sus órdenes en derecho. Síguele el *sota-mayoral*, cuyas atribuciones son también generales, aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los jefes de la cabaña, que como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparte luego en varios rebaños, cada uno compuesto de *rabadán*, que es el jefe, *compañero* del rabadán, que le reemplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal*, que por sus años verdes, y á guisa de aprendizaje, suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay además una especie de hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *ropería*, y no es sino la panadería donde se elabora el pan para pastores y perros, y consiste en un *ropero mayor*, ó jefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribución del pan, y en otros mozos que dicen roperos á secas, y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores explicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia á todos los lectores), y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procuraremos satisfacerle. Obligación del amo, ó para hablar con más propiedad, *principal*, es dar al mayoral la mula en que va caballero, y de 200 á 300 ducados. El sota-mayoral gana de 600 á 1000 reales: el rabadán de 260 á 300 rs., y el compañero ayudante y persona bajan en proporción hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 reales ni baja de 80.

Seguramente se admirarán los que lean esto por la primera vez, de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso, que obliga á sufrir la intemperie la mayor parte de las veces, y á dos viajes en el año de más

de setenta leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, según el dicho vulgar; y lo que el amo no da lo saca el pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque además del sustento que recibe, tiene el beneficio de la *escusa*. Escusa llaman al número de ovejas y aun de cabras, que á cada pastor se le permite tener agregadas á las de la cabaña, sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento, y que con sus crías y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta (*). Parte de la escusa suelen ser también las yeguas, que gozan de los mismos fueros é inmunidades: por todo lo cual, si nos tomamos el trabajo de agregar á la suma en dinero que recibe, la probable que estas adherencias dejan en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condición del pastor trashumante todavía es tolerable, si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriendo de los pastos de invierno concluye el 25 de Abril, día que los pastores ven amanecer con más regocijo que la mayor festividad del año, porque como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, á la vuelta al país donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, donde con verdadera ansia se les aguarda y con cordialísima efusión se les recibe. Si el pirata Lambro (**) sentía á la vista de su isla y del humo de su hogar una emoción de que no sabía darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses, cuyas piraterías se reducen á dejar escurrirse alguna res hacia el

(*) En todas las ganaderías estantes, y en muchas de las trashumantes, la escusa es según la definimos, pero en otras el amo del rebaño se queda con el esquileo y deja al pastor la cría. Esto es lo que llaman *lana por costo*. Al mayoral se le consiente de escusa 150 á 200 cabezas; 10 á 12 yeguas y algunas cabras, que suelen no estar sujetas á número fijo. La escusa del sota solo llega á una cuarta parte; la del rabadán á 50 ó 60 cabezas; dos ó tres yeguas y algunas cabras, y los demás en proporción hasta el zagal, que solo puede tener seis ú ocho ovejas, algunas cabras, y por bondad del amo alguna yegua.

(**) Byron. *Don Juan*. Canto III.

campo del prójimo, á cortar un poco más de leña de la necesaria, y hacer de manera que sus ovejas, la mayor parte de las veces, conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo, y paran siempre hembras que es lo más beneficioso; no es extraño decimos que se dé tal cual refregón de manos, avie su ato cantando, silbe y grite con más garbo á sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua á recibir su haber y su *cundido* (*), pase en revista los reales en su bolsa de cuero, y con una gallardía digna de la airosa gente de su tierra, se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañés encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaraz ó por Alconeta, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible, y las barcas sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serían tardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Extremadura la *Luria* y proporciona paso á los ganados. El tal paso sin embargo, siempre es difícil, porque si una oveja llega á saltar al agua, por pronto que se acuda, siempre la sigue una gran porción, y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res que el amo ó mayoral se figura en el fondo del río, aparece en el fondo de la caldereta; pero estas son pequeñas travesuras del oficio, y además es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la paridera, cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas* ó *cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son más que otros tantos caminos destinados exclusivamente á este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de Abril y Mayo escenas muy animadas y movimiento continuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros que desde muy lejos comienza á oirse, anuncian la llegada de las merinas, y á poco rato suele

(*) Cundido ó cundio llaman los pastores á la grasa, sal y pimienta que les dan para aderezar sus comidas.

presentarse el rabadán de los *moruecos* ó carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos que con el cebo del pan que de sus manos reciben, apenas se apartan de él; y enseguida desfila todo el rebaño con dos pastores á retaguardia acompañados de los perros. Pasan después y siempre con el mismo orden los rebaños de ovejas, y por último, las yeguas *faleras* ó *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que corretean á la orilla del camino, algún pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga y alguna res por haberse desgraciado en la marcha colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia á otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas ó las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen, sirven á un tiempo para descansar y comer, y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él, además suele pasarse una ración de vino, con la cual se sobrellevan sus fatigas con algo más de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquileo en Extremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operación, en que, si los pastores no toman más parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar á esta tarea. Con semejantes estímulos, y sobre todo, con el poderoso de llegar pronto á sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las áridas llanuras de la Mancha, donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar á su mujer, novia, hija ó hermana, sopena de pasar por un ruin sujeto; y los no menos desabridos páramos de Campos. Aquí sufre otra sangría la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y cordones, ó como dicen las babianas *gordones*, para atacar los justillos es tan de ley al pasar por

Rioseco de Medina, con la de las ligas en la Mancha. En Rueda además suelen proveerse de una gran bota, que como más adelante veremos no deja de hacer importante papel. Lástima es por cierto que las ovejas se desmanden de cuándo en cuándo y los guardas del campo anden tan listos en advertirles su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que á no ser por esto, pocos malos ratos aguarían el contento de la peregrinación.

Por fin, después de cuarenta y cinco días gastados en esquilar y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de León, y á muy poco henos á nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Babia es un país triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas y las nieves y ventarrones duran allí mucho tiempo: pero á la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desnudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verdeguean, por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alineación casi simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza, y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano, le dan un aspecto suave y vago semejante al que distingue algunos paisajes del norte. Estos atractivos son reales y verdaderos: pero aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaría, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral, que por su oficio está obligado á adelantarse, sale al encuentro de la cabaña para señalarle los puertos (*), arrendarlos, y después de repartido el ganado y fabricado el chozo (si ya no vuelven á los mismos pastos), cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de días en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de comprender como difíciles de pintar: por eso, y por ahorrar paciencia á nuestros lectores, nos contentaremos con decir que después de los abrazos, apretones,

(*) Puertos llaman en Babia á las cumbres y laderas donde se apacienta el ganado.

preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale enseguida á hacer la visita de ordenanza al señor cura, y la mujer á convidar á los parientes, deudos y amigos á *la bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en Rueda, de exquisito vino rancio, y que, en compañía de buenas magras, ricos chorizos y excelentes morcillas, procedentes de Extremadura, sirve para una cena opípara, en que á fuerza de festejar la llegada del amo de casa, y brindar por su bien venida, suelen salir los convidados viendo más estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia, que pasados estos días de júbilo y ensanche, vuelven á su vida ordinaria, como vuelven á su cauce los ríos salidos de madre. Por lo que hace á los *mozos* ó solteros, esto, según suele decirse, ya es harina de otro costal, porque si no tienen festines y banquetes, para eso están las romerías que por entonces menudean, y los galanteos y escapadas nocturnas, de resultas de las cuales la yegua del padre ó del rabadán no suele engordar por mucho que pazca. Porque es de saber, que no hay pastor que no se enamore, si no á la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una mujer con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, según dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversión y de holganza, es la del fresco verano de aquellas sierras, porque como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño, y por otro lado, cualquiera desavenencia que á propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen común, y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero al cabo estos días buenos se acaban pronto, porque, como dice un poeta contemporáneo:

Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan á moverse los pastores para volver á sus invernaderos. La reunión del ganado y los preparativos de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con harto menos alegría de la que presencian en ocasión análoga los campos de Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer á los viajantes el obsequio del *geiso* (queso) para el camino, que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros, y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del país, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las *ahuchas* (agujas), que vimos comprar en Rioseco. Por rara que parezca esta ceremonia, y por mal que se avenga en la apariencia con ánimos realmente apesadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente día ya está dispuesta la fiambrera del pastor, que consiste en una gran provisión de cecina y jamón, cosa en que tienen tanto puntillo las babianas, que muchas de ellas consienten en pasar no pocas privaciones en el invierno, á trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece, y los pastores se ponen en camino, acompañados de sus mujeres, que por una de aquellas extrañas contradicciones del pobre corazón humano, van ahora á despedirlos hasta una legua de distancia, cuando para recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo; y lloran y se afligen, sin medida ni proporción con la alegría que á su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud, se truecan entre muchos ahogos y suspiros; las mujeres se vuelven hechas unas Magdalenas, y los hombres, un poco más durillos de condición, aunque al cabo del mismo barro, después de un poco de camino andado á las calladas, comienzan por fin á entablar cualquier conversación, y llegan últimamente á entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo, este viaje es la mayor de las fatigas de la vida trashumante, porque siempre sobrevienen lluvias y mal tiempo: á veces salen de madre los arroyos,

y el ganado, espantado y temeroso, llega á ser más difícil de manejar. Así y todo, alguna pequeña regalía disfrutan en Castilla con los amos de las tierras en que *echan la noche* con sus rebaños, y que por el beneficio que les reporta, suelen darles buena cena.

Una vez en Extremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse á sus ocupaciones un poco más sosegados y aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las hierbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados, que cualquiera de ellos entretiene á una persona instruída, hablándole de la fisonomía de las reses, que á sus ojos no es menos distinta que las de las personas, como vimos en la paridera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cría y en la calidad de la lana, y de todo lo que atañe á su oficio. No menos notables son bajo su aspecto moral, tanto por la buena hermandad que entre sí guardan, cuanto por la subordinación y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que salvo algún pecadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este por la suya suele desempeñar más de una vez con ellos los oficios de padre, y las relaciones que entre ambos median están basadas en el respeto y benevolencia mutua. Finalmente, el Pastor Trashumante por su conformación física, por su vestido, por sus costumbres, por sus modales es un tipo de los más antiguos que puede ofrecer la península, y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligán con las primeras edades del mundo.

Y sin embargo, no es imposible que nuestros nietos vean extinguirse esta reliquia de las edades pasadas, porque si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivisión indefinida que en el día rige, á cada paso se diseminarán las cabañas, y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales, que por un orden natural llegarán á desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué

punto traigan utilidad á la causa del país semejantes doctrinas que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando en último resultado las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero de todas maneras nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrzones), una figura que si á toda España pertenece, con más derecho reclama por suya el país donde nacimos.

LOS MONTAÑESES DE LEÓN (*).

Palacios del Sil 8 de agosto de 1837.

Aquí me tienes, mi querido A..... perdido en un delicioso país; y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años á esta parte. Sin embargo, tan lejos estoy de arrepentirme de mi resolución, que si otra vez vuelve á acometerme la fiebre de los viajes, casi estoy por jurar que marcharé en esta parte por mis antiguas huellas.

Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga, y visitar sus antigüedades romanas y góticas. Con efecto, he visto las asombrosas minas de las *Médulas*, restos magníficos y sólidos todavía del pueblo del rey; el sitio de una antigua ciudad suya, llamada *Belgidum*, deliciosamente situada: el monasterio que fué de monjes bernardos de *Carracedo*, en cuya fábrica está todavía incorporado un resto del antiguo palacio de recreo que allí tuvieron los reyes de León; y varios castillos feudales desmoronados en parte y entre los cuales descuella el de *Ponferrada*, donde todavía se distinguen las armas y los símbolos de los caballeros templarios, sus pasados señores. Este país posee muchos recuerdos, y si no fuera por no aumentar una carta que sobrado larga será ella de suyo, te daría noticias más circunstanciadas; pero me voy olvidando de

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Abril de 1839.

las *Montañas de León*, y si por algo te escribo es justamente por hablarte de ellas.

Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas, cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para la Coruña, y visitar el litoral de Galicia, sin pasar por los quebrantos que trae á todos los viajeros la guerra civil que devora la península.

Con tal intento y siguiendo río arriba el curso del *Sil*, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del *Bierzo*, atravesé los valles que toman el nombre del río, crucé en seguida la *Ceana* y la *Omaña*, y me detuve en los últimos términos de *Babia*. Ya sabes que mi viaje es más poético que científico, y por lo tanto solo esperarás noticias generales en cuanto á sus producciones, etc.; sin embargo no dejaré de decirte que los recursos agrícolas de estos pueblos se reducen á una escasa cosecha de maíz, de patatas, de centeno y de lino, insuficiente, como puedes conocer, á sus necesidades, por lo cual libran su subsistencia casi exclusivamente en la ganadería. Este país es esencialmente pastoral, y no sabes cuánta gracia y cuánto hechizo se encuentra en la sencillez de sus costumbres, después de salir de entre los bruscos moradores de esa triste y desnuda Castilla.

Aunque te dejo dicho que todo el país es esencialmente pastoral, ningún pueblo es tan pastor en todo el rigor de la expresión como la *Babia*. Como su principal riqueza consiste en rebaños de las ovejas de riquísima lana llamadas *merinas*, y la débil complexión de estos ganados es incapaz de sufrir el invierno riguroso de este país, toda la parte viril de la población tiene que trashumar con ellos en busca de los pastos de Extremadura. Cuando los calores de mayo comienzan á sentirse en esta tierra y agostan las vegas de este país, tornan las merinas á las montañas hasta que viene el otoño, en cuya época se restituyen á Extremadura.

Cuando yo llegué á Babia era justamente la época en que las merinas venían á veranear, y difícilmente podrás

imaginar escena de más interés y animación. Las mujeres, los niños y los viejos salían á recibir á los ausentes; los perros acariciaban á sus amas, balaban las ovejas al mirar los sabrosos pastos de los montes, relinchaban las yeguas al reconocer sus praderas nativas, y los abrazos y las preguntas que por todas partes se cruzaban, y el abandono y la efusión de todo este cuadro tenían para mí un indecible atractivo. Me figuraba yo las tribus árabes de vuelta al pie del Atlas con sus camellos y caballos, é involuntariamente se me venían á la memoria las dichosos tiempos de Jacob y de Labán.

La noche de la llegada de los pastores hay siempre baile, cena opípara y toda clase de regocijos, en que las mujeres lucen las galas y presentes que les han traído sus maridos ó amantes.

La Babia es un país triste, desnudo y riguroso por invierno, pues ocupa la mesa de las montañas y no cesan en él por entonces las nieves y las tormentas. Sin embargo las praderas de esmeralda que verdeguean por las llanuras; sus abundantes aguas, la alineación simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los leves vapores que levanta el sol del verano de sus húmedas praderías, contribuyen á darle por entonces un aspecto vago, suave y melancólico que solo se encuentra en algunos paisajes del norte. Hacia las lindes de este país y junto á un pueblo llamado *Barrios de Luna*, se ven las paredes aportilladas por todas partes del *Castillo de Luna* donde el rey don Alfonso el Casto encerró al *Conde de Saldaña*, padre del paladín *Bernardo del Carpio* que derrotó en Roncesvalles el ejército de Carlo-Magno, y al decir de las leyendas españolas, mató de su propia mano á *Roldán* el sin par de los *doce pares*.

Hasta aquí las circunstancias particulares de la Babia. Los demás concejos, á saber, la *Omaña*, la *Ceana* y el *Sil* se parecen mucho entre sí, si bien el último se diferencia algo más por la mucha frondosidad que viste sus riquísimos montes y por ser algo más estrecho y reducido.

Voy á darte ahora una sucinta idea de las costumbres generales comunes á todo el país sin excepción y que provienen de su espíritu social.

La hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses, y no hay puerta por pobre que sea, que no se abra de par en par á la llegada del forastero. Por la noche se reunen indispensablemente en su casa los mozos y mozas del lugar á darle lo que se llama en la lengua del país el *beiche* (la pronunciación es de todo punto inglesa), y que no es otra cosa que el suelto y lindísimo baile del país al son de panderos, de castañuelas y de cantares tan numerosos y variados como sus fuentes y arboledas. Es costumbre que el forastero tome parte en la danza, sépala ó no, sopena de someterse á los *cacharrones*, especie de solfeo no muy agradable encomendado á las robustas manos de las montañesas. Si el huésped es conocido de la casa donde para, además del obsequio ya sabido del *beiche*, suelen llevarle de regalo *feisuelos*, especie de frito del país, y las natas. La noche antes de su marcha acuden también á despedirle con el mismo festejo, que en esta ocasión se llama dar el *gueiso* para el camino.

En esta temporada de verano suben las montañas con sus ganados á aprovechar los pastos de las cumbres de los montes y habitan en una especie de casetas, llamadas *brañas*, hasta que los primeros fríos del otoño les obligan á bajar á los valles. En esta ocasión ponen el mayor cuidado en la limpieza y adorno de sus brañas, las cuelgan de ramos y tienen siempre repuesto de feisuelos y de natas con que obsequiar á los que las visitan y que sirven con cubiertos primorosamente trabajados en boj por sus esposos ó novios. El agasajo, la alegría y bailes son extremados en estas cabañas que dominan desde su elevación paisajes deliciosos, más estrechos que los buenos de Suiza, pero no menos pintorescos. Respírase allí templado y fresco ambiente; el aire limpio y sereno deja ver los objetos en toda la pureza de sus contornos y colores, y el silencio de los bosques, el leve rumor de las arboledas y de las cascadas y

la calma y la paz que allí se disfrutan, inclinan el alma á esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente á las sensaciones del instante.

Ya que te estoy hablando de las costumbres de la buena estación, concluiré con las *romerías*, que solo en este tiempo se celebran, y que tienen una fisonomía tan viva y animada que un viajero concienzudo como yo no puede echarlas en olvido. Figúrate un extenso campo concejil sembrado de tabernas, de baratijas de buhoneros y de puestos de frutas al cual van llegando sinnúmero de gentes ataviadas galanamente: los curas entre los feligreses, los pastores caballeros en sus yeguas nómadas con sus queridas á las ancas, y *caballeros* y *peones* todos en la más cordial armonía, y te irás acercando á la verdad. En la pradera se bailan los bailes del país, y más allá los mozos más robustos de los concejos se ejercitan en la carrera y en la barra, distribuyéndose al cabo los premios, que suelen consistir en bollos ó en frutas, entre vencedores y vencidos con la más completa amistad. Concluídos estos juegos, todas las diversiones se refunden en el baile hasta la caída de la tarde en que todo el mundo se retira. Supongo que ya adivinarás que en un país religioso como es este, la primera obligación de los romeros es ir á rezar al santo.

Las costumbres de invierno son enteramente diversas como puedes suponer. La Babia se queda sin más hombres que los niños y los viejos; y en la Omaña, la Ceana y el Sil las diversiones públicas del invierno se reducen á monterías y partidas de caza durante las nieves, expediciones todas que se hacen con el mayor orden y valentía, y para cuya dirección se nombra todos los años en concejo un funcionario con el título de *Juez de Caza*. Pero no por eso creas que el frío convierte á estos montañeses en hurones; antes bien durante él se reúnen todas las noches en la casa más espaciosa del lugar, las mujeres á hilar (de lo cual viene á estas tertulias el nombre de *filandón*), y los hombres que vienen más tarde á divertir con un poco de baile la úl-

tima hora de la reunión. Excusado será el decirte que en estos filandones nunca faltan historias y cuentos maravillosos narrados por las viejas al amor de la lumbre; pero lo que no te se ocurrirá de seguro es que he oído contar á un alcalde muy respetable todas las proezas de los doce pares y de su emperador Carlo Magno. Figúrate ahora qué relación para un aldeano.

La danza del país es un baile, como te dejo indicado, animadísimo y expresivo; pero no deja de chocar ver las mujeres y los hombres repartidos en dos hileras al principio, si bien luego se mezclan y confunden al estrepitoso redoble de las castañuelas, en cuyo manejo no ceden á los mismos boleros de los teatros. Con respecto á sus cantares solo te diré que en ninguna parte los he oído tan lindos, tan sencillos y tan melancólicos. Yá sabes cuán apasionado soy de la música popular de Andalucía tan llena de sentimiento y de calor; pero en las tiernas canciones montañesas he encontrado un tono de vaguedad, de misterio y de tristeza que ha conmovido mi alma de un modo inesperado. Solo en Alemania, y en Irlanda más especialmente, se puede oír una música popular con igual sello de abandono y de dulzura; porque los antiguos romances y baladas francesas son descoloridos y monótonos al lado de estas armonías montañesas. Y no creas que solo la música es en ellas notable; que también las coplas son delicadas y graciosas por extremo. De ambas cosas he formado colección y no será difícil que las publique algún día. Por ahora conténtate con algunas que te envío (*).

(*) *Cantares escogidos de las mozas señoritas de la Montaña.*

Eres como el ave Fénix
Que cuando muere renace,
Fuego de amor en tu pecho
Preside sin apagarse.

Corazón que sufre y calla
No se encuentra donde quiera,

Voy á describirte el traje del país y lo dejaré pronto, porque sobrada condescendencia es ya leer lo que va escrito. Las mujeres traen á la cabeza un pañuelo atado por debajo de la barba; un *dengue* cogido por detrás con broches de plata de elegantísimo corte; justillo de terciopelo labrado ó de seda, atacado por delante; camisa con botón de plata al cuello, *rodado* de paño del país ó de Segovia con enormes lazos de vistosa cinta atrás; escarpita de blanqueta con abarca por el invierno y zapato con calceta por el verano. Además suelen añadir por el mal tiempo á este equipaje una especie de jubón ó chaqueta corta desabrochada y una clase de manteleta en la cabeza, llamada, si no me equivoco, *rebociño*.

Los hombres con sus continuos viajes al mediodía han alterado un poco su traje, pero el verdadero consiste en un sombrero chambergo ó calañés, chaqueta corta de paño del país, chaleco de pana ó piel de becerro curtida que llaman *destazado*, calzones de lo mismo ó de paño, faja ó cinto de

No hay corazón como el mío
Que sufre y calla su pena.

Tus cejas son medias lunas,
Tus ojos son dos luceros,
Que alumbran de noche y día,
Lo que no hacen las del cielo.

El que estrellas estudia
Ve su destino,
Y yo estudio tus ojos
Por ver el mío.

Qué son celos pregunta
Un hombre sabio,
Y un rústico le dice,
Ama, y sabráslo.

Es la esperanza un árbol
El más frondoso,
Que de sus bellas ramas
Dependen todos.

cuero, botín de idem ó de paño para los días de fiesta, y polainas con abarca á diario. La manta y el calzón bombacho, que algunos gastan, son más bien del mediodía que no del país.

La raza de esta comarca es una raza verdaderamente privilegiada de toda la robustez del Norte y de no poca elegancia y garbo de las provincias meridionales. La frecuente comunicación de ambos países, es causa sin duda, de dicha fusión, que no se advierte ya en las próximas montañas de Asturias; y esta media tinta suave de Andalucía y Extremadura, contribuye á dar un realce particular á este país. Yo no he visto en ninguna parte tanto rigor y delicadeza á un tiempo, ni en mujeres pastoras y del campo tal transparencia de tez, ni tan exquisitas proporciones. Los hombres en general, y en especial casi todos los labradores, serían excelentes modelos de Academia.

El país es rico en general por los muchos beneficios de la ganadería; las casas aunque pobres, no dejan de ser aseadas; las comidas no son tampoco malas, y en general se echa de ver poca indigencia. Las costumbres son apacibles y suaves, y las gentes muestran una agudeza y natural despejo verdaderamente extraordinarios. Finalmente, te aseguro que es país que ha grabado hondas impresiones en mi imaginación, y cuya memoria se me presentará siempre llena de los encantos de su suelo y de la hospitalidad de sus habitantes

LOS ASTURIANOS (*).

Cangas de Onís, 8 de Noviembre de 1838.

Conforme, mi querido amigo, al plan de viaje que me había propuesto cuando te escribí desde Palacios del Sil, he recorrido todo este país, y si contento estuve en las montañas de León, á fe de hombre de bien que no lo estoy menos de mi correría por esta antigua y nombrada tierra.

Supongo que no aguardarás noticias tan menudas y circunstanciadas acerca de este país, como las que te dí sobre las Babias y concejos circunvecinos, porque ya deberás conocer que el presente cuadro excede las dimensiones de una carta, y mal puede contenerse en tan estrechos límites. Hay además notables diferencias entre las naturales divisiones de terrenos, en que está repartido este glorioso rincón de España, para sujetar sus usos y costumbres á una pauta inflexible y general. Así que, cuanto te dijere de él, antes lo has de juzgar propio del distrito desde donde te escribo, que rigurosamente aplicable al resto del principado.

Este país está principalmente dividido en montaña, llanura y marina. Las costumbres, industria, recursos naturales y aun trajes del primer terreno tienen mucho de común con los del Sil, para que me detenga en trazártelos con prolijidad y detenimiento: pero no vayas á figurarte por eso que son absolutamente iguales, porque en realidad no son pocas las diferencias que los separan.

En la llanura ya se notan algunas diversidades que han

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Mayo de 1839.

producido la naturaleza del terreno y la mayor proximidad al litoral. Las cosechas son más abundantes y el clima más suave y benigno. Redúcense las primeras á maíz, trigo aunque en corta porción, escanda, frutas delicadas de mil clases, avellanas, nueces y castañas. La manzana es tan abundante que no solo se consume y extrae mucha, sino que también de su jugo se hace la sidra, producto de suma consideración en el país.

La marina que también disfruta de los regalos de la llanura, amén de otras que su templado clima le proporciona, cuales son naranjas y limones, es un país delicioso y pintoresco en sumo grado, sembrado de bonitas y bien situadas poblaciones y más rico y comerciante que lo demás del principado.

Difícilmente hallarás en ninguna geografía la división que te acabo de hacer de esta tierra; pero como cumple á mi propósito, y no escribo un artículo geográfico y estadístico, sino una carta de amigo, no me he parado en pequeñeces. Y digo que cumple á mí propósito, porque en las montañas se conserva mucho de la antigua sencillez, y aun pudiéramos añadir rudeza, al paso que su declive y el litoral entero ofrecen ya algunas de las variaciones y mudanzas que, gracias á la mayor facilidad de comunicaciones, ha ido introduciendo el impulso de la civilización cada día más poderoso.

Por lo demás las costumbres del país son sencillas, apacibles y risueñas como las de todas las tierras montuosas en que la vida pastoril ha dominado largos años, y en que ha dejado un cierto sabor de patriarcalismo y de inocencia. Yo por mi parte no tengo sino muchos motivos de agradecimiento, porque donde quiera he sido acogido y hospedado con muy buena voluntad y esmerado obsequio. Ya sabes cuán apasionado soy de nuestro deslumbrante y magnífico mediodía con sus mujeres morenas, sus bosques de naranjos, sus ruinas árabes y su tersa y cristalina mar. Pero te confieso que en estos retirados climas he hallado sensaciones si no tan turbulentas y tan vivas, por lo menos

más gratas y apacibles. Fuerza es confesar que aquel es el país del entusiasmo y de la imaginación; pero en este el corazón se espacia y desenvuelve con más vigor, y á falta de maravillas y pompas vienen á asediarse un tropel de afectos vagos, dulces y melancólicos, que llenan de sentimientos hasta entonces ignorados sus más íntimos repliegues. Pero dejando á un lado semejantes metafísicas, porque recuerdo que no les eras demasiado aficionado, procuraré darte una idea de las cosas de más bulto que he echado de ver en mi viaje.

No te hablaré de las brañas donde suben á veranear los pastores con su ganado en los meses de calor, porque en poquísimo ó en nada se apartan de las de las montañas de León que ya conoces: pero no fuera justo pasar en silencio una costumbre propia y peculiar de este país, y que descubre bien á las claras el fondo de apacibilidad y de dulzura que se observa todavía en la vida de los campos.

Cuando llega la recolección del maíz en lugar de arreglar cada labrador su cosecha como mejor pudiere, convida á todos sus vecinos y amigos á la *esfoyaza*, operación que se reduce á despojar las mazorcas de maíz de parte de sus hojas (tarea confiada á las mujeres) y á trenzarlas en seguida y hacer manojos de ellas (cuidado destinado á los hombres) para ponerlas donde se puedan secar y molerlas en seguida. Bien podrás conocer que en semejante reunión entra por más el regocijo y la holganza que la labor de que es objeto: así es que el remate de la fiesta es un estrepitoso baile, acompañado de una especie de colación llamada *garulla*, compuesta de avellanas tostadas, nueces, castañas asadas, sidra y toda clase de frutas; aunque en otros sitios se reparten además pedazos de pan. Mejor que yo te lo explicarán estos versos *bables*, así llamados por estar escritos en el dialecto del país:

«Era d' Octubre la noche postrera
Y acabóse temprano la esfoyaza:
Había de hablanes una gocha entera,

Peres del fornu, y gachos de foyaza:

Y atizaban el fuego con tarucos

Fartos de rebrincar los rapazucos.

Como son poco difíciles no me tomo el trabajo de traducírtelos; pero el cuadro de esta doméstica función está trazado en ellos de una manera tan sencilla como completa, y por eso te los he copiado.

Uno de los espectáculos más característicos del país, y que más á las claras descubren su fisonomía, son las infinitas romerías que por todas partes se celebran, á las cuales acuden gentes de muchos concejos de alrededor y que suelen ofrecer un cuadro lleno de vida y de movimiento. Las más célebres y concurridas son las de la *virgen de Covadonga* á dos leguas de esta villa, la de Nuestra Señora de la *Cueva* en la inmediación de la villa del Infiesto, los mártires de *Valdecuna* en el concejo de Lera, y más que todas las de Nuestra Señora del *Remedio*, concejo de Nava.

La primera es de tanta devoción en el país, como de nombradía y fama es en nuestra historia el suceso que allí se celebra y solemniza. En aquel sitio agreste y enriscado, ofreció el valeroso don Pelayo batalla á los sarracenos, y después de pelear denodadamente, los desbarató con la ayuda de la Virgen santa, que hacía volver contra sus enemigos las propias flechas y que desplomó sobre ellos además la mitad de un monte. La colegiata que en memoria de aquel milagro se fundó, está al pie de una escarpada y altísima montaña, y en su vecindad se celebra la romería.

El santuario de Nuestra Señora de la Cueva es vistoso y rústico por extremo, porque debajo de una roca enorme, presenta el espectáculo de tres capillas, dos de ellas con sus respectivas sacristías, dos ermitas para vivienda de ermitaños, una casa de bastante altura con corredor y dos establos para ganado, todo lo cual da á una plazuela bastante espaciosa. Por encima de la peña tiende su gayo tapiz una fértil pradera, por la cual he visto triscar blancos

corderillos que con sus balidos á veces acompañaban los sagrados cánticos que resonaban debajo de sus pies.

La festividad de los Mártires de Valdecuna no ofrece particularidades de ningún género para que me detenga á decírtelas; pero en ella como en todas las demás, tiene mucho en que fijar la vista cualquier viajero. Los diversos trajes, edades y aposturas de los romeros, la devoción y recogimiento que se observa dentro de la iglesia, la algarazara y el bullicio que por de fuera resuena y los numerosos linajes de solaz y diversión que por todas partes se echan de ver, concurren á formar un cuadro confuso á veces, pero siempre variado y risueño.

Lo que exclusivamente fija la atención de los forasteros es el baile nacional del país conocido por el nombre de *danza prima*, y que en rigor de verdad no debiera apellidarse danza, porque se reduce á grandes corros de hombres y mujeres, que, separadamente, andan alrededor con suma pausa y lentitud asidos de las manos, columpiando el cuerpo hacia atrás y adelante al son de una canción uniforme y monótona en demasía, que suele ser un romance muy conocido en el país que comienza:

«Válgame la Magdalena,
Nuestra Señora me valga....»

A los ojos de un observador frívolo y ligero poca ó ninguna gracia puede haber en un espectáculo tan igual y poco variado; pero un hombre reflexivo y pensador descubrirá en él á primera vista el sello de sencillez y de rudeza, si se quiere, que tan honradamente impreso aparece en todos los pueblos primitivos. Y á la verdad poca diferencia pudieran hallar en mí entender los críticos más escrupulosos entre la danza prima y las danzas circulares que nos describe Homero, traslados ambos de edades turbulentas y guerreras, más propias para aguijar y robustecer los ánimos caídos, que para afeminar los brazos y embotar el coraje.

En Asturias, por lo menos, fácilmente se trasluce el fondo alentado y belicoso de su danza, no solo por el vigor de la música y alternativa respuesta de los coros, sino también porque al fin de la fiesta suelen encenderse las rivalidades de los concejos en términos de no haber apenas función que no se acabe con palos y camorras. Sin embargo, á despecho del poco duelo con que se sacuden, suele haber pocas desgracias, porque la justicia y las personas de algún valer se ponen de por medio y restablecen el orden. Otra circunstancia hay también que notar, y que á falta de otras pruebas sería lo suficiente de lo que dejo dicho, á saber; que los hombres y las mujeres danzan siempre en corros separados, lo cual manifiesta que semejante desahogo antes era un marcial ejercicio que no mero pasatiempo y deleite. Además de la danza prima, que tengo por el rasgo más característico de este país, se baila también fandango aunque menos generalmente.

Las demás diversiones de las romerías se reducen al tiro de barra y juego de bolos: yo por lo menos en ninguna parte he visto las carreras á pie que tanto amenizan semejantes funciones en las Montañas de León.

Algo me he detenido en bosquejarte tales escenas porque son tan frescas, tan originales y sencillas que si no te entretienen no es culpa de ellas, sino de mi tosca pluma. Procuraré concluir dándote una idea de las demás costumbres de este país y sobre todo de las de invierno.

Durante esta rigurosa estación, lo mismo que en el Sil, los hombres pasan el tiempo en cacerías ó en alguna industria de menor cuantía, como es la fabricación de madreñas, de que surten las ferias de los países vecinos; y las mujeres pasan la noche del mismo modo que allí, hilando reunidas en la casa más holgada del lugar y entretenidas con cuentos y consejas propias de su extremada credulidad y llenas por lo tanto de portentos y maravillas. Dos cosas solo te apuntaré en que creen ciegamente estas buenas gentes, y con las cuales desde luego calcularás el sinnúme-

ro de historias que se pueden hilvanar. Una de ellas es lo que llaman las *Huestes* y la otra las *Janas*.

Es opinión muy válida entre la gente del campo, que por las noches suelen recorrer los despoblados extraña muchedumbre de luces ordenadas en simétrica y misteriosa alineación, que caminan callada y lentamente y que amenazan con próxima muerte en el lugar á que se dirigen. A estas apariciones llaman *Huestes*, y con lances que sobre su pretendida aparición se cuentan, se avivan en alto grado la curiosidad y el terror de los aldeanos.

La otra creación de su fantasía, aunque más limpia y risueña al parecer, no por eso les infunde menos interés y pavor. Dicen que hay una especie de lindas mujercitas de plata que salen por el agujero de las fuentes, que hacen coladas más blancas que la nieve y secan sus delicadas ropas á la luna, retirándose con ellas apenas se acerca algún importuno que las estorba en tan inocentes ocupaciones. A estas mujercitas de un codo de estatura, misteriosas y llenas de poder en la mente de estos montañeses señalaban con el nombre de *Janas*. La preocupación de las brujas, duendes y encantamientos no deja de ser común en España; pero estas dos creaciones fantásticas, que en ninguna parte sino en Asturias he hallado, parecen de un origen remotísimo, y que con facilidad puede encontrarse entre las eternas noches de la Escandinavia.

Después de tantas menudencias como te llevo contadas, aun tendrás la indulgencia de oirme lo que te diga acerca de los trajes de esta provincia, que aunque varían en algunos concejos, en general se reducen á lo siguiente.

Gastan las mujeres pañuelo á la cabeza con que se ciñen la cara y que atan por encima á la *candasina*, como ellas dicen; *corros* de corales al cuello: cotilla de una tela graciosa atacada por delante con un cordón de seda: almilla ó jubón de paño negro suelto: saya de estameña: medias azules con bordado blanco ó encarnado, y zapato con hebilla. A los hombros y por encima de todo traen un gracioso den-

gue negro orlado de una cinta de terciopelo labrado, negra también.

El equipo de un hombre, más sencillo por supuesto, se compone de montera, chaqueta y pantalón de paño pardo y de chaleco de pana negro, ni más ni menos que los que usan los honrados aguadores de Madrid, que abonan su país con su leal conducta en la capital de la monarquía.

Mucho más te dijera acerca del carácter laborioso y á veces emprendedor de esta gente, causa común de frecuentes emigraciones útiles en general y de lucrativo resultado: pero ya te tengo lástima y te dejo, si bien con la pesadumbre de guardar, amén de lo dicho, otras cosas de antigüedades, de artes y de poesía, que Dios querrá tal vez que salgan con el tiempo.

En resumen yo estoy contento y satisfecho de mi viaje, así por lo bello del país, como por las muchas curiosidades que he encontrado. Sus moradores son apacibles, hospitalarios, fáciles en su trato, sencillos en sus costumbres, agudos en sus conversaciones, de ingenio presto y vivo, con sus puntas de malicioso y satírico.

Por lo demás ¿qué quieres que te diga? En esta remota provincia he encontrado sensaciones nuevas y agradables que no esperaba por cierto, y mi antiguo mal humor me ha dado tales treguas que no pienso que me mate Dios sin dar antes una vuelta por acá. Si dentro de poco nos vemos, como espero, te hablaré más largo: por hoy basta, y aun creo que sobra.

LOS PASIEGOS (*).

La Vega, 11 de Junio, de 183...

Destinado estoy sin duda, mi querido amigo, á cebar mi curiosidad de viajero en pueblos de montañas, porque bien sabe Dios, y tú también lo sabes, que no era mi pensamiento ni por asomos verme rodando ahora por esta tierra; pero la suerte se ha empeñado por lo visto en hacerme el Julio César de los galos de nuestro país, y aunque ya conoces que no tengo semejantes pretensiones, le he llegado á coger miedo y no me atrevo á disgustarla.

Salí, como te decía de Gijón con dirección á la Coruña, pero tan mala cara nos puso el mar, que después de varios percances hubimos de meternos en Santander dándonos por muy dichosos en ello. Nuestro buque había sufrido averías de consideración, y como no salía por entonces ningún otro para la Coruña, cansado de Santander, me entró la fiebre del Judío Errante, y héme aquí en la capital del *valle de Pas*.

Alguna vez me he puesto á pensar con formalidad en mi carácter, y me parece que me voy haciendo optimista á toda prisa. Si tal sucede, Dios sea bendito, que tiempo era ya; pero lo cierto es que cuando tan á mal traer nos traía el señor Neptuno (como le llamaban antes,) bien distante estaba yo de creer que en los pliegues más escondidos de estos riscos había de encontrar tanta originalidad

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Junio de 1839.

en las gentes y las costumbres, y tan extendido campo para mi antigua manía de observador. Porque has de saberte mi querido A..... que los *Pasiegos* son gente que á ti mismo pudieran sacarte de quicio, cuanto más á un hombre de mi temple.

¿Concebirías tú un pueblo esencialmente pastor, y que así por el carácter de sus costumbres, como por las circunstancias de su suelo no puede abandonarle ni aun temporalmente; concebirías tú, digo, un pueblo pastoril y al mismo tiempo aventurero, arriscado y hasta temerario? Pues esto ni más ni menos es lo que por aquí sucede. Figúrate, pues, cuán nueva y extraña será la fisonomía de este país, y qué de lances y episodios diversos no tendrá su vida.

La tierra es áspera y quebrada por el lado de la montaña. El país montuoso por la parte despejada y abierta hacia esta villa y las de San Roque de Riomiera y San Pedro del Romeral; pero por todas partes dividido en frondosas praderías y bosques, sembrado de habitaciones rústicas, y poblado de ganados, solo ofrece imágenes de vida sencilla y campestre. Y cuando más distraído te hallas en semejantes imaginaciones una cuadrilla de contrabandistas armados de sus enormes palos con que cruzan los barrancos, ríos y despeñaderos, ni más ni menos que pudieran hacerlo los corzos, te da á entender de una manera bastante eficaz, que no todo es paz y sencillez. Llama á cualquiera de aquellas pobres puertas y verás cómo de par en par se te abren, y con que cordial voluntad te obsequian y agasajan, ofreciéndote cuanto tienen; pero suelta como al descuido alguna expresión que pueda llamarles la atención ó hazles cualquiera pregunta capaz de despertar su desconfianza, y repara con cuánto cuidado miden sus palabras, cuán evasivas son sus respuestas, y con qué expresión tan marcada de suspicacia y de recelo escudriñan tu porte y examinan todos tus movimientos.

Por una parte todo el abandono de la vida de los campos, por otra toda la vigilancia y astucia de las ciudades;

el fardo de mercancías prohibidas y las armas del contrabandista junto al dornajo de leche y el haz de heno, he aquí en dos palabras la vida y el carácter de los montañeses de Pas.

Figúrate, pues, si estaré entretenido y satisfecho de mi correría. Por otra parte el país es tan pintoresco, tan variado y tan frondoso que los puntos de vista innumerables, rústicos todos, es verdad, y sin decoraciones de ruinas y de recuerdos, pero risueños y frescos en sumo grado, ó imponentes de todas veras y sombríos, serían capaces de contentar el alma apacible de Pousin ó el carácter agreste y enérgico de Salvator Rosa.

Como la principal riqueza del país consiste en los ganados, especialmente en vacuno, los pasiegos pastores cuidando de su beneficio y crecimiento, varían de vivienda con las estaciones, y así es que todo el país está sembrado de cabañas y casas rústicas, circunstancia que le hace aparecer lleno de animación y movimiento.

La vida doméstica de estas gentes es de lo más arreglado y sencillo que te puedes figurar, así en sus alimentos reducidos á leche y maíz, como en su régimen ordinario de trabajos y distribución de tiempo. Las mujeres son muy aseadas y laboriosas, y sin cesar andan comerciando con los escasos artículos de su cosecha en los mercados y pueblos circunvecinos. No es esto decir que sus funciones se limiten al hogar doméstico, porque también ellas hacen sus expediciones al contrabando, y por cierto que no ceden en robustez, aguante y sufrimiento á los hombres más recios y determinados del país. Es una bendición de Dios, como suele decirse, verlas tan blancas, tan coloradas y tan alegres con su cuévano acuestas por montes y hondonadas, siempre cruzando sendas desconocidas y asperísimas y riéndose en su interior de los pobres empleados militares de la hacienda, que así están á punto de dar con ellas, como si jugaran á la gallina ciega. Y no solo acontece esto aquí, donde á fuer de dueñas de la casa conocen todos sus rincones, sino también en lo más llano y abierto de Casti-

lla y de la Mancha, donde rara vez las cogen in fraganti. Una cosa quiero confesarte por más que la califiques de flaqueza, y es que si algún día me toca ser ministro, diputado ó cosa que lo valga, y me nombran para alguna comisión de código penal, tengo de proponer una excepción á favor de las pasiegas en los delitos de contrabando, porque son agudas como el pensamiento y frescas como una flor del campo. Ya ves tú si son pequeñas razones para mirarlas con buenos ojos.

Contarte los lances de la aventurera vida contrabandista sería cosa de nunca acabar; pero cualquiera que no sean ellos se estremece de pensar en sus marchas nocturnas por riscos innaccesibles y espesísimos bosques, cargados con un enorme fardo de mercancías y expuestos á peligros sin número. El modo de servirse de su palo es cosa de todo punto inconcebible para nosotros, porque á veces equilibran el cuerpo sobre él y sin poner los pies en el suelo atraviesan cornisas, digámoslo así, de peñascos que parecen impracticables para los mismos gamos, y todo esto con una prontitud, sangre fría y destreza que erizan los cabellos. Otras veces se les vé salvar los riachuelos despeñados y en ocasiones crecidos del país, afianzando la punta del palo hacia la mitad de la corriente, librando su cuerpo sobre él con poderoso impulso y cayendo en la opuesta orilla con un ángulo y un efecto enteramente igual al de una bomba. Estas y otras diabluras enseña semejante clase de vida agitada y sin sosiego; pero yo por mi parte todavía no he alcanzado á explicarme cómo pueden llegar á tal grado de elasticidad y de fuerza los músculos del cuerpo humano. No hace mucho tiempo servíales además su enorme palo para defensa y ofensa, pero en el día todos los contrabandistas van armados de armas blancas y de fuego. Entre ellos los hay bastante desalmados, y no es extraño á la verdad, porque la vida tampoco da de sí otra cosa.

Las romerías en que estos pueblos se reúnen no dejan de ser animadas; pero sus danzas y diversiones no ofrecen rasgo alguno característico. Los hombres y las mujeres

bailan juntos; pero los primeros coronan la fiesta bebiendo, enborrachándose y apaleándose sin compasión. El vino vale caro, muy caro en este país, y á los buenos de los pasiegos se les sube á la cabeza con facilidad y les da un impulso guerrero que pasma. Una cosa ví que me llamó la atención, y es que en cuanto ven una persona forastera ó del país que se les antoja rica, se dan de ojo mozos y mozas, y tomando los pañuelos por las puntas, se encaminan corriendo hacia ella á guisa de red barredera, y cogiéndole en medio le sacan una propina para beber. A mí no me dispensaron del obsequio y aunque sacando á relucir mis fueros de poeta, les ofrecía sonetos y quintillas en compensación de lo que me pedían, dijéronme que no entendían de latines, y tuve que hablarles en romance de bolsillo.

Las costumbres del país son bastante puras y sencillas, sin que te sirva de regla el sin fin de *nodrizas* que hay en Madrid con el nombre de *pasiegas*; porque las verdaderamente tales son pocas y casadas en general, y las demás son de las tierras circunvecinas, que se apellidan pasiegas para mayor abono de su salubridad y robustez. Por lo demás las mujeres de aquí son una especie de Lucrecias de navaja al cinto que no hay medio de avenirse con ellas.

Excusado será decirte que así hombres como mujeres son de una soberbia raza, y que en ninguna parte se ve tanto vigor, soltura, frescura y robustez. El traje por otra parte no deja de ser airoso particularmente en las mujeres. Llevan estas pañuelo á la cabeza: pelo trenzado á lo largo de la espalda; *arracadas* ó pendientes de plata dorada: multitud de corales al cuello; camisa con cabezón; *pechero*, especie de peto con que cubren el pecho además de la camisa; corpiño atacado por delante, saya, medias de lana del país, chapines ó escarpines y abarcas de cuero. En invierno añaden á esto una especie de manto blanquecino que llaman capa: chaqueta, *jostras* ó *pellicas*, pieles con que abrigan las piernas y defienden los chapines, y por último, *barajones*, especie de tabla triangular sujeta á la planta del pie con correas y que les sirve para sostenerse en la nieve.

¿Qué te parece que diría Hoffmann si en una noche de invierno viera deslizarse cuatro ó cinco de estas montañas, á la orilla de un derrumbadero con sus capas blancas, silenciosas y ligeras como las hadas? ¿No es verdad que esto tiene su poco de fantástico particularmente á la luz de la luna y encima de la nieve?

Los hombres gastan montera, chaqueta, dos chalecos, el de arriba de pana negra con botones de plata, y el de debajo blanco, *ceñidor* ó faja, calzón corto ó *bragas*, y el calzado lo mismo que las mujeres.

Supongo que no olvidarás el célebre palo una cuarta más alto que el dueño, que tantos prodigios obra, ni las *carcetas* ó melenas largas por detrás que no dejan de adornarlos.

No se me ocurre más que decirte acerca de las costumbres de este pueblo, y me alegro en el alma, porque ya me iba poniendo de mal humor de tanto menear la pluma.

Mañana salgo para Santander, y si Dios quiere que llegue á la Coruña, desde allí te escribiré.

LOS MARAGATOS. (*)

Si para fortuna nuestra y entretenimiento de nuestros curiosos lectores hubiéramos podido dar con la obra que bajo el título de *Orígenes de la Maragatería* parece dejó escrita el erudito y laborioso benedictino Sarmiento, grandes fueran los comentarios que pudiéramos hacer sobre la genealogía, usos y costumbres de aquel maravilloso país, cuyos habitantes son tan conocidos en la España entera, como ignorada su peculiar fisonomía. Problema difícil en verdad de resolver es el de un pueblo, que situado en los últimos llanos de Castilla, á la margen de dos caminos, real el uno, y bastante frecuentado el otro; y manteniendo animado y constante tráfico con diversas provincias de la península, ha podido sustraerse absolutamente al movimiento de la civilización, y conservar íntegro el legado de los hábitos, creencias y organización social de sus abuelos.

Como en una obra de la clase del *Semanario*, nadie esperará probablemente un artículo prolijo de estadística, nos contentaremos con decir que la *Maragatería* enclavada en el obispado de Astorga, provincia de León, confina por el oriente con la Balduerna; por el mediodía con la empinada sierra de Teleno, y por el occidente con la cordillera de Fucebadón. Sus pueblos principales son Santiago-Millas, Santa Colomba, Rabanal del Camino, Santa Catalina y el Val de San Lorenzo, sin contar otros muchos de

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en 24 de Febrero de 1839.

menor cuantía. El país es árido y triste en general, y sus cosechas se reducen á una escasa de lino, de trigo y de centeno.

Los hombres buscan en la arriería lo que su ingrato suelo les rehusa; y durante su ausencia las mujeres corren con las faenas de la labranza. En cuanto al nombre de *maragato* inciertos andan los juicios, y divididas las opiniones respecto de su origen. Quién lo atribuye á *Mauregato*, menguado usurpador de la corona de León, y quién al revés hace á este mismo Mauregato oriundo de Maragatería: opinión que, sea dicho de paso, nos parece la más probable, siquiera por no desairar la tradición que se conserva en Astorga de los juicios que pronunciaba Santo Toribio, anterior, si no nos engañamos, al citado usurpador, en las querellas de los maragatos.

Hasta aquí nos es lícito contentar la curiosidad de los anticuarios, sin poner de nuestro bolsillo otras mil conjeturas, que el talento más pobre puede formar acerca de un país, sobre cuya cuna hay ancho campo para mentir, sin riesgo de quedar desairados.

Y ahora que hemos fijado ya el lugar de la escena y deslindado en lo posible la alcurnia de nuestros maragatos, bueno será que para darlos á conocer más á fondo, retratemos lo mejor que se nos alcance el más notable de los actos de su vida, queremos decir, sus *bodas*.

En un país en que el espíritu patriarcal se echa de ver á cada paso, fácilmente supondrán nuestros lectores que la voluntad de los hijos es de todo punto insignificante, y que los padres disponen su porvenir con arreglo á sus intereses y edad. Rara vez se oye decir en tierra de maragatos, que una doncella ha ido á arrodillarse delante del altar con su prometido, sin llevar como por escudo la bendición paternal. Este rigor de la disciplina doméstica y esta inexorable clasificación de las personas por los capitales, harían infeliz un sinnúmero de gente en una sociedad más adelantada y culta; pero como las circunstancias son aquí diametralmente opuestas, todos se conforman con la prác-

tica, y nadie lamenta una felicidad que no ha soñado. Pasemos ya á la descripción de la ceremonia.

Cuando llega la época en que los respectivos padres determinan casar á los mozos, el padre del prometido y este se encaminan á casa de la futura esposa, delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tome parte en la conversación. Como tales asuntos son cosa decidida y acordada de antemano entre las dos familias, redúcese este paso á una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede á la compra de los respectivos presentes, cuya enumeración ofrecemos aquí por su estrañeza y novedad.

El novio regala á la novia el manto de paño negro para ir á misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas, y solo hay unos escasos pliegues sobre la frente; *las donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo*, ó justillo atacado por delante con un cordón de seda, que nombran *agolletas*; *vincos* ó arracadas para las orejas, *fajero* ó faja de estambre, y *mangas*; una especie de ellas, sueltas y sujetas únicamente á la muñeca. La madrina asimismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza. Los regalos de la novia á su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* ó sayo de idem con cordón de seda; chaleco de grana con bordados también de seda á la portezuela; *bragas*, ó calzones anchos, calzones negros (*botines*), *cintas*, (*ligas*) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo común, y calzoncillos con cordón de seda.

Llega por fin la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas, sin concurrir á la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro día no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo á almorzar á los convidados á la boda. Acabado el almuerzo tocan á misa y entonces el padrino, el padre de la novia y demás con-

dados varones se dirigen á la casa del novio, precedidos de la gaita y de los amigos solteros del novio llamados en tal ocasión *mozos del caldo*, que van haciendo salvas con sus carabinas. Luego que entran en la casa, el novio se arrodilla, recibe con manifiesta emoción la bendición de su padre, y en seguida, recogido y silencioso, en medio del concurso y al lado del padrino, se encamina á la habitación de su futura. Las solteras amigas de esta están ya cantándole á la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez; y cuando llega el momento de partir para la iglesia, la joven, deshecha en llanto, recibe á su vez la bendición paternal. Toma entonces el novio con su comitiva el camino de la iglesia como unos sesenta pasos delante de su prometida, y ésta camina del todo cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino, que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los dos esposos un anillo á sus respectivos dedos, y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluída la misa, sale la gente con el mismo orden que trajo, con la diferencia de que el novio y comitiva se quedan á la puerta corriendo el *bollo del padrino*, á saber: una especie de justa en la cual el que más corre á pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demás entre los circunstantes en menudísimas porciones. Diríjense en seguida los corredores á la casa de la boda y encuentran á la desposada sentada á la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el país, y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro: el marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas estas entra todo el mundo á comer, dejando á la puerta la anterior solemnidad y compostura, y tomando la alegría que tan bien cuadra á la ocasión. Después de la comida *se ofrece*, es decir, saca el padrino un platillo de plata pone en él por oferta una cantidad de dinero, y va dando vuelta á la mesa sin que nadie le desaire. En seguida la

moza del caldo, es decir, la amiga del alma de la novia, que la acompaña y sirve durante todo aquel día, pide para los utensilios de su amiga como rueca, huso, etc.; y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Alzanse después, no los manteles, porque la mesa sigue puesta todo el día, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar á recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados, y si buenamente no se las dan tienen derecho para tomarlas. Llega por fin la hora en que los novios, aunque no sin trabajos, se encierran en la cámara nupcial; y á eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van á servirles la gallina, ó por mejor decir, las gallinas que han recogido y los dejan reposar hasta la madrugada.

Amanece el día de la tornaboda, y los novios, después de almorzar juntos, se encaminan sin embargo á la iglesia con los mismos trámites que el día anterior; oyen su misa, y vuelven á casa festejados por una comparsa de *Zamarrones*, especie de mogiganga que nunca falta en semejantes casos, y que los aguarda á la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre *el bollo de la boda*, que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda.— Cuando el novio es forastero se lleva su consorte á su lugar desde la iglesia el día de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata (mular por supuesto).

Como semejantes pormenores son los que más clara idea pueden dar de la fisonomía original, y pudiéramos decir primitiva de este pueblo, nos hemos extendido más de lo que deseábamos. Concluiremos con la descripción de los trajes y unas breves consideraciones generales.

Llevan las maragatas á la cabeza un pañuelo; sertas ó collar y un rosario un poco largo al cuello: sayuelo ó justillo con camisa bordada por el pecho; faja, *rodado*, especie